

GWEN DEMARCO

LIBRO 4 DE SOPHIE FEEGLE

CONTRA TODA ANOMALÍA

CONTRA TODA ANOMALÍA
LIBRO 4 DE SOPHIE FEEGLE



GWEN DEMARCO

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

CAPÍTULO 1



Sophie supo que los dos golpes firmes en la puerta de su apartamento eran de Mac sin tener que comprobarlo. Cómo podía brillar la personalidad de alguien con solo llamar a la puerta era un misterio para Sophie, pero los golpes de su novio eran tan inconfundibles como él. Siempre eran dos golpes sólidos y medidos; no tan fuertes que parecieran que alguien estaba aporreando la puerta, pero lo bastante fuertes como para que se oyeran. Eficaz y sin tonterías, como Mac.

—Pasa —gritó Sophie.

Mac seguía con su ropa de trabajo: un traje gris combinado con una corbata roja. Sophie prácticamente se lanzó hacia él, dispuesta a saludarle como era debido. Había sido una semana muy ajetreada para ambos y no había podido verle tanto como hubiera querido. El “saludo” incluyó varios minutos de besos largos y adictivos y manos errantes. Cuando por fin se separaron, a Sophie le costó recuperar el aliento. Estuvo tentada de llamar a Ruby y decirle que se quedara en casa.

En lugar de eso, Sophie se zafó de los brazos de Mac y se dirigió a la cocina a por un refresco.

Sophie cogió una bebida para ella y un refresco light que había empezado a almacenar en la cocina para Mac.

—¿Te has acordado de las palomitas?

Mac levantó la caja de palomitas para microondas para que Sophie la inspeccionara.

Al entregarle la caja, Mac se despojó de la americana y la corbata. Los tiró sobre una silla y empezó a arremangarse la camisa de un modo que a Sophie le distrajo. Le gustaban sus antebrazos. La forma en que los músculos se movían bajo su piel. La ligera capa de vello. Era un festín para sus ojos.

—¿Cuándo llegará Ruby? —preguntó Mac, sacando a Sophie de sus pensamientos lujuriosos.

Sophie consultó el reloj de su estufa.

—En unos quince minutos más o menos.

—Sigo pensando que esto es raro.

Sophie le dirigió una mirada divertida.

—¿Qué parte específicamente? ¿La parte en la que Ruby consiguió colarse en mi vida a pesar de mis esfuerzos por mantenerla al margen? ¿O el hecho de que a Ruby le guste el cine negro casi tanto como a ti?

—Todo —respondió Mac con una sonrisa burlona.

Habían pasado varias semanas desde que descubrieron que Sophie y Ruby no eran gemelas, sino trozos fracturados de una misma persona: algún Fae desconocido. Las cosas habían estado raras entre ellas cuando volvieron de Cascadia. Sophie se había sentido increíblemente incómoda con Ruby. Todo lo que hacía, desde su risa hasta sus gestos y su temperamento, molestaba a Sophie. Nada de Ruby le resultaba familiar. ¿No debería sentirse reconocible alguien que una vez fue la misma persona que tú? ¿Su personalidad no debería ser ni remotamente parecida? Pero a Sophie Ruby le había parecido extraña, incluso *equivocada*.

Al principio, Sophie había intentado mantener las distancias, pero Ruby consiguió introducirse en la vida de Sophie por pura tenacidad. Si Sophie iba al Pulgarcito, Ruby la encontraría allí. Cuando Sophie salía con Birdie, Ruby se pasaba por allí. Le enviaba mensajes varias veces al día y seguía haciéndolo hasta que Sophie respondía. Al principio, a Sophie le resultaba molesto e invasivo, pero la alegría y el optimismo inagotables de Ruby se introdujeron en el paisaje de la vida cotidiana de Sophie. Ruby tomaba la vida por el cuello y no se disculpaba por ello. Poco a poco, Sophie empezó a esperar con impaciencia cualquier locura que Ruby tuviera que decirle. La persistencia de Ruby dio sus frutos, porque un día no envió ningún mensaje y Sophie se dio cuenta de que la echaba de menos.

Habían caído en la rutina de salir un par de veces a la semana, sobre todo por la insistencia de Ruby. Resultaba imposible mantener la distancia con Ruby. La personalidad de Ruby era tan distinta de la de Sophie que ésta fingía que Ruby no era más que una hermana pequeña molesta y siempre alegre, tan alegre que a Sophie le dolían los dientes. Había tardado unas semanas, pero Ruby por fin empezó a sentirse como una hermana de verdad para Sophie. Incluso había empezado a tener ganas de salir juntas.

Cuando regresaron a San Francisco, Marcella se había comprometido a descubrir quiénes habían sido. Pero a medida que los días se convertían en semanas, había sido incapaz de encontrar ninguna pista, ni siquiera un susurro de quiénes eran antes las hermanas. Sophie había empezado a perder la esperanza. Y, francamente, una gran parte de ella ni siquiera quería saberlo. Le gustaba su vida y quién era, y no quería que su pasado desconocido cambiara nada.

Aun así, a veces Sophie se daba cuenta (otra vez) de que Ruby y ella solían ser una sola persona. La idea siempre le resultaba extraña. Le parecía un extraño sueño febril. Como un guante demasiado apretado, la idea no le encajaba. Por eso, cada vez que la sensación la pillaba desprevenida, Sophie la apartaba, decidiendo ignorar el hecho incómodo. No era el tipo de persona que se detuviera en problemas sin solución.

—¿Qué película has elegido? —preguntó Sophie, cambiando de tema.

—*Huracán de pasiones*. Está protagonizada por Humphrey Bogart y Lauren Bacall. Te va a gustar, te lo prometo.

* * *

—¡CÁLLATE, viejo! Te lo advierto.

—¡Escúchame! —rezó el anciano, con las manos juntas bajo la barbilla—. ¡Escúchame!

—¡Te mataré!

Un suave ruido de angustia llegó desde el otro extremo del sofá cuando Rocco apretó el gatillo de la pistola que había clavado en el estómago de Frank. Cuando el arma chasqueó inútilmente, Ruby se dejó caer contra los cojines, aliviada. Sophie dirigió la mirada hacia su

“hermana” ahogando una carcajada al ver lo absorta que estaba Ruby con la película.

Tras darse cuenta de que a Ruby le gustaban las películas antiguas en blanco y negro casi tanto como a Mac, Sophie había acabado cediendo y había comprado un pequeño televisor para su piso, para sorpresa y deleite de Mac.

Sophie desvió la atención de su hermana y se dejó absorber de nuevo por la historia. La trepidante acción de la película absorbió a Sophie. No podía imaginarse atrapada en un hotel con gánsters peligrosos mientras fuera rugía un huracán. Decidió que preferiría un terremoto a un huracán cualquier día de la semana.

Un suspiro de Ruby hizo que Sophie volviera a levantar la cabeza del pecho de Mac para mirar a su hermana. Cuando Ruby pilló a Sophie mirándola, se encogió de hombros sin disculparse.

—Es que Humphrey Bogart está muy bueno. No tiene sentido. No es tan guapo, objetivamente hablando. Pero vaya, de alguna manera, está buenísimo.

—Carisma —respondió Sophie. Empezó a argumentar que Lauren Bacall estaba más buena en *Huracán de pasiones* que Bogart, pero Mac le tapó la boca con la palma de la mano. Le dirigió una mirada de disculpa; sabía cuánto odiaba él que la gente hablara durante las películas. Sin embargo, como él no movió la mano, Sophie le dio un mordisco en la parte carnosa de la palma como represalia.

—¡Me has mordido! —gruñó, apartando la mano como si se la hubiera quemado. Le dirigió una mirada malévola y le clavó los dedos en el costado, haciéndole cosquillas como venganza. Chillando, Sophie intentó escapar de su agarre. Al no conseguirlo, se dio la vuelta, tratando de sentarse a horcajadas sobre las piernas de Mac y tomar la delantera. La sonrisa de Mac le dijo que no le importaba la maniobra.

—Váyanse a un motel —gimoteó Ruby en voz alta por encima de las risitas de Sophie. Eso desinfló a Sophie contra el pecho de Mac. Por un momento, se había olvidado de que tenían compañía.

Retorciéndose sobre el regazo de Mac, Sophie se inclinó, cogió un trozo de palomitas del cuenco casi vacío que había sobre la mesita y lo lanzó en dirección a Ruby.

—Éste es mi apartamento. Ya sabes dónde está la puerta si no te gusta.

Ruby cogió el trozo de palomitas tirado de su jersey y se lo comió, sacándole la lengua a Sophie.

En la televisión, un árbol se estrelló estrepitosamente contra una ventana, distrayendo a las hermanas de su incipiente discusión.

El aguacero que había frente a la ventana del apartamento de Sophie reflejaba la tormenta que asolaba la película. Cada día que pasaba, el otoño de San Francisco se transformaba más en la lluviosa estación invernal.

Cuando empezaron a rodar los créditos de la película, el estómago de Sophie se quejaba ruidosamente de su estado de vacío. Las palomitas que comió mientras veían la película no habían llenado el agujero de su vientre.

Consultando la hora en su teléfono, Sophie sugirió:

—Oye, tengo que ir a trabajar dentro de un rato, pero ¿quieren ir a comer a El Pulgarcito antes de que me vaya?

—Voy a ver si Birdie puede unirse a nosotros —anunció Ruby, saliendo del apartamento.

Cuando salieron y Sophie cerró la puerta, Mac le preguntó qué le pareció *Huracán de pasiones*.

—Bien. El tipo que hacía de Rocco era perfectamente espeluznante.

Birdie salió de su apartamento con Ruby a cuestas. Ése fue otro extraño y lento cambio que se produjo desde Cascadia: Birdie y Ruby se habían vuelto como uña y carne. En cuestión de semanas, Ruby se había colado en las vidas de Sophie y sus amigos como si siempre hubiera formado parte de los Anómalos.

Sophie se apiñó junto a Mac, compartiendo su paraguas mientras un aguacero empapaba la calle. La lluvia repiqueteaba a su alrededor, las nubes grises y oscuras presionaban al grupo. Detrás de ellos, Ruby sostenía un paraguas sobre Birdie. Por suerte, El Pulgarcito estaba justo al lado de Cafecita, así que fue un paseo rápido.

Mientras Mac mantenía la puerta abierta para el grupo, salió el aroma de la cerveza mezclado con el olor de algo carnoso y sabroso. Hizo que la saliva se acumulara en la boca de Sophie.

Tras pasar un tiempo en la casa del clan local de loberos irlandeses, Fergal, el líder del clan y nuevo amigo íntimo de Burg, había convencido a éste para que añadiera comida a su menú. Desde que contrató a un cocinero, El Pulgarcito se había ido forjando poco a poco una reputación de abundante comida de pub a un precio razonable.

Mac se sacudió los paraguas que había fuera antes de depositarlos en un cubo que había junto a la puerta, ya medio lleno con la ropa de lluvia de otros clientes.

Burg esbozó una amplia sonrisa cuando vio al grupo entrar en el bar. Al doblar la esquina, levantó a Sophie y la abrazó. Manteniéndola a distancia, la miró como si buscara defectos. No debió de pasar la prueba, porque Burg soltó una carcajada.

—Tienes que cenar algo fuerte. Como no empieces a cuidarte mejor, te vas a ir flotando —le ordenó.

Sophie consiguió por fin zafarse de su abrazo, replicando que ella gozaba de perfecta salud y que él era un preocupón. Ambos encontraron a Ruby extendiendo los brazos para que la abrazara, como una niña pequeña que pide a sus padres que la tomen en brazos. En honor a Burg, cogió a Ruby y también la abrazó con fuerza.

Debido a la lluvia, el pub no estaba tan lleno como de costumbre, así que el grupo encontró rápidamente una mesa vacía cerca del fondo. Sophie se estremeció cuando la rejilla de ventilación que tenía sobre la cabeza le sopló aire frío por la nuca.

Un momento después, Burg se acercó, con su poblado bigote estirado sobre una amplia y alegre sonrisa.

—¿Qué les sirvo de beber?

Les entregó a cada uno un pequeño menú plastificado con opciones para la cena.

—Hemos añadido pastel de pastor al menú. Deberías probarlo —sugirió Burg—. Marty es un genio en la cocina.

Marty era un hobgoblin que, incluso en forma humana, tenía la nariz ganchuda más prominente que Sophie había visto nunca fuera de una bruja de dibujos animados. La primera vez que Sophie lo conoció, él le dijo con buen humor que su gran nariz le proporcionaba un olfato superior que lo convertía en un excelente cocinero. Sophie se sintió mortificada por haber sido sorprendida mirando fijamente y se había ruborizado de un rojo tan vivo que podría haber sido vista desde Sausalito.

Sophie pidió un refresco mientras el resto de la mesa pedía cerveza y vino. Sophie no había tardado mucho en darse cuenta de que eso era lo que ocurría cuando una trabajaba en el turno de noche: a menudo llegaba a casa después del trabajo y se le antojaba una cerveza a la hora del desayuno. No importaba cuántas veces le explicara a Ruby que las nueve de la mañana era la hora de cenar para Sophie; seguía asqueando a su hermana. Ahora, cada vez que Ruby se quejaba, Sophie respondía que el tiempo era una construcción, y también lo era la idea de que

ciertos alimentos solo eran para horas concretas de la comida. Ruby solía poner los ojos en blanco y replicar que *Sophie* era un constructo en una refutación propia de niños de tercer grado.

Unos minutos después, Burg volvió a la mesa, balanceando una bandeja con las bebidas de todos. Tras depositar las jarras sobre la mesa, Burg empezó a tomar los pedidos de cena de todos. Mientras Mac daba su elección, Sophie se fijó en una gema en forma de lágrima del color del vino que anidaba en la base de la garganta de Birdie.

—¿Es nuevo? —preguntó Sophie, señalando el collar.

—Ah, ¿esto? —respondió Birdie, poniendo una mano recatada bajo la piedra preciosa, claramente complacida de que Sophie se hubiera fijado en la joya—. Milton se enteró de que mi piedra de nacimiento es el granate, así que quiso regalarme algo especial.

—¡Oh, vaya! Es tan bonito —exclamó Ruby, acercándose para echar un vistazo al collar—. Parece que las cosas se están poniendo muy serias entre ustedes —ella estaba sentada al otro lado de Birdie que Sophie. Birdie se giró en su asiento para que Ruby pudiera mirarla de lleno. Birdie sonrió cuando Ruby arrulló agradecida el regalo.

—Debiste de sacudirle el mundo para conseguir una joya tan cara —se burló Sophie.

—Una dama nunca lo cuenta —contestó Birdie primorosamente, asomando la nariz, pero Sophie pudo ver el brillo en sus ojos.

—Bueno, si conozco a una dama de verdad dentro de poco, intentaré acordarme de eso —se burló Sophie, haciendo que Birdie perdiera la falsa conducta almidonada y se echara a reír.

Sophie iba por la mitad de su pastel de carne cuando Burg se les unió en la mesa con su propia jarra de cerveza. El ajetreo de la cena había terminado hacía tiempo y solo quedaban unos pocos rezagados, en su mayoría clientes habituales del bar. Burg dijo al grupo con timidez que estaba pensando en ampliar el bar al local vacío de al lado. Todos brindaron por el nuevo éxito de Burg.

Cuando terminaron de comer, todas las farolas se habían encendido, iluminando las gruesas gotas de lluvia que caían. Tras despedirse de todos por última vez, Mac y Sophie se dirigieron a la parada del autobús. Mac la acompañó en el BART hasta que llegaron a su barrio, después de lo cual Sophie continuó sola el resto del camino hasta el trabajo. Aunque la lluvia había amainado hasta convertirse en una fría llovizna, Sophie se subió el cuello del abrigo para protegerse el cuello de la lluvia helada.

A Sophie le habría gustado prolongar un beso cuando llegaron a la parada de Mac, pero los conductores del BART no esperaban a nadie. Si no te dabas prisa, te dejaban atrás de buena gana. En más de una ocasión, Sophie había visto a uno de los conductores del BART sonreír mientras obligaba a un viajero a correr detrás de un autobús que salía.

CAPÍTULO 2



Al entrar en el edificio del forense, Sophie empezó a saludar a la señorita Zhao cuando la distrajo la aparición de Marcella. Estaba manteniendo abierta la puerta que conducía a las salas de autopsias para que un hombre y una mujer volvieran a entrar en el vestíbulo. Ambos estaban angustiados y lloraban. El hombre le resultaba vagamente familiar, pero Sophie no podía identificarlo.

Como no quería interrumpir al trío, Sophie se apartó y se quedó de pie junto a la zona de asientos, cerca del escritorio de la señorita Zhao. El hombre y la mujer ni siquiera se percataron de la presencia de Sophie al pasar. Sophie no estaba segura de que fueran ni remotamente conscientes de lo que les rodeaba.

Marcella rodeó con el brazo el hombro del hombre, dirigiéndolo hacia la salida.

—Te prometo, Ziad, que averiguaré qué le ha pasado a Cooper.

Ziad. Aquel nombre resultaba familiar.

—Hazlo tú —gritó el hombre—. Y haz sufrir a los bastardos que le hicieron esto.

Marcella murmuró algo que Sophie no pudo oír.

Eso golpeó a Sophie como un rayo: Ziad era aquel imbécil del Cónclave que se presentó en la ciudad de Murias para echar al padre de Mac del caso de sacrificio humano de los druidas. El hombre había sido grosero y condescendiente, y había conseguido cabrear a Carson, Grady y Reggie en menos de tres minutos, lo cual era todo un logro.

Este Ziad casi parecía irreconocible. El aire de arrogancia engreída se había desvanecido por una pena cruda y desgarrada. Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo enmarañado y sin lavar. Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vio, aunque solo habían pasado unas semanas.

Sophie vio cómo el hombre atravesaba la salida, guiando a la mujer -que Sophie supuso que era su esposa- por el codo. Cuando las puertas empezaron a cerrarse, con el trío fuera, Sophie oyó que la mujer lanzaba un grito gorjeante que sonaba como el de un animal herido. Empezó a zafarse del agarre de su marido como si le hubieran cortado las rodillas. Ambos tropezaron y parecía que estaban a punto de caerse. Con la ayuda de Marcella, consiguieron que la mujer volviera a ponerse en pie, pero apenas conseguía poner un pie delante del otro.

Sophie observó subrepticamente cómo Marcella conducía a la pareja hasta un elegante vehículo plateado en el aparcamiento y ayudaba a Ziad a meter a la mujer en el asiento del copiloto. Ziad rodeó el coche con paso rígido y se puso al volante. A Sophie se le ocurrió que tal vez no estuviera en condiciones de circular por la carretera, sobre todo con aquel tiempo tan

terrible. Marcella se apoyó en la ventanilla del coche del hombre, hablando con Ziad durante unos minutos más, sin hacer caso de la lluvia que le aplastaba el pelo canoso. Sophie decidió que no era asunto suyo; él era un adulto que podía determinar si estaba en condiciones de conducir. Ya había visto suficiente, se sentía como una voyeur del trauma ajeno, así que se dio la vuelta y se dirigió al vestuario.

Tras ponerse una bata nueva, se dirigió al sistema de gráficos de la pared, apartando la mirada cuando sonó el timbre de la puerta. Cuando Marcella dobló la esquina y se dirigió hacia ella, Sophie no se sorprendió.

—Sophie, necesito que me ayudes con una lectura. Seguro que has visto a la pareja en el vestíbulo. El hombre es un miembro importante del Cónclave y esta mañana han descubierto el cadáver de su hijo en las afueras de Las Vegas. Tenemos que encontrar a los culpables del asesinato de Cooper —explicó Marcella a su manera. Incluso con un traje pantalón empapado por la lluvia y el pelo mojado y desaliñado, tenía un aire de mando que hizo que Sophie enderezara la columna y se mordiera la lengua contra cualquier pregunta o queja.

—Por supuesto. ¿Ya está aquí el cuerpo?

—Sí, lo hicimos traer antes —Marcella giró sobre sus talones y se dirigió hacia la sala principal de autopsias. Sophie se vio obligada a correr tras ella—. Lo trajeron de Nevada expresamente para que pudieras hacer una lectura. Asistiré a la lectura esta noche, para que sepamos a qué nos enfrentamos. Supongo que te parecerá bien —dijo Marcella por encima del hombro, deteniéndose antes de entrar en la sala.

A Sophie no le gustaba del todo. No le gustaba sentirse observada como un experimento científico. Pero Marcella era la jefa.

—Sí, está bien —respondió Sophie. ¿Qué se suponía que tenía que decir: “No, no quiero”? No importaba que no quisiera observadores. Era su trabajo y, francamente, si la jefa de su jefe quería mirar, tenía derecho a hacerlo.

Después de todas las lecturas que Sophie había acabado haciendo en Cascadia delante de un público, se estaba acostumbrando un poco más a tener observadores mientras trabajaba.

—Excelente. He querido ver una de tus lecturas en persona. Tengo curiosidad por ver cómo funciona tu don.

Al entrar en la habitación, Sophie vio inmediatamente a Reggie de pie junto a una camilla con una bolsa negra para cadáveres encima.

—Nunca me acostumbraré a que los familiares identifiquen un cadáver —dijo Reggie con un ligero estremecimiento, mientras Sophie se fregaba y se ponía guantes de nitrilo nuevos. Parecía bastante destrozado, no tanto como Ziad y su mujer, pero sí como si le hubieran sometido a una dura prueba emocional. Sophie imaginó que sería horrible ver cómo una familia se desgarraba por la muerte de un ser querido.

Sophie se acercó a la bolsa para cadáveres y echó un vistazo al interior. La bolsa estaba lo bastante abierta como para que solo se viera la cara del joven. A pesar de los moratones y los cortes, se parecía lo suficiente a Ziad como para que fuera obvio que estaban emparentados. Tenía el ojo izquierdo hinchado y una herida roja en la ceja.

Tenía el mismo pelo castaño claro que su padre, pero más abundante, aunque se apreciaban indicios de entradas. Sophie supuso que tendría unos veinte años, es decir, solo unos pocos menos que ella. También tenía un bigote castaño que a ella le parecía poco favorecedor.

Reggie abrió aún más la bolsa, mostrando el torso del hombre. El pecho y los brazos eran un amasijo de cortes, magulladuras y desgarros.

—Maldita sea —susurró Sophie en voz baja.

—¿Estás lista? —preguntó Reggie, preparando su teléfono para grabar.

Sophie asintió sin decir palabra, y luego puso una mano en el hombro de Cooper.

Cerrando los ojos, Sophie se concentró en la visión que aparecía en su mente.

—Le arrastran dos tipos por unas escaleras. Está dolorido, creo que ya le han dado una paliza. Le han arrastrado los brazos a la espalda y le hacen bajar a marchas forzadas por unas escaleras anchas. No creo que estén en una casa. Las escaleras son del tipo que verías en un edificio de oficinas, ¿sabes? Peldaños de hormigón, paredes blancas, barandillas de acero, luces fluorescentes rectangulares en el techo. Cuando llegan al piso inferior, se abre un largo pasillo blanco. Más adelante, hay unas puertas dobles. Se oyen gritos y vítores procedentes del otro lado. El tipo a la derecha de Cooper se queja de que es un desperdicio. Que nadie va a apostar por el chico, y que acabará en menos de un minuto. Hay una voz detrás de ellos que dice: “Considéralo un perro de cebo, entonces. Será un calentamiento para Abanish, como un aperitivo. Hará que el público tenga ganas de más”. Cooper dice que sus padres pagarán para recuperarlo. Que tienen dinero y que todo ha sido un error. La voz que hay detrás de él se burla y golpea a Cooper en la cabeza. Pregunta: “¿Sabe tu padre que estás aquí?” Cooper responde que no. Entonces la voz dice: “Deberías haberle dicho a tu querido papá lo que estabas tramando. Ahora nadie sabrá lo que te ha pasado”. El chico intenta volver a mirar al hombre, aún suplicante, pero los hombres que retienen a Cooper lo tienen bien agarrado. Le empujan a través de las puertas dobles, arrastrándole más allá de la entrada a pesar de sus pataleos y aspavientos. Cooper forcejea, intentando escapar de su agarre, pero es inútil. No es rival para ellos.

»Hay gradas llenas de gente, como un estadio de fútbol sala, pero esto parece un viejo sótano. Jesús, hay una jaula gigante en medio de la habitación. Meten a Cooper en la jaula y cierran la puerta. El chico se agarra a la puerta e intenta abrirla de un tirón. Mira a su alrededor en busca de ayuda, pero todo el mundo está gritando y vitoreando. Se oye un ruido metálico y se da la vuelta. Se abre una puerta al otro lado de la jaula y entra un tipo. Es *enorme*. Un behemoth. Encierran a este tipo nuevo con Cooper. Lleva un pantalón de chándal cortado y nada más. Ni siquiera zapatos. Pelo negro, barba y bigote, ojos oscuros y un tono de piel moreno. El tipo mueve los hombros y balancea los brazos como si estuviera calentando. Cooper suplica al hombre que no le haga daño. El tipo se encoge de hombros y dice: “Lo siento. No puedo ayudarte, chico”. Se oye una voz por el altavoz. “En una esquina, tenemos a nuestro campeón invicto Abanish, el Rey del Ring. En la otra esquina, tenemos a un idiota que se creía un héroe. Démosle una gran ovación. Quizá dé una buena pelea. Le tenemos con una probabilidad de cien a uno. Tienen un minuto para terminar de hacer sus apuestas”. Cooper vuelve a pedir ayuda a la multitud, pero nadie le hace caso. El minuto pasa como un borrón de pánico, y entonces suena una fuerte campana que le hace dar un respingo. Oh —Sophie se detuvo un segundo y tragó saliva.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas un momento? —preguntó Reggie en voz baja.

—No. No, estoy bien. Lo siento —se disculpó Sophie, y luego sacudió la cabeza—. Vale. Vaya, el chico nuevo se transforma en un ser mitad hombre, mitad tigre. Debe de medir casi dos metros en esta forma. Enormes garras negras, pelaje a rayas naranjas y negras, colmillos. Suelta un rugido ensordecedor. El público se vuelve loco. Se exhibe ante la multitud, caminando, flexionándose y posando. Cooper está aterrorizado. Susurra en voz baja: “Si Roebing puede terminar el puente de Brooklyn...” Eso es todo lo que dice. No tengo ni idea de lo que significa. Oh, espera, el hombre-tigre sube a la esquina superior de la jaula. Se agarra a los barrotes de acero de la estructura como uno de esos tipos de WrestleMania. De repente salta hacia abajo, lanzándose hacia Cooper. Le da un puñetazo en la cara. Y una mierda. Le hace perder el

equilibrio, pero Cooper sigue consciente. Le zumban los oídos y tiene la vista algo borrosa. ¿Eh?

» No estoy segura de lo que está haciendo Cooper. Es como si estuviera sacando humedad del aire y formando una esfera de agua en su mano. El tigre está jugando con él, dándole puñetazos y desgarrándolo con sus garras. Pero se nota que se está conteniendo, haciendo sufrir a Cooper. Está jugando al gato y al ratón. Cooper se escabulle y se acurruca en la esquina de la jaula, de espaldas al hombre-tigre. El hombre-tigre se acerca, profiriendo burlas e insultos. De repente, Cooper se levanta de un salto, girando hacia su atacante. De algún modo, transforma simultáneamente la bola de agua, tirando de ella como de un caramelo, convirtiéndola en una lanza sólida. Con un grito, la lanza contra el tigre. Cooper le pilla completamente por sorpresa, y la lanza golpea al tigre en el costado. Le ha dado bien. La lanza se clava en el costado del hombre. Cuando el tigre intenta sacar la lanza, ésta vuelve a disolverse en el agua. El hombre tigre le dice a Cooper que se va a arrepentir.

» Entonces procede a darle una paliza. Cooper lo intenta. De verdad que lo intenta, pero creo que ni siquiera tiene la oportunidad de asestarle un golpe. Cuando suena la campana, Cooper está en el suelo, tirado en un charco de su propia sangre. Lo arrastran fuera de la jaula por los pies y a través de unas puertas diferentes a las que entraron. Mientras se marchan, Cooper oye al locutor decir que a continuación tienen a alguien llamado Bayou Bruiser luchando contra Abanish. Lo dejan en algún lugar fuera, en lo que parece un callejón. Cooper oye la misma voz de antes diciendo a alguien que se deshaga de su cuerpo. Aunque le cuesta enfocar la vista, ve una farola a su derecha. Cooper empieza a intentar arrastrarse. Está casi en la esquina del edificio cuando un grito detrás de él le hace saber que se han dado cuenta de que intenta escapar. “Sigue vivo” grita uno de ellos, sorprendido. Unas manos lo agarran y empiezan a arrastrarlo hacia atrás. Al final del callejón, ve un cuadro. No, es un mural: la cara de una mujer pintada en una pared de ladrillo y, creo, ¿flores? Arrastran a Cooper de vuelta al callejón. Lo arrojan boca abajo a los pies del otro hombre. Cooper solo puede ver sus zapatos. Parecen caros: de cuero negro brillante. “Dame eso”, dice. “De acuerdo, jefe” responde otro hombre. Se oye demasiado fuerte el sonido de una pistola amartillándose, y Cooper intenta levantarse para salir corriendo de nuevo, pero se queda quieto cuando siente el cañón de la pistola apretado contra su nuca. “Es casi una pena. Es un mierdecilla duro”, dice el hombre. Lo último que oye Cooper es una fuerte detonación.

Sophie abrió los ojos y miró la cara de Cooper. Realmente *era* una pena. Había luchado tanto.

—¿Viste la cara del hombre? El que le disparó —preguntó Marcella, desviando la atención de Sophie hacia Cooper.

Sophie negó con la cabeza, disculpándose.

—No, ni siquiera llegué a verle.

—Maldita sea —refunfuñó Marcella, sacudiendo la cabeza con decepción.

—Pero vi bien a uno de los esbirros. Y a Abanish —dijo Sophie.

—Bueno, eso ya es algo. Quizá podamos sacar alguna pista de esos dos. Quiero enviar a un dibujante para que intente obtener un retrato del metamorfo tigre. Y de cualquier otro que hayas visto.

Sophie aceptó inmediatamente, dispuesta a ayudar en todo lo que pudiera.

—No puedo creer que celebren peleas de metamorfos en jaulas—murmuró Marcella—. Ziad me dijo que Cooper había oído algunos rumores sobre los clubes de lucha de Las Vegas y quería comprobarlo. Ziad le ordenó que lo dejara en manos del Cónclave de allí. Hay que reconocer que ese Cónclave está bajo el control de mucha gente poderosa que no está precisamente en la cresta de la ola. Pero no me imagino que hicieran la vista gorda si supieran de las peleas —Marcella

volvió a mirar la bolsa del cadáver con una expresión ilegible—. Cooper siempre estaba tan ansioso por conseguir la aprobación de su padre. Mira lo que consiguió. Tuvimos que sedar a su madre a causa de su dolor. Conozco a Cooper desde que era un bebé. No puedo creer que hayamos llegado a esto.

Sophie nunca había sido capaz de entender muy bien a Marcella. Por lo general, se mostraba totalmente autosuficiente y pétrea, incluso en medio de una batalla. Esta vez, pudo ver la angustia en los ojos de Marcella. Tenía más emoción de la que Sophie había visto nunca en ella. Sophie miró hacia atrás, hacia la forma fría e inmóvil de Cooper, y no pudo evitar compadecerse.

—¿Qué clase de idiotas monstruosos piensan que las peleas con metamorfos en jaulas son una buena idea? Tenemos suerte de que nadie haya grabado las peleas y las haya colgado en Internet —los dedos de Marcella se cerraron en puños, como si imaginara estrangular a quienquiera que organizara los combates—. ¿Crees que el metamorfo tigre luchaba contra su voluntad?

—No lo creo. Parecía bastante indiferente a todo el asunto. Es posible que no quisiera estar allí, pero su actitud y la forma en que jugueteaba con Cooper me hacen pensar que estaba dispuesto. O insensible, supongo.

Marcella hizo un ruido pensativo, con su mirada mercurial a mil kilómetros de distancia.

—¿Qué era esa lanza de agua mágica que creó Cooper? —preguntó Sophie cuando Marcella se daba la vuelta para marcharse.

Marcella se detuvo ante la puerta de la sala de autopsias y se volvió para mirar a Sophie.

—Toda la línea familiar de los Voss tiene afinidad por el agua. La habilidad de Cooper para convertirla en un arma fue una hazaña impresionante. Lástima que no fuera suficiente para salvarlo.

Sin decir nada más, Marcella salió de la habitación, con su persistente perfume como única señal de que había estado allí.

CAPÍTULO 3



—*P*eleas de metamorfos en jaulas... ¿En qué se está convirtiendo el mundo? —se lamentó Fitz, con la ensalada olvidada frente a él.

—Pobre chico, enfrentar a un Fae con un metamorfo de tigre. Es horrible — coincidió Amira, comiendo su bocadillo de atún con desánimo—. Utilizar a la gente para peleas en jaulas... Parece sacado de la antigua Roma. Qué forma tan horrible de morir.

Reggie asintió.

—Bueno, ahora que el Cónclave está al corriente, quizá puedan ponerle fin. La familia Voss tiene mucho poder y no van a dejar que esto pase.

—Puede, pero imagino que en su lugar surgirá gustosamente otro ring de lucha. Si hay algo con lo que puedes contar, es que la gente es terrible entre sí —replicó Ace, metiéndose en la boca otro gran bocado de su almuerzo.

A Sophie le hizo gracia ver que, de todos sus amigos, solo el apetito de Ace no se había visto afectado por la historia. No había nada que pudiera quitarle el apetito a su amigo mapache metamorfo. Incluso la semana pasada, cuando una bolsa de fluidos reventó en el pasillo y apestó todo el edificio, no pareció inmutarse. Todos los demás habían decidido comer sus almuerzos fuera mientras Ace los llamaba debiluchos alrededor de un bocado de manzana. Amira estaba tan afectada que había tenido que dar parte de enferma durante el resto de su turno. El olor a podrido era tan penetrante que todo el mundo en el BART había evitado a Sophie en su trayecto a casa, incluso el fétido vagabundo.

—Maldita sea, Sr. Optimista. Tranquilízate. Nos estás abrumando con tu positivismo —se burló Sophie, obteniendo una sonrisa tímida y un encogimiento de hombros de Ace. Empezó a recoger la basura. Sophie sabía que tenía un montón de trabajo esperándole en su mesa; se había pasado los primeros veinte minutos de la pausa para comer quejándose de ello.

—¿Cómo de grave era la herida que Cooper infligió al metamorfo tigre? ¿Fue lo bastante grave como para que buscara atención médica? —preguntó Fitz.

Sophie cerró los ojos, intentando imaginarse exactamente cómo había sido la herida. Sacudió la cabeza.

—No lo creo. No era peor que cuando dispararon a Mac, y por la mañana ya estaba bien. Además, por lo que he visto en las películas de la mafia, esos tipos tienen sus propios médicos.

Ace resopló divertido mientras salía por la puerta para volver al trabajo.

—Es una lástima. Podríamos haber hecho que alguien lo buscara en los hospitales de Las Vegas. Tengo un socio que trabaja en esa zona. Apuesto a que podría conseguir que buscara

ingresos que coincidieran con nuestro tipo —se ofreció Reggie.

—¿Por qué no? Aunque es probable que primero tengas que consultarlo con el Cónclave —respondió Sophie encogiéndose de hombros.

—Hablando del Cónclave, ¿te han dado alguna noticia sobre su búsqueda de las otras esquirlas? —preguntó Amira, con los ojos encendidos. Estaba muy interesada en encontrar a las “hermanas” de Sophie. Amira se llevaba tan bien con Ruby que Sophie supuso que estaba buscando más “insta-amigas”. Sin embargo, basándose en los sueños anteriores de Sophie en los que aparecía La Perra Corporativa, Amira se iba a llevar una gran decepción.

—La verdad es que no. Estamos bastante seguras de que La Perra Corporativa tiene su base en algún lugar de la costa este. Creo que trabaja en la dirección de una gran empresa. Y sabemos que hace poco despidió a un tipo llamado Gabriel Cortez. Larry ha reducido la lista de Gabriel Cortez con base en la costa este a *solo* tres mil nombres. Lo único que puedo hacer ahora es esperar un nuevo sueño con más detalles sobre alguno de las esquirlas.

—Tuviste aquel sueño en el avión, ¿verdad? ¿El de los gatos?

—Sí, pero no vi mucho. Solo sabemos que tenía dos gatos llamados Obie y Titania. Y que había palmeras fuera de su casa. O sea, que está en algún lugar lo bastante tropical como para tener palmeras, lo cual no es suficiente ni para aventurar una conjetura.

—¿Los gatos se llamaban Obie y Titania? Quizá sea fan de *Sueño de una noche de verano*. Uf, me encanta el misterio de todo esto —dijo Amira efusivamente—. Será muy emocionante cuando encuentres a las otras esquirlas.

—No sé. La Perra Corporativa parece horrible. Se alegró mucho de herir a Cortez cuando lo despidió y se aseguró de que fuera lo más embarazoso posible para él. Hizo que lo sacaran prácticamente a rastras los de seguridad para que lo vieran todos los de la oficina. En todos los sueños que he tenido con ella, es una zorra malvada. No tengo nada de ganas de conocerla. Pero siento que les debo a todas las esquirlas, incluso a ella, encontrarlas y hacerles saber lo que son. Espero que las demás sean más amables que ella.

—Sí, mencionaste que esperó a que Cortez bajara la guardia antes de atacar. Parece cruel —asintió Fitz.

—Y lo despidió de forma espectacular —dijo Sophie riendo entre dientes, moviendo la cabeza con simpatía, ya que ella misma había sido despedida de varios trabajos. Le hizo recordar lo mal que se había sentido cuando conoció a Reggie por primera vez. Estaba sentada en el bar de Burg, mirando en Internet las ofertas de trabajo, con pocas esperanzas y preocupada por si acababa sin casa.

Una idea surgió tan repentinamente en la mente de Sophie que se sorprendió de que no hubiera una bombilla encendida sobre su cabeza.

—Espera un momento... Me pregunto si Larry habrá estado buscando en Internet currículos recién publicados con el nombre de Gabriel. Imagino que Cortez estaría buscando trabajo ahora mismo....

—Oh, me encanta esa idea —se animó Amira—. ¡Vamos a ver qué encontramos!

—Tenemos que volver pronto al trabajo. Además, es probable que Larry ya lo haya intentado —protestó Sophie con desgana.

—¿Qué daño nos hará buscar? Y buscaremos solo un par de minutos, para ver —suplicó Amira, dirigiendo a Sophie sus pestañas ridículamente largas y oscuras. Sophie negó con la cabeza, pero aceptó que una rápida búsqueda en Internet no le vendría mal.

El resto del equipo siguió a Amira mientras salía del comedor y se dirigía al despacho que compartía con Ace y Fitz. Su entusiasmo divirtió a Sophie. Supuso que Amira tenía razón: ¿a

quién no le gustaba un buen misterio?

Ace refunfuñó cuando todos entraron en la habitación, diciendo que necesitaba tranquilidad para concentrarse en su trabajo de laboratorio.

—Estaremos súper calladas —prometió Amira, poniendo los ojos en blanco. Sophie se alegró de que Amira se abstuviera de enemistarse con Ace por una vez. Estaba demasiado nerviosa por la búsqueda de Cortez como para aguantar sus discusiones.

Amira despertó su ordenador y abrió una ventana del navegador. Sophie casi esperaba que se rompiera los nudillos como un hacker en la tele.

—Espera, déjame a mí —interrumpió Reggie—. Tengo un estatus de empleador en varios sitios web de búsqueda de empleo.

Amira se levantó, ofreciéndole a Reggie su silla. Accedió a un sitio web que Sophie había utilizado bastantes veces antes de tomar un descanso. Tecleó el nombre de Gabriel Cortez en el cuadro de búsqueda. Sophie casi gimió cuando vio que aparecían más de dos mil nombres en los resultados.

—No te preocupes todavía —le aseguró Reggie—. Esto es para todo el país. Intentemos reducirlo. No podemos buscar en toda la costa este, pero podemos probar en algunas de las ciudades más grandes. Probemos primero en Nueva York.

Sophie se encogió de hombros, sin tener ninguna preferencia, pensando que las probabilidades de encontrar a Cortez eran minúsculas. Era como intentar encontrar un grano concreto de arena en una playa. Pero no pasaba nada por intentarlo. Si no esperaba que funcionara, no se sentiría decepcionada cuando no lo encontraran.

La búsqueda de Nueva York arrojó algo menos de cien hombres con el mismo nombre. Reggie se levantó del asiento para que Sophie pudiera acercarse a la pantalla y mirar los resultados. Recorrió lentamente la lista de nombres. Muchos nombres tenían pequeñas fotos en miniatura junto a ellos, pero no todos. Se centró en los listados con foto e ignoró los demás, inclinándose más hacia la pantalla.

Como nadie les resultaba familiar, decidieron probar en Filadelfia. Había menos resultados con el nombre en esa ciudad, pero más de los que Sophie habría esperado. Sin embargo, ninguno de los Gabriel que encontraron era el que buscaban.

—Intentémoslo una vez más antes de volver al trabajo —sugirió Reggie—. ¿Qué te parece Boston?

Con pocas esperanzas, Sophie cambió la búsqueda de lugares a Boston. A mitad de la página, sus ojos empezaban a cruzarse ante las diminutas fotos de hombres, en su mayoría morenos, cuando una le llamó la atención. Casi había pasado de largo y no la había visto.

Cuando se dieron cuenta de que se había detenido, Sophie pudo oír cómo todos exhalaban un suspiro colectivo. Al pasar el ratón sobre la miniatura, Sophie dudó si hacer clic en el enlace a la biografía del hombre. No tenía ni idea de por qué dudaba.

—¿Es él? —jadeó Amira, emocionada.

—No lo sé. Tal vez —su garganta hizo un chasquido cuando tragó en seco por los nervios. Respirando hondo, Sophie hizo clic en su imagen.

Un ruido mitad sorpresa, mitad estupefacción salió de su boca.

—No. De ninguna manera —fue lo único que pudo decir Sophie—. No me lo puedo creer.

Era él. Allí, en la pantalla, estaba la cara sonriente de Gabriel Cortez, con un aspecto mucho más feliz que la última vez que Sophie lo había visto en sueños. Debajo de su foto aparecía el título de Analista de Ventas y, a continuación, licenciado por el Boston College. Sophie siguió desplazándose hacia abajo, buscando más información sobre él. En Experiencia aparecía que

acababa de empezar a trabajar en Fontaine Wealth Services. Pero lo más importante era que debajo de esa entrada ponía que había trabajado dos años en una empresa llamada Dolus Investments.

—Tiene que ser de donde le despidieron, ¿no? Eso significa que La Perra Corporativa debe de trabajar allí —exclamó Fitz, con sus largos y elegantes dedos entrelazados con excitación bajo su barbilla puntiaguda.

Sophie hizo clic en el nombre de la empresa. El enlace la llevó a una página genérica que describía la empresa como una “empresa líder en gestión de fondos especializada en crear riqueza para clientes de alto nivel” significara lo que significara. Supuso que tenía algo que ver con el mercado de valores. Sophie hizo clic en el sitio web, esperando encontrar una lista de empleados. No le sorprendió que no apareciera nada. Era demasiado esperar.

De vuelta al sitio web de búsqueda de empleo, Sophie volvió a revisar el perfil de Gabriel. Sacó el teléfono y escribió un correo electrónico rápido a Larry, dándole toda la información que había descubierto.

—No puedo creer que estés tan cerca de encontrar a La Perra Corporativa. Si no hubieras visto ese sueño de ella despidiéndole, nunca la habrías encontrado. Vaya suerte —anunció Ace. Sophie lo miró, un poco divertida al ver que se había visto arrastrado al extraño drama de Sophie a pesar de estar “muy ocupado”.

—No, estoy seguro de que, con el tiempo, Sophie y Ruby verán lo suficiente de la vida de las otras esquirlas como para localizarlas. Es solo cuestión de tiempo —argumentó Fitz.

Aunque le pareció un poco anticlimático, Sophie cerró la ventana del navegador y se dirigió a la nevera de la morgue para encontrar el siguiente cadáver.

CAPÍTULO 4



Sophie cruzó el vestíbulo y se despidió de la señorita Zhao. Dejó la puerta abierta para que el dibujante saliera detrás de ella. El hombre le deseó a Sophie un buen día y se dirigió hacia el aparcamiento con la carpeta de artista bajo el sobaco. Sophie se estremeció mientras se ponía los guantes en las manos. El aire tenía ese viento fresco y cortante que hablaba de principios de invierno. Se ciñó más la bufanda al cuello con dedos rígidos por el frío, con la esperanza de que bloqueara el paso del viento por la parte delantera de la chaqueta.

—Hola, guapetona, he oído que se te dan bien los cadáveres —gritó la voz de Mac. Sophie giró la cabeza en dirección a la voz y lo encontró de pie junto a su coche, con una enorme sonrisa sarcástica.

—¿Qué...?

—¡Solo lo digo porque eres tan guapa que me *estás matando*!

Mac estaba apoyado en el capó de su coche, con una gabardina de lana negra que le daba un aspecto bastante elegante, como de magnate de los negocios. El modelo antiguo de Camry en el que estaba apoyado arruinó la fantasía de Sophie. ¿Quizá el magnate de los negocios andaba en asuntos turbios?

Sophie gimió de disgusto.

—No conozco a este hombre —anunció en voz alta para que los transeúntes se dieran cuenta de que no aprobaba ese tipo de comportamiento.

La sonrisa contagiosa de Mac le hizo saber que estaba al corriente y que no le importaba.

—He oído que tuviste una noche interesante. Hiciste una lectura sobre Cooper Voss, ¿verdad?

—Lo hice. Peleas de metamorfo en jaulas... ¿Quién iba a saber que existían? Marcella parecía dispuesta a arrasar una ciudad solo con su mirada —le dijo Sophie—. Y se puso aún más interesante *después de* la lectura.

Los ojos de Mac brillaron de interés.

—¿Ah, sí? Bueno, no me dejes así. ¿Qué ha pasado?

—Creo que he encontrado a Gabriel Cortés.

Si ella le hubiera dicho que podía resucitar a los muertos, Mac no habría podido parecer más sorprendido.

—¿En serio? ¿Cómo?

Sophie se engatusó ante la mirada impresionada de Mac cuando le explicó cómo lo habían encontrado.

—Larry se va a molestar mucho —cacareó Mac con un regocijo alarmante—. Cuando llegue a la comisaría, le voy a echar tanta mierda.

—Espera un momento. ¿No deberías estar ya en el trabajo? Llegas tarde. Y tú odias llegar tarde —Sophie lo miró con desconfianza, preguntándose de repente por qué Mac estaba con ella en vez de en su mesa.

—El Cónclave tiene otra misión para ti, Soph. Dunham y Marcella quieren reunirse contigo. Debo llevarte a la estación, si estás dispuesta —Mac la miró con preocupación—. Acabas de terminar un turno completo, así que deberías decirles que cambien la cita cuando hayas dormido toda la noche.

Sophie se burló. Como si fuera a arriesgarse a enfadar a Marcella. Sobre todo después del humor con el que había salido de la morgue la noche anterior.

—No, deberíamos irnos.

Mac la miró con escepticismo.

—Estoy bien —le aseguró Sophie.

Resoplando derrotado, negó con la cabeza a Sophie como si no la entendiera, antes de darle un beso.

—De acuerdo. Deberíamos ir a la estación. ¿Quieres comprar algo de comer por el camino?

—No diría que no a una garra de oso.

—Una garra de oso a la orden.

Entrelazando sus dedos con los de ella, Mac la condujo al asiento del copiloto.

—Se trata de Cooper Voss, ¿verdad? —preguntó Sophie una vez que Mac se acomodó en el asiento del conductor, sabiendo ya la respuesta.

* * *

—TE COMPENSAREMOS POR TU TIEMPO, por supuesto. La misma tarifa que la última vez.

Sophie pensaba aceptar la oferta de todos modos, pero aquello selló el trato. Cuando cobró la indemnización por despido tras el viaje de Murias, pudo saldar las últimas deudas pendientes e incluso le sobró para comprarse un televisor de pantalla plana, aunque pequeño. Y pudo llevar a Birdie a un elegante brunch en Noe Valley. Comieron sándwiches de pepino y tomaron té servido en delicadas tazas con los meñiques levantados. Las dos no podían parecer más fuera de lugar, una ancianita con su vestido de iglesia más elegante y Sophie con sus botas de combate y sus tatuajes. Birdie se había deleitado con las caras de escándalo de las demás ancianas esnobs que sorbían su té, con la nariz tan al aire que Sophie supuso que se ahogarían si les pillaba la lluvia.

—Lo haremos —anunció Ruby desde la izquierda de Sophie.

Oh, “lo haremos” ¿eh? quiso decir Sophie. Mac, sentado a su derecha, emitió un resoplido de fastidio que reflejaba el diálogo interno de Sophie. Pero la verdad era que todos estaban de acuerdo, incluido Mac, lo que complacía enormemente a Sophie.

El Cónclave había decidido enviarlos a los tres a Las Vegas para intentar localizar el círculo de lucha metamorfos y a las personas que lo dirigían. En Las Vegas había un par de casinos, bares y restaurantes regentados por metamorfos, así que iban a empezar su búsqueda en esos lugares. Mientras Ruby utilizaría su talento para encontrar al hombre que asesinó a Cooper, Sophie intentaría localizar el edificio donde tuvo lugar el asesinato. Todo lo que tenía era un par de caras y un callejón oscuro desde el que se veía un mural de una mujer pintado con colores

brillantes. No era... mucho con lo que seguir. Pero la verdad era que era todo lo que tenían, aparte de la representación del dibujante del metamorfo tigre y los dos secuaces que Sophie había visto en los últimos momentos de Cooper. Le habían dado esas imágenes y el nombre de Abanish a Larry para ver si encontraba alguna coincidencia en la base de datos del Cónclave.

—Su tapadera para esta misión es que los tres son grandes apostadores que están en la ciudad para jugar y ver lugares de interés. Esta tapadera les permitirá acceder a las zonas VIP, donde es más probable que esté nuestro objetivo. Además, nuestro departamento de investigación dice que el Distrito de las Artes de Las Vegas es famoso por los murales callejeros. Les di tu descripción, pero no pudieron encontrar ninguno que coincidiera. Sin embargo, me informaron de que los murales se cambian con frecuencia.

Le habían enseñado a Sophie un par de fotos de los pocos murales de Las Vegas en los que aparecía una mujer, pero ninguno había sido el que ella había visto.

Sophie miró preocupada su atuendo.

—Um... No creo que nadie se crea que soy una gran apostadora.

El bufido ahogado de Ruby no sirvió para aliviar la ansiedad de Sophie.

—No te preocupes por eso. Te proporcionaremos lo que necesites para completar tu tapadera —le aseguró Marcella. Sophie asintió, pero en secreto pensó que no sería capaz de engañar a nadie. Incluso con ropa elegante, pensó que necesitaría clases de interpretación para conseguirlo. Los ricos de verdad la descubrirían. Probablemente podrían oler la pobreza en su piel.

—¿Crees que reconocerías la voz del hombre que disparó a Cooper Voss? —preguntó el jefe Dunham, con su rostro de bulldog lleno de dudas, interrumpiendo los inciertos pensamientos de Sophie.

—Creo que sí. Solo puedo intentarlo.

Dunham resopló a través de su bigote de sal y pimienta, como si el esfuerzo de Sophie no fuera suficiente. Una aguda mirada de Marcella acalló cualquier otra crítica que hubiera pensado soltar.

Parece que el bulldog tiene una correa. Bueno, el oso tiene una correa, eso es, pensó Sophie, ocultando sus sarcásticos pensamientos tras un rostro plácido. En cuanto a jefes, Dunham estaba bien. Era brusco, cínico y se basaba en los resultados. Sophie había tenido jefes mucho peores que Dunham. Sabía que a él le preocupaba su falta de experiencia en operaciones encubiertas, una preocupación válida, francamente.

Sin embargo, Sophie empezaba a sospechar que ella y su hermana se estaban convirtiendo en las herramientas favoritas de Marcella en su probablemente vasto arsenal. Era un pensamiento preocupante si le prestaba atención. No es que fuera a cambiar su trayectoria actual. Ser capaz de ayudar -resolver asesinatos- la llenaba de propósito; algo que nunca antes había tenido.

—Quiero que salgan hoy más tarde —anunció Marcella—. Cuanto antes los pongamos en el lugar de los hechos, más probable será que los asesinos sigan en la ciudad y que las peleas se celebren en el mismo sitio. Por lo que me han dicho, las bandas ilegales de lucha como éstas suelen cambiar de lugar para evitar ser detectadas. Podemos tener el avión y tu tapadera listos para el mediodía. Todo lo que necesites te estará esperando en el avión.

—Eso no va a funcionar. Sophie acaba de trabajar toda la noche. No puedes pedirle que haga esto sin dormir —argumentó Mac.

Sophie puso la mano sobre la de Mac, preocupada por si estaba a punto de romperse el bolígrafo que tenía en la mano. Sus nudillos se habían vuelto blancos y el bolígrafo estaba adoptando una marcada forma de media luna.

—Mac, no pasa nada. Dormiré la siesta en el avión y encontraré tiempo para dormir cuando

lleguemos a Las Vegas. Estaré bien. Esto es más importante que una sola noche de sueño.

Mac la miró frustrado, pero no siguió discutiendo. Sophie siempre se alegraba de que la tratara con respeto y le permitiera elegir su propio camino, aunque lo único que quisiera era envolverla en plástico de burbujas. Tener a alguien como Mac a su lado la hacía sentir que podía enfrentarse a cualquier obstáculo que se le pusiera por delante.

Pasaron el resto de la reunión repasando los detalles de la misión. Tenían un itinerario básico de los lugares que debían explorar. Durante el día, el trío conduciría por el Distrito de las Artes siguiendo una cuadrícula predeterminada, en busca del misterioso mural. Por la noche, visitarían cada uno de los negocios propiedad de metamorfos que se dedicaban a la vida nocturna. Si no encontraban nada en tres días, hablarían con Marcella para determinar los siguientes pasos. Sophie esperaba desesperadamente que resolvieran el asesinato antes de ese plazo.

Cuando empezaban a salir de la sala de conferencias, Sophie dirigió a Marcella una mirada significativa.

—Antes de salir, ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto, deja que te acompañe al ascensor —respondió Marcella, levantándose suavemente de la silla.

Una vez que la puerta se cerró tras ellas, Sophie formuló la pregunta que rondaba su mente.

—¿Sabe Dunham todo lo que pasó en Murias? ¿Conoce la información que descubrimos sobre mi pasado? —preguntó Sophie, teniendo cuidado de no decir nada en voz alta sobre las esquilas, Bramwell o los tatuajes de los sigilos.

—No, las únicas personas que saben algo de eso estaban presentes en ese momento. No se lo diré a nadie hasta que sepamos más sobre toda la situación. Ni al Cónclave ni a nadie de fuera. Muy poca gente te conoce, y a los que lo hacen les han dicho que eres un humano con la capacidad de tener visiones de la muerte. Mi equipo de élite conoce tus habilidades, pero nada más.

Sophie dio las gracias a Marcella. No podía pedir nada más. Todos hacían todo lo posible por mantener el secreto de las hermanas. Aunque Sophie pensaba que era inevitable que se acabara corriendo la voz sobre quiénes y qué eran.

CAPÍTULO 5



Al salir del edificio de oficinas del Cónclave en el Distrito Financiero, Ruby saltó por delante de Mac y Sophie, dando vueltas como una niña. La gente casi tenía que tirarse por la acera para evitar ser arrollada por la exuberante hermana de Sophie.

—¡Las Vegas, *babyyyy*! —cacareó Ruby, levantando los dos brazos por encima de la cabeza como una pugilista victoriosa. Si empezaba a boxear en la sombra, Sophie se alejaría fingiendo que no la conocía. Era algo difícil de conseguir cuando eran idénticas, pero eso no le impediría actuar como si nunca hubiera visto a Ruby.

Ruby empezó a enumerar todos los lugares que quería visitar mientras estuvieran en Las Vegas; era una lista extensa. Hizo un mohín cuando Sophie señaló que su itinerario estaba repleto, por lo que sería difícil encontrar mucho tiempo para hacer turismo.

—¿No está la presa Hoover como a una hora de la ciudad? No creo que nos dé tiempo a verla —le advirtió Sophie.

—Bien. Pero *tengo* que probar una máquina tragaperras, solo una vez. Quiero ganar un premio gordo. Y tenemos que hacer tiempo para ver al menos un espectáculo. Es como una regla o algo así cuando visitas Sin City. Mi amigo Moreen está en uno justo al lado del Strip.

—¿Tienes amigos? —se burló Sophie.

—Ja, ja. Sí, tengo amigos. Aunque la mayoría siguen viviendo en Los Ángeles. Pero Moreen y su compañía tienen un contrato para actuar durante seis meses en un local fuera del Strip. Le enviaré un mensaje a Moreen para decirle que estaré en la ciudad. Hace tiempo que no la veo. ¿Quizá podamos encontrar tiempo para ver su espectáculo? Voy a ver si puede conseguirnos entradas.

—Espera. ¿Has dicho Moreen? Ya la habías mencionado antes —dijo Mac lentamente, con el ceño fruncido por la concentración—. Si no recuerdo mal, dijiste que fue la directora de la compañía de acrobacias en la que estuviste unos años. ¿Tus primeros recuerdos claros no eran de esa época?

—Era intérprete además de directora. Y tienes razón; actuar en la compañía Caída Libre es mi primer recuerdo claro. He intentado recordar mi vida antes de unirme al grupo, pero todo está en blanco. Aún conservo mis falsos recuerdos, pero cada vez son más borrosos. Cuando me concentro en ellos, es evidente que no hay detalles.

Lo mismo ocurría con los recuerdos implantados a Sophie. Ahora que se había eliminado la geas que le impedía examinar su pasado, Sophie se había dado cuenta de que cuanto más se concentraba en los recuerdos, más insustanciales se volvían. Ahora eran como briznas en el

viento. Todo lo anterior a cinco años atrás no era más que un vacío.

—¿Cómo te uniste a la compañía? ¿Hiciste una prueba o alguien te dio una recomendación?

—Yo... no me acuerdo —respondió Ruby, que parecía asustada al darse cuenta.

—Entonces deberíamos reservarnos un tiempo para visitar a Moreen. Quizá ella recuerde algo más sobre cómo llegaste a la compañía. Quizá sepa si hubo algo inusual en aquella época o alguna persona sospechosa en tu vida. Quizá Moreen sea la clave para desvelar algo de tu pasado. Puede que incluso tenga alguna información que nos ayude a averiguar quiénes eran antes.

—Lo dudo, pero le enviaré un mensaje y fijaré una hora de encuentro. Sin embargo —Ruby levantó un dedo acusador hacia Mac—, no la asustarás. Ni la interrogarás. Es mi amiga y mentora. Me ayudó cuando estaba insegura de mi lugar en el mundo.

Sophie se abstuvo de señalar que probablemente se sentía insegura de sí misma en aquel momento porque, en realidad, Ruby era nueva en esto. De todas formas, Ruby probablemente se daba cuenta de ello. Podía estar un poco loca, pero nadie la acusaría de ser estúpida.

Un servicio de coches las recogería en poco más de una hora en sus apartamentos para llevarlas a todas al aeropuerto. Después de que Mac las dejara delante de Cafecita, Sophie observó un momento cómo Ruby cruzaba la calle saltando hacia su casa. Aún no estaba segura de cómo le sentaba tener a Ruby viviendo tan cerca.

Subiendo las escaleras, Sophie se detuvo en el apartamento de Birdie, con la esperanza de que estuviera en casa. El sonido de la televisión diurna procedente del otro lado de la puerta la hizo albergar esperanzas. Tras llamar a la puerta, Sophie pudo oír una conversación apagada antes de que alguien se acercara arrastrando los pies.

El silencioso tintineo de una cadena de seguridad fue el único aviso antes de que la puerta se abriera un pequeño resquicio y un sospechoso ojo azul se asomara. Un segundo después, la puerta se abrió de par en par y Birdie rodeó la cintura de Sophie con sus huesudos brazos. Sophie devolvió el abrazo con un suspiro de satisfacción. Al cabo de un rato, Birdie arrastró a Sophie al interior de su apartamento. Sophie vio inmediatamente a Milton, el “juguete” de Birdie -un hombre medio sordo de unos ochenta años que llevaba zapatos ortopédicos con suelas de cinco centímetros de grosor-, sentado en su sofá de flores naranjas. Ginsberg, que estaba acurrucado en el regazo de Milton, levantó la cabeza, abrió un ojo para mirar a Sophie y volvió a dormirse.

—Buenos días, Sophie —llamó Milton dulcemente desde el sofá. Entrecerró los ojos—. Es Sophie, ¿verdad? ¿No la otra?

—Sí, soy Sophie. Buenos días, Milton —respondió Sophie.

—Cada vez sé distinguirlas mejor —Milton parecía muy satisfecho de sí mismo—. Parecen iguales, pero sus personalidades son mundos aparte. Creo que las hermanas se construyen así. Recuerdo que mis hijas podrían haber sido gemelas cuando eran pequeñas, pero no podían tener personalidades más diferentes. Se peleaban como perros y gatos cuando eran adolescentes. Casi ponen a su madre contra la pared.

Sophie sonrió al pensar en Milton tratando con hijas adolescentes.

—Espero no haberlos interrumpido, tortolitos. Solo quería que supieran que voy a tener que irme de la ciudad durante unos días —advirtió Sophie a Birdie.

El humor jovial de Birdie desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Puso una mano artrítica en el brazo de Sophie, preocupada.

—¿Está todo bien?

—Todo va bien —le aseguró Sophie—. Es un viaje de trabajo. Me dirijo a Las Vegas.

—¿Un viaje de trabajo? —repitió Birdie. Birdie lo sabía todo sobre Sophie, sobre sus poderes

y su condición de esquivarla. Sophie no le guardaba secretos a su mejor amiga, lo que significaba que Birdie sabía que no se trataba de un viaje de trabajo cualquiera—. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Al menos unos días. Depende de lo rápido que podamos terminar este proyecto. Solo quería que supieras que estaría fuera, para que no te sorprendieras cuando no me vieras por aquí.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Birdie.

—Dentro de una hora. Tengo que ir a hacer la maleta.

—Deja que te acompañe a la puerta entonces —dijo Birdie.

—Toma, yo también iré —se ofreció Milton, empezando a levantarse del sofá, pero no conocía ninguno de los secretos de Sophie.

—Eso no es necesario, cariño. Quédate aquí y mantenme caliente el sofá —respondió Birdie, agitando las pestañas ante Milton. El enamorado se sonrojó como un colegial y prometió esperarla.

—¿Sabe que eres una vieja verde? —se burló Sophie.

—Seguro. ¿Cómo crees que lo mantengo tan interesado? —replicó Birdie, sonriendo cuando Sophie la miró atónita.

—¡No quiero oír hablar de ese tipo de cosas!

—Te lo merecías. Deberías mantener la nariz fuera de los asuntos que no quieres saber. Además, son cosas de la vida. Ser mayor no significa que no tenga necesidades.

—Dios mío. No. No quiero volver a oír hablar de tus “necesidades” nunca más. Prometo dejar de burlarme de Milton si tú prometes no revelar nunca ningún detalle sobre tu vida amorosa.

—No lo sé —respondió Birdie lentamente—. Puede que necesites algunos consejos para mantener el interés de Mac.

—Me arriesgaré; muchas gracias —Sophie intentó parecer severa, pero empezó a ceder.

—Qué mojigata —se burló Birdie en voz baja, pero lo bastante alta como para que Sophie la oyera. Sophie decidió ignorar las burlas de su amiga.

Cuando se detuvieron ante la puerta de Sophie, apenas a tres metros de la de Birdie, ésta le preguntó qué estaba pasando realmente.

Lo más rápido que pudo, Sophie la puso al día sobre la muerte de Cooper Voss y el descubrimiento del ring de lucha de metamorfos en jaulas. Birdie silbó por lo bajo cuando terminó su relato.

—Vaya, parece que te estás convirtiendo en una luchadora habitual contra el crimen. Tendré que buscar mi círculo de costura para hacerte una capa.

Sophie sacudió la cabeza con vehemencia.

—No soy una luchadora contra el crimen. Ni de lejos. Solo toco cadáveres. No pienso luchar contra nadie.

—Ten cuidado. Esos mafiosos de Las Vegas son muy, muy peligrosos, sobre todo los míticos. Deja que Mac se ocupe de los malos por ti para que puedas mantenerte lejos de esos criminales.

Sophie prometió mantenerse a salvo y utilizar a Mac como escudo si ocurría algo peligroso. Se dirigió a su apartamento tras darle a Birdie un abrazo de despedida.

De pie junto a la puerta de su apartamento, Sophie echó un vistazo a la sala de estar, intentando averiguar qué necesitaba meter en la maleta para su viaje. ¿Qué hay que llevar cuando hay que acabar con toda una banda criminal? ¿Nudillos de metal? ¿Píldoras envenenadas? Como no tenía ninguna de esas cosas, Sophie se conformó con un par de libros, algo de ropa y sus botas

favoritas.

Mientras Sophie hacía la maleta, llamó a Reggie.

—Hola, jefe —saludó Sophie cuando él contestó al teléfono. Parecía despierto, así que Sophie se sintió aliviada de no estar despertándolo.

—Hola, Soph. Estaba esperando tu llamada. Marcella me envió un correo electrónico explicándome que esta tarde te dirigías a Las Vegas. Supongo que se trata de ese chico, Voss.

—Estarías en lo cierto. Nos envían a mí, a Mac y a Ruby para encontrar a la persona que mató a Cooper y, con suerte, cerrar su círculo de lucha. ¿Has estado alguna vez en Las Vegas?

—No. No puedo decir que sea muy adicta al juego, así que no sería un lugar que buscaría. He oído que allí reside la mayor población de basiliscos de Estados Unidos.

—¿Basilisco? ¿Es como una serpiente? —preguntó Sophie.

—Algo así, pero no realmente. Se parecen más a los metamorfos dragón que a las serpientes. Tienen un cuerpo largo parecido al de una serpiente y tienen veneno, pero a diferencia de una serpiente tienen patas y alas. Los basiliscos son criaturas que viven en el desierto, por eso muchos de ellos viven en el Suroeste.

—Bueno, con suerte, no tendré que preocuparme de toparme con ningún dragón-serpiente. Ya tengo bastante con lo mío.

La risita de Reggie hizo sonreír a Sophie.

—No sé exactamente cuánto tiempo nos va a llevar esto —dijo—. Espero que podamos acabar rápido. Odio dejarte en la estacada en la morgue.

—No, no te preocupes por eso. Tú ocúpate de los asuntos en Las Vegas, y nosotros nos las arreglaremos bien en la morgue. Pero... quiero que me llames a diario y me informes de lo que ocurre, ¿vale?

Sophie prometió mantenerse en contacto y colgó. Miró brevemente el contenido de su bolsa y se encogió de hombros. Marcella dijo que le proporcionaría todo lo que necesitara para su tapadera, así que Sophie tuvo que suponer que los pocos trajes que había metido en la maleta serían suficientes.

Cerró el apartamento y bajó las escaleras para esperar al coche en el porche.

Como de costumbre, Moe asomó la cabeza por su apartamento de la planta baja cuando ella se marchaba. Ella juraba que se pasaba el día esperando junto a la puerta a que ella pasara para poder mirarla con desprecio. Sophie ignoró su presencia y salió, esperando a que el chófer del Cónclave la recogiera.

CAPÍTULO 6



Caminando por el asfalto, Sophie pasó su bolsa de viaje del hombro derecho al izquierdo. Un viento helado azotaba el asfalto, haciéndole llorar los ojos y tirándole del pelo.

El calor del interior del avión era un alivio celestial, que la acogía como un abrazo reconfortante. Sophie solo había subido a un avión una vez, en el viaje de vuelta de Murias, y en aquella ocasión había tomado analgésicos por la luxación del hombro, así que apenas recordaba nada.

Con la cabeza despejada en este viaje, los nervios habían empezado a aflorar. La idea de surcar el cielo en un gigantesco tubo metálico la aterrorizaba. Le parecía que un avión estaba hecho de un millón de componentes, cada uno dependiente del resto, que podían fallar en cualquier momento. Cuando el avión fallara inevitablemente, caería en picado hacia la Tierra y una muerte ardiente y llena de dolor. Sabía que no estaba siendo lógica, pero preferiría un coche a un avión cualquier día.

Como no quería hacer el ridículo y tener un ataque de nervios en medio del pasillo, Sophie observó a Mac como un halcón y siguió su ejemplo. No quería que todo el mundo supiera lo inexperta que era a la hora de viajar. Los únicos vehículos en los que había viajado eran el BART, los coches, el ferry a Alcatraz y un viaje en avión que apenas recordaba. Sophie guardó su bolsa junto a la de Mac, tomó asiento y se abrochó el cinturón cuando él lo hizo. Respiró lenta y acompasadamente por la nariz, apretándose contra el asiento de cuero cremoso, contando mentalmente cada lenta inhalación, tratando de contener los nervios.

El arrastrar de unos pies que se acercaban, apenas más que un suave repiqueteo contra la alfombra de felpa, hizo que Sophie abriera los ojos alarmada. Un hombre de unos treinta años se acercaba a ella. Llevaba una camisa de vestir impecable y pantalones planchados, y Sophie pensó que era un azafato muy bien vestido. *Solo lo mejor de todo para los miembros del Cónclave que utilizan el lujo de un jet privado*, supuso Sophie, arrugando la nariz. El hombre llevaba el pelo castaño oscuro recogido en una coleta baja, mostrando un rostro estrecho y apuesto.

—Hola, soy Mimir Verrat. Puedes llamarme Mim; todos mis amigos lo hacen. Estoy aquí para ser tu enlace con el Cónclave y ayudarte en todo lo que pueda. Considérame tu conserje mientras dure esta misión. Y... si estás satisfecha con mis servicios, puedes solicitarme en el futuro. Estaría encantado de convertirme en el asistente permanente de tu equipo. Te prometo que haré todo lo posible por anticiparme y satisfacer todas tus necesidades.

Sophie ocultó una sonrisa de satisfacción, al oír la voz de Birdie en su cabeza hablando de sus “necesidades”. Si Mim pudiera escuchar los pensamientos de Sophie, expiraría en el acto. Y

él también, probablemente. El hombre, finamente vestido, daba a Sophie la impresión de tener una constitución delicada y unos buenos modales impecables.

—Hola, Mim —dijo Ruby mientras saludaba con el dedo al hombre—. Soy Ruby.

Al estrechar la mano extendida de Mim, Sophie sintió una energía en el aire que había llegado a asociar con los Fae. Era una sensación tan sutil que se evaporó casi tan rápido como apareció. Cuando Sophie conoció a Marcella, la primera Fae con la que se había encontrado, había supuesto que el crujido que rodeaba a la mujer era el aire de mando que llevaba consigo. Ahora, tras conocer a varios Fae más, sobre todo durante el viaje a Murias, Sophie se dio cuenta de que los Fae desprendían una sensación distinta, no muy diferente de una sensación apagada de ozono en el aire. Se había preguntado cuántos Míticos podían percibir automáticamente cuando alguien no era humano. Los metamorfos contaban con la ayuda del olfato, pero ¿cómo lo hacían los demás Míticos sin olfateadores sobrehumanos para averiguar quién era un Mítico y quién no? Larry explicó que, como Sophie -y Ruby- eran Fae cuya magia empezaba a filtrarse más allá de los tatuajes de los sellos destinados a suprimir sus habilidades, podían sentir a otras Míticas si sabían qué buscar.

—¿Les traigo algo de comer o de beber? —preguntó Mim.

—Ooh, ¿puedo tomar champán? —preguntó Ruby, animándose cuando Mim dijo: “Por supuesto”. Tanto Sophie como Mac declinaron su oferta. Aunque Sophie se preguntó si no debería invitar a Mim a una copa: tal vez un poco de alcohol le calmaría los nervios.

—Estaba destinada a este tipo de vida —gimió Ruby al otro lado del pasillo, junto a Sophie, unos minutos más tarde. Sophie puso los ojos en blanco al ver a su hermana estirarse lujosamente en su asiento reclinado, sorbiendo de su copa de champán, prácticamente ronroneando de placer como un gato mimado.

Instantes después de que Mim le trajera a Ruby su copa de champán, el avión empezó a moverse y a rodar hacia la pista. Sophie había pensado que tendría más tiempo para prepararse mentalmente. Mientras rodaban, cada bache y cada sacudida aumentaban sus pulsaciones hasta que galopaban en su pecho.

—¿No tienen que hacer como una lista de comprobación previa al vuelo o algo así? ¿Esto no suele llevar mucho más tiempo? —preguntó Sophie, con la voz más alta de lo habitual.

—Esto es normal en un avión privado. Parte del lujo consiste en saltarse las largas colas, las esperas en la pista y el control de cavidades de la TSA —respondió Mac. Unió su mano a la de Sophie, húmeda y sudorosa. Le dio un apretón alentador, haciéndole saber que su intento de ocultar los nervios no era especialmente eficaz. Pero, por suerte, no hizo ningún comentario.

El estómago de Sophie hizo un valiente intento de trepar por su garganta cuando el avión empezó a descender a toda velocidad por la pista, con la fuerza de la gravedad apretándola contra su asiento. Jadeó cuando el avión se elevó en el aire, dejándola ingravida durante un momento aterrador y sin aliento. El aire silbó entre los dientes apretados de Sophie mientras el estómago se le revolvía peligrosamente en las tripas. Podía ver el destello de árboles y edificios pasar a toda velocidad junto a su ventanilla, así que cerró los ojos, esperando a que la horrible sensación de flotar la abandonara. Finalmente, el avión se niveló y la gravedad volvió a la normalidad, y su trasero volvió a asentarse en el asiento.

Al darse cuenta de que la mano que agarraba la de Mac le dolía, hizo una mueca de disculpa mientras él movía los dedos para devolverles la sensibilidad.

—Lo siento —susurró Sophie—. Volar me asusta.

—Me di cuenta —respondió Mac, rozando con un pulgar la mandíbula de Sophie—. Mucha gente tiene miedo a volar. Es completamente normal.

—Ahora que el avión parece volar estable, no es tan horrible. Creo que me pondré bien — Sophie volvió a hacer una mueca—. Bueno, hasta que empecemos a aterrizar, imagino.

Sophie se fijó por fin en su entorno. El interior del avión era de tonos blancos y grises, lo que le daba una sensación de lujo moderno. Mac y Sophie estaban sentados en dos suaves sillones de cuero blanco, con una mesa entre ellos y dos asientos idénticos vacíos. Al otro lado de un pequeño pasillo, Ruby estaba sentada en una única silla reclinable con una mesita auxiliar. Más adelante, Sophie podía ver un salón con un sofá curvo y más asientos.

Ahora que su pulso atronador no era lo único que podía oír, Sophie empezó a escuchar la conversación entre Ruby y Mim.

—Si has terminado de beber, ¿quieres que te traiga la documentación y los expedientes de esta misión?

Ruby empezó a sugerirle que le trajera un segundo vaso de burbujas en vez de “basura del trabajo”, pero Mac la interrumpió.

—No más alcohol, por ahora, Ruby. Vamos contrarreloj. Mim, te agradeceríamos que nos lo trajeras todo.

Ruby hizo un mohín, pero tanto Mac como Sophie la ignoraron.

Un momento después, Mim regresó portando tres carpetas que les entregó. Al abrir el grueso paquete, Sophie vio que encima había un itinerario para los dos días siguientes. Al pasar la página, Sophie empezó a leer los detalles de su tapadera y sus antecedentes inventados.

—Me llamo Sadie.

—El mío es Riley —respondió Ruby—. Seguro que eligieron nombres parecidos a los nuestros reales, así es menos probable que metamos la pata.

Sophie asintió.

—¿Cuál es tu nombre falso? —preguntó a Mac.

—Marcus Vaughn —respondió, confirmando la teoría de Ruby. Marcus Vaughn se parecía lo suficiente a Malcolm Volpes como para que Sophie confiara en que recordaría el nombre falso. Además, si se equivocaba, probablemente la mayoría de la gente ni se daría cuenta.

Sophie estaba leyendo el documento cuando la mano de Mac señaló una frase a mitad de página.

—Eres mi trofeo —bromeó, ganándose una mirada sucia de Sophie. Volvió a la portada que tenía que memorizar, ignorando a su molesto novio.

—Dios. Mío —jadeó Sophie—. Se supone que *las dos* somos tu trofeo. Qué asco. Eso no me gusta nada —se acercó y señaló el pasaje del documento que Mac tenía en las manos para devolverle el favor de hacía un momento.

—Espera. ¿Qué? —Ruby soltó una carcajada de placer.

Mac escaneó el documento mientras Ruby se doblaba en su asiento, muerta de risa. Sus ojos se abrieron cómicamente antes de gemir derrotado.

—Bueno, tiene sentido, supongo. Tenemos que llamar la atención de los peces gordos que dirigen los rings de lucha. Hacerles creer que somos interesantes y que vale la pena conocernos. ¿Qué mejor manera que presentarme con gemelas idénticas como mis “novias”? Seguramente causaremos un gran revuelo allá donde vayamos.

Sophie puso los ojos en blanco, pero no pudo rebatir su razonamiento.

Mim sacó tres portatrajes que distrajeron a Sophie de su estudio.

—¿Qué es esto? —preguntó Sophie mientras depositaba dos bolsas en los asientos situados frente a los suyos. Antes de que Mim pudiera contestar, Ruby se levantó de la silla—. ¿Es nuestra ropa para este viaje? —chilló. Asintiendo con una sonrisa casi de suficiencia, Mim le

entregó a Ruby su bolsa de ropa.

—Ésta es la ropa para la llegada de hoy —explicó Mim—. Tengo otros conjuntos para diversas actividades, según sus necesidades. He recibido sus medidas, así que toda la ropa debería quedarles perfecta. Si hay que cambiar o ajustar algo, díganmelo. Como tenemos previsto aterrizar dentro de poco más de una hora, les sugiero que se cambien pronto —aconsejó Mim—. Deja que les traiga los zapatos y el maquillaje. Enseguida vuelvo.

Sophie casi no pudo oír las palabras de Mim por encima de los chillidos de excitación de Ruby mientras abría la bolsa y empezaba a examinar su contenido.

¿De dónde ha sacado nuestras medidas? se preguntó Sophie en silencio.

Con un sentimiento de resignación, Sophie cogió las bolsas, entregándole la que tenía el nombre de Mac en una pequeña etiqueta. Volvió a sentarse y dejó la bolsa sobre la mesa, la abrió y miró en su interior. Un brillo metálico llamó su atención de inmediato. Al abrir las dos solapas, vio un vestido dorado encima. No se sorprendió al ver que era un vestido ajustado y demasiado corto. Consiguió abstenerse de preguntar dónde estaba el resto: Sophie sabía que tenía que hacer el papel de barbie del malo.

—Un vestido de tirantes —arrulló Ruby—. Mira qué escote tan pronunciado. Vamos a estar buenísimas.

Los vestidos estaban hechos de tiras entrecruzadas de material metálico elástico en tonos dorado, bronce y cobre. Al tirar del material, Sophie se sintió aliviada al ver que tenía algo de elasticidad. Al menos podría respirar.

Una mirada de preocupación cruzó el rostro de Ruby.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sophie.

Ruby se encogió de hombros.

—No sé dónde voy a esconder mis armas.

Sophie llevaba el cuchillo atado al tobillo bajo los vaqueros y la pistola eléctrica en el bolsillo. Volvió a mirar el vestido y, en silencio, estuvo de acuerdo con Ruby. No podría esconder un paquete de chicles entre la ropa, y mucho menos sus armas. Con suerte, Mim incluyó algún tipo de bolso.

—Me quedo con todo esto —anunció Ruby, acariciando el vestido con codicia—. Ahora es mío.

Sophie estaba esperando a que empezara a llamarla su preciosa y a sisear a la gente.

En el fondo del bolso había un estuche con algunas joyas: pendientes largos y colgantes, pulseras, un collar y un brillante bolso de mano negro. Sophie se sintió aliviada de que el bolso fuera lo bastante grande para guardar su cuchillo y su pistola eléctrica, pero no mucho más. Mirando a Ruby, Sophie se dio cuenta de que todo lo que le habían dado combinaba perfectamente con lo suyo. Iban a darle mucho juego a lo de las gemelas idénticas.

Al apartar el vestido, Sophie se dio cuenta de que había otra prenda debajo de la percha.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Sophie, levantando lo que parecía ser algo del tamaño de una muñeca. Era de color carne, tenía un tacto rígido y elástico, y se parecía vagamente a algo que llevaría un luchador olímpico.

—Es una prenda moldeadora. No querrás bultos antiestéticos bajo el vestido —explicó Mim, que parecía ligeramente escandalizado mientras Sophie agitaba la prenda interior.

—Es un aparato de tortura —argumentó Sophie, con tono malicioso y petulante.

—Dios mío, bebé grande. ¡Ve a ponértelo! Y mira a ver si encuentras tus bragas de niña grande para acompañarlo —le espetó Ruby, dirigiéndose al cuarto de baño del jet para vestirse—. *Menuda niñita* —oyó Sophie que refunfuñaba Ruby en voz baja justo antes de entrar en el

baño.

Haciendo gala de una notable moderación, Mac guardó silencio tanto sobre el vestido como sobre la aparente cobardía de Sophie. Echó un vistazo para ver qué ropa le habían proporcionado a Mac: dentro de su bolsa había un traje negro de aspecto caro con camisa blanca y corbata azul real. Mac ignoraba la ropa y pasaba el pulgar admirado por la esfera de cristal de un reloj de aspecto pesado. El brillo avaricioso de sus ojos hizo pensar a Sophie que Mac podría estar siguiendo el ejemplo de Ruby y no pensaba devolver el costoso accesorio cuando terminara la misión.

—¿Has llevado tacones alguna vez? —Mim se acercó con cautela, tendiéndole una caja de zapatos a Sophie, como si esperara que arremetiera contra ella.

—Sí —respondió Sophie, intentando no sentirse molesta por la pregunta de Mim. Probablemente era una preocupación válida. Cogió la caja de zapatos. Al abrir la tapa, vio que los zapatos eran unos brillantes tacones de aguja negros con muchas tiras diminutas y un tacón intimidantemente alto y delgado como un lápiz. Al ver el calzado, Sophie supo que sus pies la matarían antes de que acabara el día.

Un minuto después, Ruby salió del baño. Se puso el vestido dorado y Mim la aplaudió.

—Me queda perfecto. ¿Tengo un ojo o tengo un ojo? —no preguntó a nadie en particular.

Sophie se dirigió al cuarto de baño agarrada a su nueva ropa.

El cuarto de baño era más bonito y ligeramente más espacioso de lo que había imaginado. Sin embargo, seguía siendo más pequeño que el de Cafecita. Maniobrar para ponerse la ropa interior se convirtió en una batalla inesperada. Casi se golpea la cabeza contra el lavabo cuando se agachó para deslizar los pies por los agujeros de las piernas, y luego se golpeó el codo contra la puerta al intentar ponerse la ropa interior de Satán por encima del culo. Estaba sudando y sin aliento cuando consiguió pasarle los tirantes por encima de los hombros. De repente, Sophie comprendió lo que debía de sentir una salchicha al ser embutida en su tripa.

El vestido se deslizaba con mucha más facilidad que la prenda moldeadora, deslizándose sobre sus curvas con facilidad. Al mirarse en el espejo, Sophie tuvo que admitir que el vestido era favorecedor, aunque la hiciera sentir como una impostora. Todo el mundo se daría cuenta de que no pertenecía a ese mundo con solo una mirada. Siempre se había enorgullecido de ser una zorra dura y sin pelos en la lengua, y ahora no creía que pudiera fingir ser una mujerzuela tonta y vacía.

Apoyando ambas manos en la encimera del lavabo, Sophie se inclinó hacia el espejo, mirándose fijamente a los ojos marrones. Su expresión parecía tensa e insegura.

—Contrólate. Te necesitan —se sacó la lengua a sí misma antes de exhalar un suspiro y deslizarse sobre los tacones de aguja.

Sophie salió del baño, intentando ocultar su cara de zorra. No quería herir los sentimientos de Mim, que solo hacía su trabajo.

—Estás preciosa —alabó Mim, probablemente notando los nervios de Sophie.

—Excepto por la expresión de su cara —se burló Ruby—. Te pareces a ese video que vi de un gato molesto al que alguien había intentado bañar.

Sophie tuvo el impulso de dar un pisotón de rabieta, pero temía romperse el tobillo.

—Ni siquiera puedo agacharme con este vestido sin mostrar al mundo mis bienes —se quejó Sophie.

—Pues no te agaches —le espetó Ruby, que parecía enfadada por la actitud de Sophie.

Sophie intentó pasar rozando a Mim, ignorando a su hermana, pero él la detuvo.

—¿Puedo ver tus manos?

Sophie esperó a que Mim la examinara. Cogiéndole las manos con delicadeza, les dio la vuelta para poder mirarle las uñas. Se burló de su estado.

—Te comes las uñas. Ah, bueno, no hay tiempo para arreglarlo.

—Nadie va a mirarme las manos —gruñó Sophie, apartando las manos de las de Mim e indicando su forma vestida.

—Cierto —concedió antes de volver a centrar su atención en Ruby.

Cuando se acercó a su asiento, Mac levantó la vista de su expediente. Sus ojos recorrieron su figura con admiración, con calor en la mirada. A Sophie se le encogió el corazón. Por supuesto, él preferiría esa mirada. ¿Qué hombre no lo haría? Pero Sophie nunca sería así. Tampoco tenía ganas de fingir. Tómalas como era o no la tomes.

Cogiéndole la mano, Mac se la llevó a los labios.

—Estás preciosa, hellraiser. Pero ya echo de menos las botas de combate.

La afirmación de Mac calmó sus nervios mejor que ninguna otra cosa: ella le gustaba precisamente por lo que era. No iba a preferirla como una bomba de repente.

—Supongo que también querrán que vayamos a juego con el maquillaje —dijo Ruby, señalando el estuche rosa que había aparecido en la mesa mientras Sophie estaba en el baño.

—Sí —confirmó Mim—. ¿Con qué tipo de look te sientes cómoda? Quiero algo que puedas recrear por ti misma.

Sophie solía maquillarse con discreción, aunque le gustaba un buen ojo de gato. Rezaba sinceramente para que eligieran algo que no les llevara horas de trabajo. Pensaba protestar con vehemencia si Mim o Ruby intentaban sugerírselo.

Haciendo un sonido pensativo, Ruby empezó a buscar inspiración en su teléfono.

—¿Qué te parece este look? —preguntó Ruby unos minutos después, mostrando su teléfono a Mim. Echó un largo vistazo a la pantalla y luego volvió su atención hacia Sophie, levantando el teléfono para poder comparar la imagen con la cara de Sophie.

—Me gusta, pero no creo que funcione. Es demasiado blanda. Mírala —dijo señalando a Sophie—. Parece dispuesta a masticar balas. Juguemos con eso. Busca algo fuerte, casi agresivo.

Un minuto después, Ruby hizo un ruido triunfal antes de devolverle el teléfono a Mim. Éste le hizo un gesto de aprobación.

—Sí. Esto es perfecto. El labio rojo y el ojo esfumado... Hará que parezcan inaccesibles. Eso encajará bien con sus personajes.

Ruby se acicaló ante los elogios de Mim.

Sugirió a las hermanas que se recogieran el pelo negro en coletas elegantes a juego, pero Ruby se negó rápidamente. Aún no le había crecido del todo el pelo después de que le afeitaran una parte en Murias. El tatuaje aún era visible bajo la pelusa negra. Lo último que necesitaban era que alguien viera el sigilo tatuado en su cráneo.

Mientras Mac iba a cambiarse de ropa, Ruby se deslizó en su silla libre y se puso a trabajar en la cara de Sophie. Sophie sonrió al ver cómo Ruby alineaba una plétora de pinceles en ordenada fila sobre la mesa, como una artista obsesiva que se dispusiera a crear una obra maestra.

Mientras Ruby maquillaba a Sophie, Mim trajo varias maletas brillantes y de aspecto elegante.

—¿Más ropa para el viaje? —adivinó Sophie.

—Sí, también tengo que transferir tu ropa actual a estas maletas. Una chica de alto standing tendría equipaje a juego, no esto —replicó Mim, señalando la bolsa de lona de Sophie con una mirada de desagrado. Su rostro estaba cuidadosamente inexpresivo mientras metía las camisetas

y los vaqueros de Sophie con la nueva ropa de lujo que le había proporcionado. Sophie ocultó su diversión ante su evidente angustia.

Quince minutos después, Ruby le tendió un espejo a Sophie para que viera su nuevo aspecto. Al mirarse en el pequeño espejo compacto, Sophie no pudo evitar sentirse impresionada. Tenía un aspecto... malvado, como una mezcla entre una dominatrix y una reina oscura de un mundo de fantasía. Ahora tenía que acordarse de no tocarse la cara, algo más fácil de decir que de hacer. Ruby la roció con un spray fijador y la envió a su casa.

Mac había tomado asiento al otro lado de la mesa, así que Sophie se deslizó de su silla para unirse a él al otro lado de la mesa, al lado de Ruby.

—Pareces el tipo de mujer que cortaría alegremente a un hombre. Me gusta.

Sophie le devolvió la sonrisa con una propia.

—Me lo tomaré como un cumplido. Hablando de cumplidos, has limpiado muy bien, detective Idiota —le lanzó una mirada lasciva para enfatizar sus palabras.

Mim cacareó su decepción por el estado del pelo de Mac.

—Ojalá tuviéramos tiempo para cortarle el pelo. Te sugiero que te lo peines con gomina. Este aspecto desaliñado no encaja con la imagen que intentamos proyectar.

Sophie dirigió una dura mirada a Mim. Tendría unas palabras si intentaba cambiar el pelo de Mac, que le encantaba.

Mim entregó a todos su tarjeta de visita con información de contacto por si necesitaban algo para ayudarles en su misión. Luego repasó el itinerario por última vez.

—Me haré pasar por tu ayuda de cámara y asistente personal, pero no participaré activamente en el campo. Solo estoy aquí para darte el apoyo que necesitas. Un servicio de coches te estará esperando cuando aterricemos. He conseguido reservarte una comida en Sköll. La manada de lobos Vargr es la dueña de ese restaurante. Asegúrate de dejar una propina ridículamente enorme. Queremos que te hagas notar —sugirió Mim, entregándole a Mac una brillante tarjeta de crédito negra—. El Cónclave cree que hay muchas posibilidades de que la manada esté detrás de las peleas de jaulas, así que es un buen lugar para que te vean primero. Después de comer, el coche te llevará a tu hotel. Nos encontraremos allí. Haré que los lleven a sus habitaciones todo lo que necesiten para este viaje. Cuando regresen al hotel, tendrán el resto de la tarde para buscar el mural. Tendrán que estar de vuelta en el hotel a las cinco y media como muy tarde para que podamos prepararos para sus reservas para cenar. Comerán en un local propiedad de un clan de osos que tiene vínculos con la mafia local. Después, irán a un casino propiedad de los basiliscos. Todos estos planes son algo flexibles en función de las pistas que encuentren. He incluido instrucciones sobre cómo jugar al blackjack y a la ruleta, así que les sugiero que lean sobre ellos y se ciñan a esas mesas. No son juegos complicados, así que podrán encajar fácilmente con los demás grandes apostadores.

Mientras Mim hablaba, Sophie guardó sus armas y el pintalabios rojo sangre en su bolso.

—¿Qué puedes decirnos de la manada Vargr? —preguntó Mac.

—He incluido algo de información sobre ellos, pero les daré un resumen rápido. El alfa de la manada es un lobo metamorfo llamado Aksel Johansen. No está casado y no tiene hijos. Aún no ha nombrado heredero, por lo que todos los miembros de la manada se pelean por ser su favorito, pero históricamente esto ha causado cierto malestar entre las filas. Sin embargo, Aksel gobierna con puño de hierro y aplasta la rebeldía con una brutalidad decisiva. Según nuestra información, es arrogante, calculador e inteligente. La manada remonta sus raíces a la región escandinava, principalmente Noruega, y se toman esa herencia muy en serio. El nombre Vargr se traduce literalmente como “lobo”. Creen que son descendientes directos de Fenrir; no es que haya

pruebas de que Fenrir existiera realmente, pero se mantienen firmes en esta creencia. Incluso el nombre de su restaurante, Sköll, es el nombre de uno de los hijos de Fenrir.

—Entendido —respondió Mac, pasando a la página de su paquete sobre la manada de lobos—. Si tenemos ocasión, alimenta su ego con la herencia vikinga de la manada.

Dentro del paquete había una foto del alfa y de varios de sus principales miembros de la manada. Sophie se tomó un momento para mirar cada foto, memorizando sus rostros.

Cuando terminó la conferencia de Mim, Sophie se quitó los tacones y recostó el asiento todo lo que pudo. No creía que pudiera dormir, dado lo apretada que estaba la ropa, pero al menos podía descansar los ojos. Ahora sabía cómo se sentía una momia.

CAPÍTULO 7



Parecía que Sophie apenas había cerrado los ojos cuando alguien la sacudió para despertarla. Estaba un poco enfadada; había tenido un sueño encantador en el que leía un libro en el porche, con un gato naranja acurrucado en su regazo. Por una vez, no había asesinatos ni caos en sus sueños. Sophie abrió los ojos y miró a su alrededor sintiéndose grogui. Una lanza de espanto aceleró el corazón de Sophie hasta que recordó dónde estaba.

—Vamos a aterrizar pronto —explicó Mac.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera?

—Algo más de treinta minutos. Lo siento.

—No. Está bien. Más de lo que pensaba que iba a conseguir. He vuelto a soñar con la otra esquirla.

—¿Cuál? —preguntó Mac.

—No con La Perra Corporativa, la otra. No me dio ninguna pista sobre quién era. Estaba leyendo y tenía un gato en el regazo.

—Deberías escribirlo, de todos modos. Por si acaso —sugirió Mac.

Levantando la silla hasta colocarla en posición vertical, Sophie miró a su alrededor. Parecía que debería estar oscuro, pero el cielo estaba brillante y azul al otro lado de la ventana. Cogió su bolso, sacó su diario de sueños y anotó rápidamente los detalles.

—¿Has dormido lo suficiente? Ya le he dicho a Mim que no era negociable que te echaras una siesta después de comer —dijo Mac.

—Mac —Sophie pronunció su nombre lentamente, con una advertencia en la voz—. Soy una adulta que puede determinar cuánto puedo soportar. Agradezco tu preocupación, pero voy a estar bien. Además, no sabemos qué puede aparecer en el almuerzo. Es posible que no podamos elegir si dormo la siesta o no. Encontraré tiempo de sobra para recuperar el sueño, aunque tenga que echar pequeñas siestas de gato cuando pueda.

Por la tozudez de su mandíbula, Sophie supo que sus palabras no habían hecho mella en Mac. Mientras no lo llevara demasiado lejos e intentara apoderarse de su vida, Sophie le permitiría esa actitud protectora.

El avión se inclinó bruscamente, haciendo que Sophie diera un grito ahogado y se agarrara a los reposabrazos con fuerza. Mac puso una de sus manos sobre la de ella.

—No pasa nada, Soph. El piloto está alineando el avión con la pista. Todo habrá terminado en unos minutos.

Sophie no creía que fuera posible, pero el aterrizaje fue peor que el despegue. La presión se

le acumuló en los oídos hasta que Mac le enseñó a reventarse los tímpanos apretándose los orificios nasales y soplando. Lanzó un chillido indigno cuando las ruedas del avión tocaron la pista y rebotaron durante un momento aterrador y sin aliento antes de tocar tierra y quedarse allí. Entonces el avión frenó con tanta fuerza y rapidez que Sophie fue sacudida hacia delante y luego de vuelta a su asiento.

Cuando el jet se detuvo por fin ante un gran hangar, a Sophie le dolían las manos de tanto agarrar el reposabrazos y la mano de Mac.

—Lo siento —dijo Sophie cuando vio que Mac intentaba sacudirse los dedos discretamente.

—No es nada. Sin embargo, para que lo sepas, ahora estás oficialmente de servicio para eliminar arañas. Nos cuidamos mutuamente, y como mi novia, ahora tienes que acabar con todas las arañas.

—¿Te dan miedo las arañas? —preguntó Sophie, cuyo cerebro era incapaz de calcular que Mac —a quien había visto luchar contra metamorfos mucho más grandes que él sin vacilar— tuviera miedo de unos bichitos diminutos.

—No *me dan* miedo las arañas. Solo creo que son espeluznantes... patitas peludas y ojos inquietantes. Y la forma en que se mueven —argumentó Mac, dando un escalofrío casi delicado.

Sophie abrió la boca para burlarse de Mac, pero cambió de opinión. Después de todo, él no se había burlado de ella por estar asustada durante el vuelo.

—De acuerdo, trato hecho. Tienes que llevarme de la mano en los aviones y yo me encargaré de las tareas de eliminación de arácnidos.

Mac le dedicó una sonrisa y le estrechó la mano, sellando el trato.

El avión se detuvo suavemente. Al mirar por la ventanilla, Sophie vio un todoterreno negro que brillaba bajo un sol radiante, esperándolas fuera del avión. Mientras Mim salía de la parte trasera del avión, Sophie abrió el portatrazos y se puso las joyas. Con un suspiro interno, volvió a calzarse los zapatos de tacón, gratamente sorprendida de que no le apretaran los dedos. Pero sabía que cuando acabara el día, probablemente le dolerían los pies como locos.

—¿Tienen todo lo que necesitan? —preguntó Mim. Cuando todos asintieron, los condujo hacia la salida—. Tienen mi número. Llamen si necesitan algo. Si no, los veré en el hotel cuando terminen de comer. Tengo la habitación al otro lado del pasillo de su suite. Solo tienen que llamar a mi puerta cuando vuelvan.

Abrió la puerta de salida y el calor del desierto abofeteó a Sophie en la cara. Sentía como si hubiera metido la cabeza en un asador. Sophie hizo una mueca y el sudor empezó a acumularse en la parte baja de su espalda casi de inmediato. El vestido se le pegaba a la piel, y aún no había salido del avión.

Sophie bajó las escaleras lo más rápido que le permitieron sus tacones, deseosa de entrar en el coche con aire acondicionado antes de que el maquillaje empezara a derretirse en su cara. Las olas de calor brillaban sobre el asfalto, haciendo que todo el suelo pareciera en movimiento.

Mac y Ruby se deslizaron dentro del coche, pisándole los talones, cerrando de golpe la puerta del coche contra el calor. Mac se quitó la chaqueta y Ruby agitó las manos delante de la cara, intentando refrescarse.

—Jesús, solo estuvimos fuera un minuto —se quejó Ruby—. ¿Cómo puede vivir alguien aquí?

—Supongo que te acostumbras. He oído que Las Vegas ha tenido un gran auge demográfico en los últimos años —respondió Mac.

Ruby no contestó; estaba demasiado ocupada intentando darle directamente en la cara una rejilla de ventilación del aire acondicionado.

Una brillante mampara negra entre los asientos traseros y el conductor se deslizó hacia abajo, revelando a un hombre mayor con una clásica gorra de chófer.

—Voy a ser su chófer mientras estés en la ciudad. Me llamo Harvey. Me han dicho que se dirigen a comer a Sköll. ¿Es cierto?

—Sí, así es, Harvey. Soy Ru-Riley —corrigió Ruby con suavidad—. Ésta es mi hermana Sadie. Y éste es Marcus.

—Encantado de conocerte, Harvey. Eso es todo por ahora —dijo Mac, con aire preocupado.

Harvey asintió y subió la mampara sin decir nada más. El coche arrancó con un zumbido silencioso, alejándose del hangar y dirigiéndose a su destino.

—Eso ha sido un poco grosero —se quejó Ruby, pinchándole el hombro a Mac.

—Tenemos un papel que desempeñar. No creo que los grandes apostadores se hagan amigos de sus chóferes —recordó Mac suavemente a Ruby.

—Oh Dios, tienes razón. Ya lo había olvidado. ¿Cómo debemos interpretar nuestros papeles? —preguntó Ruby, volviéndose hacia Sophie, frotándose las manos como si fuera la caricatura de una villana malvada—. Estoy pensando en una mujer fatal —Ruby se revolvió el pelo por encima del hombro, intentando lanzar a Sophie una mirada mortífera, pero rompió a reír.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso —dijo Sophie con una risita—. Voy a fingir que soy Amira después de que su cita intentara pedirle la cena en vez de preguntarle qué quería.

Ruby soltó una risita.

—Eso es perfecto. Puede destripar a un hombre con solo una mirada. Cada vez que no sepamos qué hacer, pensemos en QHA: Qué Haría Amira.

Sophie balbuceó, casi ahogándose con el aire. Tendría que recordárselo a Amira.

—Mi plan también es decir lo menos posible. Así se reducen las posibilidades de que diga alguna estupidez. No encajo exactamente en este tipo de círculos sociales, ya que paso más tiempo con cadáveres que con personas vivas.

—Deberías salir más —se burló Ruby.

La conversación se apagó mientras las hermanas miraban por la ventanilla del coche, observando ávidamente las calles de la ciudad.

A Sophie le sorprendió que apenas tardaran veinte minutos en girar hacia la avenida principal de Las Vegas. Pasaron por delante de un casino tras otro, cada uno más grande y grandioso que el anterior. A Sophie solo le resultaba familiar el Bellagio, pero había oído los nombres de la mayoría de los demás hoteles/casinos: Caesars Palace, Luxor, Planet Hollywood... El coche aminoró la marcha, se apartó del tráfico y se detuvo ante un edificio de cristal y cromo que parecía estar adosado a un casino.

Sophie vio cómo un hombre vestido con un traje negro almidonado salía de detrás de un pequeño estrado y se acercaba a la puerta de su coche para dejarles salir.

—Muy bien, hagámoslo. Pon cara de zorra —dijo Sophie a una sonriente Ruby, pensando una vez más en Amira.

Ruby le dedicó una sonrisa como si estuviera impaciente por empezar. Sophie no se sentía tan segura. Mac le había dicho varias veces que tenía una cara de póquer terrible. Sus sentimientos solían reflejarse en su expresión.

—Hagámoslo. Espera, espera. ¿Tengo pintalabios en los dientes? —preguntó Ruby, enseñándole los dientes a Sophie.

—No, estás bien.

Mac salió primero y esperó con cara de arrogancia y fastidio mientras el asistente ayudaba a las hermanas a salir del coche. Cuando el asistente regresó al estrado, Mac lo detuvo y le puso

subrepticamente un billete en la mano.

Sophie observó que el empleado echaba un vistazo a la factura y luego le dedicaba a Mac una amplia sonrisa. Luego se apresuró hacia la puerta de cristal y la mantuvo abierta para que entraran.

El trío entró en la recepción del reluciente restaurante, actuando como si fueran las dueñas del lugar. Mac rodeó con un brazo la cintura de cada hermana, manteniéndolas cerca y quedando entre ellas.

—¿Nombre? —preguntó la mujer, que apenas levantó la vista del monitor del ordenador para mirar a Mac antes de fijarse en Ruby y Sophie. Los ojos de la mujer se abrieron cómicamente antes de detenerse en las manos de Mac, que descansaban sobre la cadera de cada hermana. Sophie fingió no darse cuenta ni preocuparse por la mirada de la mujer.

—Marcus Vaughn —respondió Mac.

La azafata miró a Mac y luego de nuevo a la pantalla de su ordenador.

—Sí, tenemos tu reserva. Su mesa está lista, señor —hizo señas a otro hombre con un traje que hacía juego con el atuendo del encargado del aparcamiento. El hombre se acercó, hizo una reverencia y les pidió que le siguieran hasta su mesa.

Sophie miró al frente mientras paseaban por el restaurante, ignorando el murmullo de los comensales. Por dentro, quería quedarse boquiabierta ante la ostentosa decoración, pero Sophie endureció el rostro y adoptó una expresión de indiferencia.

El restaurante parecía estar separado en salas parciales para dar a los clientes una sensación de intimidad. Cada “sala” estaba llena de cuatro o cinco mesas redondas cubiertas con un mantel blanco. Los tabiques eran de madera rubia brillante, lo que daba al restaurante un aire minimalista escandinavo. De todas las paredes colgaban bellas obras de arte; incluso varias parecían mostrar reliquias y artefactos antiguos. Al pasar junto a lo que parecía una enorme losa de piedra cubierta de tallas simplistas, Sophie deseó desesperadamente no estar fingiendo ser una reina de hielo para poder contemplar cada obra de arte con tranquilidad.

La mayoría de las mesas del restaurante estaban ocupadas por hombres con elegantes trajes y mujeres con vestidos no muy distintos a los suyos. Al pasar, Sophie pudo oír cómo las conversaciones se acallaban a su alrededor. *Bueno, queríamos causar impresión*, pensó Sophie con amargura. *Misión cumplida*.

Su escolta se detuvo junto a una mesa situada en una alcoba que aún permitía ver gran parte del restaurante. La mesa les proporcionaba espacio e intimidad del resto de los clientes, pero al mismo tiempo exponía a sus ocupantes. Allí se sentaba alguien que quería presumir, lo cual era perfecto.

—Nuestra mejor mesa —explicó el anfitrión, con orgullo en la voz.

Intentó quitarle el asiento a Mac, pero éste le hizo señas para que se apartara. Entonces el hombre se escabulló por la mesa hacia Ruby, retirándole el asiento. Ruby ocupó la silla, sentándose con la espalda rígida, sin siquiera reconocer al hombre. Sophie la siguió, sintiéndose fatal por su descortesía, pero decidida a clavar su papel de seductora distante.

Con una floritura, el hombre les entregó un menú a cada uno. Era una sola hoja de papel grueso y elegante sujeta a un soporte encuadernado en cuero.

Sophie miró el menú que le habían entregado. Se preocupó por no saber qué pedir cuando se dio cuenta de que el menú no contenía opciones gastronómicas entre las que elegir; era simplemente una lista en la que se describían los platos que les servirían. En realidad, fue un pequeño alivio. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de que en el pesado trozo de papel figuraban siete platos, más el postre. Aquella comida iba a poner a prueba la resistencia

de su Spanx. Dejó que sus ojos se deslizaran hacia abajo y observó varias opciones conocidas, como el filet mignon y las vieiras, pero había otras cosas, como el gravlax y el rugbrød, que no le resultaban familiares.

Unos minutos después de que desapareciera el primer hombre que los había sentado, un nuevo hombre vestido con otro traje negro se acercó a la mesa, con una gruesa carpeta de cuero en las manos.

—Nuestra carta de vinos, señor —explicó con deferencia, abriendo la carpeta para Mac.

Mac hojeó algunas páginas, como si supiera lo que hacía. Como Sophie sabía a ciencia cierta que Mac era un firme aficionado a la cerveza, supuso que estaba fingiendo, de forma convincente. Le hizo un gesto al sumiller para que se acercara y le pidió una recomendación.

—Algo que complementa la comida —dijo Mac.

—Por supuesto —respondió el hombre. Inclinando la cabeza sobre la lista, debatieron las opciones, hablando de cosas como los toques de grosella y la “sensación en boca”. Cuando Mac hizo una elección, el brillo avaricioso de los ojos del sumiller hizo pensar a Sophie que Mac había elegido algo muy caro.

El sumiller regresó rápidamente, con una botella de vino en una mano y una toalla blanca colgada del otro brazo. El hombre y Mac se dedicaron a comprobar el corcho y a agitar un poco de vino tinto en la copa. Tras oler el líquido rojo oscuro y beber un sorbo, Mac asintió al hombre. Luego les sirvió un vaso a todos.

Sophie cogió su copa de vino y le dio un pequeño sorbo. Sabía a... vino. Un buen vino, pero preferiría un whisky caro si le daban a elegir. Era más barato.

Sophie no sabía qué había estado esperando, pero en general era como cualquier vino tinto que hubiera tomado antes. Esperaba algo transformador. La bebida estaba buena, pero solo era vino. Probablemente tenía el paladar de un perro callejero. Quizá Ruby tuviera un paladar refinado y pudiera apreciarlo mejor. Tomó nota mentalmente para preguntarle más tarde.

Un camarero se detuvo junto a la mesa y les explicó que el menú era una fusión de influencias escandinavas con técnicas culinarias francesas de alta gama. Les dijo que el primer plato saldría enseguida.

Un pequeño enjambre de camareros se acercó a la mesa, cada uno con un plato cubierto por una cúpula plateada. Los tres camareros deslizaron los platos de comida delante de ellos en un movimiento coordinado y practicado. Dos de los camareros se marcharon, mientras que uno se quedó para explicar el plato. Sophie puso una expresión de vago aburrimiento y rezó para que nadie oyera rugir su estómago. Vigiló a Mac con el rabillo del ojo, siguiendo su ejemplo.

Cuando Mac cogió un tenedor, Sophie hizo lo mismo, mirando por fin la comida que tenía delante. En el centro del plato había un trocito de salmón ahumado sobre una tortita de patata, con un pequeño remolino de microgreens posado encima del pescado. Rodeando el único bocado de comida había algo que el camarero llamó espuma de arándano rojo.

Aunque estaba hambrienta y el plato apenas era más que un bocado, Sophie lo cortó en pequeños cuartos. Colocó con cuidado un trozo de comida en el tenedor y dio un bocado lento y delicado. El sabor explotó en la lengua de Sophie: ahumado, salado y cremoso, con un toque de bayas dulces. Sophie se tragó su gemido de placer junto con la comida.

Sophie terminó el primer plato a mordiscos lentos y medidos. Casi en cuanto dejó el tenedor, un camarero apareció junto a ella, barriendo el plato ya vacío.

Los seis platos siguientes se sucedieron de forma similar. La mayoría de los platos parecían centrarse en el marisco. Cada plato consistía en un diminuto bocado de comida sentado en un plato o en un cuenco, que parecía una pequeña obra de arte pretenciosa. Todo era colorido y

delicioso, solo que... pequeño. A Sophie le costó un esfuerzo considerable no preguntarse dónde estaba el resto de la comida.

La comida transcurrió casi en silencio para el trío, aparte de que Mac preguntaba de vez en cuando a Sophie y Ruby qué les parecía algún plato.

Mientras los camareros deslizaban los postres delante de ellos, Sophie vio una cara que le resultaba familiar. Tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de uno de los miembros de la manada de Aksel del dossier. Aclarándose la garganta con delicadeza, Sophie se aseguró de llamar la atención de Mac. Señaló sutilmente con la cabeza al metamorfo que pasaba por delante.

—¿Quieren ir al casino esta noche? Podríamos probar suerte en los dados —preguntó Mac, lo bastante alto como para que el metamorfo le oyera.

—¿Otra vez? —se quejó Sophie con un mohín exagerado. Estaba muy avergonzada por su tono, pero Sophie tenía un papel que desempeñar—. ¿No podemos hacer algo más emocionante? Ya hemos jugado. Quiero algo nuevo —quizá el metamorfo oyera su conversación y les ofreciera la experiencia inédita de ver una pelea de metamorfos en una jaula. Era una posibilidad muy remota, pero ¿qué daño podía hacer?

Mac captó su intención inmediatamente.

—¿Qué quieres hacer, cariño?

—No lo sé. Algo nuevo. Me muero de ganas —respondió Sophie, con un tono lastimero y mocos, moviendo el tenedor alrededor de su postre sin probar bocado.

Sophie observó por el rabillo del ojo cómo el metamorfo lobo se desviaba hacia su mesa. Fingió mirar fijamente a Mac, contemplándolo con adoración. La mínima sonrisa en la comisura de los labios de Mac le dijo a Sophie que sus travesuras le divertían.

El metamorfo se detuvo junto a la mesa y, con su mirada penetrante, observó a Sophie y a Ruby antes de dirigir su atención de ojos ámbar a Mac.

—Siento interrumpir, pero no he podido evitar oír su conversación. Quería presentarme. Me llamo Lars Pedersen. Soy el director general de este restaurante —Lars tendió la mano para estrechar la de Mac.

—La comida estaba deliciosa —respondió Mac, estrechando la mano de Lars—. Debes de estar muy orgulloso de este establecimiento.

Sophie miró al metamorfo, tomándole la medida. Era una figura corpulenta con su traje de aspecto caro. Los hombros de la chaqueta parecían esforzarse por contener su volumen. A los ojos inexpertos de Sophie, parecía un mafioso. Por otra parte, toda su experiencia con la mafia provenía de ver películas de cine negro con Mac.

Mientras los dos hombres intercambiaban cumplidos, Ruby extendió la mano para estrechársela, pero Lars fingió no verla, ignorando el brazo extendido de Ruby. Tras un momento incómodo, Ruby dejó caer la mano sobre su regazo. ¿Cómo iba a sacarle una lectura si no le daba la mano?

Sophie no podía decidir si Lars no era más que un imbécil sexista o si se trataba de algún extraño asunto de no tocar la “propiedad” de Mac. En cualquier caso, a Sophie no le gustaba.

Imbécil, pensó Sophie, manteniendo su aversión hacia Lars totalmente alejada de su rostro.

Necesitando hacer algo, Sophie se levantó de repente, haciendo que Mac y Lars dirigieran su atención hacia ella.

—Oh, lo siento, caballeros. Necesito usar el baño de señoras. Riley, ven conmigo.

Quizá el imbécil del metamorfo lobo hablaría más abiertamente una vez que los “humanos” hubieran abandonado la sala. Sophie empezó a alejarse a grandes zancadas, en dirección a donde creía que podrían estar los baños. Ruby se levantó para seguirla, pasando junto a Lars. Cuando

empezó a pasar junto a él, fingió tropezar, chocando con el hombre.

Lars cogió a Ruby por el codo. Ella se lo agradeció en tono coqueto, apoyando la mano en su hombro para recuperar el equilibrio. Cerca del vestíbulo, Sophie vio un discreto letrado que indicaba los aseos. Cuando entraron en el baño revestido de mármol, Sophie comprobó rápidamente las cabinas para asegurarse de que estaban solas.

—Está despejado —informó Sophie a Ruby—. ¿Le has hecho una lectura a ese imbécil?

—Lo sé, ¿verdad? ¿Muy grosero? —Ruby sacudió la cabeza, disgustada—. ¿Has visto cómo me ha soltado la mano como un bicho raro, ignorando mi petición de un apretón de manos?

—Sí. Era difícil no verlo. ¿Pero viste algo?

—Vi muchas cosas, pero no lo que buscamos —respondió Ruby.

—Maldita sea, qué pena. Vale, podemos hablar del resto en el coche o en el hotel. No creo que sea algo de lo que debemos hablar aquí —sugirió Sophie, mirando el baño con desconfianza. Cuando volvieron a la mesa, Lars ya se había ido.

Mac esperó a que las hermanas volvieran a sentarse.

—Lars nos ha invitado a una de las salas de póquer VIP del casino de su manada esta noche. Puede que merezca la pena ir.

* * *

—¿CÓMO de cara era esa comida? —preguntó Sophie a Mac cuando volvieron al coche.

—Mucho —respondió él. En el menú no figuraban los precios, así que Sophie solo podía imaginar la factura final—. Por suerte, el Cónclave corre con todos nuestros gastos en este viaje.

—La putada es que sigo teniendo hambre —se lamentó Ruby, frotándose la barriga. Sophie asintió con la cabeza.

—¡Yo también! Y los metamorfo lobo dirigen ese lugar. No me puedo creer que sirvan esas porciones. Ridículo —gruñó Mac. Bajando el tabique, Mac pidió al conductor que los llevara a un local de comida rápida para comer unas hamburguesas. Cuando empezaron a salir, Sophie se sorprendió al ver cuánta comida podía consumir Mac de una sentada. Él le había explicado que los metamorfos tenían un metabolismo extremadamente alto y necesitaban una dieta rica en calorías para alimentar sus turnos.

Mac pidió al conductor que les llevara de vuelta al hotel cuando tuvieran las hamburguesas en la mano.

—Buen trabajo al ponerle las manos encima a Lars —elogió Mac a Ruby—. ¿Has visto algo?

—Nada sobre peleas en jaulas ni sobre Cooper Voss.

—Habría sido demasiado esperar. Pero no las descartemos todavía. No habrías visto nada sobre las peleas en jaula a menos que hubiera asesinado a alguien de forma que le relacionara con ellas. ¿Viste algo más digno de mención? —preguntó Mac.

—Ha matado sobre todo durante las luchas de dominación. Lo mecanografiaré todo cuando volvamos al hotel y se lo enviaré a Marcella. Pero ninguna de las muertes fue algo de lo que tengamos que ocuparnos mientras estamos aquí. Marcella puede decidir qué hacer con ellas, si es que hace algo. Su política respecto a la política interna de la manada suele ser mantenerse al margen, a menos que el alfa abuse de su poder o sus acciones pongan en peligro a los Míticos ante la humanidad.

Mac envió un mensaje de texto a Mim con una mano, haciéndole saber que estaban de camino de vuelta al hotel, metiéndose la hamburguesa en la boca con la otra.

Cuando Sophie terminó de comer, la falta de sueño empezó a afectarle. Mac se dio cuenta de que cabeceaba en su asiento y le prometió una siesta cuando llegaran a su habitación.

CAPÍTULO 8



La siesta hizo maravillas en Sophie, borrando el dolor de cabeza que se le había formado en las sienes. Se sentía ligeramente más animada, aunque necesitaría una noche entera de sueño para volver a sentirse completamente humana.

Saliendo de la habitación que compartían Mac y ella, se metió en medio de una acalorada discusión entre Mac y Mim.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sophie.

—Estamos debatiendo si aceptar la invitación a la sala de póquer VIP de Vargr esta noche o ir al casino de los basiliscos, como habíamos planeado en un principio —explicó Mim—. Creo que deberías ir al casino Vargr.

—Pero estamos bastante seguros de que la manada Vargr no está detrás de los combates en jaulas —argumentó Mac. Sophie, Ruby y Mac habían acordado en el trayecto en coche hasta el hotel que, si la manada de lobos estaba implicada en los combates en jaulas, lo más probable era que Ruby hubiera tenido al menos una visión relacionada con las peleas—. ¿Qué opinas, Soph?

Sophie se tomó un minuto para pensarlo.

—Creo que podemos ir a la sala de póquer y ver si el alfa está por allí. No tenemos que pasar mucho tiempo allí, solo hacer que Ruby trabaje en la sala. Luego podemos ir al casino de los basiliscos si los lobos no nos dan la información que buscamos.

El clan de basiliscos de Las Vegas era propietario del casino Viper, de nombre muy apropiado. El plan inicial había sido ir a ese casino después de cenar en un restaurante llamado Le Baissier Steakhouse, un local propiedad de un clan de metamorfos oso que Marcella sospechaba que estaba metido en muchas actividades ilegales. Cuando Sophie arrugó la nariz ante la idea de otra pseudocomida pretenciosa, Mim les aseguró que el asador no era tan estirado como Sköll. Mac anunció que se sentía aliviado de que le sirvieran una comida completa en vez de unos bocaditos extravagantes, aunque deliciosos.

—¿Cómo extraerá Ruby información del alfa de la manada Vargr? —preguntó Mim, con curiosidad en los ojos.

—Secreto comercial —ladró Ruby desde el otro lado de la habitación, tumbada en uno de los sofás de la suite, hojeando una revista. Cuando Mim la miró sorprendido, ella le devolvió la mirada con una sonrisa socarrona.

—Si te lo dijera, tendría que matarte —bromeó Sophie, guiñándole un ojo a Mim.

—¿Has podido alquilar un vehículo para que lo utilicemos esta tarde? —preguntó Mac, distrayendo a Mim—. No quiero utilizar un chófer para nuestra búsqueda. Crearía demasiadas

preguntas sobre por qué estamos conduciendo arriba y abajo por todas las calles del Distrito de las Artes.

—Sí, aquí tienes las llaves y un mapa. Las ventanillas están tintadas de oscuro para que no te vean, como pedimos —respondió Mim, entregándole las llaves a Mac.

Ruby se levantó del sofá y arrancó el mapa de los dedos de Mim.

—Yo guiaré. Mac, tú conduces. Y Sophie, tú vigila el mural que buscamos. Mim, ¿puedes traermme un rotulador?

Sophie fue a cambiarse el pijama por ropa de calle. Cuando salió de su habitación con la ropa normal, pensó que a Mim le iba a dar un ataque de nervios.

—Solo estamos dando vueltas. Nadie nos va a ver.

—¿Oh? ¿Y cómo piensas llegar exactamente al coche? ¿Teletransportándote? ¿Y si tienes que salir del coche por algún motivo? Tienes una tapadera; ¡no puedes romper el personaje! —exigió Mim. Sophie cedió y regresó a su habitación para ponerse un atuendo más “apropiado”, pero solo cuando Mim la amenazó con quemar sus botas de combate si intentaba ponérselas.

Sophie dejó que Mim la mimara durante unos minutos para aplacar su necesidad de jugar a disfrazarse antes de declarar que tenían que ponerse en camino.

De nuevo con un atuendo que hacía juego con el de su hermana, Sophie salió de la suite del hotel detrás de Mac y Ruby, ignorando a Mim. Sabía que estaba siendo algo infantil y que Mim no estaba del todo equivocado, pero no estaba de humor para ser razonable. Mim se recuperaría de haber sido ignorado por ella durante tres minutos enteros.

Desde el asiento trasero, Ruby dirigió a Mac hacia el Distrito de las Artes. Con un rotulador, trazó el camino por el que conducían, para que supieran con precisión qué zonas habían visitado y no se perdieran accidentalmente ninguna calle.

Mientras Mac conducía, Sophie no dejaba de mirar por las ventanillas, buscando la pintura del rostro de la mujer. Cooper había conseguido ver claramente la obra de arte, así que Sophie estaba segura de que la reconocería a primera vista.

—No podremos recorrer toda la zona esta tarde —advirtió Mac—. Tenemos poco más de una hora antes de que Mim diga que tenemos que volver al hotel y prepararnos para la cena.

Una hora y media más tarde, Sophie se sentía mucho menos segura de su capacidad para localizar el mural. Habían conducido lentamente siguiendo un patrón cuadriculado, atravesando más de la mitad del Distrito de las Artes, asegurándose de no perderse ni un solo mural, ni siquiera los más pequeños. Sophie había contemplado varias docenas de pinturas, en los laterales de los edificios, en callejones y en vallas. Incluso habían pasado junto a un artista callejero que pintaba sobre un mural existente con obras nuevas y frescas.

—¿Y si ya se ha cubierto? —se preguntó Sophie, mirando fijamente al artista mientras trabajaba con un mono manchado de pintura.

—Las probabilidades de que lo hayan pintado en las últimas cuarenta y ocho horas son bastante escasas. Yo no apostaría por esas probabilidades —aseguró Mac a Sophie. Ella asintió, sabiendo que estaba siendo paranoica.

Cuando Mac giró el coche y empezó a regresar al hotel, Ruby se animó de repente.

Cuando Sophie se giró en su asiento para mirar a su hermana, preguntándose qué la tenía tan excitada, Ruby le explicó:

—Moreen acaba de ponerse en contacto conmigo. Nos ha conseguido entradas para el primer espectáculo de esta noche. Deberíamos poder ir después de cenar y antes de ir a los casinos.

Sophie volvió a mirar a Mac.

—¿Tenemos tiempo suficiente para hacer un espectáculo?

—Está muy vinculada a la industria del entretenimiento aquí en Las Vegas —continuó Ruby—. Puede que haya oído algo. Además, el espectáculo no dura tanto. ¿Podemos irnos, por favor? —suplicó Ruby, mirándole a Sophie con ojos de cachorrito.

—Guárdate esa mirada para alguien con quien funcione. Como Larry —le espetó Sophie—. ¿Qué te parece, Mac? ¿Podemos hacer tiempo para ver el espectáculo?

—Sí, creo que deberíamos irnos. Quiero hacerle a Moreen un par de preguntas sobre la primera vez que Ruby se unió a su número ambulante —respondió Mac.

—Oye, asegúrate de no ponerte en plan detective con mi amiga y empezar a interrogarla —estipuló Ruby.

* * *

MIM LES MANDÓ que se prepararan para cenar cuando volvieran al hotel. Les advirtió que no tardaran demasiado en ducharse, lanzando a Mac y Sophie una mirada de advertencia como si fueran unos cachondos en los que no se podía confiar para que se controlaran.

Cuando Sophie salió de la ducha, encontró otro vestido ceñido sobre la colcha; éste era negro en vez de dorado. Recogió el vestido y encontró la prenda moldeadora a juego con el conjunto que llevaba debajo. Ocultando su mueca de dolor, Sophie aceptó su destino con tranquila dignidad -*como una mártir de la moda*, pensó, perpleja- y se puso la ropa que le había proporcionado Mim sin rechistar. Después de calzarse la ropa moldeadora, pareciéndose mucho a una bailarina de hula-hula con un calambre muscular, el vestido se deslizó sobre el cuerpo de Sophie como un líquido negro brillante sobre sus curvas.

Mim parecía un poco ofendida porque no hubieran quedado encantados con Sköll y la comida que recibieron en el restaurante, pero él les aseguró que disfrutarían de la cena en el asador del clan de los osos. A Sophie no le importaba especialmente. Estaba en Las Vegas para encontrar a un asesino, no para que la invitaran a cenar a cuenta del Cónclave.

Cuando se lo dijo a Mim, él le dijo que tenía que aprender a apreciar las cosas buenas de la vida. Al darse cuenta de que nunca coincidirían, Sophie untó a Mim diciéndole que tenía un sentido de la moda impecable. Después de eso, se calmó, con cara de suficiencia y satisfacción.

Cuando terminaron de arreglarse, Mim les dio las buenas noches. Se dirigieron al coche que les esperaba, colocándose sus arrogantes máscaras.

Cuando el coche entró en la avenida principal de Las Vegas, Sophie observó las brillantes luces que pasaban por la ventanilla. Al pasar por delante del Bellagio, Ruby se maravilló con el espectáculo de la fuente de agua.

—Bonito —había susurrado, con el vivo resplandor del Strip reflejándose en sus ojos y haciéndolos brillar.

El restaurante estaba más alejado de la calle principal que Sköll. Estaba enclavado en un terreno bordeado de palmeras en la mitad norte de Las Vegas, en los suburbios de la ciudad. Este restaurante seguía siendo elegante, pero tenía un ambiente mucho más relajado que el local de los metamorfos lobo. Parecía un pabellón de caza de alto nivel, con su madera oscura y áspera y su escasa iluminación. El paisaje fuera del restaurante tendía a la grava y las suculentas resistentes al desierto, en lugar de los imponentes pinos enclavados en un terreno montañoso. Aun así, de algún modo la dicotomía de una cabaña de montaña enclavada en un entorno desértico funcionaba estéticamente. Sophie no entendía cómo se podía hacer que una cabaña de caza pareciera sofisticada, pero los metamorfos lo habían conseguido.

La anfitriona las saludó y las condujo a otra mesa cubierta de manteles blancos. Sophie se dio cuenta de que cada vez le resultaba más fácil ignorar las miradas y los susurros de la gente que las veía pasar con los brazos de Mac rodeándola a ella y a Ruby por la cintura.

Esta vez, cuando les entregaron los menús, había que elegir. Después de pedir las bebidas, Mac miró el restaurante, un poco decepcionado.

—¿Qué te pasa? ¿No te apetece lo suficiente ahora que has probado la dulce vida? —bromeó Sophie en voz baja.

—Todos los miembros del personal son humanos —susurró Mac. Sophie pudo ver cómo se le encendían las fosas nasales al olfatear el aire—. Puedo oler a algunos metamorfos, pero el olor es de hace al menos un día. No están aquí.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Sophie—. Podemos llevar nuestra búsqueda a otra parte.

—No, quedémonos. Tenemos que comer de todos modos. Y quizá tengamos suerte y aparezca alguno mientras estamos aquí —replicó Mac mientras desenvolvía los cubiertos y se colocaba la servilleta de tela sobre el regazo.

Cuando terminaron sus filetes, sabían que era inútil. No había aparecido ningún metamorfo en el restaurante. Fuera lo que fuese lo que tramaban los metamorfos oso, no ocurría en el restaurante del clan. Sophie, Ruby y Mac seguían interpretando su papel de grandes apostadores gastando dinero como si fuera gratis, que técnicamente lo era. Seguían actuando por si acaso. Con suerte, se correría la voz sobre los recién llegados a la ciudad y eso haría que los malos se dirigieran hacia ellos, por improbable que fuera. Sophie casi rompió el personaje, tragándose una carcajada ante sus ridículos pensamientos. Las Vegas estaba llena de grandes apostadores; nadie que dirigiera un loco ring de lucha de metamorfos se fijaría en ellos. Estarían demasiado ocupados dirigiendo su imperio mafioso o algo así.

Después de que Mac pagara la comida, se levantaron y salieron, ignorando las miradas que los seguían.

Mientras esperaba a que el chófer se detuviera en el porche del restaurante, Sophie empezó a tiritar con su vestidito negro. Hacía unas horas que hacía un calor abrasador, pero ahora debía de hacer unos cincuenta grados. El cambio de temperatura parecía irreal.

—¿Por qué Mim no nos ha proporcionado abrigos? —se quejó Sophie en voz baja. Ruby y Sophie se apiñaron junto a Mac, intentando robarle el calor.

—Probablemente piense que arruinaría nuestro “aspecto”. Tendremos que aguantarnos. Pero le haremos prometer que mañana nos dará abrigos —prometió Ruby. Mim parecía querer a Ruby, así que si alguien podía convencerle, sería ella.

Al entrar en el coche, Sophie subió la calefacción. Un suspiro de alivio salió de su boca cuando el calor la inundó.

—¿Adónde? —preguntó Harvey, con un tono educado y reservado.

Mac dio al conductor la dirección del local donde actuarían Moreen y su compañía.

El todoterreno entró en un aparcamiento tras un breve trayecto. Mirando a su alrededor, Sophie vio un edificio blanco con la inscripción Body Shots en neón rosa brillante sobre la entrada.

—Acabo de enviar un mensaje a Moreen: la ventanilla de atención telefónica tiene nuestras entradas. No puede venir a vernos antes del espectáculo, pero me ha dicho que me quede después para que pueda pasar a saludarnos.

Mac le guio hasta la ventanilla de venta de billetes. Después de dar el nombre de Ruby a la dependienta, ésta le deslizó tres billetes.

A la derecha de la taquilla, una cola de gente esperaba en la puerta principal. Se metieron en la cola detrás de un grupo de mujeres que parecían una despedida de soltera, si se podía creer en las fajas que llevaban proclamándolas “Novia en ciernes” y “Mejores amigas de la novia”. A juzgar por las risitas y los balbuceos, la noche había empezado pronto.

La cola avanzaba lentamente, dejando entrar en el edificio a un grupo cada vez. Sophie se apretó contra el calor de Mac, deseando que se dieran prisa.

Por fin llegaron a la entrada principal. Mac entregó los billetes al hombre de la puerta, que hizo señas a una azafata para que les guiara hasta su mesa. El interior del edificio parecía una mezcla entre un club de striptease y un salón vintage de Las Vegas donde un crooner de ojos azules hubiera cantado canciones de amor. El local era una enorme sala ovalada con una larga barra dominando la parte trasera. En la parte delantera, la sala descendía en amplias terrazas escalonadas que culminaban en un escenario bañado en focos y respaldado por largas cortinas de terciopelo rojo que iban del suelo al techo. En la larga y reluciente barra, los camareros zumbaban de un lado a otro, sirviendo cócteles tan rápido como podían. El resto de la sala era como un coliseo con zonas de asientos escalonadas. En las gradas había cabinas redondeadas de respaldo alto, todas orientadas hacia el escenario. El círculo de la cabina significaba que cada grupo no podía ver a los demás ocupantes sentados en todo el edificio. Daba a cada grupo una sensación de intimidad, sobre todo con las luces bajas y ahumadas.

El ambiente en el interior de Body Shots parecía una seducción, un lugar lleno de risas tranquilas y encuentros ocultos en las alcobas oscuras. La oscuridad era un beso en la mejilla, una suave exhalación contra la piel. El espacio no se creó para un romance brillante; era una seducción oscura. Para rebajar las inhibiciones.

Sophie se deslizó en el banco semicircular de cuero burdeos empenachado, con Ruby a un lado y Mac al otro. Se sintió aliviada de que no tuvieran que seguir con la farsa del trío mientras estuvieran en el espectáculo. Sabía que Ruby estaba enamorada de Larry el Brujo, pero verla colgada de Mac durante todo el día la había cansado enseguida. No le gustaba compartir a Mac, aunque solo fuera una farsa.

Como había previsto, a Sophie le dolían mucho los pies. Se quitó los zapatos debajo de la mesa con un suspiro de alivio. Sabía que tendría que volver a ponérselos cuando acabara el espectáculo, pero se alegraba de poder descansar los dedos de los pies durante una hora.

Una mujer vestida con un escueto disfraz de payasa se acercó a la mesa y les pidió las bebidas. Llevaba un tutú con volantes de un arco iris de colores, tacones altos y un top de tirantes brillante cubierto de lunares. Completaba el conjunto con una nariz roja de payaso. El ridículo atuendo hizo sonreír a Sophie. Unos minutos más tarde, la mujer volvió con una bandeja con sus bebidas. Sophie se relajó en el reservado, sorbiendo su copa de vino mientras el local se llenaba poco a poco.

Un ritmo bajo y seductor hizo callar a la sala, dirigiendo la atención de los clientes hacia el escenario vacío. Una mujer vestida con un estilizado traje de maestra de ceremonias salió pavoneándose, con sus botas negras hasta la rodilla brillando bajo los focos. Los faldones de su abrigo rojo se agitaron contra la parte posterior de sus piernas vestidas con medias de rejilla.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo la presentadora por el micrófono—. Bienvenidos a Body Shots. Soy Mistress Minerva, su maestra de ceremonias de esta noche. Espero que estén preparados para una velada de hazañas maravillosas... De actuaciones que los dejarán boquiabiertos... De actos deslumbrantes que excitarán sus sentidos... y su libido.

Con cada promesa, el público vitoreaba cada vez más fuerte, atraído por la perorata de la maestra de ceremonias. La mujer se detuvo en el escenario, adoptando una pose dramática, y

luego se llevó la mano a la oreja, con el sombrero de copa colocado en un ángulo alegre sobre la cabeza.

—Lo siento, no te oigo. ¿Estás preparada para excitarte? ¿Para ver cómo la fantasía cobra vida?

Cuando los vítores alcanzaron niveles estruendosos, la maestra de ceremonias dio una palmada.

—¡Pues un aplauso para nuestro primer acto de la noche, Angélica y Klaus!

La maestra de ceremonias retrocedió fuera del escenario, agitando una mano mientras atravesaba las cortinas de separación. Del techo colgaba un gran cubo de acero con una cuerda atada a una esquina. Dentro del cubo había un hombre y una mujer. La mujer estaba tendida sobre uno de los barrotes del cubo formando un arco profundo, con las manos y los pies casi apuntando directamente al suelo. La mujer llevaba un vestido largo y ondeante, parecido a un pañuelo, que casi rozaba el suelo del escenario, a una docena de metros por debajo de ella. El hombre tenía los pies enganchados en la barra superior y los brazos rodeaban la cintura de la mujer en un abrazo de aspecto íntimo.

En una fantástica demostración de fuerza, tiró de ella hacia sus brazos, utilizando solo los pies para mantenerlos en el aire. El cubo empezó a girar mientras la pareja giraba lentamente alrededor del otro, cada pose más íntima que la anterior. Cada maniobra estaba diseñada para desenrollar lentamente los pañuelos del vestido de la mujer, dejando cada vez más piel al descubierto hasta que, al terminar el acto, la mujer se quedó con un traje de encaje que era más lencería que un disfraz de actuación.

El cubo bajó hasta el suelo, permitiendo a la pareja saltar al suelo del escenario con facilidad. El público gritó y silbó mientras los artistas hacían sus reverencias y saltaban del escenario.

Al final del segundo acto, Sophie se dio cuenta de que era un espectáculo de cabaret. Se sintió un poco ingenua: al fin y al cabo, el nombre del local era Body Shots. Era un espectáculo de cabaret de temática circense, con acróbatas, trapevistas y contorsionistas, todos girando y saltando por el escenario con trajes cada vez más diminutos. Entre acto y acto, una tragafuegos saltó al escenario sin nada más que bragas negras y cinta aislante en equis estratégicas cubriéndole los pezones. Distrajo al público bailando con fuego y comiendo espadas mientras los tramoyistas cambiaban el equipo.

Durante un raro momento de tranquilidad, Sophie apartó la ávida atención de Ruby del escenario—. ¿Esto es lo que solías hacer? ¿Un número de circo erótico?

—A veces. También hacíamos muchos eventos corporativos, así que siempre era PG. Nuestras actuaciones solían adaptarse a lo que quería el cliente. En una ocasión trabajamos con un carnaval ambulante durante casi seis meses, y aquello se parecía más a un espectáculo de circo normal, porque siempre había niños entre el público.

—Ahora entiendo cómo has podido entrar en mi apartamento —murmuró Sophie, viendo a un artista trepar por una cortina de seda utilizando solo los brazos para tirar de ellos casi hasta lo alto de las jarcias.

En más de una ocasión, Ruby se las había arreglado para colarse por la ventana del dormitorio del apartamento de Sophie, situado en el tercer piso. A menudo había mirado al lado de Cafecita donde estaba su ventana, preguntándose cómo se las había arreglado Ruby para escalar el edificio de lados planos. No había árboles cerca y muy pocos asideros. No es que se quejara, ya que Ruby la había salvado una de las veces del ataque de un lobo metamorfo.

Cuando Ruby le había dicho a todo el mundo que había estado en una compañía acrobática, Sophie se lo había imaginado más bien como un grupo de baile que hacía volteretas hacia atrás y

coordinaba movimientos de baile. Lo que Sophie estaba presenciando en el escenario requería una fuerza, una flexibilidad y una condición física inmensas. Francamente, estaba muy impresionada de que Ruby pudiera hacer todo eso.

Cuando terminó el último acto del espectáculo, la Ama Minerva llamó a cada uno de los artistas al escenario para que hicieran una reverencia. Ruby, Sophie y Mac gritaron y vitorearon tan fuerte como los demás. Mac emitió un silbido penetrante del que Sophie estaba celosa. Cuando había intentado aprender a silbar con los dedos, solo había conseguido emitir un fuerte silbido.

Cuando se cerraron las cortinas y se encendieron las luces, Sophie, Mac y Ruby permanecieron en su cabina, observando cómo la multitud abandonaba el edificio.

Unos quince minutos después de que el último cliente saliera del local, Ruby se sentó hacia delante y empezó a saludar excitada a alguien. Siguiendo la mirada de Ruby, Sophie vio a la mujer devoradora de espadas de antes, afortunadamente con una camiseta que cubría su disfraz.

Ruby saltó de su asiento con un chillido, envolviendo a la mujer en un fuerte abrazo.

Una vez que la soltó, Ruby se volvió hacia Mac y Sophie.

—Hola chicos, ésta es mi amiga Moreen. Moreen, ésta es mi hermana, Sophie, y su novio, Mac.

—¿Tienes una hermana? —preguntó Moreen, dirigiendo a Ruby una mirada incrédula—. Nunca hablabas de la familia cuando íbamos de gira juntos.

—Sí, no sabíamos nada el uno del otro hasta hace un par de meses: nos encontramos por casualidad. Yo ni siquiera sabía que era adoptada.

—Es una locura. Es el tipo de cosas que se ven en las telenovelas o en los programas de entrevistas —replicó Moreen, lanzando a Sophie una mirada especulativa.

Sophie y Mac salieron de la cabina y se tomaron un momento para estrechar la mano de Moreen.

—¿Qué los trae a Las Vegas? —preguntó Moreen.

—Como nos perdimos nuestra infancia juntos, estamos haciendo un viaje familiar de reconciliación. Todos teníamos PTO disponible, así que cuando Sophie lo sugirió, pensé: “¿Por qué no?” Así que, ¡aquí estamos! ¿Qué tal les va? Por cierto, el espectáculo fue increíble.

Mac y Sophie murmuraron su acuerdo sobre el espectáculo.

—Tienes que saludar a todo el mundo —dijo Moreen—. Algunos de los antiguos compañeros siguen con la compañía. Sé que les encantará verte.

Moreen condujo al grupo escaleras abajo, por una puerta lateral a la izquierda del escenario, hasta una escena de caos organizado. Los artistas corrían de un lado a otro, la mayoría a medio vestir, arrastrando el equipo y cambiándose de ropa en el desordenado espacio.

—Tenemos un segundo espectáculo esta noche, así que tenemos que reajustarnos —explicó Moreen a Sophie y Mac mientras miraban a su alrededor sorprendidos.

—¡Ruby! —gritó una voz masculina con acento alemán.

—¡Klaus! —le gritó Ruby cuando el hombre del primer acto dobló la esquina, levantándola de los pies y haciéndola girar.

—Te he echado de menos, mi verrückt frau. A Angelica le va a hacer mucha ilusión verte —soltó un silbido bajo, fijándose en el vestido de Ruby—. ¡Maldita sea! Estás guapísima.

Ruby posó para el hombre, apoyando una mano en una cadera ladeada, riéndose de su fingido desmayo. La boca del hombre pasó de una amplia y feliz sonrisa a una cómica O cuando vio a Sophie rondando cerca del hombro de Moreen.

—¡Ah, vaya! ¿Qué es esto? ¿Tienes una hermana y nunca me lo has dicho?

—Nos separaron al nacer. Acabamos de encontrarnos —explicó Ruby.

El hombre, asombrado, miró a Ruby y a Sophie de un lado a otro.

—¿Ja? Eso es extraordinario. ¿Está loca como tú? —se burló Klaus, que le dedicó su característica sonrisa de loca. Esa sonrisa solía anunciar que Sophie necesitaba enfrentarse a un montón de estupideces.

Sophie le ofreció la mano a Klaus.

—No, Ruby se llevó toda la locura. Yo soy la normal —Klaus le dio la mano con fuerza, mientras Ruby se burlaba y ponía los ojos en blanco.

Klaus empezó a llamar a los miembros de la compañía, y pronto los rodeó un grupo parlanchín. Sophie no tenía esperanzas de recordar ninguno de sus nombres, así que se limitó a estrechar la mano y saludar a los artistas, felicitándoles por sus actuaciones de antes.

Moreen dio una sonora palmada y gritó que todo el mundo tenía que volver al trabajo.

—El próximo programa es en menos de una hora. ¡Vamos, vamos!

Se volvió hacia Ruby.

—Tenemos que terminar de arreglarnos, o me encantaría pasar más tiempo poniéndonos al día. Dejen que los acompañe. ¿Estarán mucho tiempo en la ciudad? Quizá podríamos almorzar mientras están aquí.

—Sería estupendo. Mándame un mensaje diciéndome qué días estás disponible esta semana y veremos si podemos encontrar tiempo para reunirnos —respondió Ruby.

El grupo se dirigió de nuevo a la zona central del local, subiendo los escalones escalonados hacia la salida. Un pequeño enjambre de trabajadores se afanaba en limpiar las mesas para preparar el siguiente espectáculo.

—Oye, Moreen, tengo una pregunta —dijo Ruby, rodeando el hombro de Moreen con un brazo—. He estado pensando en unirme a una pequeña compañía que actúa en San Francisco. Una compañía local, bastante exclusiva y difícil de conseguir. Así que tengo que actualizar mi currículum. Creo que me falla la memoria porque, por mi vida, no recuerdo exactamente cómo entré en tu compañía.

—Dios mío, fue hace tanto tiempo que yo tampoco estoy segura de recordarlo. Déjame pensar —respondió Moreen, entornando los ojos en señal de concentración—. Puse un anuncio para una audición y apareciste tú, si no recuerdo mal. Buscaba una aerialista, y ahí estabas tú.

—¿Recuerdas si te di alguna referencia? Me gustaría reforzar mi currículum y perdí mucha de mi información cuando murió mi último ordenador. Eso me enseñará a no hacer copias de seguridad de mis datos.

—No recuerdo referencias, pero puede que tenga tu currículum guardado en alguna parte. Miraré a ver si lo encuentro esta noche.

—No puedo creer que haya olvidado el nombre de la compañía con la que estuve antes de la tuya. Está ahí, en la punta de la lengua.

Moreen puso cara de pensativa.

—Creo que habías estado en una pequeña comparsa ambulante dirigida por un tipo llamado George... ¿O era Harold? Era algo sencillo y aburrido. Creo que aquella comparsa se disolvió hace unos años. Y no estoy totalmente segura de dónde fue a parar. Pero creo haber oído que se fue a algún lugar del sur. Quizá a Tennessee.

Moreen se encogió de hombros disculpándose.

—Lo siento, no recuerdo más que eso.

—No, me alegro de que te hayas acordado de eso. De todas formas, no creo que importe mucho. Probablemente no exigirán que mi currículum se remonte tan atrás.

—¿Cómo era Ruby entonces? —preguntó Sophie.

—Si puedes creerlo, al principio era muy callada. Parecía un poco perdida y a veces confusa; había perdido a sus padres poco antes, así que Klaus y yo la tomamos bajo nuestra protección. Estoy muy orgullosa de ver cómo has florecido —dijo Moreen, con ojos llorosos.

—¡Caramba, Moreen! Me estás sonrojando —bromeó Ruby, haciendo que Moreen pusiera los ojos en blanco y le chasqueara la lengua como una madre con un adolescente travieso.

—Hola, Moreen —preguntó Mac—. Tengo una pregunta extraña.

Moreen levantó las cejas intrigada, así que Mac continuó:

—Soy detective de San Francisco y mi jefe me pidió que mantuviera los oídos abiertos ante cualquier rumor sobre un club de lucha ilegal aquí en la ciudad. El jefe dijo que era inusual, que a veces utilizaban animales y celebraban eventos locos y sangrientos. Ruby dijo que sueles tener el oído atento, así que quería saber si habías oído algo parecido.

Moreen sacudió la cabeza con una expresión de repulsión en el rostro.

—No, no he oído nada parecido. Qué horror.

Moreen los dejó en la entrada después de abrazar a todos.

—Con eso no conseguimos gran cosa. Un tipo llamado George o Harold que puede o no vivir en Tennessee —resopló Ruby.

—Probablemente era una posibilidad remota —convino Mac—. Cuando saludabas a tus viejos amigos, le pregunté a Moreen si te había ocurrido algo extraño cuando te uniste a la compañía por primera vez. Le dije que me preocupaba que te hubiera ocurrido algo malo porque te costaba hablar de aquella época. Me dijo que lo único que sabía era la muerte de tus padres.

Sophie estaba impresionada con la capacidad de Mac para inventar una razón plausible para preguntar por el pasado de Ruby. Lástima que no descubriera nada.

Antes de que el frío fuera demasiado para Sophie y Ruby, su coche se detuvo a pocos metros. Mientras el conductor las llevaba al casino de la manada Vargr, Sophie y Ruby se retocaron el maquillaje y el pelo.

Una vez entraron en el casino anexo a Sköll, Mac les condujo a un mostrador de conserjería. Informó al hombre que estaba detrás del mostrador de que le habían invitado a la sala VIP. Una vez que Mac dio el nombre de Marcus Vaughn, el conserje llamó a alguien para que les acompañara a su destino.

Tras entrar en la sala, Sophie vio casi de inmediato al alfa de la manada Vargr apoyado en una barra. A ambos lados de él había otros metamorfo lobos que Sophie reconoció por el dossier que le había proporcionado Mim. Aksel era exactamente igual que en su foto: guapo, pero frío y arrogante. El dossier decía que tenía cincuenta y nueve años, pero aparentaba al menos una década menos. Llevaba el pelo rubio con toques grises apartado de la cara, dejando ver unos ojos azules como el hielo que observaban la habitación con mirada sagaz.

—Mezclémonos —sugirió Mac.

Recorrieron la sala, observando cada mesa durante un rato antes de pasar a la siguiente. Finalmente, Mac se instaló en un lugar vacío de una mesa de blackjack. Sophie y Ruby se colocaron cada una a su lado, como centinelas.

Un grito en la mesa de dados hizo que Sophie mirara en esa dirección. Cuando volvió a centrar su atención en la mesa de blackjack, captó accidentalmente la atención de Aksel. Le sostuvo la mirada un momento, manteniendo el rostro plácido, con la esperanza de que desprendiera un aire de misterio tentador. Rompiendo el contacto visual, el alfa se volvió hacia el hombre que tenía a su derecha y le dijo algo en voz baja mientras recorría con la mirada a Sophie, Mac y Ruby. Sophie apartó la mirada, centrando de nuevo su atención en Mac, pero

sintió una vibración de conciencia al percibir que el alfa los observaba.

Observó en silencio cómo Mac jugaba varias manos de blackjack antes de sentir una presencia a su lado. Supo que era el alfa antes de volver la vista. Sophie tenía una mano apoyada en el hombro de Mac, por lo que sintió la tensión momentánea entrar en sus músculos, haciéndole saber que él también era consciente de la llegada de Aksel.

El hombre se aclaró la garganta. Cuando Mac miró, le tendió la mano.

—Aksel Johansen. Soy el propietario de este establecimiento. Espero que estés disfrutando de la velada.

El hombre hablaba con voz suave y sin acento. Por alguna razón, Sophie había esperado un acento noruego, probablemente debido al aviso anterior de Mim sobre el fuerte énfasis de la manada Vargr en su herencia vikinga y escandinava.

—Marcus Vaughn —respondió Mac. Estrechó la mano del alfa y le felicitó por su establecimiento. Los dos hombres entablaron una conversación trivial sobre los rigores de dirigir un casino.

Mac se volvió hacia Ruby.

—Cariño, ¿me traes un vodka con tónica del bar? —cuando Ruby asintió, Mac palmeó el hombro de Aksel como si fueran viejos amigos—. ¿Quieres algo, Aksel? Estará encantada de traérmelo.

Cuando Aksel secundó la orden de Mac, Ruby se volvió hacia la barra sin hacer ningún comentario. El alfa observó a Ruby alejarse un momento antes de volver a centrar su atención en Mac.

—¿Humanos? ¿En serio? —susurró el hombre con la boca como si Sophie no pudiera oírle, mientras la miraba con lascivia.

—Conocen su lugar —replicó Mac, deslizando una mano propietaria por el hombro de Sophie como si fuera su mascota. Cómo iba a vengarse de él por aquello.

Cuando Ruby volvió con las bebidas, le entregó primero a Mac el vodka con tónica, antes de volverse y presentarle a Aksel su bebida. Sophie observó con el rabillo del ojo cómo Ruby rozaba con su mano la del alfa mientras éste tomaba la bebida.

Los dos hombres chocaron los vasos, saludándose. Mac bebió un gran sorbo de su cóctel, observando al alfa por encima del borde de la copa. Al terminar, suspiró de placer.

—Excelente bebida. Este sitio es fantástico. Debes de estar muy orgulloso.

—Así es. Gracias —Aksel se detuvo al llevarse el vaso a los labios. Sophie siguió su mirada y descubrió que el lobo metamorfo con el que había estado hablando al principio saludaba con la mano, llamando de nuevo al alfa.

—Mi trabajo nunca termina —dijo Aksel con un suspiro, a partes iguales resignación y buen humor—. Por favor, disfruta de tu partida. Ha sido un placer conocerte.

Mac volvió a estrecharle la mano antes de volverse hacia la mesa de blackjack. Mac jugó unas cuantas manos más antes de volverse hacia Sophie y Ruby.

—¿Están listas para salir de aquí?

Sophie lanzó a Mac una mirada insípida.

—Cuando quieras. Estaremos encantadas de hacer lo que quieras.

La sonrisa de Mac fue positivamente malvada en respuesta.

—Entonces salgamos de aquí.

Cuando entraron en la intimidad del coche, Mac se volvió hacia Ruby expectante.

—¿Y bien? ¿Has conseguido algo?

—No es nuestro hombre. No es un *buen tipo* ni mucho menos, pero no es el que buscamos.

—Sabíamos que era una posibilidad remota. Esperemos tener más suerte en el casino Viper —dijo Sophie.

El coche subió lentamente por la calle principal, atestada de gente que se dirigía a uno u otro casino. El casino Viper estaba al otro lado de la avenida.

Mientras conducían, Ruby escribió un mensaje rápido a Marcella, haciéndole saber que la manada Vargr había sido oficialmente exculpada de ser responsable del anillo de lucha.

Entonces Ruby hizo una llamada a Larry. Mientras charlaba y coqueteaba con el brujo, Mac se inclinó cerca del oído de Sophie.

—¿Cómo te va, hellraiser? ¿Estás dando todo de ti, eh?

—Sí. Estoy cansada, pero sobreviviré. Lo único que tengo que hacer es colgarme de tu brazo mientras Ruby hace el trabajo de verdad. Pan comido —bromeó Sophie.

El coche giró por fin hacia un camino de curvas bordeado de vehículos, cada uno más llamativo que el anterior. Mientras Harvey los acercaba lentamente a la entrada del casino, Sophie contempló asombrada el edificio. Era una reluciente torre de cristal, una aguja que apuñalaba el cielo nocturno. Las brillantes luces del resto de Las Vegas se reflejaban en su superficie oscura y reluciente. Parecía como si alguien hubiera cogido un rascacielos monolítico de alguna ciudad futurista y lo hubiera dejado caer en el desierto.

Finalmente, su coche se detuvo al principio de la cola y los depositó ante un conjunto de enormes puertas de cristal ahumado, ya abiertas a cal y canto, que daban la bienvenida al público. A cada lado de la entrada había relucientes estatuas de cobras listas para atacar, pintadas de un dorado brillante, de al menos seis metros de altura.

Entraron en el casino en su configuración estándar, con Mac en el centro, Ruby a su izquierda y Sophie a su derecha. Les recibió un muro de ruido. Campanas sonando, sirenas a todo volumen, gritos de alegría maníaca y chillidos de borrachos asaltaron el oído de Sophie. Le hizo apretar los dientes para disimular una mueca de dolor.

—Demos una vuelta a ver si vemos alguna cara conocida —sugirió Mac. Habían consultado de nuevo sus expedientes durante el trayecto para asegurarse de que tenían memorizadas todas las caras del grupo de basiliscos.

Un motivo de serpiente cubría casi todas las superficies disponibles en el interior del edificio. Había serpientes pintadas en los techos; sus sinuosos cuerpos escamosos estaban entretejidos en la alfombra. Las grandes columnas que llegaban hasta el elevado techo estaban estilizadas para que pareciera que tenían serpientes serpenteando a lo largo de ellas.

Acercándose al oído de Mac, Sophie susurró:

—Sutil —señaló con la cabeza una pared lejana pintada como un arco iris de escamas brillantes que subía por sus dos pisos de altura.

Mac le dedicó una sonrisa perversa, pero no respondió nada más.

El exterior del casino había hecho creer a Sophie que el interior sería elegante y sofisticado, pero era un odioso carnaval de ruido y colores chillones: un asalto a los sentidos.

Al pasar por delante de una hilera tras otra de máquinas tragaperras, Sophie estuvo a punto de ser atropellada por una mujer mayor, delgada como un rayo, con el pelo rubio peróxido enredado en una nube esponjosa alrededor de la cabeza. Cuando la mujer saltó y chilló, su máquina tragaperras hizo sonar una sirena estridente, con luces parpadeantes, anunciando que la mujer había ganado el premio gordo. Mac, Sophie y Ruby rodearon a la mujer mientras ésta gemía de alegría maníaca.

—Jesús. Este lugar es... —la voz de Sophie se apagó mientras intentaba encontrar una palabra para describir su aversión. Casi todas las máquinas tragaperras tenían una persona

sentada delante, tirando de la palanca de los dispositivos como zombis robóticos, con los ojos en blanco mientras miraban las brillantes pantallas—. Voy a necesitar una aspirina para cuando acabemos aquí.

Hicieron un circuito por la primera planta que conformaba la zona principal del casino; las plantas superiores carecían de interés, dedicadas principalmente a habitaciones de hotel y un centro de conferencias. Tras circular un rato y no divisar a ninguno de los cambiadores de basilisco que buscaban -incluso habían atravesado el sinuoso y enorme bufé-, Mac los dirigió hacia las mesas de límites altos.

—Veamos si podemos generar algo de atención para nosotros —sugirió.

Esta vez se instalaron junto a una ruleta. Mientras Mac empezaba a hacer apuestas, Sophie permanecía de pie a su lado, sin prestar apenas atención a los acontecimientos, con un dolor formándose en sus sienes y la fatiga pesando sobre sus hombros. Cuando Ruby animó, Sophie siguió su ejemplo. La sonrisa de Sophie parecía congelada y fija, pero estaba demasiado cansada para preocuparse. Intentó soltar un bostezo, pero apretó la mandíbula contra el cansancio y mostró un gesto de altivo desdén.

Después de lo que pareció un tiempo interminable, pero que probablemente no fue mucho más de una hora, un hombre alto y delgado, con el pelo negro engominado hacia atrás en una reluciente concha, se acercó a Mac. Se detuvo y se presentó como Ammon, el jefe del casino.

Después de hablar unos minutos con Mac, Ammon les ofreció unos vales para bebidas. Mac se lo agradeció con un apretón de manos. Cuando Ammon empezó a darse la vuelta y a alejarse, Ruby se movió para que el hombre chocara con ella.

Hizo un poco de teatro al tropezar y caerse de culo. Sophie corrió a su lado.

—¿Estás bien? —exclamó, con preocupación en la voz. El hombre, ahora nervioso, se agachó junto a Sophie para ayudar a Ruby a ponerse en pie.

Tras disculparse profusamente varias veces, mientras Mac le miraba con el ceño fruncido, Ammon preguntó por fin:

—¿Qué puedo hacer para rectificar esta situación? Tengo unas cuantas entradas para nuestro cabeza de cartel residente. Entrar en los espectáculos de Cindy Novak es imposible, así que será todo un placer para todos ustedes.

Mac parecía poco impresionado.

—No me gusta mucho la música. Prefiero algo más... primario. ¿Hay entradas disponibles para el combate de mañana de la UFC?

—Lo siento, señor. Las entradas para ese combate están totalmente agotadas y no tengo ningún contacto con el Casino Palms. No podría conseguir entradas, aunque las hubiera.

—Es una lástima. Disfruto con un buen partido. Aposté por McIntyre. Me habría gustado ver el combate en persona —Mac se volvió hacia Ruby, mirándola de arriba abajo—. ¿Cómo está tu tobillo, cariño? ¿Puedes caminar con él?

—Creo que estoy bien —respondió Ruby con recato—. Pero no me importaría quitarme peso de encima. ¿Hay algún sitio donde pueda sentarme mientras tocas?

Ammon miró alrededor de la sala, dándose cuenta de que había gente observando cómo se desarrollaba el drama.

—Sí —balbuceó—. Ven, deja que te ayude a levantarte. Tengo un sitio donde puedes descansar.

Ammon ayudó a Ruby a ponerse en pie mientras ella hacía gestos de dolor y fingía dramáticamente que le dolía tanto el tobillo que necesitaba apoyar la mayor parte de su peso en Ammon. Ruby cojeó hasta una zona de asientos, agarrada a Ammon durante todo el trayecto.

Cuando la sentó, Ammon acercó otra silla para apoyar la pierna “herida” de Ruby. Ruby agitó las pestañas ante Ammon y le preguntó si podía traerle una bolsa de hielo.

—Creo que me he hecho un esguince —anunció mientras Sophie se cernía protectora a su lado. Mac fulminó a Ammon con la mirada, como si pensara que el hombre era peligroso y había causado a propósito la lesión de Ruby.

—Por supuesto —respondió Ammon, dirigiendo a Mac una mirada nerviosa. Sacó un teléfono del bolsillo—. A ver si consigo que alguien de nuestro puesto de primeros auxilios te eche un vistazo.

—Oh, no —exclamó Ruby, con voz preocupada—. No quiero causar ningún problema. Estoy segura de que estaré bien. No quiero ser un inconveniente.

Ammon le aseguró a Ruby que no era ningún problema y luego llamó al puesto de primeros auxilios, solicitando que alguien viniera a revisar a un huésped herido. Sophie esperaba que Ruby fuera una actriz lo bastante hábil como para engañar al socorrista.

Unos minutos más tarde, una mujer vestida con un uniforme blanco de enfermera entró corriendo en la habitación, seguida de un hombre con un traje oscuro. Sophie pensó que podría tratarse de uno de los cambiadores de basilisco del dossier, pero no estaba segura.

Mientras la enfermera revisaba el tobillo de Ruby, palpando la zona, el hombre se acercó a Mac para hablar. Sophie se acercó al hombre, esperando que no le prestara atención mientras intentaba parecer despreocupada mientras escuchaba a hurtadillas.

—Drake Vasuki. Soy uno de los jefes de planta del Casino Viper. He oído que hubo un incidente aquí con Ammon... —dijo el hombre, esbozando una sonrisa aceitosa mientras estrechaba la mano de Mac.

—Marcus Vaughn. Tu hombre, Ammon, chocó contra mi novia y la tiró al suelo. Creo que se ha torcido el tobillo.

—Lo siento mucho. Seguro que ha sido un accidente —Drake miró a Ruby mientras la enfermera abría una bolsa de hielo y la colocaba sobre el tobillo de Ruby.

—Ya sé que fue un accidente —replicó Mac, con un tono de voz agravado que hizo que varias personas que estaban cerca se giraran en su dirección—. Eso no cambia el hecho de que debería haber mirado por dónde iba.

—Por supuesto, señor. ¿Qué puede hacer el Casino Viper para rectificar esta situación? No quiero que te vayas de Las Vegas con un mal recuerdo de nuestro establecimiento.

Mac lanzó una mirada socarrona.

—Bueno... Esperaba conseguir entradas para el combate entre McIntyre y Savea, pero Ammon dijo que no era posible. Me gusta ver peleas —Mac dejó su afirmación en el aire, dejando que Drake decidiera qué hacer con aquella información.

—Nuestra organización tiene a alguien que se ocupa de conseguir entradas para eventos exclusivos. Déjame que coja tu número y veré qué pueden conseguirte —ofreció Drake.

Tras anotar el número del teléfono que le habían dado a Mac para la misión, Drake empezó a marcharse, por lo que Ruby se levantó de un salto de la silla, empujando a la enfermera que protestaba. Cojeando hacia Drake, Ruby le tendió la mano, pidiendo claramente un apretón de manos del sorprendido hombre.

—Señora. Señora, no debería estar levantada —protestó la enfermera, pero Ruby la ignoró.

Cuando Drake estrechó de mala gana la mano de Ruby, ésta le dedicó una cálida sonrisa.

—Solo quería darte las gracias por asegurarte de que me cuidaran. Eres un encanto, ¿verdad?

—De nada —respondió Drake, claramente incómodo con el coqueteo de Ruby. Aprovechando que Ruby le agarraba la mano, la dirigió de nuevo hacia la irritada enfermera—.

Deberías mantenerte alejada de ese tobillo.

Cuando Ruby volvió a sentarse, Drake se alejó rápidamente, con sus brillantes mocasines chirriando por el suelo.

Mac y Sophie se acercaron a Ruby mientras la enfermera la reprendía por cargar peso sobre el tobillo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Mac a Ruby.

—Estoy bien. No es tan grave como ella lo pinta —replicó Ruby, haciendo que la enfermera chisporroteara indignada—. ¿Por qué no van a divertirse un poco? Yo me sentaré aquí a descansar.

Mac negó con la cabeza.

—Creo que ya hemos visto bastante. Con un poco de suerte, nos conseguirán alguna entrada para un combate. No es que vaya a contener la respiración. Deja que avise al conductor de que estamos listos para partir.

Mac envió un mensaje a Harvey y luego ayudó a Ruby a ponerse en pie. El trío se dirigió lentamente hacia la salida del casino. Mac tenía un brazo alrededor de la cintura de Ruby mientras ésta salía cojeando del edificio.

Harvey tiró suavemente del coche hacia la entrada justo cuando salían. Mac ayudó primero a Ruby a subir al asiento trasero y luego a Sophie.

Una vez que entró y cerró la puerta, Mac se volvió hacia Ruby.

—¿Cómo tienes el tobillo?

—No pasa nada. Estaba actuando —Ruby les dedicó una sonrisa de suficiencia, girando el tobillo para mostrar que no tenía ninguna herida.

—Qué rápido has fingido un esguince de tobillo. Has estado muy convincente —le felicitó Sophie a Ruby, que actuaba como una actriz a punto de recibir un premio, saludando a sus admiradores. Sophie resopló ante sus payasadas.

—¿Viste algo cuando tocaste a Drake?

—Nada. No creo que Drake esté muy arriba en la organización.

—¿De verdad? Me resultaba familiar —respondió Sophie. La hoja con los primeros miembros del embrague basilisco seguía en el coche, así que Sophie la cogió, escaneando el documento en busca del rostro de Drake.

Se detuvo en un hombre que se llamaba Kai Vasuki. Tenía rasgos similares a los de Drake, pero era varios años mayor.

—No importa. Un tipo diferente. Aunque parece que podrían estar emparentados.

Mac miró la hoja que Sophie sostenía.

—Sí, apuesto a que Drake es el hermano pequeño.

Mac abrió un compartimento en el que Sophie no había reparado antes. Dentro había un pequeño surtido de botellas. Sacando un vaso de cristal y una botella llena de ámbar, Mac sirvió a Sophie un dedo de whisky caro.

—Para el dolor de cabeza —se ofreció.

Sophie cogió el vaso y echó la bebida hacia atrás. El whisky suavizó de inmediato los bordes del ruido y la luz que pasaban por las ventanillas del vehículo.

* * *

SOPHIE ENTRÓ en la ducha de cristal, casi tan grande como la cocina de su casa. Puso el agua a

unos grados por debajo del punto de ebullición y dejó que las múltiples boquillas la dejaran exhausta. Se colocó bajo la ducha de lluvia y dejó que el agua le golpeará el cuero cabelludo.

Un ligero ruido de raspado al abrirse la puerta de la ducha llamó la atención de Sophie. Sonrió de bienvenida cuando Mac se unió a ella bajo el chorro.

—¿Has terminado de poner al día a Mim sobre nuestra noche?

—Sí, ahora soy toda tuya —respondió Mac.

El agua deslizó el cabello rubio y ondulado de Mac hacia el cuero cabelludo, dejándolo oscuro y fuera de sus ojos por una vez. Sophie observó cómo el agua corría a riachuelos sobre sus hombros y trazaba un camino por el cuerpo de Mac con ojos ávidos. Sophie levantó la mano, casi tocando el pecho de Mac. Antes de que pudiera hacer contacto, Mac se inclinó hacia delante, apretándose contra su palma. Lentamente, deslizó la mano por el valle creado por sus pectorales. El agua hizo que sus dedos se engancharan y se arrastraran por el vello crujiente de su pecho. Quería frotar la mejilla contra sus músculos y saborear el agua de su piel.

Un ruido sordo hizo que Sophie levantara los ojos hacia los suyos. Unos ojos azules como el hielo la miraban fijamente, concentrados en su rostro. Cogiéndole la mandíbula con ambas manos, Mac se inclinó hacia delante y le dio un beso abrasador. El calor posesivo de sus labios hizo que la cabeza de Sophie diera vueltas. Sus párpados se cerraron cuando la boca de Mac se inclinó sobre la suya. El agua llovía sobre ambos, deslizándose sobre sus cuerpos mientras se acercaban. Apretó a Mac contra ella, hundiendo los dedos en los duros planos de su espalda.

Sophie se apartó por fin, intentando recuperar el aliento. Él le dirigió una mirada cálida, como si fuera lo mejor que había visto nunca. Sophie no sabía qué hacer con aquello. Nadie la había mirado nunca como Mac.

Con expresión intensa, Mac roció una larga línea de champú en una de sus palmas. Haciéndola inclinar la cabeza hacia atrás, Mac frotó el pelo y el cuero cabelludo de Sophie, haciéndola gemir de placer. Se tomó su tiempo para lavar a Sophie, sin dejar de tocarla ni un centímetro. Una vez limpia, Mac se detuvo, le ahuecó la mandíbula con la palma de la mano y le dirigió otra larga mirada, como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—Mi turno —insistió Sophie. El persistente dolor entre los muslos le exigía lo suyo.

Sophie devolvió el favor a Mac y lo frotó de pies a cabeza. Incluso le lavó entre los dedos de los pies, riéndose mientras él se retorció ante el delicado tacto. Cada gemido y cada fuerte exhalación le hacían girar la cabeza. Los dos jadeaban de necesidad cuando terminó de limpiarlo.

Cerrando el grifo, Mac cogió una toalla mullida y secó a Sophie antes de secarse él.

Una vez fuera de la ducha, pasó las manos por las caderas de Sophie y luego le acarició el culo. Cogiéndola en brazos, Mac se dirigió decidido hacia la cama, metiéndose entre las sábanas con Sophie aferrada a él con fuerza.

Bajo el capullo de sus sábanas, Mac y Sophie se tocaron y acariciaron. Se deleitaron con sus cuerpos y sus respuestas. Cuando Mac se deslizó entre sus piernas, Sophie temblaba de necesidad, desesperada por él. Giró las caderas contra él y su sangre se disparó ante el profundo gruñido de Mac.

Apoyado sobre Sophie, aprisionándola entre sus brazos, Mac le besó la mandíbula, rozándole la piel con la lengua. Ella emitió un ruido animal de placer. Sus manos se dirigieron a los hombros de Mac, agarrándolo con fuerza.

—Oh, Dios, Mac —gritó Sophie, sin ninguna inhibición—. Te amo.

Los ojos de Mac brillaron mientras miraba fijamente a Sophie. Abrió la boca para responder, pero un fuerte grito de Sophie ahogó sus palabras. Ella se arqueó y lo besó mientras sus movimientos se aceleraban.

Un grito crudo y desgarrado salió de los labios de Sophie cuando un clímax la recorrió, arrancando placer de cada músculo. Mientras el cuerpo de Sophie bajaba de su éxtasis, Mac persiguió su propio orgasmo.

Respirando entrecortadamente, Sophie y Mac se aferraron el uno al otro. Mac se apoyó en un codo y lanzó a Sophie una mirada indescifrable. Apartó suavemente un mechón de pelo húmedo de los ojos de Sophie antes de darle un tierno beso en los labios. La felicidad y el placer residual fluyeron como una lenta melaza por su mente y su cuerpo. Estaba tan relajada y extenuada que sentía que le costaría incluso flexionar los dedos.

—Yo también te amo, Soph —dijo Mac, estrechándola entre sus brazos. Sophie sintió que se le calentaban los ojos mientras le devolvía el abrazo.

CAPÍTULO 9



—*E*spera. Espera un segundo —susurró Ruby acaloradamente, observando subrepticamente a Mac y Mim que hablaban al otro lado de la habitación como un halcón para asegurarse de que no prestaban atención a las hermanas—. ¿Le dijiste a Mac que *le amas* por primera vez en pleno S-E-X-O?

—¿Por qué lo deletreas? ¿Tienes cinco años? —desvió Sophie.

Ruby se inclinó hacia Sophie, sus ojos bailando con horrorizado regocijo.

—No cambies de tema. Responde a la pregunta.

Sophie no pudo ocultar su mueca de dolor.

—¿Sí? Bueno, más o menos hacia el final, en realidad. Cállate, deja de chillar. Al principio ni siquiera me di cuenta de que lo había dicho. No hasta que él me lo devolvió.

—Al menos dime que lo decías en serio —reprendió Ruby, agarrando sus inexistentes perlas.

Sophie miró a Ruby con asco.

—Claro que lo decía en serio.

Ruby soltó un suspiro de alivio, haciendo que Sophie pusiera los ojos en blanco.

—Quiero decir... si no lo decías en serio, tendrías que romper con él después de algo así. Sabes que seguiría contigo después del divorcio, ¿verdad?

—Muy gracioso.

Sophie picoteó la ensalada de frutas que había acompañado a los huevos revueltos y las tostadas del servicio de habitaciones, buscando más piña, mientras ignoraba las risitas de su hermana. Qué tonta.

—Aún no puedo creer que declararas tu amor eterno en pleno acto sexual.

—Se me escapó en un momento de pasión —murmuró Sophie alrededor de un trozo de fruta.

—Eeeew —gritó Ruby, estremeciéndose dramáticamente y arrugando la nariz en señal de repulsión—. Es como descubrir que tu madre y tu padre tienen relaciones sexuales. Asco.

Afortunadamente, el hecho de que Mac dijera sus nombres evitó que Sophie tuviera que escuchar más risas de Ruby a su costa.

—¿Están listas para salir?

—Sí, tengo el mapa —respondió Ruby, señalando la mesa con la mano. Ruby había apartado los platos sucios para colocar el mapa marcado sobre la mesa. Mientras Mim y Mac seguían planeando el día, ella utilizó el dedo para trazar sobre el mapa, intentando averiguar cuál era la mejor ruta.

—No, eso no funcionará. Necesito que vuelvan aquí a las once, como muy tarde, para

preparar la comida en el Imperial Grille —intervino Mim, levantando la voz con fastidio. Sophie miró a Mim con una mano apoyada en la cadera y el ceño fruncido.

—No, dejémoslo para una cena temprana —respondió Mac—. Es un sitio de tapas, ¿no? Así que podemos ir ligeros de comida. Creo que emplearemos mejor el tiempo en completar nuestra búsqueda por el Distrito de las Artes. Si tenemos que volver para comer y volver a salir después, perderemos más de una hora del día yendo y viniendo. Además, según nuestra información, el Cónclave cree que es poco probable que la bandada byangoma esté tramando algo nefasto.

El expediente sobre los byangoma era menos detallado que el de los otros Míticos que estaban investigando. Lo único que decía el documento de Sophie era que eran metamorfos pájaros, y que sus verdaderas formas eran rostros humanos en cuerpos de pájaro. Se creía que la bandada era un matriarcado y que estaba dirigida por alguien con posibles dotes adivinatorias.

—Lo siento —se disculpó Mim, sin parecer especialmente arrepentida—. Este itinerario ha sido fijado y aprobado por el Cónclave. No puedo modificarlo. Tendrán que obtener la aprobación de Marcella para hacer cualquier cambio. Así que, de momento, debo insistir en que cumplan el horario.

Mac resopló irritado, pero accedió a volver para comer.

Condujeron hasta donde habían dejado el día anterior. Recorrieron un camino lento y serpenteante, subiendo y bajando calle tras calle. Cada una era casi igual a la anterior.

A lo largo de la mañana, Sophie vio que Mac la miraba con una mirada intensa y cálida. Le hacía sentir calor en la espalda. Se distraía una y otra vez de la misión y se fijaba en las manos fuertes y seguras de Mac cuando agarraba el volante. Sonrió cuando él gruñó cuando alguien les cortó el paso. No habían hablado de las “declaraciones” de anoche, pero Sophie notaba un cambio en el ambiente. Reconfortaba saber que había alguien en el mundo que la quería.

Al cabo de varias horas, Ruby tiró el mapa, frustrada.

—¿Nada? —preguntó a Sophie—. Llevamos una eternidad con esto.

Sophie puso los ojos en blanco ante tanta exageración.

—Solo es el segundo día, bebé quejica. Estas cosas llevan su tiempo. Ya lo sabes.

—En este momento hemos visto casi todo el Distrito de las Artes. Quizá tengamos que pensar en ampliar nuestra zona de búsqueda.

Cuando Sophie no respondió, Ruby soltó un resoplido de fastidio, pero no siguió discutiendo. Mirando el mapa, Ruby levantó la vista y entrecerró los ojos para ver el cruce que se aproximaba.

—Gira a la derecha en la avenida Utah —le indicó.

Sophie estaba mirando por la ventana, orientada hacia el lado derecho de la calle, cuando de repente Ruby empezó a tirarle del brazo.

—Es un cuadro de una mujer. Mira, ¿es la que has visto?

Sophie se agachó, mirando más allá de Mac, que conducía, con la esperanza floreciendo en su pecho solo para desinflarse inmediatamente.

—No. No es eso. Maldita sea —refunfuñó. El mural era de una fila de coristas de Las Vegas junto a una ruleta—. El que yo vi tenía flores. Y era relajante. Si eso tiene sentido. La cara de la mujer era tranquila.

Sophie se estaba volviendo hacia su lado del coche cuando el teléfono desechable de Mac empezó a sonar. Sus ojos se cruzaron con los de Sophie un instante antes de acercarse el aparato a la oreja.

—Soy Marcus Vaughn —dijo en un tono ronco y poco acogedor.

Mac se quedó callado un momento, escuchando a quienquiera que estuviera al otro lado de la

llamada.

—Ya veo. ¿Y es esta noche a las ocho? Sí, creo que podremos ir. Tendrás tres asientos para nosotros, ¿no?

Se hizo otro breve silencio mientras Mac le dedicaba a Sophie una sonrisa triunfal.

—Sí. Creo que eso compensará definitivamente el fiasco de anoche. Te agradezco que hayas rectificado la situación. Gracias.

Mac se despidió y colgó.

—Era Drake. Nos consiguió entradas para un combate local de la UFC. Es en uno de los locales más pequeños. Creo que merecerá la pena ir. ¿Qué les parece?

—Creo que deberíamos irnos —respondió Sophie, mientras Ruby asentía con la cabeza—. Pero probablemente tengamos que comentárselo a Marcella.

—De todas formas, deberíamos volver al hotel para preparar la comida. Creo que la llamaré por el camino.

Mac llamó a Marcella, colocando el teléfono en el portavasos para que todos los que estaban en el coche pudieran escuchar.

—Despacho de la Magistrada Venturi. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó una voz educada.

—Hola, soy el detective Malcolm Volpes. Me gustaría hablar con La Magistrada, si es posible.

—Por supuesto, Detective Volpes. Un momento, por favor.

—¿Tienes noticias, detective? —la voz estridente de Marcella sonó por el altavoz del teléfono un momento después.

—Tenemos algunas noticias, pero no tantas como me gustaría. Quiero solicitar un cambio en nuestro itinerario. Mim mencionó que necesitaba la aprobación del Cónclave para ello —el silencioso resoplido de Marcella hizo pensar a Sophie que Mim podría haberse extralimitado en su autoridad. Se preguntó si Mim estaba a punto de recibir un tirón de correa por parte de Marcella—. Drake Vasuki, el jefe de planta del Casino Viper, acaba de llamarme y nos ha ofrecido entradas para un combate de la UFC en el centro de boxeo Golden Fist. El evento es esta noche a las ocho.

Marcella hizo un ruido pensativo.

—Sí, creo que deberías ir a la pelea. Aplaza cualquier otra cosa que tuvieras en tu itinerario para esta noche. Haz todo lo posible por conectar con la gente que dirige el espectáculo allí. Y Mac, vigila si hay algún metamorfo presente. Puede que estén allí buscando luchadores, como mínimo. Haré que mi gente investigue a quienquiera que dirija ese centro de boxeo. Mantenme informada.

* * *

CUANDO MAC ABRIÓ la puerta del Imperial Grille, el aroma de especias aromáticas mezcladas con cebollas y ajo ondeó bajo la nariz agitada de Sophie. El dulzor de la canela y el clavo, el ahumado picante del comino y el calor acre y almizclado de la cúrcuma competían por captar la atención de Sophie. A Sophie le resultaba difícil aferrarse a su personalidad de reina de hielo cuando sentía que se le acumulaba la baba en la boca. No podía imaginarse lo que sentiría Mac, que tenía un sentido del olfato mucho más fuerte que el suyo.

Los condujeron a una mesa y les entregaron los menús. La camarera les explicó el menú

mientras les servía agua helada en copas, y les dijo que cada plato era para compartir entre dos o tres personas. Recomendó pedir al menos cinco platos para asegurarse de que había suficiente comida. Mac pidió casi toda la primera página del menú, junto con chai para la mesa.

—Esta vez no voy con hambre —refunfuñó Mac una vez se hubo marchado la camarera con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué siempre tienen que hacer algo nuevo y extravagante? ¿Por qué no pueden seguir con lo que funciona? Soy un metamorfo; necesito algo más que un bocado de comida.

—Estoy emocionada —chistó Ruby—. Así podremos probar un montón de cosas diferentes en vez de una sola comida.

Mac la miró malhumorado antes de poner los ojos en blanco y concederle la razón a Ruby.

Mirando fijamente a Mac, Sophie casi podía imaginárselo como un viejo cascarrabias, agitando su bastón para que los chavales del barrio se fueran de su jardín. Ella estaba allí, en su visión, diciéndole a Mac que dejara en paz a esos malditos niños y volviera a meter el culo dentro. Deseaba tanto ese futuro que podía saborearlo.

Cuando la camarera depositó los primeros platos y cuencos sobre la mesa, Sophie tuvo que contenerse para no caer sobre la comida como un lobo hambriento. Cogió una samosa y la mojó en un chutney verde brillante. Prácticamente le ardían las yemas de los dedos por el calor de la masa frita rellena de patatas.

—Ermagod —murmuró Sophie entre dientes, olvidándose por un momento de actuar de forma refinada y sofisticada. Cuando Ruby emitió un gemido de placer similar, Sophie levantó la vista justo a tiempo para ver cómo se convertía en una impresionante imitación de un hámster, metiéndose en la boca casi una samosa entera de un bocado.

La camarera les dedicó una cálida sonrisa, probablemente acostumbrada a que la gente perdiera la compostura por su deliciosa comida, antes de marcharse a atender otra mesa.

Cuando terminaron, la mesa parecía aniquilada. Platos, cuencos y cubiertos ensuciaban la superficie y apenas quedaba una pizca de comida.

—Espero que no sean nuestros chicos —susurró Ruby—. Porque creo que estoy un poco enamorada de ellos.

Sophie ahogó una sonrisa mientras Mac gemía de acuerdo.

—Vale —murmuró Ruby—. No he visto a ninguna de las personas de nuestra lista para este grupo. Puede que me dirija al baño y me “pierda” para echar un vistazo, quizá incluso para ver si encuentro el camino a la cocina. ¿Qué les parece?

Sophie empezó a responder, pero cerró la boca cuando vio que la camarera se dirigía hacia ellos.

Cuando la mujer se detuvo junto a su mesa, Mac le dedicó una sonrisa reservada.

—¿Tienes la cuenta? —preguntó.

—No hay cuenta. Invita la casa. Sin embargo, a mi tía le gustaría hablar contigo. Si no te importa —dijo la camarera, indicando una gran puerta de madera en la pared, a su derecha. La puerta tenía tallada la imagen de una mujer sentada con un elaborado tocado, un cucharón en una mano y un cuenco decorativo sujeto contra el esternón en la otra.

Se levantaron y siguieron a la camarera.

Sophie estaba admirando la intrincada talla cuando la camarera le explicó:

—Es Annapurna, la diosa de la comida y la nutrición. No solo alimenta el cuerpo, sino también el alma. Ella nos da la energía para obtener el conocimiento. Creo que hoy les resultará muy útil.

El “críptico” que Ruby murmuró en voz baja casi hizo que Sophie se riera a carcajadas, pero

pudo morderse los labios para contener una risita inoportuna.

La camarera dedicó a Ruby otra sonrisa enigmática, pero no hizo ningún comentario a cambio.

—Como nuestra anciana gobernante, la Gran Madre merece respeto. Sé que no conoces nuestras costumbres, así que sigue lo que yo hago y estarás bien —se detuvo y dedicó a Ruby una sonrisa socarrona—. Y, tal vez, menos bromas por ahora, ¿eh?

Ruby tartamudeó un momento, con las mejillas enrojecidas, antes de aceptar dócilmente. Sophie quería preguntarle a la camarera cómo se las había arreglado para avergonzar a Ruby; ni siquiera había pensado que fuera posible hasta ahora.

—Me llamo Kashvi —dijo la camarera, deteniéndose con una mano en el pomo de la puerta.

—Soy Sadie —respondió Sophie—. Ésta es mi hermana Riley, y él es Marcus.

—Sí, te estábamos esperando —sin decir nada más, abrió la puerta. Kashvi los detuvo antes de que pudieran entrar en la habitación—. Síganme la corriente.

Enigmático, desde luego, pensó Sophie, apartando los pensamientos sarcásticos de su cara.

Sin decir nada más, la mujer se dio la vuelta y entró en la habitación. Mac le siguió los pasos, haciendo un gesto sutil con la mano para que las hermanas le dejaran comprobar primero la zona. Cuando entró y no ocurrió nada, Sophie esperó un momento y le siguió. Sentía a Ruby casi pegada a su espalda.

La primera impresión de Sophie fue la de una habitación grande y luminosa. El resto de los detalles se perdieron en cuanto vio el pájaro del tamaño de un coche compacto posado en un árbol en medio del espacio.

El pájaro estaba cubierto de plumas que iban del marrón suave al casi negro. Las plumas tenían un tenue brillo aceitoso que reflejaba el resplandor del arco iris. En lugar de la típica cabeza de pájaro con pico afilado y plumas, sobre el cuello del ave se hallaba el rostro de una mujer humana, un rostro antiguo cubierto de arrugas. Tenía el pelo fino, ralo y blanco como la nieve.

Kashvi se acercó a la mujer pájaro. Con los brazos extendidos, la camarera se dobló por la cintura y luego tocó, una tras otra, cada una de las patas de ave con garras de la anciana.

La arpía pasó suavemente un ala por encima de la cabeza de la camarera.

—Niña —canturreó suavemente, con una voz llena de afecto.

—Gran Madre —respondió Kashvi—. Te los he traído.

Kashvi retrocedió, dejando espacio para que se acercaran. Sophie tragó saliva y dio un paso adelante. La anciana volvió su atención hacia Sophie y, cuando sus ojos se encontraron, se dio cuenta de que los de la Gran Madre eran de un blanco lechoso puro, sin pupila ni iris, solo profundidades que se arremolinaban como nubes de tormenta.

Lentamente, Sophie se dobló por la cintura y tocó la parte superior de los pies con garras de la mujer del mismo modo que lo había hecho Kashvi. La piel era dura, correosa y seca bajo las yemas de los dedos de Sophie. Las garras negras de cinco centímetros de largo que sujetaban la percha de madera parecían capaces de desgarrar fácilmente a una persona.

Sophie sintió la suave caricia de las plumas rozando suavemente la parte superior de su cabello.

—Bendita seas, hija mía —dijo la mujer con voz lírica y fuertemente acentuada.

—Gracias, Gran Madre —respondió Sophie, retrocediendo para que Ruby y luego Mac pudieran hacer lo mismo.

Una vez que Sophie, Ruby y Mac se hubieron inclinado ante la matriarca byangoma, retrocedieron y se colocaron junto a la camarera, a la espera de saber qué ocurriría a

continuación. El silencio se hizo pesado mientras la arpía los observaba. Parecía que la mujer pájaro les estaba tomando la medida y planeaba juzgarlos. Sophie esperaba que pasaran la inspección, porque sospechaba que, de lo contrario, los echarían del restaurante sin ceremonias.

La Gran Madre clavó en Sophie sus ojos que no veían.

—Tú, niña perdida. Déjame ver tu mano.

—Um, bueno —respondió Sophie mientras avanzaba arrastrando los pies, deteniéndose frente a la mujer byangoma.

—Extiende la mano, con la palma hacia arriba —le dirigió Kashvi desde atrás.

Sophie hizo lo que se le ordenaba, y un fino temblor recorrió su cuerpo. La vieja bruja levantó una de sus grandes patas de pájaro y agarró con sus garras la muñeca de Sophie. Una repentina ansiedad invadió a Sophie cuando las afiladas garras de la mujer se clavaron en la delicada piel de su muñeca. Bastaría un solo golpe de una de ellas para acabar rápidamente con la vida de Sophie. Podía sentir cómo se le formaba sudor bajo las axilas y en el nacimiento del pelo a medida que los nervios se instalaban en sus huesos. La anciana levantó la mano de Sophie, acercándosela a la cara. Tiró de la mano de Sophie hasta que quedó a escasos centímetros de su nariz, lo que hizo que Sophie tropezara un paso más cerca de la percha, casi rozando el pecho cubierto de plumas de la mujer.

La byangoma se quedó mirando la palma de la mano de Sophie con sus ojos turbios durante varios minutos intensos y sin aliento. Sophie no tenía ni idea de por qué su corazón galopaba en su pecho. No ocurría nada. Tal vez fuera solo la sensación de estar bajo el ineludible y penetrante agarre de un ave de presa más grande que su frigorífico lo que la asustó. La Gran Madre podría destriparla en un abrir y cerrar de ojos, y nadie podría detenerla, ni siquiera la hermana de Sophie, que tenía armas.

Chasqueando la lengua con simpatía, dirigió a Sophie una mirada larga e ilegible. Sus ojos lechosos casi se perdían en la piel flácida y arrugada de su rostro. Soltándole la mano, la mujer declaró:

—Te esperan muchas dificultades, Sophie. Tendrás que apoyarte en tus amigos y en tu familia. Mantén a los tuyos cerca. No los alejes. Tendrás la tentación de hacerlo con la esperanza de protegerlos de cualquier daño. Eso no les protegerá. Solo les pondrá en mayor peligro.

—¿El peligro es de Bramwell o de Boudreaux? —preguntó Sophie.

—El peligro vendrá de muchas partes. Algunos esperados. Otros no.

Sophie sintió que sus cejas se fruncían, creando una profunda arruga entre ellas.

—¿Cómo sabré qué hacer?

La mujer se encogió en sus hombros emplumados.

—Ya lo descubrirás, niña. Necesitarás la ayuda de un enemigo para desbloquear tus poderes —la Gran Madre hizo un gesto de fastidio consigo misma—. Eso es más de lo que debería haber compartido contigo. Pero te diré una cosa más: recuerda mantenerte separada.

¿Ayuda de un enemigo? ¿Mantenerme separada? ¿Qué diablos significa todo eso? se preguntó Sophie, demasiado intimidada por la enorme mujer pájaro para dar voz a sus pensamientos. Bramwell, Cordelia y Boudreaux eran los únicos enemigos en los que podía pensar. Y Sophie no podía imaginarse a ninguno de ellos dispuesto a ayudarla a ella o a Ruby de ninguna manera.

Apartándose de Sophie, la Gran Madre se volvió hacia Ruby.

—Ven, niña.

Sophie empezó a retroceder cuando un pensamiento la sacudió. La mujer sabía el nombre de Sophie. Le dirigió a Mac una mirada preocupada que él le devolvió.

—Me llamo Sadie, Gran Madre.

La mujer se burló.

—Soy vidente. ¿Crees que no sé tu verdadero nombre? —desviando su atención de Sophie, despidiéndola de hecho, utilizó un ala para hacer señas a Ruby para que avanzara.

La anciana clavó una larga mirada en la mano de Ruby y luego le dio un consejo similar y vago. Sophie empezó a pensar que todo eran tonterías. *Conocerás a un hombre misterioso. Te llegará una oportunidad de negocio. En la hora más oscura, encontrarás la luz. Te esperan muchas dificultades.* Todo era basura inventada creada para separar a la gente crédula de su dinero.

Sophie se preparó, dispuesta a decirle a la mujer pájaro que pasara de largo por un puente incompleto cuando inevitablemente le pidiera un “donativo”.

Mac dio un paso adelante ante la indicación de la mujer mayor. Ella le miró la mano largo rato antes de dirigirle una mirada de aprobación.

—Bien. Eres un guerrero. Feroz y firme. Ella te necesitará —Mac asintió cuando la mujer le dirigió una intensa mirada—. Tienes que saber cuándo interponerte entre ella y el peligro y cuándo permanecer a su lado y afrontarlo con ella.

Sophie se inclinó cerca de Ruby y le susurró:

—¿Qué te parece? ¿Te lo estás tomando en serio?

—No sé... Supongo que sí —susurró Ruby encogiéndose ligeramente de hombros.

—Sí, Gran Madre —entonó Mac con seriedad, haciendo que Sophie se preocupara por la solemnidad con que trataba a aquel charlatán. Dio un paso atrás, se inclinó por la cintura y volvió a reunirse con Sophie. Cuando ella le dirigió una mirada preocupada, él enhebró su mano con la de ella, dándole un suave apretón en los dedos.

—Tengo una petición —dijo la Gran Madre.

Ahí viene, pensó Sophie. Miró por encima del hombro, señalando la posición exacta de la puerta que tenían detrás para que, cuando mandara a la mujer pájaro al infierno, pudieran salir rápidamente de la habitación, por si la Gran Madre se tomaba a mal su próximo rechazo.

—Para los byangoma, el don de la adivinación se transmite de madre a hija. Los que nacemos con la capacidad de leer el futuro nacemos ciegos. Fue el precio que mis antepasados pagaron a nuestros dioses para recibir este don. Sin embargo, si un individuo con una magia poderosa dona sangre voluntariamente, se puede devolver la visión completa a una cría con la Vista. Cuanto más fuerte sea la magia de la sangre donada, más fuerte será la recuperación de la vista del niño. Mi bisnieta acaba de nacer y se convertirá en la vidente de su generación. Les pido que donen un poco de su sangre. Quiero darle esto como regalo de eclosión.

—¿Quieres que te demos nuestra sangre? —reiteró Sophie, sorprendida e incrédula—. ¿De cuánta sangre estás hablando?

Sophie recordaba vívidamente cómo los druidas de Murias habían utilizado la magia del sacrificio de sangre para hacerse más poderosos. No se atrevía a dar su sangre a nadie. ¿Qué garantía había de que no la utilizarían con fines nefastos?

—Solo necesitará unas gotas de cada uno de ustedes. A cambio, les concederé una bendición: algo que permitirá a su hechicero localizar a los que buscan. Les regalaré una de mis plumas —dijo la Gran Madre, mirando fijamente a Ruby.

—Estás ofreciendo una *pluma* a cambio de nuestra sangre —repitió incrédula Sophie. *¿Qué demonios?*—. Creo que tengo que hablar de esto con mi hermana antes de darte una respuesta. ¿Te importaría que saliéramos fuera para hablarlo?

Sophie miró a Ruby, que asentía enérgicamente con la cabeza.

La Gran Madre inclinó la cabeza en señal de regia comprensión. Sin decir palabra, Kashvi abrió la puerta tras ellas, dejándolas salir de la habitación. Sophie caminó detrás de Kashvi sintiéndose aturdida y abrumada. Miró a toda la gente que había en las mesas, comiendo deliciosos manjares y charlando sin preocuparse por nada, sin darse cuenta de que estaba cenando a pocos metros de una gigantesca ave de presa mítica adivinadora. Todo parecía un extraño sueño febril. Estuvo tentada de pellizcarse para asegurarse de que no estaba durmiendo.

—No sé qué hacer —dijo Sophie cuando salieron a la acera y Kashvi volvió a entrar en el restaurante—. No me siento cómoda con la idea de darles mi sangre. ¿Cómo sabemos siquiera que no la utilizarán para otra cosa? ¿Se supone que debemos confiar en la señora pájaro gigante? —el calor del mediodía hacía que el tráfico peatonal de la acera fuera escaso, ya que todo el mundo estaba dentro de edificios con aire acondicionado en lugar de achicharrarse bajo el calor del desierto—. ¿Qué opinas, Mac?

Se encogió de hombros, tan perdido como ellas.

—Esto está *muy* lejos de mi especialidad. No sé nada de magia.

—Yo tampoco —asintió Ruby, exhalando un suspiro de preocupación—. Creo que deberíamos llamar a Larry. Es la única persona que conozco que sabe algo de magia. A ver qué tiene que decir sobre la byangoma, sobre todo sobre el hechizo que la Gran Madre cree que puede hacer.

—Es una buena idea. Es uno de los principales usuarios de magia de la fuerza. Si alguien sabe qué hacer, debería ser él. También sabrá si merece la pena que sacrifiques parte de tu sangre por la pluma —asintió Mac.

—¿Deberíamos llamar también a Marcella para contárselo? —preguntó Sophie.

—Llamemos primero a Larry —sugirió Ruby.

Cuando Sophie y Mac asintieron, Ruby sacó su teléfono y los tres se acurrucaron a su alrededor. Al marcar el número de Larry, el teléfono sonó dos veces antes de que su voz se oyera por el altavoz.

—Niña, eres muy oportuna. Justo estaba pensando en llamarte.

—Tengo aquí a Mac y a Sophie. Tenemos una situación extraña y necesitamos tu consejo —se apresuró a decir Ruby.

—Por supuesto. Me encantaría ayudar.

Ruby informó rápidamente a Larry sobre las profecías de la byangoma y su petición de la sangre de las hermanas.

—¿Te ofreció una pluma de byangoma? —chilló Larry, con voz chillona y emocionada—. ¿Tienes idea de lo rara que es?

—Ni siquiera podría empezar a adivinarlo —dijo Sophie con un encogimiento de hombros que Larry no pudo ver—. ¿Te permitiría esta pluma localizar las demás esquiras?

—Por supuesto. Sophie, ¿te acuerdas de cuando nos conocimos? —preguntó Larry, perdiendo su habitual tono coqueto y desenfadado.

—Claro que sí. Ruby había entrado en mi apartamento por primera vez y había abierto una botella de whisky que había comprado para Birdie —Ruby esbozó una sonrisa impenitente cuando Sophie la dirigió una mirada acusadora—. Mac te trajo a mi apartamento para ver si podías encontrar la huella energética o el aura de la ladrona de whisky... algo así.

—Así es. ¿Recuerdas cómo se confundían las auras? Al principio había creído que el intruso había camuflado su aura entre las tuyas, Sophie, e incluso había trazado pistas falsas. Pero ahora me doy cuenta de que es porque veía las auras de todas las esquiras. Eso se debe a que todas siguen conectadas psíquicamente aunque se hayan separado, aunque solo sea una conexión muy

débil. Los rastros de las demás esquiras eran más débiles porque estaban físicamente más lejos de ti y de Ruby, no lo bastante fuertes para que yo los siguiera, ni siquiera el de Ruby, que estaba en la ciudad.

Sophie recordaba vívidamente a Larry pulsando emocionado hilos invisibles en el aire, exclamando sobre la magia avanzada que habría hecho falta para crear falsas estelas de aura de Blancanieves.

—Vale —continuó Larry, con palabras cada vez más rápidas debido a su excitación—. Así que ahora sabemos que esos rastros, con toda probabilidad, conducían a las otras esquiras. Si no recuerdo mal, había cuatro rastros, así que eso cuadra. Sin embargo, no tengo suficiente batería mágica para seguir esos hilos. Es como tener un rastro de olor demasiado tenue para que lo siga un sabueso; puede oler la sangre en el viento, pero no puede determinar una dirección que seguir. Si tuviera una pluma de byangoma, podríamos utilizarla como una brújula. Sobre todo si puedo utilizarlas a las dos en el hechizo, su presencia ayudará a potenciar la conexión psíquica con las otras esquiras.

—Entonces, ¿crees que merece la pena que demos nuestra sangre a los byangoma? ¿Hay algo nefasto que puedan hacer con la sangre? —preguntó Sophie—. Además, en tu opinión, ¿es algo que debamos comentarle a Marcella?

—Sí, creo que merece absolutamente la pena que te hagas con esta pluma. Sin embargo, me gustaría salir y supervisar la donación para asegurarme de que los byangoma están en regla. Si los rumores sobre este ritual son ciertos, derramarás la sangre directamente sobre el niño, por lo que no podrían robarla. Pero vale la pena ser paranoico. Ahora, en cuanto a Marcella... Creo que debes hablarle de esta petición. De todos modos, es casi seguro que acabaría enterándose. Ya sé que te recomendará que lo hagas. Sin embargo, podría intentar quedarse con la pluma. Así que... —el tono de Larry se volvió insinuante—. Te agradecería mucho que le dijeras que solo harías este ritual si prometes dejarme la pluma. Un byangoma es un Mítico nacido con el don de la profecía. Incluso una de sus plumas está imbuida de una pizca de sus habilidades. Se podría hacer mucho bien con la pluma. Si consiguieras que Marcella accediera a dármela, podría crear muchos hechizos increíbles con ella.

—¿Qué impediría a Marcella quitártelo sin más? —preguntó Sophie.

—Cuando un Fae te hace una promesa, casi siempre cumple su palabra, y a ella le interesa mucho que ustedes dos estén contentos. Así que, si le pides que me deje tener la pluma, casi seguro que accederá.

Sophie había descubierto recientemente que a los Fae les cuesta mentir. Y es famoso que nunca se retractan de sus promesas. El problema es que se les da muy bien tergiversar sus palabras y encontrar lagunas en los acuerdos a los que llegan. Sienten una especie de orgullo perverso al utilizar la verdad para engañar a la gente. Esto hizo que Sophie desconfiara del Cónclave, ya que estaba formado casi exclusivamente por miembros Fae.

—¿No confías en Marcella con la pluma? —preguntó Sophie.

—Confío en Marcella, pero no necesariamente en el resto del Cónclave. Además, soy un brujo codicioso y estoy deseando descubrir todas las formas en que puedo mejorar mis hechizos incorporando la pluma. La magia que voy a poder crear será de otro mundo.

Cuando terminaron la llamada con Larry, Ruby llamó inmediatamente a Marcella. La llamada transcurrió como Larry había previsto. A Sophie le resultaba difícil comprender a Marcella. La líder Fae podía encerrar sus emociones tan completamente que Sophie a menudo no sabía lo que sentía, ni siquiera su verdadera opinión. Pero esta vez, Sophie pudo oír la vibración de la excitación en su voz.

—¿Sabes lo raro que es que un byangoma regale una de sus plumas? Es casi inaudito. Además, si podemos crear una relación con el rebaño, el Cónclave se convertirá en una fuerza a tener en cuenta. Son un grupo muy poderoso con el que establecer un vínculo de amistad. Tendremos que enviar a algunas personas para que recojan la pluma y supervisen el ritual. Como tu jefe, soy responsable de tu seguridad, así que debo asistir.

Y tener la oportunidad de intimar con la Gran Madre, supuso Sophie.

—Llamamos a Larry Turner para que nos consultara sobre esta magia. También estuvo de acuerdo en que conseguir la pluma valdría el riesgo de donar nuestra sangre. Hemos prometido darle la pluma si supervisa el ritual y vela por nuestro bienestar —advirtió Ruby a la Magistrada.

—Ruby, ¿pudiste tocar a la Gran Madre y hacer una lectura? —preguntó Marcella.

—Sí, la toqué y no vi ninguna muerte —respondió Ruby, encogiéndose de hombros ante Sophie.

—¿Confías en ella?

—Creo que sí —dijo Ruby. Mac se mostró en silencio de acuerdo con aquella afirmación. Como todos estaban tan seguros de que se podía confiar en la byangoma, Sophie decidió que su desconfianza estaba fuera de lugar.

—De acuerdo entonces, aprobaré este intercambio siempre que el Detective Turner acepte algunas estipulaciones sobre el uso que haga de la pluma. No quiero que intente ganar la lotería ni nada por el estilo —aceptó Marcella—. Por favor, averigua cuándo quiere la bandada llevar a cabo este ritual. Es lo bastante importante como para que cancele cualquier otra cosa de mi agenda para que se lleve a cabo. Puedo estar en Las Vegas dentro de unas horas.

—Te haremos saber lo que diga la Gran Madre —respondió Sophie. Colgaron y se quedaron de pie, en un abrazo incierto. El sol que golpeaba la cabeza de Sophie le impedía pensar. ¿Se estaban precipitando hacia algo peligroso? Todo estaba tan fuera del alcance de sus conocimientos y experiencia que Sophie ni siquiera tenía forma de predecir cómo podía salir mal.

El trío intercambió miradas de inquietud. Ruby se mordía el labio, señal inequívoca de que estaba preocupada. Todos los demás estaban tan concentrados en conseguir la pluma que a Sophie le pareció que las hermanas eran algo secundario. Sophie se negaba a ser un daño colateral en el Cónclave o en el deseo de Larry de conseguir artefactos poderosos.

Ruby volvió a mirar su teléfono, que seguía agarrado en la mano, oscuro y silencioso.

—Larry nunca dejaría que te ocurriera nada malo —dijo Sophie, pasando el brazo por encima del hombro de Ruby y dándole un apretón—. Si esto fuera peligroso -si tuviera el más mínimo indicio de que los byangoma no son lo que parecen-, nunca nos dejaría donar esa sangre. Ni siquiera por una extraña pluma mágica.

—Sophie tiene razón —intervino Mac—. Le conozco desde hace años. Habla demasiado, pero no es deshonesto. Y nunca le había visto tan entusiasmado por alguien como lo está por ti. Solo habla de ti. Es bastante repugnante.

Ruby soltó una carcajada, casi ahogándose con nada más que aire, y sus hombros cayeron de alivio. Sophie miró a Mac con aprobación. No tenía por qué esforzarse para que Ruby se sintiera mejor, pero lo hacía. Actuaba como un gruñón, pero Sophie sabía que tenía un centro blando y pegajoso bajo ese exterior duro. Era una de las muchas cosas que hacían que le quisiera aún más.

Una vez que Ruby controló sus risitas, respiró hondo. El aire de ansiedad que se cernía sobre Ruby se disipó como la pelusa de un diente de león al viento—. Tenemos que hacerlo. Digámosle a la Gran Madre que les daremos sangre y veamos qué pasa después.

Vieron a Kashvi esperando junto al puesto de azafatas, cambiando ansiosamente su peso de

un pie a otro mientras se acercaban a la entrada. Cuando Mac llegó a la puerta, ella se precipitó hacia delante, manteniéndola abierta para ellos.

—¿Te has decidido? —preguntó Kashvi, con sus ojos castaño oscuro muy abiertos y esperanzados.

Cuando Sophie asintió, Kashvi las condujo de nuevo a la sala donde la Gran Madre esperaba en su nido.

Kashvi abrió la puerta, pero no las siguió al interior de la habitación. La luz resplandeciente del espacio hizo que Sophie entrecerrara los ojos al entrar. Se preguntó brevemente si la luminosidad de la sala era intencionada. Al hacer que la gente se estremeciera y encorvara ante la luz, la Gran Madre ponía a la gente en la postura física de un suplicante, quizá animándoles a adoptar una actitud de adoración y fe. Sophie sacudió la cabeza ante sus fantasiosas ideas. *O tal vez a la Gran Madre le guste el brillo del arco iris que las luces hacen en sus plumas.* Sophie solo podía empezar a adivinar el proceso de pensamiento de la byangoma.

—Han tomado una decisión —declaró la Gran Madre una vez que la puerta se cerró, separándoles de Kashvi y del resto del restaurante.

—Sí, Gran Madre, lo hemos hecho —respondió Sophie—. Donaremos nuestra sangre a tu bisnieto. Sin embargo, tenemos algunas estipulaciones.

—Por supuesto. Querrás que asistan tu hechicero y La Magistrada Fae —entonó la byangoma, robándole las palabras de la boca a Sophie—. Deberían poder llegar en las próximas tres horas.

Sophie sintió que se le abría la boca por la sorpresa, pero apretó la mandíbula y miró de soslayo al byangoma.

Sophie se quedó mirando a la Gran Madre mientras la mujer peinaba despreocupadamente algunas de las plumas de su ala con un dedo de afilado talón. Sophie intuyó que fingía estar ocupada para que Sophie pudiera mirar hasta saciarse. Sophie no conseguía descifrar a la matriarca byangoma. ¿Era la Gran Madre lo que parecía? ¿Una abuela adivina que quería mantener a su nieto? ¿O había algo más en esta interacción, algo siniestro? Si *había* algo más en la byangoma, Sophie no era la mejor persona para discernir los planes ocultos de alguien. Con Sophie, lo que veías era lo que había. Nada en las acciones de la matriarca hasta el momento hacía creer a Sophie que tramaba algo malo. Además, si intentaba joderles, Sophie le echaría encima a Ruby.

—Entonces, ¿sabías que vendríamos hoy y que diríamos que sí? —preguntó Sophie.

—Sabía que vendrías aquí, sí. Esa decisión ya estaba tomada, así que era una certeza. En cuanto a que ustedes dos estuvieran de acuerdo en hacer la ceremonia, eso no estaba tan claro. Pero cuando analicé las posibilidades, tu respuesta parecía inclinarse hacia un acuerdo.

—Entonces, ¿puedes ver todo el futuro? ¿Todo lo que va a ocurrir? —preguntó Sophie. Imaginó que sería abrumador ver *todo* el futuro. La sobrecarga de un milenio de información probablemente haría implosionar la mente de Sophie.

—Sí y no —respondió la Gran Madre—. El futuro no está fijado. Cada día, cada persona tiene que hacer docenas de elecciones, pequeñas y grandes: desde qué desayunar o cómo reaccionar ante un insulto, hasta decidir si engaña o no a su cónyuge. Algunas de esas elecciones pueden cambiar el curso de la vida de una persona. Así pues, si miro en las visiones de lo que te ocurrirá mañana, puedo ver esas elecciones y las ramificaciones que tus elecciones hacen en tu futuro. Cuanto más lejos miro en tu futuro, más vidas alternativas hay. Tienes miles de futuros posibles, cada uno dependiente de tus acciones. Es más difícil rastrear esos futuros potenciales cuanto más lejos miro hacia delante. Es más fácil ver las grandes opciones, las cosas que no

puedes cambiar con tus actividades cotidianas. Por ejemplo, que resuelvas el caso en el que estás trabajando no cambiaría si una entidad extranjera decide invadir el país.

—Parece una carga muy pesada de llevar.

—Lo dice la mujer que da testimonio de los últimos momentos de las personas. Todos tenemos cargas. La tuya tampoco es un regalo fácil —replicó la Gran Madre—. Ahora tienes trabajo al que debes volver. Y yo tengo que preparar una ceremonia. Los veré a todos aquí dentro de unas horas.

Tras despedirse, se dirigieron a la salida. Cuando salieron de la sala, Kashvi pasó junto a ellas, inclinando la cabeza respetuosamente hacia cada una. Sophie fue la última en salir y mantuvo la puerta abierta mientras Kashvi entraba en la habitación de la Gran Madre.

—Gran Madre, ¿han dicho que sí? —Sophie oyó preguntar a Kashvi mientras la puerta de la sala de descanso empezaba a cerrarse tras ellas. Sophie no creía que Kashvi quisiera que la oyera.

—Lo hicieron. Te dije que lo harían —reprendió la anciana, con un tono divertido.

CAPÍTULO 10



*Tr*as varias horas infructuosas dando vueltas por el Distrito de las Artes, Sophie se encontró de nuevo de pie frente al Imperial Grille, junto a Ruby y Mac. La sombra del tejado del restaurante solo proporcionaba un pequeño alivio del sol abrasador que azotaba la ciudad.

A Mim le molestó especialmente que se negaran a volver al hotel para refrescarse después de conducir y se dirigieran enseguida al restaurante. Sophie no le veía sentido: ya se habían descubierto con la byangoma.

—¿Cómo vive la gente aquí? ¿Cómo sobrevive algo aquí? se quejó Sophie, secándose el sudor de la frente y probablemente emborronando el maquillaje que Ruby y Mim habían pasado demasiado tiempo aplicándose.

—Mucha gente dice lo mismo del frío y la niebla de San Francisco —señaló Ruby.

—Sí, pero siempre puedo ponerme una chaqueta para combatir el frío. No puedo quitarme más ropa para combatir el calor a menos que me apetezca ir a la cárcel por exhibicionismo.

Mac miró a Sophie enarcando las cejas. Ella habría contraatacado dándole un codazo en el costado, pero hacía demasiado calor para molestarse.

Sophie vio cómo Ruby desplegaba el mapa una vez más para ver por dónde habían pasado, probablemente con la esperanza de encontrar alguna calle lateral que se les hubiera escapado. Según el rastro resaltado por Ruby en el mapa, habían buscado en todas las calles del Distrito de las Artes. No había ni rastro del mural que buscaban. Los hombros de Sophie se hundieron cuando pensó en ampliar la búsqueda al resto de la ciudad. Tenía que haber una forma mejor que recorrer todas y cada una de las calles de Las Vegas.

—¿Es ése el coche de Marcella? —preguntó Mac, señalando un gran todoterreno negro no muy distinto del que habían estado utilizando que entraba en el aparcamiento. Ruby dobló rápidamente el mapa y lo metió en el bolso.

—Probablemente —dijo Sophie encogiéndose de hombros—. Recuérdame que le pregunte si quiere que sigamos dando vueltas y buscando el mural, o que centremos toda nuestra atención en la lista de sospechosos.

Ambas opciones empezaban a parecer lejanas.

Marcella salió del coche vestida con un elegante traje pantalón azul marino de líneas nítidas y limpias. Acentuaba su delgadez, pero no la hacía parecer frágil. Su austeridad le recordaba a Sophie la de una guerrera, una luchadora esbelta y feroz cuyo núcleo mental y físico era de acero. Sophie imaginó que si un kilo intentara añadirse a la cintura de Marcella, la mujer Fae se

limitaría a lanzarle una mirada gélida hasta que se escabullera silenciosamente.

Dos hombres corpulentos flanqueaban a Marcella, a quienes Sophie reconoció vagamente de la batalla de la Torre Coit contra Edwyn y sus secuaces. Cuando Marcella envió a Mac, Sophie y Ruby a Las Vegas, mencionó que tenía a su fuerza de élite en estado de alerta por si surgía algún problema con la organización criminal que perseguían. Sophie se preguntó si aquellos dos formaban parte de esa fuerza. Si lo eran, no solo sabían luchar, sino que probablemente poseían una magia poderosa. Marcella levantó una mano en señal de saludo cuando vio a los tres esperándola.

Mim fue el siguiente en salir del coche, con un aspecto muy elegante. Por la mirada de adoración que le dirigía a Marcella, Sophie supuso que se vestía para impresionar.

Justo detrás de Mim, Sophie vio una fedora de tweed que le resultaba familiar. Ruby también había visto a su novio por el chillido que salió de su boca. Ruby pasó corriendo junto a Marcella y su séquito, gritando un rápido saludo antes de lanzarse a los brazos de Larry.

—Cualquiera diría que acaba de volver del mar —murmuró Sophie a Mac mientras Ruby y Larry se enroscaban el uno en el otro como pulpos amorosos—. Solo han pasado dos días.

—Ah, joven amor —dijo Mac, asintiendo sabiamente. Sophie intentó disimular su bufido de diversión con una tos. Era evidente que no engañaba a nadie cuando Marcella enarcó una ceja y luego miró a Larry y Ruby con los ojos en blanco.

Cuando los tortolitos por fin se desenredaron el uno del otro, el grupo se acercó al restaurante. Sophie puso rápidamente a Marcella al corriente de sus progresos, o de la falta de ellos, mientras se acercaban a la entrada principal.

—¿Cuánto falta para que llegues al combate de boxeo? —preguntó Marcella.

—Unas dos horas —respondió Mac.

Marcella asintió, con aire pensativo.

—Volvamos a reunirnos en tu habitación de hotel después del combate. Cuando acabemos aquí, tengo previsto reunirme con algunos miembros del Cónclave de Las Vegas con los que mantengo una buena relación. Voy a tantear el terreno a ver qué encuentro. Puede que tengamos que recalibrar nuestro plan de juego esta noche.

Sophie estaba asintiendo, a punto de responder, cuando se fijó en la cara de excitación de Kashvi en la ventana del restaurante. La camarera casi corrió hacia la puerta principal, manteniéndola abierta con una mano y la otra revoloteando a su lado como si no supiera qué hacer con ella.

—Magistrada Venturi, ésta es Kashvi —presentó Sophie, dándose cuenta demasiado tarde de que no tenía ni idea de cuál era el apellido de Kashvi.

—Encantado de conocerlos a todos. Por favor, síganme. Todo está preparado y los espera —respondió Kashvi, estrechando las manos de todos.

—Mim, necesito que montes guardia en la puerta principal y te asegures de que nadie intenta interrumpirnos —ordenó Marcella.

Sophie se dio cuenta de que Mim intentaba ocultar su dolor y su decepción, pero era evidente que estaba destrozada por ser la única que se había quedado atrás.

—Por supuesto, Magistrada Venturi —respondió Mim con valentía—. Pueden contar conmigo.

Cuando empezaron a entrar en el restaurante, Sophie miró a Mim, que estaba en la puerta, con los hombros caídos por la derrota.

Cuando todos entraron, Sophie miró sorprendida a su alrededor. Todo el local estaba vacío a pesar de que era la hora de cenar. Parecía un pueblo fantasma, cuando solo unas horas antes

bullía de actividad y animadas conversaciones. Cuando Kashvi se dio cuenta de su mirada sorprendida, le explicó que habían cerrado el restaurante para asegurarse de que no hubiera interrupciones—Además, los padres de ambos niños trabajan en la cocina, y no podíamos pedirles que siguieran trabajando y no asistieran a la ceremonia.

Kashvi condujo al grupo por el restaurante vacío hasta la misma puerta de antes. Tras llamar rápidamente, abrió la puerta del dormitorio. La Gran Madre estaba en el mismo lugar que la última vez que Sophie la había visto, con el rostro apacible y sereno.

Había varias personas alineadas contra la pared del fondo, la mayoría con batas de cocinero o uniformes de camarero. Sophie supuso que aquel restaurante era un establecimiento familiar. Había algo en la forma estrecha y similar de muchos de sus rostros y en el pelo oscuro y rizado con un pico de viuda a juego que hacía que Sophie sintiera que la rodeaban generaciones de la misma familia. Uno de los hombres con bata de cocinero parecía un abuelo patriarcal con un brazo echado sobre los hombros de uno de los hombres más jóvenes. La sospecha inicial de Sophie se confirmó cuando el joven le dijo algo al hombre mayor, refiriéndose a él como tío Anil.

La Gran Madre crujió las plumas en su percha, devolviendo la atención de Sophie a la vieja byangoma. Miró fijamente a Sophie y a Ruby con ojos amables.

—¿Ambas siguen dispuestas a donar su sangre?

Cuando ambas hermanas asintieron, les dedicó una sonrisa complacida que reflejaron las personas que estaban de pie contra la pared del fondo.

—Traigan la mesa chakki —pidió la matriarca byangoma. Un hombre con bata de cocinero hizo una rápida inclinación de cabeza a la Gran Madre antes de colarse por una puerta situada en la esquina trasera de la sala.

Volviendo su atención hacia Marcella.

—Magistrada Venturi. Te agradecemos que hayas encontrado tiempo en tu exigente agenda para venir. Sé lo ocupada que debes de estar.

Marcella soltó una perorata rápida y práctica sobre el acercamiento y la cooperación entre especies míticas. Sophie había dejado de escuchar porque la puerta por la que había desaparecido el hombre volvió a abrirse. Volvió a entrar en la sala, llevando una mesa redonda y achaparrada, pero Sophie en realidad no le miraba a él. Miraba fijamente a la mujer pájaro que había justo detrás de él. El parecido entre esta nueva mujer y la Gran Madre no se limitaba a tener el mismo cuerpo grande y de plumas marrones de un enorme búho. También tenía ojos lechosos y rasgos faciales como la Gran Madre, salvo que era mucho más joven. Sophie no tenía forma de determinar su edad, pero la habría situado en torno a los treinta años si la hubieran presionado. La mujer tenía las alas recogidas, acunando a un bebé envuelto en una manta. Lo único que Sophie podía ver del bebé eran los bordes de una cabecita cubierta de un espeso y oscuro pelo rizado que asomaba por encima de las puntas de las alas de la mujer.

El hombre puso a los pies de la Gran Madre la mesa baja y redonda con una pila profunda que recordaba a un fregadero seco. Estaba colocada sobre cuatro gruesas patas talladas. Otra persona colocó dentro una almohada redonda que cubría el fondo de la pila marcada. La almohada era de seda de color rojo intenso con intrincados bordados de brocado dorado.

La mujer colocó a su bebé en medio del cojín, arrodillada en el suelo junto a la mesa, justo enfrente de la Gran Madre.

Señalando con la punta de un ala, la matriarca byangoma indicó que Sophie debía arrodillarse a su derecha y Ruby a su izquierda. Sophie se acercó a la mesa, con una rodilla apoyada en una de las patas. El leve olor a harina surgió de la mesa, compitiendo con ese

indefinible olor único de los bebés.

De los pliegues de la manta asomaban pequeñas plumas esponjosas, que a Sophie le recordaban a las plumas blandas de un pajarillo. Se preguntó a qué edad se convertirían en el largo y liso plumaje de un adulto.

Sophie se quedó mirando a la niña que estaba a punto de recibir su sangre. El niño tenía las dulces mejillas regordetas de un bebé bien alimentado. Sin embargo, la blancura lechosa de sus ojos hizo que Sophie se detuviera. Incluso sin pupilas, Sophie podía sentir que el niño la miraba.

—Me encantan los bebés —arrulló Ruby a la niña, que pareció devolverle el arrullo. Sophie resistió el impulso de mirar a Larry para ver qué le parecía el anuncio de Ruby.

Sophie no sabía exactamente lo que sentía por los bebés. En teoría le gustaban, suponía. Pero nunca había interactuado con uno.

—Ésta es mi niña, Zuleika. Significa “hermosa, brillante y encantadora” —dijo la mujer arrodillada, rozando con un ala la mejilla del bebé.

Sophie miró a la madre de Zuleika. Se dio cuenta de que, aunque tenía los mismos ojos lechosos que la Gran Madre, no estaban tan nublados: Sophie podía distinguir su iris y sus pupilas. Era más fácil determinar hacia dónde miraba y las emociones que había detrás de sus ojos. Así, cuando Sophie la encontró y le sostuvo la mirada, pudo ver la esperanza y el amor que la mujer sentía por su hija.

La Gran Madre agitó sus plumas, desviando la atención de Sophie de Zuleika y su madre.

—Esta mesa ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Las mujeres de mi familia la utilizaban para moler el grano. De ella salían los alimentos que alimentaban a mi bisabuela, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Creo que es apropiado que ahora se utilice para ayudar a ver al vidente de cada generación.

La Gran Madre se detuvo, mirando fijamente a Sophie y luego a Ruby durante un largo y prolongado minuto. Al parecer, la Gran Madre tenía la sensibilidad de Larry para el dramatismo.

—¿Están preparadas? —les dijo la Gran Madre a Sophie y Ruby, con voz autoritaria y seria, irrumpiendo en los pensamientos errantes de Sophie.

—Sí, Gran Madre —respondieron tanto Sophie como Ruby.

Sin decir nada más, la Gran Madre agarró con fuerza la mano izquierda de Sophie. Sophie resistió el impulso instintivo de tirar del brazo hacia atrás. Vio cómo la Gran Madre trazaba la línea más prominente de la palma de la mano de Sophie, a la que antes había oído referirse como la línea de la vida, con una única garra negra más larga que el dedo índice de Sophie.

Sophie aspiró un silbido cuando aquella garra atravesó el centro de su palma. Ocurrió tan deprisa que apenas tuvo tiempo de hacer algo más que estremecerse antes de que la mujer pájaro retirara la garra de la herida. La Gran Madre levantó la palma de Sophie e inspeccionó la herida que había provocado. Emitió un zumbido de aprobación.

—Quédate así —ordenó la Gran Madre, señalando con un dedo de garra la mano levantada de Sophie, en cuyo centro había empezado a acumularse sangre. Sophie deseó haber pensado en hacer más preguntas. ¿Cómo iban a donar la sangre? ¿Iban a gotearla en la boca del bebé? El estómago de Sophie se rebeló ante aquella idea.

La Gran Madre atravesó entonces la palma de la mano de Ruby en el mismo lugar en que había atravesado la de Sophie.

—Neerja, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo la Gran Madre.

A esa orden, la madre de Zuleika agarró suavemente las muñecas de Ruby y Sophie con cada mano, llevándolas directamente sobre la cara del bebé. Neerja apretó las palmas de las manos, una contra otra, para que la sangre de las hermanas se entremezclara. El escozor de la herida

punzante aplastada contra la de Ruby hizo que a Sophie se le humedecieran los ojos. Apretó los dientes contra la sensación de injusticia cuando la sangre roja y brillante empezó a gotear de sus manos hacia el bebé.

Mientras la sangre empezaba a gotear, la Gran Madre y Neerja empezaron a murmurar suaves palabras en armonía en un idioma que Sophie desconocía. Lo que fuera que estuvieran cantando las dos mujeres byangoma fue captado por el resto del público de pie contra la pared. Sophie había olvidado hasta entonces que estaban siendo presenciadas.

Sophie miró hacia abajo, esperando ver el horror de un bebé salpicado de sangre. Sin embargo, mientras miraba, la sangre que goteaba de sus manos cayó sobre la frente de la niña e inmediatamente fue absorbida por su piel, desapareciendo sin dejar rastro.

Sophie jadeó cuando se dio cuenta de que el blanco turbio que se arremolinaba en los ojos de Zuleika había empezado a diluirse, y sus iris marrón oscuro emergían de la niebla como el sol quema la niebla sobre las colinas de San Francisco en un día cálido.

Cuando las manos de Sophie y Ruby dejaron de sangrar libremente y se apagaron los cánticos, la leche desapareció casi por completo de los ojos de Zuleika. Solo quedaba un leve atisbo de nebulosidad.

Sophie se inclinó más para ver mejor los ojos del bebé. Cuando se inclinó cerca de la criatura, Zuleika le devolvió la mirada con una mirada oscura e inteligente, tan suave como la de una cierva. Zuleika dedicó a Sophie una sonrisa amplia y pegajosa, balbuceando alegres tonterías.

—Gran Madre —jadeó Neerja, arrebujaando al bebé en la cuna de sus alas—. Sus ojos... Son tan claros. Ha funcionado.

El hombre que había traído antes la mesa se precipitó hacia delante, cayendo de rodillas junto a Neerja. Ella acercó el bebé al hombre, que se quedó mirando al niño con asombro. Emitió un pequeño sonido herido antes de apartar al bebé de las alas de Neerja, apretando su cara contra el vientre de Zuleika. Levantó la vista, con los ojos húmedos, y dedicó a Sophie una sonrisa de agradecimiento.

—Acércala. Déjame ver —ordenó la Gran Madre, arrastrando los pies con excitación por la madera de su dormitorio.

El hombre se puso en pie, acercando al bebé a la mujer pájaro. Cuando la Gran Madre inclinó la cara a unos centímetros de la de Zuleika, Sophie se dio cuenta de que era enormemente miope. Sophie habría jurado que la Gran Madre la había mirado fijamente antes, pero la prueba de la falta de visión de la mujer estaba allí mismo. Se preguntó cuánto podía ver realmente la byangoma. ¿Era buena fingiendo, o tal vez su capacidad de vidente le permitía saber dónde estaba alguien? Era un misterio para el que Sophie pensaba que probablemente nunca obtendría respuesta.

—Son aún más claros de lo que esperaba —cacareó la Gran Madre, dándole a Zuleika un suave beso en la nariz.

Levantando la vista, la Gran Madre miró directamente a Sophie y luego a Ruby.

—Gracias por este regalo —dijo, volviendo a mirar al niño con el amor arremolinándose en sus ojos turbios—. Tienen una amiga byangoma. Si alguna vez tienen una necesidad, pueden recurrir a nosotros.

—¿Necesitaremos hacerlo alguna vez? —preguntó Sophie, solo medio en broma.

En respuesta, la mujer byangoma se limitó a guiñar un ojo.

La Gran Madre se pasó una garra por el ala y luego agarró una de sus plumas por la base, tirando de ella. Ruby se adelantó y, en silencio, cogió la pluma de las garras de la Gran Madre.

—Gracias —dijo Ruby antes de darse la vuelta y entregárselo a Larry, que parecía a punto de estallar de excitación.

—De nada. Buena suerte en tu caso —respondió la Gran Madre—. Disfruta de la lucha.

Ahora Sophie estaba segura de que a la Gran Madre le gustaba ser dramática y misteriosa. Se burlaba de ellos diciéndoles que sabía adónde se dirigían a continuación. Sophie estuvo tentada de preguntar por qué luchador apostar, pero se mordió la lengua.

La Gran Madre pidió a Marcella que se quedara. Cuando salieron de la habitación, Sophie miró hacia atrás y vio a Marcella y a la Gran Madre hablando mientras el resto de la familia se apiñaba alrededor de Zuleika, con sonrisas de alegría en los rostros.

Una vez estuvieron fuera, esperando a Marcella bajo el techo arqueado del aparcacoches, Sophie miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solas.

—Bueno, eso ha sido jodidamente raro. Y antihigiénico —se quejó Sophie cuando estuvo segura de que no había peatones cerca. Se acunó la mano dolorida contra el pecho para protegerse. A pesar de sus quejas, Sophie sabía en el fondo que volvería a hacerlo en un microsegundo. La mirada de la familia de Zuleika, y la de la adorable niña misma, le asegurarían que donaría su sangre cien veces si fuera necesario.

—Una de las cosas más raras que he presenciado —convino Mac—. Déjame ver la herida —cuando ella extendió la mano para que la inspeccionara, Mac giró con cuidado la palma hasta que pudo ver la herida punzante en la luz de la calle. Chasqueó la lengua ante el agujero ensangrentado del centro de la mano en señal de compasión. Mim se acercó y jadeó cuando vio la herida.

—¿Estás bien? —preguntó Mim, con el ceño fruncido por la preocupación.

Ahora que ya no sangraba, no era tan grave como Sophie había temido en un principio. Pero empezaba a palpar y a arder a medida que se le pasaba la adrenalina de la situación.

—Estoy bien —aseguró Sophie a Mim—. No es tan grave como parece.

—Turner, ¿puedes curar esto? —gritó Mac al hechicero.

—¿Eh? —respondió Larry distraídamente, ocupado en examinar la larga pluma de byangoma.

—Larry —ladró Mac, consiguiendo por fin que levantara la vista de mirar cariñosamente a su nuevo juguete—. Sophie y Ruby tienen heridas, imbécil. Deja de mirar a tu *preciosa* y cúralas —Mac dirigió a Larry una mirada sumamente cabreada.

—¡Caramba! Lo siento, cariño. ¿Te duele? —Larry se revolvió, parecía mortificado por haberse perdido tanto en su nuevo premio que se olvidó de la herida de su novia.

—Me escuece —Ruby se encogió de hombros con indiferencia mientras el hechicero le examinaba la herida.

—Déjame ir a buscar mi bolsa —dijo Larry.

Regresó un minuto después cargando un maletín de médico anticuado que debía de pesar mucho, dado el modo en que Larry resoplaba. Dejó el maletín de cuero negro sobre un muro bajo de piedra con un gemido, Larry lo descorrió y abrió los laterales. En el interior, el maletín estaba forrado de pequeños estantes y bolsillos llenos de botellas, bolsas y otros surtidos extraños. Rebuscó durante un minuto, murmurando en voz baja, antes de sacar un pequeño frasco con un cuentagotas de goma. El frasco de cristal estaba medio lleno de un líquido naranja quemado que parecía espeso y viscoso, como melaza. Larry agitó el frasco como si quisiera asegurarse de que se mezclaba correctamente.

—No puedo curarla completamente aquí. Pero esto sellará y protegerá la herida. También te quitará el dolor. Cuando lleguemos a casa, si no se cura lo bastante rápido o te molesta, podré

arreglarlo entonces. No llevo conmigo todos mis suministros.

—A mí me basta —respondió Sophie.

Desenroscando el tapón, Larry aspiró una pequeña cantidad del líquido curativo en el gotero. Con la lengua fuera de la boca, concentrado, Larry dejó caer con cuidado un solo goteo de la poción sobre la herida de Ruby.

Sophie la observó para ver si tenía alguna reacción a la poción, pero Ruby parecía estar bien. Así que Sophie le tendió la mano para que Larry trabajara en ella a continuación.

Al principio, el líquido parecía helado, luego se calentó lo suficiente como para resultar incómodo. Cuando volvió a enfriarse hasta alcanzar la temperatura de Sophie, formó un sello flexible sobre el orificio del pinchazo. Se estiró un poco cuando Sophie flexionó la mano, pero por lo demás, ya ni siquiera sentía la herida.

—¿Qué te parece? —preguntó Larry.

—Es perfecto. Gracias.

Mientras Larry aplicaba la poción en la mano de Sophie, Marcella y el guardaespaldas que la acompañaba salieron del restaurante y se dirigieron hacia ellos.

—Malditas oráculos. Nunca te dan una respuesta clara —se quejó Marcella mientras se acercaba. Sophie sintió que enarcaba las cejas al oír las palabrotas de la magistrada.

—¿No te dio ninguna ayuda? —preguntó Ruby.

—No, seguro que sí. Solo que probablemente no tendrá sentido hasta que lo necesite. Creo que les gusta pasarse de listas y hacerse de rogar para conseguirlo.

Eso hizo reír a Sophie. Desde luego, podía ver cómo la Gran Madre se reía por ayudar, pero lo hacía de un modo frustrante e indirecto.

—No hagas caso de mis quejas. Ha sido un gran día para nosotros. Ahora poseemos una pluma de byangoma real. Y creo que hemos ganado un poderoso aliado. Todos nos hemos ganado un capricho —respondió Marcella. Sophie parecía casi mareada.

—No tenemos tiempo. Tenemos que ir al combate de la UFC —respondió Ruby, con cara de decepción. Sophie sabía cuánto adoraba Ruby las golosinas, sobre todo las dulces—. Quiero llegar pronto y ver si puedo buscar a nuestros culpables.

CAPÍTULO 11



El centro de boxeo Puño de Oro era más grande de lo que Sophie había esperado. Fuera del edificio había una marquesina digital que anunciaba el combate entre Sánchez y Thompson. El edificio no era grande como un estadio, pero no estaba lejos. Había esperado algo más parecido al lugar en el que trabajó una vez: un gimnasio con un par de rings rodeados de equipos de entrenamiento.

—Creo que ahora me gusta Drake. Estos asientos son fantásticos —murmuró Mac, mirando alrededor del estadio. Solo estaban a unas seis filas del ring. Detrás de ellos se alzaban gradas escalonadas.

Aunque habían llegado casi en cuanto se abrieron las puertas del acto, el local se llenó rápidamente de una multitud alborotada y colorida.

Larry había encontrado a un revendedor que vendía entradas a precios exorbitantes, así que pudo unirse a ellos, pero su asiento estaba en algún lugar de la platea. Ruby y él se habían alejado para ver si podían colarse en la parte trasera, donde estaban los vestuarios. Su plan de intentar localizar a los responsables y a los propios luchadores era bueno, aunque fuera una posibilidad remota.

—¿Hay algún metamorfo aquí? —susurró Sophie a Mac.

Vio cómo se le encendían los orificios nasales. Sacudió la cabeza.

—La mayoría son humanos, pero hay demasiados olores que compiten entre sí para que pueda distinguir uno solo. Aquí hay míticos, pero no puedo separarlos de los demás olores. Es demasiado.

Intentando parecer aburrida y despreocupada, Sophie escrutó continuamente a la multitud, esperando ver caras conocidas. Se imaginaba que cualquiera que hubiera asistido al combate de metamorfos en jaulas también habría venido a ver un combate de la UFC. Todos los rostros se difuminaban, pero Sophie hizo todo lo posible por examinar al mayor número posible de personas.

El ruido crecía a medida que bajaban las luces y la gente se apresuraba a llegar a sus asientos.

—¿Dónde está Ruby? —preguntó Sophie, mirando a su alrededor en busca de su problemática hermana.

La hermana en cuestión eligió ese momento para aparecer, arrojándose al asiento contiguo al de Mac.

—¡Dios mío! Casi nos pillan. Pensé que nos iban a echar de aquí —confesó Ruby, con regocijo en cada palabra.

Ruby tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. La aventura de escabullirse por las instalaciones y que casi la pillaran le sentó claramente bien. Se giró en su asiento y miró detrás de ellos hacia lo alto de las gradas. Sophie siguió su mirada justo a tiempo para ver cómo Larry le daba un beso a Ruby. Era fácil verle: el traje de seersucker destacaba en el mar de camisetas, camisas musculosas y cuero.

Las luces bajaron aún más, bañando la gran sala en haces danzantes de luces rojas y moradas.

—¿Están preparadooooos? —retumbó una voz en la sala, pronunciando cada palabra. La multitud estalló en vítores y gritos.

Empezó un fuerte y retumbante ritmo latino, el bajo profundo de la canción retumbó en los pulmones de Sophie.

Cuando empezó la letra de una canción desconocida, Sophie vio al séquito del primer combatiente entrar en la sala a su derecha. Los hombres que rodeaban al fanfarrón combatiente agitaban los brazos y gritaban para que la gente animara. En el centro del grupo había un joven que pasó pavoneándose, envuelto en una brillante túnica de seda amarilla.

Cuando llegaron al lado del cuadrilátero, el hombre se despojó de la bata con una floritura, dejándolo solo en unos pantalones cortos que a Sophie le recordaban a unos calzoncillos negros. Los focos que danzaban sobre el luchador mostraban un cuerpo musculoso cubierto de tatuajes, el más prominente de los cuales se extendía por la parte superior de su espalda, mostrando el nombre de Sánchez en una fuente estilizada.

Uno de los hombres extendió las cuerdas del ring para que Sánchez pudiera entrar. Con los puños enguantados levantados por encima de la cabeza, el luchador se pavoneó por el perímetro del recinto, empapándose de los gritos y vítores de la enfervorizada multitud.

La música se apagó y las luces volvieron a atenuarse. Hubo un momento de silencio, sin aliento. La expectación se desvaneció justo antes de que empezara otra canción de entrada, esta vez una conocida canción de rock-n-roll. Mientras un riff de guitarra eléctrica gritaba por los altavoces, el séquito del siguiente luchador entró por el otro lado de la sala.

El siguiente luchador, Thompson, estaba en el centro de la masa de hype-men. Se había saltado la túnica brillante y solo llevaba unos pantalones cortos verde bosque. Tenía el pelo rubio rojizo, la mandíbula cuadrada y limpia y el cuello del mismo grosor que el cráneo. Era un tipo fornido con un poco de deportista americano.

Cuando Thompson entró en el ring, se quedó de pie en la esquina, retorciéndose el cuello para aflojarlo mientras Sánchez seguía exhibiéndose. Observó a Sánchez con una mirada de mil metros, emitiendo amenaza y una determinación inquebrantable. Parecía que quería aplastarlo. Si Sophie tuviera que apostar por uno de los luchadores, lo haría por Thompson. Parecía concentrado y decidido, como si lo deseara más.

Ninguno de los dos luchadores había estado en la visión de la muerte de Cooper, así que dirigió su atención a los esquineros que se cernían sobre los hombros de cada uno.

Agarró la mano de Mac con tanta fuerza que él soltó un suspiro agudo.

—Soph, ¿estás bien? —preguntó él, mirando fijamente a Sophie y luego siguiendo su mirada hacia una esquina del ring de lucha.

—Es él.

—¿Qué? ¿Quién? —susurró Mac.

—El luchador de la visión de la muerte de Cooper. Abanish, “el Rey del Ring”. Es el tigre metamorfo que le dio una paliza a Cooper —Sophie señaló a un hombre de la esquina de Thompson, que era la única persona allí más grande que el luchador de la UFC—. ¿Ves a ese tipo de pelo largo y oscuro que está junto a Thompson? Es Abanish. Le reconocería en cualquier

parte.

—Sí, le veo. ¿Reconoces a alguien más? —preguntó Mac.

Sophie examinó al resto de los esquineros, pero todos le resultaban desconocidos.

—No me puedo creer que le hayamos encontrado —dijo Sophie conmocionada, mirando al hombre en cuestión con estupor.

Mac sacó el teléfono del bolsillo. Mientras el locutor del esmoquin negro retransmitía las estadísticas de los luchadores, Mac enfocó a Abanish y le hizo una foto.

—Voy a enviar esto a Marcella para que sepa lo que está pasando. Quédate aquí y vigila a Abanish.

—Voy a decírselo a Larry. Él puede ayudar —dijo Ruby, levantándose de su asiento y subiéndolo corriendo las escaleras hasta donde estaba sentado Larry.

De repente, Sophie se encontró sola entre la alborotada multitud. Al sonar la campana, los espectadores enloquecieron a su alrededor. Sophie estaba sentada, inmóvil, retorciendo el bolso entre sus manos sin nervios, mirando fijamente al hombre que había ayudado a matar a Cooper. Puede que no hubiera asestado el golpe final que acabó con su vida, pero no fue por falta de intentos. Sophie estaba desesperada por asegurarse de que Abanish y todos los implicados se enfrentaran a la justicia. Sintió que la necesidad de venganza le inundaba las venas mientras miraba fijamente al metamorfo tigre.

Las manos de Sophie empezaban a acalambrarse cuando Mac volvió a su asiento.

—¿Qué ha dicho Marcella? —preguntó Sophie. Podía sentir el calor del cuerpo de Mac y verle de reojo, pero no se atrevía a apartar la mirada de su presa.

—Le envié la foto. Tiene a su gente intentando averiguarlo. Con suerte, gracias a su asociación con Thompson, podrán averiguar quién es exactamente. Quieren que le vigilemos hasta entonces. Si podemos, Marcella quiere ver si podemos seguirle después del partido. Ya he enviado a Ruby y Larry a cubrir las salidas. Y tenemos a Harvey con el coche delante, listo para recogernos si tenemos que seguirle en un vehículo. Marcella tiene a su grupo especial en estado de alerta por si se nos presenta la oportunidad de atraparlo. Sin embargo, fue muy explícita al decir que no quería que intentáramos acabar con él por nuestra cuenta. Quiere ver si él puede llevarnos primero hasta los demás.

Cuando sonó la campana que señalaba el final del combate, Sophie ni siquiera sabía quién había ganado. Sentía que le ardían los ojos de tanto mirar a Abanish. Nunca se perdonaría haberle perdido de vista. Le debía a Cooper, que solo había querido ganarse la aprobación de su padre, hacer todo lo que estuviera en su mano para enmendar los errores de su muerte.

Cuando el público se puso en pie y vitoreó, Sophie siguió su ejemplo, solo para no perder de vista a su objetivo. Vio cómo Abanish saltaba al cuadrilátero, abrazaba a Thompson y le daba una palmada en la espalda.

La multitud tardó más de lo que a Sophie le hubiera gustado en empezar a disminuir.

—Creo que deberíamos intentar seguirles. ¿Qué te parece? —preguntó Sophie mientras los luchadores y sus equipos salían del ring, rodeados de admiradores y periodistas que se empujaban unos a otros para acercarse a los magullados y maltrechos hombres. Los fans querían entrar en la esfera personal de Thompson y Sánchez, mientras que los demás les empujaban los micrófonos a la cara, intentando conseguir una toma de sonido. Los luchadores se separaron y se dirigieron por las rampas a sus respectivos vestuarios.

Sophie no le dedicó una mirada a Sánchez, pero se preguntó si seguiría siendo tan engreído como cuando había empezado la pelea.

Cuando Mac estuvo de acuerdo, se levantaron y se dirigieron hacia el enjambre de gente que

rodeaba a Thompson. El teléfono de Mac sonó mientras bordeaban la multitud.

—¿Qué tienes? —preguntó Mac. Escuchó atentamente mientras revoloteaban al borde de la multitud—. Ahora te seguimos. Vale, sí, podemos hacerlo. Perfecto. Sí, absolutamente. ¿Puedes decírselo a los demás?

Una vez que Mac colgó, se inclinó para susurrar al oído de Sophie.

—Le han identificado. Se llama Abdel Thakur. Trabaja en Elite Boxing, aquí en la ciudad, donde entrena Thompson. Conduce un Jeep azul. Marcella tiene a alguien buscándolo en el aparcamiento. Marcella no quiere que le sigamos más por aquí. No quiere arriesgarse a que nos descubra. En cuanto su equipo localice su coche, le seguiremos cuando se vaya.

Sophie lanzó una última y larga mirada a la nuca de Abdel antes de darse la vuelta y seguir a Mac hacia la salida principal.

CAPÍTULO 12



Su coche estaba parado enfrente del centro de boxeo. Mac y Sophie se deslizaron en el asiento trasero, saludando a Harvey.

Un hombre llamó a su puerta unos minutos después de que entraran. Mac bajó la ventanilla y le dirigió una mirada sospechosa.

—La Magistrada quiere que se pongan esto —dijo el hombre, tendiéndole un montón de pequeños estuches negros—. Por favor, asegúrense de que los llevan los cuatro.

Depositó los maletines en las manos de Mac y desapareció sin decir una palabra más. Dejó los maletines en el asiento junto a su pierna, Mac cogió uno y lo abrió. Cuando Sophie se acercó para ver qué era, Mac lo inclinó para que ella pudiera ver lo que sostenía. Dentro del pequeño estuche había un único auricular diminuto.

Sophie cogió uno de los otros estuches y se echó el aparato en la palma de la mano. Era de color carne y tenía una suave textura gomosa. Se lo introdujo en la oreja, donde se acomodó cómodamente. El sonido de varias voces registrándose sonó en el oído de Sophie.

Sophie vio cómo Mac se introducía también el auricular.

—Aquí el Detective Volpes —declaró Mac, presionando el dedo contra su oreja como hacían los agentes del FBI en las películas.

—Excelente —sonó la voz de Marcella en el oído de Sophie—. ¿Está Sophie contigo?

—Sí, estoy aquí —intervino Sophie, intentando -sin conseguirlo- parecer segura de sí misma.

—Nuestra gente tiene vigilado el vehículo del objetivo. Ruby y Turner están de camino para reunirse contigo. Te avisaremos en cuanto el objetivo esté en movimiento. Yo iré en un coche no muy lejos. Tenemos gente colocándose alrededor de su casa y del gimnasio donde trabaja, por si se dirige a cualquiera de esos lugares. Síguele, pero no te acerques demasiado. No queremos alertarle de nuestra presencia. Veremos adónde se dirige esta noche antes de decidir cómo proceder.

Un momento después, la puerta del coche se abrió, y Larry y Ruby se amontonaron dentro, riendo entre dientes y sin aliento. Por suerte, el todoterreno era lo bastante grande como para acomodar fácilmente a todo el grupo. Mac les entregó los estuches que contenían los auriculares.

—Dios mío, qué emocionante. Nos van a perseguir —animó Ruby.

Larry estampó un beso en la sien de Ruby, sus ojos brillantes hicieron saber a Sophie que estaba casi tan excitado como su hermana.

Cuarenta y cinco largos y aburridos minutos después, el entusiasmo de Ruby y Larry se había atenuado visiblemente.

—Las vigilancias son *muy* aburridas —se quejó Ruby, exhalando un suspiro de fastidio. Sophie le lanzó una mirada torva, dispuesta a estrangular a su hermana si Ruby no se calmaba.

Por fin, el auricular de Sophie se activó.

—El objetivo ha sido visto saliendo por la entrada trasera y parece dirigirse hacia su vehículo. Necesito confirmación —dijo una voz desconocida a través del canal. Otra voz intervino, confirmando que Abdel estaba entrando en su coche.

—El objetivo se dirige a la salida noreste. Está a punto de entrar en North Buffalo Drive. Ten en cuenta que probablemente girará a la izquierda, ya que su casa y su trabajo están en esa dirección.

Mac se inclinó hacia delante, casi metiendo la cabeza por la mampara del conductor para mirar por el parabrisas delantero.

—Harvey, sigue a ese coche —ordenó Mac, señalando el coche de Abdel cuando entró en la calle, en dirección a la izquierda, como estaba previsto.

—Siempre he querido hacer esto —dijo Harvey, reajustando el agarre del volante como si estuviera en la línea de salida de una carrera de coches de serie.

Harvey le siguió mientras Abdel se alejaba. Puso dos coches entre su vehículo y su objetivo sin esfuerzo. A Sophie no le preocupaba que Abdel se les escapara. Mantener el Jeep azul marino a la vista era fácil porque destacaba en un mar de berlinas a su alrededor. Mientras lo seguían, dejaron atrás la brillante Las Vegas repleta de casinos, adentrándose en los suburbios de la Ciudad del Pecado. Con la pérdida de todas las luces brillantes, las calles nocturnas parecían más oscuras y arenosas.

La única vez que las cosas se pusieron feas fue cuando Abdel se detuvo en un autoservicio de comida rápida. Harvey encontró una plaza de aparcamiento en el edificio de oficinas contiguo a la hamburguesería. Les aseguró que podría volver fácilmente a la carretera cuando Abdel saliera del autoservicio.

—¿De quién es Boxeo de Élite? —preguntó Mac en el canal compartido.

—Aún no lo sabemos. Tengo a alguien investigándolo. Parece que la propietaria es una sociedad instrumental, así que habrá que investigar —respondió Marcella.

—¿Crees que utilizan las instalaciones para buscar talentos? —preguntó Larry.

—No creo que tengamos esa respuesta hasta que traigamos a Abdel y a sus cómplices —respondió Mac.

—¿Thompson era un Mítico? —preguntó Sophie, pensando en el luchador de la UFC de antes.

—Estoy bastante seguro de que era humano —respondió Mac—. Es arriesgado que los Míticos compitan en pruebas físicas como ésa. Es demasiado fácil que algo salga mal. Y la mayoría de los Cónclaves lo prohíben terminantemente. Hubo un caso cercano con un metamorfo grifo, en los primeros tiempos de la cámara, que perdió el control durante un combate de boxeo a puño limpio. Aquel incidente dio origen a la prensa sensacionalista tal como la conocemos hoy. El *Daily News* empezó a difundir historias para desviar la atención de la gente del rumor de que un hombre-monstruo se ocultaba en la escena del boxeo clandestino de Nueva York.

Los conocimientos de Mac sobre historias insólitas nunca dejaban de hacer sonreír a Sophie. Cada historia hacía que le gustara mucho más.

—¿Sabemos algo de Abdel? ¿Tiene muchas deudas, problemas con el juego o algo así? —preguntó Mac a Marcella.

—Lo estamos investigando ahora, pero aún no hemos encontrado nada que explique por qué

está haciendo estas peleas en jaula.

—Quizá solo sea un imbécil y le guste hacer daño a la gente —dijo Ruby encogiéndose de hombros.

Siguieron conduciendo por el Distrito de las Artes, con el que Sophie ya estaba totalmente familiarizada, pero se dirigieron hacia el sur unas manzanas más allá del límite del barrio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sophie.

—Estamos en una zona que llaman el Distrito Gateway. Yo vivo cerca. A un par de manzanas por allí —explicó Harvey, señalando a su derecha—.

—Eh, parece que se detiene —anunció Sophie cuando el Jeep aminoró la marcha y giró hacia un camino de entrada situado detrás de un gran edificio beige anodino. Mientras Harvey avanzaba sigilosamente con el coche, vieron cómo Abdel se acercaba a una gran verja situada detrás del edificio. Detuvo el vehículo junto a un interfono. La verja empezó a abrirse un momento después y Abdel la atravesó. El edificio beige y otro similar situado junto a él formaban un largo camino en forma de callejón. Sophie se estiró hacia delante, casi apartando a Mac de su camino, intentando ver por el oscuro pasillo trasero.

Esforzó los ojos, esperando ver un mural con el rostro de la mujer. Cuando la puerta empezó a cerrarse, Sophie vio un destello de algo en la pared del edificio contiguo. Había demasiadas sombras para que pudiera distinguir gran cosa, pero habría jurado que vio un par de ojos. Su aliento se atascó en la garganta, y la esperanza y el pesimismo se disputaron el control.

—Éste podría ser el lugar. Creo que hay una especie de cuadro ahí dentro. Pero no pude verlo muy bien; estaba demasiado oscuro. Necesito verlo mejor —Sophie señaló la gran verja metálica que les bloqueaba la vista.

—¿Qué es este edificio? —preguntó Mac por el canal abierto. Puso una mano en el brazo de Sophie para detener su intento de salir del coche.

—Oficinas Ejecutivas McMahon —dijo la voz de Marcella en sus oídos—. Aquí hay algo interesante. Parece que es propiedad de la misma empresa fantasma que posee Elite Boxing.

—Qué coincidencia —chistó Ruby alegremente—. Creo que deberíamos asaltar el castillo.

—No, déjame ver mejor primero —contestó Sophie, que ya se acercaba a la puerta del coche, ignorando el mohín de Ruby.

—Voy contigo —gruñó Mac—. Marcella, ¿dónde estás? Sophie y yo vamos a echar un vistazo al edificio. Quiero asegurarme de que estás cerca, por si acaso.

—Estoy a la vuelta de la esquina, detrás de ti. Tienes permiso para comprobar la zona. Ten cuidado. Si ves el menor indicio de problemas, vuelve al coche y sal de aquí —ordenó Marcella.

Mac salió del coche y ayudó a Sophie. Cuando estuvieron de pie fuera del todoterreno, un coche nuevo se detuvo ante la entrada de la verja. Sophie estaba dispuesta a cruzar corriendo la calle para echar un vistazo a la zona de detrás de la verja, pero Mac la cogió de la mano y le dio un suave tirón para frenarla.

—Mira, hay algunas cámaras fuera del edificio. Miremos casualmente —señaló con la cabeza varias cámaras discretas situadas en zonas estratégicas del edificio, incluida una que apuntaba a la verja.

Giraron a la izquierda y se dirigieron a la esquina de la calle. Sophie pulsó el botón del paso de peatones y se quedaron esperando a que cambiara el semáforo. Una vez que la señal cambió, cruzaron la calle, acercándose a la esquina delantera del edificio. El edificio tenía cristales reflectantes, así que no pudieron ver si había alguien dentro. Mac se quedó pensativo mirando el cartel de la entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie en voz baja.

—El nombre McMahon... ¿No significa el hijo del oso?

El jadeo de Marcella sonó fuerte en el oído de Sophie.

—¡Tienes razón! Hemos sospechado que el clan local de metamorfos oso podría estar implicado. Quizá se trate de un edificio de su propiedad. Amelia, ¿has oído eso?

—Sí, señora —respondió una voz de mujer desconocida—. Estoy investigando ahora esa empresa fantasma. Cruzaré referencias entre los miembros del clan del oso y el nombre McMahon en mi búsqueda. Te informaré de lo que encuentre.

Girando sobre sus talones, Mac y Sophie continuaron por el lateral del edificio, dirigiéndose lentamente hacia la puerta trasera. Cuando otro coche se acercó a la entrada, aceleraron el paso para asegurarse de que llegaban a la verja cuando aún estaba abierta. Sophie llegó al parachoques del coche justo cuando éste empezaba a atravesar la abertura.

Mirando fijamente tras el coche, Sophie recorrió la zona con la mirada, rezando por ver algo familiar. Los faros del coche barrieron el largo callejón. Al doblar la esquina de una zona de aparcamiento, iluminaron toda una pared cubierta por una pintura del rostro de una mujer con flores entretejidas en el pelo. Sophie reconoció inmediatamente su rostro sereno.

CAPÍTULO 13



Sophie se quedó mirando el cuadro hasta que la verja se cerró y le bloqueó la vista, sacándola de su estupor.

—¿Soph? —preguntó Mac tímidamente, apretándole la mano con la suya.

—Este es el lugar. No tengo ninguna duda. Cooper Voss murió allí —replicó Sophie, señalando con la barbilla la puerta cerrada y repentinamente prohibida.

—Excelente —la voz de Marcella sonaba llena de triunfo—. Vuelvan los dos a su coche para que podamos reunir a todo el equipo. Tenemos que formar un plan para apoderarnos de todo el edificio.

Mac alejó a Sophie, calle abajo, hasta el siguiente cruce. Volvieron a cruzar la calle, regresando al coche desde la dirección opuesta a la que lo habían dejado.

Cuando volvieron al coche, Ruby y Larry casi rebotaban en sus asientos de impaciencia. Sophie pensó que Ruby probablemente estaba entusiasmada con la perspectiva de matar a los malos.

—El resto del equipo está a unos diez minutos, así que de momento tenemos que quedarnos quietos —dijo Marcella. Sophie sospechó que aquel comentario iba dirigido a Ruby—. Detective Turner, ¿tienes todo lo necesario para crear un hechizo de contención lo bastante grande como para rodear todo el edificio?

Larry se giró en su asiento para evaluar el edificio.

—Sí, estoy preparado. Sin embargo, necesitaré una persona en cada una de las cuatro esquinas para ayudar a dirigir la sala. ¿Tienes suficientes usuarios de la magia en tu equipo?

Marcella se lo confirmó y le dio sus nombres. Asintió con la cabeza a la lista antes de inclinarse sobre el asiento trasero y sacar su bolsa de trucos mágicos.

—Marcella, ¿alguien ha traído alguna de las bombas KO? Éste sería un escenario perfecto para utilizarlas.

—¿Bombas KO? —le dijo Sophie a Mac con una mirada incrédula.

Larry debió de ver la pregunta de Sophie, porque explicó entusiasmado:

—Bombas fulminantes. Encontré la poción que Cordelia creó para dejarte a ti y a Ruby inconscientes en uno de sus grimorios. He encontrado la forma de modificar el hechizo para que se mantenga en forma líquida dentro de una esfera. Cuando lo lanzas a una persona o a una zona, la esfera se rompe y libera el hechizo. El problema de esta magia es que noquea a cualquiera que se encuentre en un radio bastante amplio. Así que, si la combino con una protección de contención, no solo mantiene a la gente encerrada en una zona, sino que mantiene el hechizo

contenido hasta que se disipa. En teoría, dejará inconscientes a todos los que se encuentren en ese edificio y evitará que nos afecte. Entonces podremos entrar una vez que se disipe el encantamiento, y no arriesgaremos la vida de nadie de nuestro equipo en un combate. Las pruebas que hemos hecho hasta ahora han sido muy positivas.

Larry parecía tan satisfecho de sí mismo que Sophie casi se sintió mal al preguntar:

—Eh, ¿es la primera vez que se va a utilizar en el campo?

Larry resopló como si le exasperara que Sophie se atreviera a cuestionarle.

—Hay que admitir que es la primera vez que se despliega en una operación en vivo, pero basándonos en todas las pruebas *exhaustivas*, ésta es la oportunidad perfecta para demostrar su eficacia. Sé que funcionará y estoy dispuesto a apostar mi reputación por ello.

Sophie levantó las palmas aplacadoramente, intentando alejar la ira de Larry.

—Tú eres el experto —aceptó.

Larry gruñó, pero pareció apaciguarse ante las palabras de Sophie. Empezó a rebuscar en su mochila, reuniendo un surtido de botellas, bolsas de tela y manojos de hojas secas. Sophie observó, fascinada, cómo sacaba un mortero. Dejó caer en el cuenco varios polvos, líquidos y hojas desconocidos, y molió cuidadosamente los ingredientes hasta que formaron una pasta de color amarillo enfermizo.

—Hola, Larry —interrumpió Sophie, manteniendo la voz suave para no sobresaltar su concentración—. ¿Qué haces exactamente en la policía? Creía que eras detective, pero tengo la sensación de que haces otra cosa, sobre todo ahora que sé que creas armas mágicas.

—Tendrías razón. Soy una especie de ayudante flotante de todos los detectives —respondió Larry, sin levantar la vista de su cuenco—. También formo parte del equipo de I+D.

Mac resopló.

—Tú *eres* el departamento de investigación y desarrollo —dijo, con un tono seco como una tostada—. Y apenas eres un ayudante, Turner. A diferencia de un detective típico, no tiene casos propios. Pero trabaja con todos los policías Míticos del cuerpo. Elimina cualquier rastro de participación Mítica de las escenas del crimen y asesora en todos los casos en los que hay algún indicio de magia. Ha creado la mayoría de las mejoras mágicas de nuestro equipo, desde las armas hasta el material de oficina.

—Eso suena peligrosamente cercano a un cumplido, Volpes —espetó Larry—. Me estás haciendo sonrojar.

—Además, nunca se calla. Se cree un genio sin igual y se lo dice a todo el que conoce. Y no acepta las críticas constructivas.

—Tus críticas no tienen nada de constructivas —replicó Larry.

Mientras los dos hombres seguían discutiendo, Sophie dirigió a Ruby una mirada de “¿hombres, no?”. Ruby puso los ojos en blanco en señal de conmisericordia.

Mientras Larry seguía afanándose con su brebaje, todos los demás en el coche se callaron cuando varias voces empezaron a comunicarse por el canal abierto. Sophie escuchó atentamente cómo una de las personas de Marcella empezaba a coordinar a los miembros del equipo, asignándoles lugares en los alrededores del edificio. Al echar un vistazo por la ventana, Sophie solo pudo ver a unas pocas personas que, sin llamar la atención, merodeaban por las esquinas o por las entradas de los edificios cercanos. Dondequiera que estuvieran los demás, sabían mantenerse ocultos.

A medida que toda la gente de Marcella se colocaba en posición, el número de coches que entraban en la entrada detrás del edificio pasó de ser un goteo a un flujo constante.

—¿Ya se han instalado los infrarrojos? —preguntó Marcella.

—Estoy trabajando en ello ahora —respondió una voz—. Lo tendré listo en un minuto.

—Gracias, Smith. Recuerden que todos esperamos a que el Detective Turner dé la señal antes de lanzar las bombas fulminantes —informó Marcella al equipo.

—Ya casi he terminado aquí. ¿Cuándo quieres que procedamos? —preguntó Larry, que parecía ansioso y más que preparado.

—Quiero esperar hasta que la gente deje de llegar a la sede. Cuando dejen de llegar coches, daré la señal de proceder. Quiero acabar con toda esta organización y con todos sus clientes de un solo golpe. No puede escapar ni una sola persona: no tengo suficiente influencia aquí en Las Vegas para ir tras los cabos sueltos después de que hagamos esta táctica.

—Los infrarrojos están preparados, Magistrada —anunció alguien.

—Excelente. ¿Qué ves?

—Según las firmas de calor, hay unas cuatro personas en los niveles superiores del edificio. Hay algunos guardias en el perímetro y en la parte trasera. El resto está en el sótano. Mi mejor estimación es de unos cien individuos.

—¿Han empezado ya las peleas? —preguntó Marcella.

—No lo parece. El centro de la sala está vacío, pero las gradas se están llenando.

—Ya casi está —murmuró Larry, removiendo atentamente el contenido de su mortero. Sin mirar, metió la mano en la bolsa y sacó otra botella llena de un líquido rojo que a Sophie le pareció desconcertantemente parecido a la sangre. Al destapar el frasco, Larry vertió una lenta llovizna de la poción, que se tornó lavanda nacarada al mezclarla con la pasta amarilla. El coche se llenó de un olor que a Sophie le recordó el penetrante aroma del pino, pero con toques de regaliz. No era un olor desagradable; en cierto modo, a Sophie le recordaba a las vacaciones.

—La poción de contención está lista, Marcella. Voy a embotellarla ahora. Rosa, Vin y Silas necesitan una botella cada uno.

—Marcella, ¿cuáles van a ser nuestros papeles? Sophie y yo, quiero decir —preguntó de repente Ruby por el canal.

—Bueno —respondió Marcella lentamente, como si se preparara para que Ruby cogiera una rabieta—. Necesitamos que las dos se queden atrás. Una vez que el edificio esté seguro, comprueben a los participantes. Ruby, tendrás que sacar lecturas de cada persona que esté dentro para determinar sus delitos. Y Sophie, quiero que revises a la gente que hay allí para ver si ves alguna cara conocida de la muerte de Cooper.

Ruby puso los ojos en blanco ante Sophie, pero aceptó las condiciones de Marcella.

A Sophie se le ocurrió que Marcella acababa de anunciar las habilidades de las hermanas. Su preocupación debió de reflejarse en su rostro, porque Mac la miró con preocupación. Sophie se quitó el auricular y lo cerró en un puño. Mac hizo lo mismo cuando ella le dirigió una mirada significativa.

—¿Qué pasa? —susurró Mac.

—Creía que el plan era mantener en secreto lo que Ruby y yo podemos hacer. Marcella acaba de anunciarlo a todo su equipo.

—Éste es el equipo de élite de Marcella. No hablarían de ti con extraños. Todos han sido minuciosamente investigados. Pero, lo que es más importante, a cada uno de ellos se le ha impuesto una geas que les impide hablar de ti con cualquier persona ajena al Cónclave. Tu habilidad es lo más segura que pueden hacer.

—¿No se puede romper una geas? —preguntó Sophie.

—Nunca he oído hablar de nadie capaz de hacerlo.

—Bueno, entonces vale —dijo Sophie encogiéndose ligeramente de hombros y volviéndose a

poner el auricular en la oreja. Ya no tenía sentido protestar. El gato ya estaba fuera de la bolsa. Había docenas de agentes del Cónclave frente a su puerta que probablemente sabían exactamente quién era y lo que podía hacer. Al menos, su condición de esquirra seguía siendo un secreto.

Los tres usuarios de la magia que debían ayudar a Larry con el hechizo del perímetro se dirigieron individualmente al coche, donde Larry les dio a cada uno una botellita de la poción de lavanda. Uno de los magos era una mujer hispana alta, otro era un hombre anodino de pelo castaño y el último recordaba vagamente a Sophie a un luchador de sumo con corte de pelo. Le daría a Burg una carrera por su dinero en el departamento de tamaño.

—Ahora esperamos —informó Marcella a todos—. Démosle una hora y veamos si las llegadas empiezan a ralentizarse.

Hubo varios murmullos de confirmación. Sophie se acomodó en su asiento, sin perder de vista la fila de coches que entraban en la zona trasera de las Oficinas Ejecutivas McMahon. El tiempo se ralentizó y se aceleró mientras esperaban.

De vez en cuando se oían murmullos en el vagón y por el canal del micrófono, pero sobre todo Sophie permanecía sentada en silencio, intentando no inquietarse. Por fin, al cabo de casi una hora, los coches empezaron a ir más despacio.

—Creo que ya está bien, amigos. Cerremos todas las carreteras que conducen al interior. Silva, tu equipo debe establecer los controles de carretera. Balinkski, tu equipo tiene que impedir el paso a los peatones. Infórmenme cuando hayan terminado.

Pasó otra media hora insoportablemente larga antes de que Balinkski y Silva anunciaran que la zona estaba asegurada.

—De acuerdo, Detective Turner —dijo Marcella—. Te toca.

Larry se volvió y le dio un beso rápido a Ruby.

—Quédate aquí y vigila, ¿vale? Te avisaré cuando sea seguro que te unas a mí.

Ruby se aferró a Larry un momento antes de asentir y soltarlo de mala gana.

—De camino a la esquina noreste —dijo Larry en el canal mientras se alejaba—. ¿Están todos los demás en posición?

Varias afirmaciones sonaron a través de la línea.

—Estoy en posición —dijo Larry un minuto después—. Acuérdate de dibujar el símbolo exactamente como te he enseñado, ¿sí? —en el oído de Sophie sonaron más murmullos de acuerdo—. De acuerdo. A la de tres.

Sophie observó a Larry mientras se colocaba en la esquina delantera del edificio y vertía el líquido sobre la acera. Se formó un pequeño charco de color púrpura brillante a sus pies. Luego contó hasta tres, junto con los otros tres usuarios de la magia, y empezó a trazar con el dedo una serie de símbolos de aspecto complicado sobre el líquido. Mientras trazaba los caracteres, pronunció un par de palabras en armonía con los otros usuarios mágicos en un idioma que Sophie sospechó que era el latín. En los últimos meses, había oído lo suficiente como para que empezara a resultarle familiar.

Una brillante pared transparente surgió de la acera, envolviendo el edificio y desapareciendo en el cielo. A los ojos de Sophie, parecía una fina película de brillante envoltorio púrpura. El muro desapareció tan rápido como había aparecido, sin dejar rastro de su presencia.

Un momento después, una puerta lateral del edificio se abrió de golpe, golpeando contra la pared con la fuerza con que se abrió. Tres hombres salieron disparados por la salida, corriendo directamente hacia el coche de Sophie.

El primer hombre golpeó el muro de contención invisible con tanta fuerza que rebotó en él como una pelota de goma. El hechizo no amortiguaba el sonido, así que Sophie oyó el crujido de

la cabeza del hombre al golpear el muro, con un sonido repugnante, como el de una bola rápida golpeada por un bate. Pisándole los talones, los otros dos hombres intentaron retroceder, pero su impulso los llevó hacia delante. También se estrellaron contra la pared como mosquitos contra un parabrisas. Los tres hombres cayeron y no se levantaron.

—¿Qué carajo? —jadeó Sophie, atónita, mientras Ruby soltaba una carcajada sorprendida e inoportuna.

—Dios mío —jadeó Ruby entre risitas—. ¿Has visto eso? ¿Crees que están muertos? Estaban corriendo a toda pastilla.

—Uno de ellos está vivo —respondió Sophie, señalando a uno de los hombres que se estremeció y luego rodó lentamente sobre sus manos y rodillas, sacudiendo la cabeza para despejarla. Se levantó tambaleándose, como un cervatillo recién nacido que da sus primeros pasos. Arrastrando los pies tímidamente hacia la calle, el hombre se acercó al límite de la sala invisible. Sophie supo cuándo lo había alcanzado porque se detuvo, con las manos aún extendidas y una expresión de desconcierto en el rostro. Se apretó más contra la pared antes de golpearla con un puño. Cuando por fin renunció a abrirse paso a través de la barrera, el hombre hizo una mueca y sacudió la mano.

—Adelante —ordenó Marcella a través del canal.

Incluso desde el otro lado de la calle, Sophie vio cómo el miedo se reflejaba en el rostro del hombre cuando vio que el equipo de élite de Marcella se acercaba al edificio. Todos iban ataviados con equipo táctico negro. Era una exhibición intimidatoria incluso para Sophie, que estaba a salvo en el coche tintado de oscuro.

Sin mirar atrás, a sus amigos aún inconscientes, el hombre se dio la vuelta y entró corriendo en el edificio.

Varios de los agentes de Marcella llevaban armas negras de gran calibre apoyadas en los hombros, como lanzagranadas con bozales demasiado anchos. No se parecían a nada que Sophie hubiera visto jamás. La forma en que se ensanchaba el cañón le recordaba a un mosquete antiguo.

—Artilleros, pónganse en posición —ordenó Marcella.

Las personas que portaban las extrañas armas se acercaron al edificio, a varios metros del borde del hechizo de contención, apuntando con sus bozales hacia el cielo. Sophie oyó varias voces que anunciaban que estaban en posición.

—Suelten las bombas KO.

Con un destello de luz y un retroceso en las manos de los artilleros, cada arma disparó una baratija del tamaño de una pelota de softball. Sophie contuvo la respiración cuando las bolas brillantes se lanzaron en un grácil arco en el aire, recordándole a los fuegos artificiales justo antes de explotar. Los orbes alcanzaron el pináculo de su trayectoria antes de sobrevolar el hechizo de contención y aterrizar al otro lado. Varias de las bolas estallaron contra el lateral del edificio, mientras que unas pocas desaparecieron en el tejado plano y detrás de la estructura. Un humo blanco salió de cada globo roto, llenando toda la zona hasta que el edificio desapareció en el miasma. Era un gigantesco cubo de cuatro pisos de altura de gas blanco arremolinado, en pleno centro de Las Vegas, que se parecía más a un brumoso día de San Francisco que a la clara noche desértica que los rodeaba. Sophie miró a su alrededor, preocupada por si la descubrían, pero solo había gente de Marcella en los alrededores.

Durante los minutos siguientes, el gas se desvaneció y disipó lentamente, dejando el edificio exactamente como estaba antes.

—Smith —gritó Marcella—. ¿Ves algún movimiento en tu escáner de infrarrojos?

—No, señora. Parece que todos han salido.

—Perfecto. Sophie y Ruby, les toca —anunció Marcella. Pidió a varios miembros del equipo que las escoltaran por el edificio, encargados de mantener a salvo a las hermanas—. Todos, asegúrense de que les dan el contrahechizo nuestros usuarios de magia antes de cruzar la línea de contención. Querrán poder salir si algo va mal dentro de la sala.

—Bueno, eso no es siniestro ni nada —murmuró Sophie sombríamente.

Mac ayudó a Sophie y a Ruby a salir del coche, y se unieron a la cola de gente que hacía cola junto a Larry. A medida que cada persona se acercaba a él, Larry mojaba un dedo en la poción que había en la acera, se lo ponía en la frente y les murmuraba unas palabras en latín.

—Aseguren el edificio —ordenó Marcella mientras sus agentes cruzaban en tropel la sala de contención y desaparecían en el interior del oscuro y silencioso edificio.

Cuando le llegó el turno a Sophie, apretó los dientes al sentir el líquido frío y ligeramente viscoso untado en la frente. Incluso se acordó de dar las gracias a Larry.

Mírame, convirtiéndome en una maldita adulta, pensó Sophie con no poco disgusto.

—No te lo limpies —advirtió Larry cuando Sophie instintivamente empezó a llevarse una mano a la frente. Con un gruñido subvocal, se metió las manos en los bolsillos para evitar que sus instintos se apoderaran de ella. Odiaba tener cosas en la cara.

Varios agentes enmascarados permanecían a su lado, esperando a que se acercaran al campo de contención. Aferrándose con fuerza a la mano de Mac, Sophie contuvo la respiración mientras cruzaban el muro invisible del hechizo.

—Bueno, eso ha sido anticlimático —se quejó Ruby desde al lado de Sophie—. No he sentido nada.

Sophie asintió en silencio, pero no respondió. Estaba demasiado ocupada dirigiéndose a los dos hombres inconscientes que estaban tirados en la acera, fuera del edificio. Ambos estaban tendidos de espaldas, así que caminó a su alrededor, mirándoles a la cara para ver si reconocía a alguno.

—Tampoco me es familiar —anunció Sophie antes de dar un paso atrás y dejar sitio a Ruby.

Cuando Ruby tocó al primer hombre, Sophie se dio cuenta de que el agente se cernía sobre el codo de Ruby, con una tableta en la mano.

—Éste —murmuró Ruby cuando tocó al segundo hombre. Relató rápidamente el pasado delictivo del hombre mientras el agente que tomaba notas tecleaba furiosamente en su tableta. El hombre hizo un gesto a un par de agentes para que se acercaran.

Uno de los agentes llevaba un cinturón multiusos del que colgaban varios tipos diferentes de cremalleras. El hombre colocó eficazmente a los hombres boca abajo y les ató las manos con una cremallera a la espalda. A uno de los hombres lo ató con una cremallera de plástico normal, y al otro con una cremallera que parecía hecha de alambre metálico.

—¿Por qué utilizan cremalleras diferentes? —preguntó Sophie en voz baja a Mac.

—Un metamorfo podría romper fácilmente las bridas normales, así que tenemos que utilizar bridas de acero especialmente reforzadas. Y si el agresor es un Fae, tenemos que utilizar unas hechas de hierro. Dependiendo del tipo de Mítico, tenemos una gran variedad de ataduras.

—Huh —Sophie se quedó mirando al hombre que Ruby indicaba que era un asesino con su corbata metálica y se preguntó qué tipo de Mítico era.

—Lleva a éste a la zona de espera —ordenó el compañero de Ruby que tomaba notas, señalando al Mítico que tenía a sus pies.

—Entremos —sugirió Mac.

Unos cuantos agentes las hicieron esperar mientras entraban en el edificio delante de ellas.

Un minuto después, uno de los agentes sin rostro asomó la cabeza por la puerta e hizo un gesto a las hermanas para que entraran. Al cruzar la puerta, Sophie había esperado que el interior fuera oscuro y premonitorio, pero el pasillo en el que se adentraron estaba brillantemente iluminado con luces fluorescentes.

Aquellas luces brillantes también iluminaban todos los cuerpos desplomados en el suelo a lo largo del pasillo. Parecía como si la gente se hubiera dirigido en masa hacia la salida y se hubiera dejado caer donde estaba. Los cadáveres se amontonaban unos encima de otros de un modo que hizo pensar a Sophie en una película de terror que había visto una vez.

—Al menos tienen los ojos cerrados —dijo Sophie, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Ruby resopló a su lado.

—Sí, esto es espeluznante. Si tuvieran los ojos abiertos, parecerían todos muertos.

Ambas hermanas se estremecieron al unísono.

Sophie exhaló un suspiro, dirigiendo a los cuerpos inconscientes una mirada cansada.

—Empecemos.

El agente que ayudaba a Ruby, que se llamaba Nguyen, sugirió que empezaran por el último piso, porque era muy probable que en las oficinas superiores estuvieran los responsables de la instalación.

—Y cuando acabemos allí, podremos bajar al sótano.

Nguyen los condujo a un ascensor y subió a la última planta, acompañado de tantos agentes como cabía en el ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Sophie vio a varios agentes atando con cremalleras a los ocupantes inconscientes del pasillo.

Una vez más, los agentes les hicieron esperar mientras aseguraban el piso. Cuando el trío llegó al despacho principal, los cuatro hombres noqueados que había dentro estaban esposados y tumbados de espaldas, esperando la inspección. Agarrando con fuerza la mano de Mac, Sophie entró en el despacho, que estaba bien decorado.

El primer hombre no le resultaba familiar, pero Sophie se detuvo ante el segundo.

—Este hombre estuvo presente en el asesinato de Cooper Voss. Era uno de los hombres que retenían a Cooper —Sophie pasó al siguiente hombre y lo miró largamente—. Creo que era el otro, pero no estoy completamente segura. No le vi tan bien como al primero.

El último hombre de los cuerpos alineados era mayor que los otros tres al menos una década. Su espesa cabellera tenía más sal que pimienta. Era el único que iba vestido de traje, mientras que los otros tres iban en vaqueros o chándal. El instinto de Sophie le decía que ése era el hombre que mandaba, pero no tenía pruebas. Se quedó mirando su rostro ancho y de aspecto duro durante un buen rato, esperando reconocerlo, pero no había nada. Empezaba a darse la vuelta, llena de frustración, cuando sus ojos se fijaron en los zapatos del hombre. Parpadeó, observando las brillantes puntas de las alas negras.

—Conozco estos zapatos —murmuró Sophie—. Cooper estaba arrodillado sobre sus manos y rodillas cuando el hombre que lo asesinó le disparó en la nuca. Juro que estos zapatos estaban en los pies del asesino.

—Éste es Karl Espen. Es el alfa del clan de los osos —les informó Nguyen.

—A ver si tienes razón, Soph —respondió Ruby alegremente, dando un codazo a Sophie.

Ruby se arrodilló junto al hombre y le puso la mano en la mejilla. El contacto habría parecido casi cariñoso si no supieras lo que estaba ocurriendo.

Al cabo de apenas un minuto, Ruby miró a Sophie y le dedicó una sonrisa beatífica.

—Lo tenemos.

—Claro que sí —cacareó Sophie.

Mac tiró de ella y la abrazó con fuerza.

—Buen trabajo, hellraiser —le susurró al oído.

Ruby se levantó, se quitó el polvo de las manos y empezó a relatar a Nguyen los crímenes del alfa.

* * *

SOPHIE Y RUBY bajaron por el edificio, comprobando habitación por habitación. La mayoría de los pisos superiores estaban vacíos, así que se dirigieron rápidamente al sótano. En cuanto Sophie atravesó las puertas dobles, la familiaridad del lugar hizo que se le cortara la respiración.

—Aquí es donde obligaron a Cooper a luchar contra Abanish, quiero decir, Abdel —declaró Sophie, con el corazón encogido mientras miraba el suelo del ring de lucha. El suelo de cemento estaba cubierto de manchas marrones oxidadas que hablaban de dolor y de vidas perdidas.

La gente de Marcella había estado ocupada en la sala de lucha, porque todos los ocupantes estaban atados y bien alineados para que Sophie y Ruby los inspeccionaran.

Algunas de las caras le parecían vagamente familiares a Sophie. Cuando Cooper había mirado alrededor de la multitud en busca de ayuda, se había centrado en algunos de los rostros que animaban con esperanza. Señaló a las personas conocidas a Nguyen, pero hizo hincapié en que no se fiaba antes de encontrar a Abdel a mitad de la fila y señalárselo a Nguyen.

Curiosa por saber si alguna vez había asesinado a alguien, Sophie esperó a que Ruby la alcanzara para poder escuchar su lectura.

Según Ruby, Abdel había asesinado a cinco personas. Cuatro eran personas con las que había luchado en el ring y a las que había matado durante los combates, pero la última era un hombre que había intentado atracarle una noche.

Poco después de que Ruby terminara su lectura sobre Abdel, apareció Marcella con su séquito habitual. Mim esperaba junto al codo de Marcella, con la boca abierta, mirando atónito alrededor de la arena.

—Si quiere ser nuestro ayudante, tendrá que acostumbrarse a este tipo de cosas —le murmuró Sophie a Mac, que soltó una risita de acuerdo.

Mac y Sophie encontraron asiento en las gradas para esperar a que Ruby terminara. Marcella se acercó a ellos con evidente desagrado mientras echaba un vistazo al ring de lucha.

—¿Cómo van tus progresos, Ruby? —preguntó Marcella.

—Ya casi está. Éstas son las últimas de las que tengo que sacar lecturas —respondió Ruby distraídamente mientras se inclinaba sobre la forma de una mujer tendida.

—Excelente. Cuando hayas terminado, Mim te acompañará de vuelta a tu hotel. El Cónclave de Las Vegas se ha enterado de lo ocurrido esta noche y se dirige hacia aquí para intentar mitigar el desastre.

—¿No nos necesitas para nada más? —preguntó Mac.

—No, han hecho más de lo que podía esperar. Hemos descubierto un círculo ilegal de lucha entre metamorfo que operaba delante de sus narices —se jactó Marcella—. Voy a disfrutar restregándoselo por la cara al Cónclave de Las Vegas. Me va a dar mucha ventaja sobre ellos. Buen trabajo, Ruby y Sophie —Marcella les dirigió una mirada cálida, casi cariñosa. Sophie no estaba segura de cómo sentirse al respecto. Supuso que era bueno tener gente influyente como tú. Pero ella preferiría que la gente poderosa ni siquiera supiera quién era.

—Muy bien, los tres tienen que salir de aquí. No quiero que tengan ni la más mínima pista de

que existen. Son mi arma secreta.

Sophie dirigió a Mac una mirada incómoda que él devolvió.

—¿Y Larry? ¿Él también viene? —preguntó Ruby, con un tono lastimero.

—Necesitaremos su pericia para borrar todo rastro de este club de lucha. Te lo enviaré en cuanto acabe aquí, pero puede que sea bastante tarde.

Ruby resopló en silencio, pero no discutió. Se volvió hacia el último par de cadáveres y terminó sus lecturas. Mim los condujo a través de la puerta trasera por la que Sophie había visto una vez cómo arrastraban a Cooper Voss. Su coche esperaba delante de la puerta, con el motor al ralentí.

Harvey se metió en el asiento trasero y salió del largo camino de entrada, mientras Sophie contemplaba el mural que había iniciado aquel viaje. Era la primera vez que podía verlo en su totalidad.

Era un cuadro en blanco y negro del rostro de una mujer joven con flores de cerezo de color rosa brillante enhebradas en su pelo oscuro. Fueron los ojos los que llamaron la atención de Sophie: aquellos ojos eran cómplices y tristes, como si el artista supiera que el cuadro tendría que ser testigo de un crimen terrible, pero también había serenidad en la mirada de la mujer.

Sophie se apartó del cuadro, la bella imagen estaba manchada para ella. Para Sophie representaba el dolor de la pérdida de un hijo, el trágico asesinato de un joven que solo quería ganarse la aprobación de su padre. Al dar la espalda a la imagen, Sophie decidió dejarlo todo atrás.

Lo único que quería ahora era un colchón cómodo y mimos de su novio.

CAPÍTULO 14



El ruido de la puerta de un coche la saca de sus pensamientos errantes. Sacude la cabeza y se da cuenta de que, una vez más, no ha prestado atención a lo que la rodeaba. Se ciñe el abrigo y se abrocha todos los botones para protegerse del frío, y continúa su camino.

Caminando por la acera, sale de debajo de la sombra de los árboles hacia un brillante punto de luz solar. Cierra los ojos, se detiene, echa la cabeza hacia atrás y deja que el sol de primera hora de la mañana le caliente la cara. Respira hondo, saboreando la fresca brisa otoñal. Cuando abre los ojos, su visión se llena de los bruñidos rojos, amarillos y marrones de los arces que cambian con la estación sobre su cabeza. El viento los mece suavemente siguiendo un patrón que la hipnotiza.

Vuelve a sacudir la cabeza, totalmente exasperada por lo fácilmente que se distrae esta mañana, y se dirige a su lugar favorito para desayunar, entusiasmada por empezar el día. Un destello de movimiento es su único aviso antes de que algo le golpee la espinilla. Retrocede bruscamente, sin saber qué demonios ha pasado. La espinilla le grita y la hace saltar sobre un pie.

Una vez más, no ha prestado atención a su entorno.

Una mujer vestida con un conjunto de spandex para hacer ejercicio, que empuja un cochecito de jogging, la mira fijamente.

—Cuidado. Podrías haber herido a mi bebé —ladra la mujer enfadada, trotando en su sitio y frunciendo el ceño.

Ella hunde la cabeza en sus hombros.

—Lo siento, debería haber mirado por dónde iba —se disculpa en voz baja.

La mujer del cochecito resopla, pero afortunadamente no hace más comentarios; se limita a salir corriendo en dirección contraria, con su enorme cochecito ocupando la mayor parte de la acera.

—Creía que se suponía que correr enviaba endorfinas que te hacían sentir bien —murmura en voz baja para sí misma, riéndose de su pequeña broma.

Camina por la acera, tomándose su tiempo, pero sin perder de vista a los peatones. Mira escaparates y disfruta del tiempo sin prisas. Es una mañana demasiado agradable para no disfrutarla.

Gira la esquina por West Franklin hacia su parte favorita de la ciudad, donde se detiene frente a los grandes ventanales de cristal que le permiten asomarse a la cafetería para gatos Cat Tales. Observa con nostalgia cómo los gatos retozan por el interior de la tienda. Varias

personas ya están dentro, incluso a esta hora tan temprana, jugando con los gatos adoptables. Un minúsculo gatito esmoquin acecha y se abalanza sobre los demás gatos. Qué carácter. Se imagina que lo adoptarán antes de que acabe la semana con esa personalidad tan divertida. Oh, cómo desearía poder adoptar uno, pero su piso está estrictamente libre de mascotas. Se aleja de la tentación del café para gatos con una añoranza palpable.

Mientras pasea, echa un vistazo al escaparate de Pūrvelo's y se maravilla ante los madrugadores que pedalean en sus bicicletas estáticas como si su vida dependiera de ello. Admira, pero no acaba de entender, cómo se levantan de la cama para atarse a un aparato de tortura y pagan un buen dinero por el privilegio. Se asegura de avanzar rápidamente, para que no la pillen mirando a la gente que hace ejercicio como a un bicho raro.

Cuando abre de un empujón la puerta de El Cuenco Púrpura, el hombre que está detrás del mostrador la saluda con su habitual entusiasmo.

—¡Hola! Hace tiempo que no te veo. ¿Dónde has estado? —pregunta.

—Oh, he estado muy ocupada con el trabajo. Tenía un proyecto importante en el que tenía que centrarme, así que no he estado mucho por aquí —responde ella, esperando que él no siga husmeando.

—Me alegro de tenerte de vuelta. Me gusta el nuevo corte de pelo —exclama el hombre.

Se lleva una mano cohibida al pelo, extrañada por su longitud. En aquel momento se sentía un espíritu libre, pero ahora se arrepiente de aquella elección.

—¿Quieres lo de siempre?

Ella asiente, agradecida de dejar atrás la charla trivial.

—¡Vale, un café con leche de lavanda y una tostada de aguacate enseguida!

* * *

CUANDO SOPHIE ABRIÓ LOS OJOS, tardó un momento en recordar el sueño. Aún era tan claro que podía imaginarse todas las tiendas de la calle arbolada. Emocionada, se dio la vuelta para despertar a Mac y contarle la noticia, pero su lado de la cama estaba vacío. Aún notaba algo de calor en la almohada, así que no podía llevar mucho tiempo fuera.

Saliendo a trompicones de la cama, se dirigió al lugar más lógico para encontrarlo, pero la ducha estaba vacía y seca, lo que indicaba que aún no la habían utilizado.

Sophie salió de la habitación y se dirigió al salón de la suite. Encontró a Mac inclinado sobre la pequeña cafetera, echándole posos, con el teléfono pegado a la oreja.

—No, tienes que hacer un seguimiento con el laboratorio. Los resultados ya deberían estar aquí. Si no te han llamado, llámalos —murmuró Mac al teléfono—. Sí, eso es. Pregunta por Ace. Él sabrá lo que buscas.

Mac debió de notar la presencia de Sophie porque levantó la vista de la cafetera y le dedicó una sonrisa, levantando el dedo para hacerle saber que solo sería un minuto más.

Ruby entró a trompicones en la habitación, arrastrando tras de sí a un Larry que parecía agotado.

—¿Tuviste el sueño? —preguntó, con los ojos encendidos y ardientes de entusiasmo.

Sophie asintió en silencio, incapaz de expresar su emoción. Esto era lo más cerca que habían estado nunca de averiguar quién era uno de las otras esquilas y dónde estaban. Tal vez no necesitarían la pluma de la byangoma si conseguían encontrar los lugares del sueño.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mac, tras finalizar su llamada.

—Creo que hemos encontrado uno de las esquiras. Soñé con ella y pude ver gran parte de la zona en la que estaba. Creo que podremos encontrar el lugar —respondió Sophie.

—Qué buena noticia. Cuéntame todo lo que recuerdes —pidió Mac, cogiendo el portátil de la mesita.

—Ve tú —incitó Sophie a Ruby, tomando asiento junto a Mac en el sofá de dos plazas. Mientras Larry servía una taza de café, Ruby relató el sueño. Coincidió casi exactamente con la visión de Sophie.

—¿Café con leche de lavanda? —repitió Mac, con cara de horror.

—Sí, y tostadas con aguacate. Creo que nuestra hermana es una hipster —se rio Ruby.

—Y una tímida soñadora despierta. Lo cual *no* se parece en *nada* a ninguna de las dos —dijo Sophie, recordando el sueño. A duras penas contuvo el bufido ante aquel eufemismo. Si alguien hubiera golpeado a Sophie con un cochecito, no se habría disculpado ni en un millón de años. Habría sido mucho más probable que hubiera mandado a la señora a la mierda, no que se hubiera disculpado profusamente.

—El Cuenco Púrpura, en West Franklin —repitió Mac mientras tecleaba rápidamente en su ordenador. Sophie se inclinó junto a su hombro, echando un vistazo a su pantalla. Vio cómo empezaba a buscar el café en Internet.

—Lo tengo. El primer listado es un lugar en Chapel Hill, Carolina del Norte. Voy a abrir Google Street View. Mira esto y dime si es el lugar.

Mac giró el ordenador para que Sophie y Ruby pudieran ver los resultados de la búsqueda.

Ruby se inclinó sobre el hombro de Sophie, metiendo la mano en su espacio personal para poder desplazarse por el mapa interactivo de la calle, sin darse cuenta de que Sophie intentaba quitársela de encima.

—Sin duda es aquí. Mira, Sophie, ahí está el café de los gatos y el lugar para hacer ejercicio en bicicleta —dijo Ruby, haciendo que el mapa siguiera los pasos de su nueva hermana desde el sueño.

—¿Has visto dónde vivía? —preguntó Larry, engullendo su taza de café.

Sophie se quedó mirando la vista panorámica de la calle, intentando recordar, pero nada destacaba. Sacudió la cabeza.

—No me acuerdo. ¿Y tú, Ruby?

—No, yo tampoco. Pero venía de esta dirección —dijo Ruby, señalando la pantalla—. Eso es algo, ¿no?

—Sin duda —convino Larry—. Deberíamos llamar a Marcella y conseguir autorización para dirigirnos a Chapel Hill inmediatamente.

Larry se dirigió hacia allí, uniéndose a Ruby por encima del hombro de Sophie. Se enjugaba los ojos sin brillo mientras intentaba concentrarse en la pantalla.

—Pareces agotado, Larry. ¿A qué hora has llegado? —preguntó Sophie.

—Marcella me tuvo en el edificio McMahon hasta casi las cuatro de la mañana trabajando en la limpieza. Ahora nadie sabrá nunca lo que ocurrió dentro de ese edificio —respondió Larry, frotándose los ojos enrojecidos—. Tendrías que haber visto cómo el Cónclave de Las Vegas le besaba el culo a Marcella al final de la noche. Fue glorioso.

Sophie frunció el ceño ante aquella descripción. No estaba segura de cómo se sentía ante la descarada apuesta de Marcella por aumentar su poder sobre la comunidad mítica. El objetivo último de Marcella era la seguridad y la posible integración de los míticos en la sociedad. Sin embargo, Sophie se sentía como una pieza de ajedrez manejada por alguien que solo quería ganar su partida, fuera cual fuera, a cualquier precio. Y todo el mundo sabía que las piezas de ajedrez

se sacrificaban fácilmente cuando se trataba de proteger a la persona al mando.

—Deberíamos llamar a Marcella y contarle tu sueño. Estoy seguro de que los enviará directamente a Chapel Hill en su jet. Se los debe a las dos, sobre todo después de lo de anoche. Y me imagino que está ansiosa por traer a tus otras hermanas al redil. En este momento hará todo lo que le pidas —dijo Larry con tono confidencial.

Eso solo hizo que Sophie se estremeciera más, pero supuso que lo más probable era que Larry tuviera razón. Probablemente Marcella se sentía muy magnánima cuando se trataba de ella y Ruby. Puesto que era así, Sophie pensaba pedir que Mac las acompañara, y apostaría a que Marcella ni siquiera pestañearía.

—Quiero que vengas tú también —insistió Ruby, mirándole a Larry con ojos de cachorrito.

—Ahora que tengo la pluma de byangoma, debería empezar a trabajar en el hechizo de localización. Me va a llevar algún tiempo, es magia nueva que voy a inventar —replicó Larry. Sophie sabía que disfrutaba con la idea—. Además, aún estoy intentando localizar a La Perra Corporativa.

—Por favor, ven con nosotras —suplicó Ruby, subiendo un poco la mirada—. Probablemente solo nos llevará uno o dos días. Puedes disponer de un día, ¿verdad? Estaba en el café y allí la conocían, así que es de la zona. Será fácil.

Larry se quedó mirando la cara de Ruby, con las manos entrelazadas suplicantes bajo la barbilla mientras agitaba las pestañas. Resopló derrotado.

—Vale, vale. Deja que llame a Marcella y pida permiso para que vayamos los cuatro. En realidad, una vez que cree el hechizo, tener otra esquirra presente probablemente haría que la pluma funcionara aún mejor.

—¡Sí! —exclamó Ruby, saltando para darle un beso en los labios a Larry. Con aire apaciguado, Larry se alejó.

—¿Puedes sacar tiempo del trabajo? Sé que tienes casos esperándote —preguntó Sophie a Mac en voz baja. Ya había dejado de lado el trabajo para seguirla en un descabellado plan para deambular por Las Vegas fingiendo ser una gran apostadora en un trío. Sentía que le estaba pidiendo demasiado a Mac.

Mac le miró la cara de preocupación y le alisó la fina línea del entrecejo con el pulgar.

—No pasa nada. De todos modos, la mayoría de mis casos están paralizados ahora mismo. Además, Bronson y Dowry me están cubriendo. Sé que a ambos les vendrían bien las horas extra. Sorprendentemente, esto ha sido muy divertido. Nunca pensé que tendría la oportunidad de ser 007. Hemos podido jugar a agentes secretos. Y no solo eso, ¿has visto el reloj Patek Philippe que me han regalado? Y lo mejor de todo es que he podido pasar tiempo contigo.

—Bueno... Ruby y yo.

—Sí, y Ruby. ¿Pero sabes qué? Cada vez me agrada más.

Sophie miró a Ruby, que, por alguna razón desconocida, estaba ocupada volteando todos los cojines de los muebles.

—Sí, a mí también me agrada. A pesar de mis esfuerzos por no abandonarla.

* * *

MIM LES ACOMPAÑÓ en el trayecto en coche hasta el aeropuerto, aunque se había quedado para ayudar a Marcella mientras concluían la misión de Las Vegas. Incluso les ayudó a subir las maletas al avión a pesar de sus protestas.

Justo antes de que fuera a salir, Mim se volvió de repente y tiró de Sophie en un fuerte abrazo.

—Ha sido muy divertido trabajar con ustedes.

—¿Aunque no me guste disfrazarme?

—Eso es la mitad de la diversión. Eres un reto —replicó Mim, apartándose del abrazo y guiñándole exageradamente un ojo a Sophie.

—Mim —gritó Ruby, apartando bruscamente a Sophie de sus brazos—. Te voy a echar mucho de menos. Te mantendrás en contacto, ¿verdad?

—Por supuesto. Espero que podamos trabajar juntas mucho más a menudo. Vayamos pronto de compras —le ofreció Mim a Ruby, frotándole suavemente la espalda. Sophie observó que no le hacía la misma oferta a ella, lo cual era prudente, ya que prefería sacarse un ojo antes que ir a una de las boutiques de lujo de Mim—. ¿Están seguras de que no me necesitan para su viaje a Carolina del Norte?

—No lo creo. No es una operación encubierta. Solo vamos a recoger a un conocido —replicó Ruby, aún aferrada a Mim.

—Si eso cambia, me llaman —ordenó Mim, sacando tarjetas de visita como un mago —las tarjetas aparecieron en su mano como de la nada— y entregándoles una a cada uno.

Sophie se quedó mirando la tarjeta un momento. Era una tarjeta blanca, gruesa y nítida, grabada en oro, en la que solo aparecía impreso *Mimir Verrat, Consultor*, seguido de un número de teléfono.

Sophie se lo metió en el bolsillo trasero mientras Ruby y Mim se daban un último abrazo lleno de lágrimas.

Elegió uno de los lujosos asientos vacíos, Sophie se sentó y observó por la ventanilla cómo Mim volvía al todoterreno negro en el que habían llegado. Harvey bajó la ventanilla y levantó la mano para despedirse por última vez antes de marcharse.

El piloto habló por el sistema de altavoces y les dijo que el vuelo duraría algo más de cuatro horas. De repente, Sophie se alegró mucho de haber metido algunos libros en la maleta para el viaje, aunque hasta ese momento no había tenido tiempo de leer a escondidas.

Hasta que el avión no empezó a rodar por la pista, no se acordó de entrar en pánico. Una vez más, agarrada a la mano de Mac, practicó la respiración lenta y uniforme. Cuando hubo contado en silencio varias docenas de respiraciones, el avión había detenido su pronunciado ascenso hacia el cielo y se había estabilizado en su trayectoria.

Cuando se apagó la luz del cinturón de seguridad, una azafata se detuvo y les ofreció desayunar. Sophie aceptó entusiasmada, pues no había comido nada antes de salir del hotel.

Mientras devoraba una pequeña pila de tortitas y se bebía una taza de café, discutieron su plan de ataque para localizar a la Hermana Hipster, como habían empezado a llamarla. Iban a desandar el camino de Hipster por el centro de Chapel Hill y ver si encontraban a alguien que la conociera. Era un plan bastante pobre, pero no tenían nada más en lo que basarse.

Larry y Ruby habían elegido sentarse frente a Mac y Sophie, así que comieron un poco en familia mientras trazaban estrategias. Cuando terminaron de comer y la azafata se llevó los platos sucios, Sophie decidió leer su libro mientras disfrutaba de una segunda taza de café.

Sophie miró por la ventanilla el mundo que tenían debajo. Era una vista impresionante y alargada de tierras de labranza hasta donde alcanzaba la vista, que desaparecía en la borrosidad del horizonte. El mundo era una colcha de retales de tonos verdes y marrones, dispuesta en bloques entrecruzados por pequeñas líneas de carreteras y ríos. Sophie se preguntaba qué parte del país estarían atravesando, pero no podía apartar la vista de la vegetación para averiguarlo.

Acercándose a la ventanilla redonda, Sophie apoyó la cara casi a ras de la superficie para contemplar el mundo. Qué pequeño era todo. Qué rápido pasaba todo.

El estómago se le revolvió cuando el avión se inclinó ligeramente, haciendo que Sophie se sintiera mareada y ligeramente mareada. Las tortitas y el café que había consumido se agitaron peligrosamente en su estómago, obligándola a apartarse de la ventanilla cuando empezó a llenársele la boca de saliva. Cerró los ojos e intentó calmar a su estómago rebelde.

Larry sacó su portátil y lo puso sobre la mesa, distrayendo a Sophie de su pánico inminente.

—Apenas he tenido tiempo de seguir la pista de Gabriel Cortez. Como tenemos algo de tiempo antes de llegar, voy a ver qué encuentro —explicó cuando Ruby le preguntó en qué estaba trabajando. Sophie se había olvidado por completo de la búsqueda de La Perra Corporativa entre tanto corretear por Las Vegas y soñar con la Hermana Hipster.

Mientras Larry trabajaba, el chasquido de su teclado atestiguaba su esfuerzo, Sophie sacó un libro de bolsillo. No tardó en sumergirse en la historia de un caballero que se propone matar a un dragón, pero acaba haciéndose amigo de él. El tecleo de Larry se convirtió en un relajante ruido de fondo para su lectura, que la sumió en un estado de relajación.

Más de una hora después, Sophie estaba totalmente absorta en su libro cuando un ruido triunfal de Larry la sacó de allí. Levantando la vista de las páginas, intentando volver a salir de una tierra llena de dragones y caballeros al mundo real, Sophie enarcó una ceja interrogante hacia él.

—¿Quieren buenas noticias? —Larry hizo una pausa, tratando claramente de aumentar su expectación. Mac se había quejado en más de una ocasión de la afición de Larry a exhibirse. En aquel momento, Sophie no podía estar más de acuerdo con Mac. Quería gritarle a Larry que fuera al grano, pero probablemente eso solo lo retrasaría aún más.

—He encontrado a La Perra Corporativa.

Larry podría haber lanzado una bomba a sus pies, y Sophie se habría sentido menos sorprendida. No podía creer que la hubiera encontrado tan rápidamente.

—Seguí tu pista sobre Cortez -Sophie, por cierto, me impresiona tu ingeniosa sugerencia de buscar en sitios web de búsqueda de empleo- y la localicé en Dolus Investments. Varias docenas de empleadas estaban en su oficina de Boston, así que solo fue cuestión de seguirle la pista. El verdadero nombre de La Perra Corporativa es Alexis Agrona. Es la Directora de Adquisiciones.

—Joder. Mierda —exhaló Sophie. Por alguna razón sentía un nudo en la garganta.

—Puesto que ya estamos en un avión, ¿crees que deberíamos desviar el vuelo y dirigirnos a Boston en su lugar? —preguntó Ruby.

—No lo creo. Tengo acceso a los registros del Departamento de Tráfico, así que he podido averiguar su dirección. Sabemos exactamente dónde está. Podemos ir a buscarla en cualquier momento. Creo que deberíamos centrarnos en encontrar a la Hermana Hipster —dijo Larry. Mac asintió—. Voy a transmitir esta información a Marcella ahora mismo.

Sophie vio cómo Larry hacía la llamada.

—Vaya —dijo Ruby, con voz entrecortada—. Estamos tan cerca de encontrar las dos últimas esquilas que nos faltan. Vamos a tener dos más. Dos esquilas más. Es una locura.

Sophie estuvo de acuerdo, sintiéndose intimidada por la idea de tener que explicar a las esquilas quiénes y qué eran en realidad. Intentar explicarles a la Perra Corporativa y a la Hermana Hipster que son trozos rotos de un Fae expulsado con la memoria borrada no parecía un picnic.

Sophie aún no se había reconciliado del todo con el hecho de ser una esquila. Y había tenido un mes para acostumbrarse. Quizá a las hermanas no les gustara que les desarraigaran por

completo de sus vidas e identidades. Tal vez acabarían odiándola a ella y a Ruby. Pero, ¿no tenían derecho a saber quiénes eran en realidad?

Sophie intentó volver a su libro, pero no podía concentrarse en las palabras porque estaba atascada intentando averiguar si estaban haciendo lo correcto. Sus pensamientos eran un torbellino de dudas y preocupaciones. Por fin marcó la página en la que estaba y tiró el libro sobre la mesa, molesta. Se mordió la uña del pulgar, intentando averiguar cómo debían darles la noticia.

—Querías saberlo, ¿verdad? —preguntó Sophie a Mac.

—¿Eh? —respondió Mac, que parecía confuso por la repentina pregunta aleatoria de Sophie.

—Perdona, estaba en medio de un pensamiento. Solo me preguntaba. Si fueras tú y no supieras que eres una esquirra, ¿querrías saberlo? ¿O preferirías vivir tu vida en paz, sin saber algo que podría ser peligroso?

—Sí, querría saberlo, aunque me complicara la existencia. Aunque trajera a Ruby a mi vida —Mac le guiñó un ojo a Ruby cuando ésta resopló fingiendo agravio.

El teléfono de Larry sonó, sacando a Sophie de sus pensamientos.

—Es Marcella —anunció.

Sophie trató descaradamente de escuchar a escondidas mientras Larry hablaba con Marcella. Sin embargo, no pudo distinguir ninguna de las palabras de Marcella, pero pudo oír la excitación en su voz.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sophie en el momento en que Larry colgó, cortándole antes de que pudiera intentar sonsacárselo.

—Marcella está dispuesta a desplegar la alfombra roja para tener a otro de ustedes bajo su paraguas. Les he enviado las direcciones del trabajo y del apartamento *de Alexis*. Enviarán a alguien a conocerla y convencerla de que venga a San Francisco.

—¡Dios mío! ¡Vamos a encontrarnos con una de las otras esquiras! Es una locura —exclamó Ruby—. Ni siquiera sé si estoy emocionada o asustada. Parece una zorra malvada.

—Forma parte de ustedes, así que *no puede* ser tan mala. Porque son increíbles —murmuró Larry, ganándose un arrullo apreciativo y un beso de Ruby.

Una vez que se calmó la excitación, la noche en vela se apoderó finalmente de Larry, que se quedó dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Ruby. Empezó a roncar a un nivel de decibelios impresionante, llenando el pequeño jet de resoplidos y bufidos. Sophie consideró brevemente la posibilidad de meterle un calcetín en la boca para librarse del odioso ruido, pero en lugar de eso levantó a Mac para que buscaran otro sitio donde sentarse, lo más lejos posible de los sonidos del oso hibernando.

Sophie debió de quedarse dormida también, porque lo siguiente que supo fue que la azafata la estaba despertando suavemente, informándole de que tenía que abrocharse el cinturón para el aterrizaje.

Larry se levantó de la silla y se dirigió hacia Sophie. Hizo un gesto con la mano a la azafata cuando ésta le informó de que tenía que volver a su asiento y abrocharse el cinturón.

—Será solo un momento.

Extendió la mano y una esfera azul se posó en su palma. Se parecía vagamente a una pelota que hubiera perdido parte de su firmeza. Tenía una textura brillante, casi pegajosa.

—¿Qué es eso? —preguntó Sophie.

—Ruby mencionó que te da un poco de miedo volar. Bueno, al aterrizaje, supongo. Así que te he hecho esto. Si lo sostienes cuando estás asustada o ansiosa, absorbe los sentimientos negativos, de modo que no son tan graves —explicó Larry, clavando el dedo del pie en la

alfombra, como si le preocupara la reacción de Sophie.

—¿Has hecho esto para mí? —preguntó Sophie, arrancándole con cuidado la pelota de la mano.

Larry asintió.

Parecía más pesada de lo que parecía. La bola tenía una piel gruesa que parecía silicona de goma. Parecía pegajosa, pero al frotarla con el pulgar se notaba seca y casi pulverulenta. Cuando Sophie la apretó, el material que había dentro cedió bajo su agarre, como si estuviera rellena de gel o espuma, pero tenía un centro firme, que a Sophie le recordaba al hueso de una fruta.

—Es una pelota antiestrés —confirmó Sophie—. Una bola mágica contra el estrés. ¿Qué hay dentro? Al apretarla de nuevo, una sensación de pinchazo le produjo un hormigueo en la palma de la mano.

—Es la poción.

—¿Qué es lo duro del centro? —preguntó Sophie, apretando más fuerte, intentando sentir mejor el centro sólido de la bola.

A Larry se le iluminaron los ojos.

—Es una piedra bezoar de un unicornio. Son difíciles de conseguir, pero conozco a un tipo.

—¿Qué es una piedra bezoar?

Algo en la mirada de Larry le hizo pensar que no le gustaría la respuesta.

—Es una masa endurecida de pelo masticado que se forma en el estómago de algunos animales, a menudo cabras o bueyes. Se forma del mismo modo que una perla, donde se acumulan capas de fosfato de calcio y magnesio alrededor de la fibra vegetal o el pelo no digeridos. Las piedras bezoar se utilizan a menudo como antídoto contra el veneno y están dotadas de asombrosas propiedades curativas, sobre todo las de unicornio. Como sabes, los unicornios son famosos por su poder curativo —Sophie no sabía nada de eso, pero no iba a decírselo a Larry—. Luego utilicé una pluma de caladrius para crear el líquido en el que está suspendida la piedra bezoar.

A Sophie le preocupaba arrepentirse de haber preguntado, pero ya había llegado tan lejos en la explicación.

—¿Una pluma de caladrius?

—Es un pájaro legendario blanco como la nieve que absorbe la enfermedad y la infección en sí mismo, curando al enfermo de su dolencia. De la forma en que creé la poción en la que flota el bezoar, la magia del líquido se combina con la piedra, de modo que pude redirigir el poder de la pluma para absorber tanto el dolor mental como el físico.

—No sé qué decir —dijo Sophie, tragando grueso para sacar las palabras—. Gracias, Larry. Es increíblemente considerado. Te lo agradezco de verdad.

—Ah, y está adaptado a tu aura específica, así que solo funcionará contigo.

—Mi propia bola antiestrés de viaje —Sophie sintió calor en los ojos al mirar la bola que tenía en la mano.

—Además, hice un estuche para acompañarlo. Tuve que forrarlo de hierro para que no absorbiera magia y sentimientos errantes cuando no quisieras —ofreció Larry, con los ojos brillantes, satisfecho de haber conmovido a Sophie. Larry regresó a su asiento y rebuscó en su maletín de cuero, sacando una caja de madera lisa con bisagras del tamaño de un cubo de Rubik.

—¿La bola del estrés también absorbe la magia? —preguntó Sophie, guardando la pelota y su estuche en el bolso.

—Un poquito. No corres peligro de que te drenen. Es demasiado pequeño para marcar la diferencia. Además, solo capta la magia ambiental que flota por ahí.

—Eso está muy bien, Larry. ¿Y tú creaste este hechizo? —preguntó Sophie. Cuando Larry asintió, Sophie silbó—. Eres un brujo cojonudo, Larry. Más vale que el Cónclave comprenda lo afortunados que son por tenerte.

Las orejas de Larry se pusieron rojas de vergüenza, pero sus ojos brillaron de placer. Agachó la cabeza en señal de agradecimiento antes de volver a su asiento.

Mientras el avión se acercaba a la pista, Sophie apretó su pelota antiestrés, amasándola con fuerza. Como Larry había predicho, esta vez el aterrizaje no asustó tanto a Sophie. Tal vez fuera porque sabía qué esperar, o porque no había muerto las dos últimas veces. Pero sobre todo, Sophie dio crédito a la bola que le dio Larry.

Seguía aferrándose a Mac con la mano libre, pero no estaba tan perdida en su miedo como para clavarle las uñas en el brazo. El avión dio una sacudida cuando las ruedas tocaron la pista, seguida de la presión que la empujó contra el asiento cuando el piloto frenó en seco, dejándola sin aliento. Sophie seguía sintiendo el miedo y la ansiedad de una forma apagada, pero sintió que el pánico se le escurría por el brazo hacia la bola de estrés.

—Sigo odiando volar —le dijo Sophie a Mac cuando el avión dejó por fin de acelerar. No necesitaba una respuesta, ni la esperaba; solo necesitaba hacérselo saber al universo. Mac le dio una palmadita en la mano en señal de simpatía, pero no hizo ningún comentario—. Pero eso ha estado mucho mejor.

Cuando se desabrocharon el cinturón y empezaron a recoger sus pertenencias, la azafata abrió la puerta para que bajaran del avión. Una ráfaga de aire frío se coló por la abertura, haciendo que Sophie se apresurara a buscar en su equipaje el abrigo que Mim le había conseguido en Las Vegas.

Al salir del avión, Sophie se detuvo en lo alto de las escaleras metálicas y miró el aeropuerto donde habían aterrizado. Estaban en una especie de pista privada, pero parecía abandonada y primitiva. Había una única pista cubierta de asfalto y plagada de baches llenos de maleza. A un lado de la pista había un único edificio, una gran estructura parecida a un granero, hecha de tabloncillos cuya pintura blanca se estaba desprendiendo en largas franjas. Al otro lado del hangar había aparcados unos cuantos aviones pequeños de una sola hélice.

Un hombre con mono de mecánico esperaba al pie de la escalera. Con una dura reverencia - solo una inclinación de cabeza-, el hombre entregó a Ruby un juego de llaves y señaló un sedán negro aparcado junto al hangar, frente a los aviones. Le informó de que su coche tenía combustible y estaba listo para partir.

—Cuando termines con él, puedes devolverlo a ese lugar. Deja las llaves en el salpicadero —sin decir nada más, el hombre se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al interior del hangar.

Ruby se quedó mirando al hombre durante un minuto, contrariada.

—Echo de menos a Mim —se quejó.

Mac decidió conducir, ya que Larry seguía agotado.

—La buena noticia es que este lugar no está lejos de nuestro destino.

Abrochada en el asiento delantero junto a Mac, Sophie enhebró su mano con la de él y miró por la ventanilla.

—Nunca he estado en la costa este —murmuró.

Carolina del Norte era y no era lo que Sophie esperaba. Supuso que tenía sentido, pues solo tenía estereotipos como referencia. Condujeron por una estrecha carretera de dos carriles que serpenteaba por un terreno montañoso con un abigarrado dosel de follaje otoñal sobre ellos. Hojas amarillas, rojas y marrones cruzaban la calle, levantadas en un remolino por el paso del coche. Hasta el aire olía a otoño.

La vista desde la ventanilla del coche era pintoresca, como sacada de un tranquilo sueño pastoral. Incluso las hojas que caían parecían dormirse en el suelo, al menos hasta que el vehículo perturbó su pacífica existencia, haciéndolas girar y dar vueltas de un lado a otro.

Los indicios de humanidad anunciaban que se acercaban a la ciudad: un solitario camino lleno de surcos con un buzón, una cabaña enclavada en el bosque, que asomaba entre los árboles, una valla de postes y raíles que bordeaba la carretera. Rápidamente se transformaron en una gasolinera antigua, un local de alquiler de maquinaria de construcción y un bar oscuro cerrado durante las horas diurnas. Cada vez había más señales de vida a lo largo de la carretera, hasta que se encontraron en los suburbios de Chapel Hill.

Había muchos edificios con columnas y ladrillos rojos que parecían formales y señoriales. Las calles eran anchas y estaban frondosamente arboladas. Cuando Mac giró hacia West Franklin, Sophie y Ruby cobraron vida en el coche, como sabuesos que hubieran captado un rastro de olor.

—Esto me resulta tan familiar —exclamó Ruby, pegada a la ventanilla del coche como un niño que mira dentro de una tienda de juguetes.

Mac encontró un lugar donde detenerse, aparcando en la calle.

—Creo que deberíamos separarnos —sugirió Sophie una vez que todos bajaron del coche.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Ruby, dirigiendo a Sophie una mirada herida.

—Piénsalo. Podría ser abrumador para la Hermana Hipster que ambos descendiéramos sobre ella a la vez. Ni siquiera sabe que existimos, excepto tal vez como sueños extraños, y aquí estamos, formando un equipo delante de sus narices para decirle que toda su vida es una mentira. Si primero nos conoce a uno solo de nosotros, podremos facilitarle las cosas. Además, así cubriremos más terreno.

—Oh, eso tiene sentido —respondió Ruby, con aire apaciguado—. Pero manda un mensaje si la encuentras.

—Lo haré —prometió Sophie.

Ruby y Larry se dirigieron al extremo opuesto de la calle, empezando por el lugar más antiguo que recordaban del sueño. Sophie y Mac decidieron empezar en El Cuenco Púrpura, donde sabían que el personal estaba familiarizado con la Hermana Hipster.

Al abrir la puerta, Sophie se vio inmediatamente envuelta en un aroma a bayas y vainilla. Le hizo rugir el estómago.

—¡Emmie! Dos visitas en un día. Debe de ser mi día de suerte —saludó a Sophie el hombre del sueño cuando se acercó al mostrador. A medida que se acercaba a él, la cara del hombre fue cambiando lentamente de felicidad a confusión cautelosa, como si se diera cuenta de que algo iba mal pero no supiera muy bien qué era.

Sophie miró la placa con su nombre que llevaba prendida en el pecho.

—Hola, no soy Emmie. Soy su hermana y la estoy buscando. Esperaba que pudieras ayudarme, Barry —respondió Sophie, dedicándole al hombre su sonrisa más ganadora.

—Bueno, no sé en qué puedo ayudar —contestó Barry, con aire decididamente inquieto.

—Cualquier cosa que sepas será de ayuda. Me llamo Sophie. ¿Sabes si vive por aquí?

—No sé dónde vive y, aunque lo supiera, no me siento cómoda dando ese tipo de información a desconocidos. Ni siquiera a familiares evidentes. Puede que haya una razón por la que Emmie no quiera que sepas dónde vive.

Mac sacó su cartera y mostró al hombre su placa de policía.

—En realidad es un asunto policial. Estarías ayudando en una investigación en curso. Cualquier cosa que puedas contarnos sobre ella sería de gran ayuda.

Por desgracia, Barry no sabía mucho. Sabía que se llamaba Emmaline, pero que ella prefería Emmie. Era una especie de escritora. Pensó que tenía algo que ver con documentos de software o manuales de usuario, pero no estaba seguro. Vivía cerca, pero Barry no tenía su dirección. También les dijo que Emmie solía ir a desayunar a su cafetería varias veces por semana.

—Gracias por tu ayuda —aseguró Mac al preocupado hombre, deslizand una tarjeta de visita hacia Barry—. Si ves a Emmie, ¿podrías llamarme? Estaré en la ciudad varios días.

Barry movió la cabeza, con la curiosidad floreciendo en sus ojos.

Sophie y Mac avanzaron lentamente por la calle, deteniéndose en cada tienda. En la mayoría de los sitios conocían a Emmie de pasada, pero no sabían nada de ella. Por fin dieron con la clave en el restaurante de sushi. Era un local más pequeño, con solo unas pocas mesas y un largo mostrador en la barra de sushi. A juzgar por el ajetreo de los repartidores que entraban y salían, cogiendo bolsas, el local se basaba más en el reparto que en la comida a domicilio.

—Emmie, ¿quieres la mesa de siempre? —preguntó la mujer del estrado de recepción cuando Sophie y Mac entraron en el restaurante—. ¿Y quién es?

El rostro de la mujer empezó a mostrarse receloso, como el de Barry, cuando se dio cuenta de que algo era diferente en “Emmie”.

Sophie y Mac repitieron el mismo discurso que habían dado a Barry y a los otros dueños de la tienda. Cuando Mac le enseñó su placa de policía, la mujer asintió con la cabeza, pensativa.

—Hemos hecho entregas en su casa unas cuantas veces. Creo que tenemos sus datos guardados en nuestro sistema.

Sophie se mordió el labio y miró nerviosa a Mac mientras la mujer empezaba a teclear en su ordenador.

La mujer hizo un ruido triunfal.

—Sí, aquí la tengo. Emmaline Tallis. Calle Duncan 635, apartamento 314.

CAPÍTULO 15



Sophie estaba delante del edificio de apartamentos de Avalon Park, agarrando con fuerza la mano de Mac. Ruby y Larry estaban a su lado, tan tensos como Sophie.

El edificio tenía forma de U con un patio en el centro. Parecía cuadrado y moderno en comparación con el resto de la sombreada y somnolienta calle arbolada. Parecía estar ocupado principalmente por estudiantes universitarios, a juzgar por el número de sudaderas con capucha de la UNC-Chapel Hill que habían visto entrar y salir a toda prisa por la puerta principal.

Sophie observó cómo un roble derramaba su follaje sobre el patio. Las hojas multicolores se movían en lentos y perezosos remolinos antes de posarse sobre el camino pavimentado de ladrillo.

—Creo que deberías hablar con ella, Sophie —anunció Ruby.

—¿Yo? No. Tú eres la simpática —argumentó Sophie.

—No. Tienes que ser tú. Ella confiará en ti. Suelo incomodar o molestar a la gente. Si eres tú quien le dice a Emmie quién es y qué es, te creerá. Y si le dices que la apoyamos y la ayudaremos, sabrá que es verdad. Eres honesta hasta la exageración, y eso se nota —replicó Ruby con voz firme—. Tienes que ser tú.

Larry señaló un banco en una alcoba enrejada.

—Estaremos allí, listos para ayudar si nos necesitas.

Larry tiró de Ruby hacia el asiento antes de que Sophie pudiera formular ningún argumento adicional. Gruñó en voz baja mientras veía cómo se acomodaban en el banco y la empujaban enérgicamente hacia las escaleras que llevaban al apartamento de Emmie.

—Voy a meter la pata —a pesar de haber estado pensando en ello durante casi todo el vuelo, a Sophie no se le había ocurrido qué debía decirle a ese nuevo fragmento. ¿Cómo poner delicadamente patas arriba toda la vida de alguien? Apenas sentía el viento otoñal que soplaba con dedos helados sobre sus mejillas mientras miraba fijamente la puerta del tercer piso que conducía al apartamento de Emmie.

Mac le pasó un brazo por la cintura, dándole un apretón reconfortante.

—Esto tiene que ir mejor que cuando Ruby y tú se conocieron, ¿verdad?

Sophie resopló cuando le vino a la cabeza el recuerdo de Ruby saltando sobre la espalda de Alphonse -el lobo metamorfo alfa que intentaba asesinarlos a los dos- mientras blandía una jeringuilla envenenada.

—Dios, eso espero.

Juntos subieron las escaleras hasta el piso de Emmie. El piso 314 estaba varias puertas más

abajo de las escaleras, en el brazo oeste del edificio. Cuando se detuvieron frente a la entrada del piso de Emmie, Sophie tuvo que detenerse y respirar lentamente varias veces para calmar sus nervios.

Finalmente, Sophie levantó la mano y dio tres golpes firmes a la puerta.

—Espera. Ya voy —llamó desde el otro lado de la puerta una voz de mujer que sonaba inquietantemente parecida a la de Ruby. Sin embargo, había una suavidad en el tono que no tenían ni Sophie ni Ruby.

La puerta se abrió un momento después, y allí estaba ella, de pie en la abertura. Su aspecto era idéntico al de Sophie y Ruby, con la diferencia de que llevaba el pelo negro cortado en una melena que le caía justo por debajo de la barbilla.

Emmie abrió mucho los ojos, sorprendida y asustada, y se quedó con la boca abierta, pero no le salió ninguna palabra.

—Hola —empezó Sophie—. Esto va a resultar extraño, pero soy....

Emmie cerró la puerta de un portazo. El clic de un cerrojo y el tintineo de una cadena de seguridad deslizándose en su sitio se oyeron con fuerza en el repentino silencio. Sophie miró a Mac con preocupación.

—¿Y ahora qué? —susurró Sophie—. No parecía muy contenta de verme.

—Tú puedes —replicó Mac, dándole un codazo con la mano para sacar a Sophie de su estupor sorprendido.

Sophie volvió a llamar, pero solo se oyó silencio en el apartamento. Se acercó a la puerta para asegurarse de que Emmie pudiera oír sus palabras.

—Oye, sé que esto es raro, ¿vale? También es raro para mí. Pero necesito que me escuches. Me llamo Sophie Feegle y soy tu hermana, aunque es mucho más complicado que eso. En realidad, somos cinco. He encontrado a otra, y se llama Ruby Rivers. Tenemos extrañas habilidades...

Sophie cerró la boca con un chasquido cuando oyó girar el cerrojo. La puerta se abrió lentamente, con la cadena de seguridad aún en su sitio. Emmie se asomó por el hueco, mirando a Sophie con ojos suspicaces.

—¿Qué tipo de habilidades?

—Bueno... cuando toco un cadáver, tengo una visión de los últimos recuerdos de esa persona antes de morir. Utilizo esta habilidad para resolver asesinatos. La de Ruby es diferente. Si toca a alguien que cometió un asesinato, puede ver su crimen.

Emmie guardó silencio, pareciendo digerir aquella información.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué estás aquí? —preguntó finalmente.

Sophie hizo una mueca, no quería explicarle lo de la magia y las esquivas en la entrada de la casa de Emmie, con el frío que hacía.

—Ruby y yo descubrimos hace poco una información que explica nuestras habilidades, nuestra historia y por qué somos cinco. No es una gran historia, pero merecen saber quiénes y qué son.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó Emmie, con la sospecha aún presente en su voz.

—¿Por qué iba a mentir? —respondió Sophie encogiéndose de hombros.

Emmie volvió a cerrar la puerta. Los hombros de Sophie empezaron a caer derrotados cuando la puerta volvió a abrirse del todo. Emmie estaba de pie en la abertura, mirando a Sophie y a Mac de pies a cabeza. Llevaba unos pantalones de yoga color melocotón y una rebeca gris sobre una camiseta blanca lisa, como si estuviera vestida para pasar el día holgazaneando en su

apartamento. Sophie se sintió un poco mal porque sabía que estaba a punto de arruinarle el día a aquella mujer y probablemente cambiaría su vida de un modo que nunca podría deshacerse.

—Pasa —dijo Emmie, retrocediendo y dirigiéndose de nuevo al interior de su apartamento. No dejaba de mirar a Sophie por encima del hombro, como si no estuviera segura de si pensaba que Sophie la atacaría o desaparecería si apartaba la vista de ella durante demasiado tiempo.

Sophie miró nerviosa a Mac antes de seguirle. Mac entró y cerró la puerta tras de sí.

Emmie los condujo a través de su cocina, donde había un pequeño rincón con ventana. En un rincón había un cubo de basura casi rebosante de plantas muertas. Parecía que Emmie tenía tanto pulgar verde como Sophie.

En el espacio había una mesa de comedor redonda con cuatro sillas. Sobre la mesa había un ordenador portátil abierto con una taza de cerámica al lado. Emmie se sentó y cerró el ordenador.

—Siéntate, por favor —le ofreció, señalando con las manos las sillas que había alrededor de la mesa. Sophie ocupó la silla frente a Emmie. Mac se detuvo en la cocina, apoyado en la encimera. Sophie agradeció que les dejara sitio.

Mientras Emmie la miraba expectante, Sophie intentaba formular cómo explicarlo todo. Se miraron fijamente, fijándose en los detalles de la otra. Sophie vio que Emmie se miraba las uñas mordisqueadas, repasando el atuendo y el pelo de Sophie. Era como si Emmie estuviera catalogando sus similitudes y diferencias, intentando averiguar si encajaban juntas. Sophie dejó que la mirara mientras hacía lo mismo.

Emmie parecía de algún modo más pequeña que Sophie. Parecía... más suave. Tal vez fuera la ropa de salón o la falta de tatuajes, o quizá su corte de pelo, que le daba un aspecto más amable. Tal vez fuera la forma en que parecía encogerse cuando Sophie la miraba fijamente, como si intentara protegerse de cualquier daño. O cómo se recogía el pelo detrás de la oreja, agachando la cabeza cada vez.

—Vale, estoy a punto de darte un montón de información. Dímelo si llega a ser demasiado —advirtió Sophie—. En este mundo hay gente con magia. Hay brujos, brujas, ogros, metamorfos, Fae y muchos más. Todos estos seres mágicos se llaman Míticos. Nosotras somos Míticas: tú y yo. Y Ruby.

—Soy una... Mítica. ¿Un ser mágico?

—Sí. Las dos lo somos. Somos Fae.

—¿Fae? —repitió Emmie—. ¿Como las hadas?

—Más o menos, pero no como los retratan los medios de comunicación. Ellos -nosotras, quiero decir- no tienen alas ni orejas puntiagudas, obviamente, pero los Fae tienen todo tipo de magia. Originariamente procedían del Reino de los Fae. Es como otra dimensión, por lo que me han explicado.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué no sé nada de esto? ¿Por qué no me lo dijeron mis padres?

Vaya, y *ahí estamos*, pensó Sophie. Empezó a explicarles cómo solían ser una sola persona antes de que la reina Maeve las convirtiera en fragmentos y les borrara la memoria.

—Así que me estás diciendo que antes éramos una sola persona, un ser mágico Fae, e hicimos algo que enfureció a la reina Fae. Entonces nos dividió en cinco seres distintos para reducir nuestro poder —Emmie hizo una pausa. Sophie asintió en señal de confirmación. Emmie continuó—: Esta reina nos dividió en esquirlas, borró nuestra memoria y nos exilió aquí en la Tierra sin tener ni idea de quiénes o qué somos. ¿Estás diciendo que mis padres no eran reales?

—Algo así. Ruby y yo... investigamos nuestras historias. Las personas que creíamos que eran nuestros padres existían, pero no éramos sus hijas. Cuando nos hicieron esto, simplemente escogieron a unos humanos al azar que habían muerto recientemente y los eligieron como

nuestros padres. Luego falsificaron nuestros recuerdos y el papeleo para que pareciera legítimo —las palabras de Sophie murieron ante la mirada de Emmie—. Mira, sé que es mucho. Yo misma aún estoy asimilándolo.

—¿Cómo voy a creerte? ¿Qué pruebas tienes?

Sophie hizo una pausa, intentando averiguar cómo demostrarle a Emmie que no era humana. La única razón por la que Sophie había creído tan fácilmente que era una esquirla era que ya había visto mucha magia. Su capacidad para ver visiones de la muerte hacía imposible argumentar que era totalmente humana. Tal vez ésa fuera también la respuesta para Emmie.

—¿Tienes alguna habilidad extraña? ¿Algo que no puedas explicar? —preguntó Sophie.

Emmie vaciló, mordiéndose el labio como si quisiera decir algo pero no estuviera segura de si debía hacerlo.

—No tienes que preocuparte ni asustarte. Hagas lo que hagas, todo irá bien. Te prometo que estoy aquí para ayudarte, pero si aún no quieres hablar de ello, no pasa nada —intentó asegurarle Sophie—. En realidad, puede que tenga alguna prueba, pero no quiero asustarte más.

—No estoy segura de que puedas.

Sophie decidió no desafiar a Emmie al respecto.

—Cuando la reina nos desmenuzó, hizo que nos pusieran glifos mágicos en el cráneo, que parecen tatuajes. Estos tatuajes reprimen nuestros poderes y nos hacen parecer humanas a los ojos de todo el mundo, sobre todo de otros Míticos que pueden percibir estas cosas. Puedo enseñarte el mío, aunque el de Ruby es más fácil de ver porque le afeitamos la zona de la cabeza no hace mucho.

—Enséñamelo —ordenó Emmie, con el miedo luchando contra la impaciencia en su rostro.

Sophie se acomodó en la silla junto a Emmie y giró la cabeza, mostrándole dónde mirar para encontrar el tatuaje oculto en el cuero cabelludo. Emmie peinó con los dedos los mechones de pelo de Sophie durante un momento antes de levantarse de repente de un salto y salir corriendo de la habitación.

Sophie siguió a Emmie a paso más lento, sin querer atosigarla. Sophie la encontró en el cuarto de baño del pasillo, sentada en la encimera del lavabo, intentando inclinar un espejo de mano para poder mirarse un lado de la cabeza.

—Deja que te ayude —le ofreció Sophie, manteniendo un tono tranquilo y calmado. Se sentía como si estuviera en presencia de un animal salvaje asustado. Un sonido equivocado y Emmie saldría corriendo. Cogió el espejo de la mano de Emmie, que no se resistía, y la ayudó a conseguir el ángulo correcto. Emmie se separó el pelo con dedos temblorosos en el mismo lugar donde estaba el tatuaje de Sophie. Las líneas negras resaltaban sobre la piel pálida de su cráneo, como un faro. Intentó trazar la tinta para hacerse una idea de la imagen completa, pero el pelo le estorbaba.

Emmie apartó la vista del espejo y se encontró con la mirada de Sophie. Emmie tenía los ojos desorbitados y perdidos. Y Sophie se sintió como una imbécil por destruir el mundo de aquella mujer. No veía cómo podía elegir. Era una mierda, pero era mejor que Emmie supiera la verdad.

—Deberíamos afeitarlo para que pueda verlo. Quiero ver qué aspecto tiene —Emmie saltó de la encimera y abrió de un tirón uno de los cajones del cuarto de baño. Rebuscó en el cajón, apartando todo lo que encontraba a su paso.

—Oye, no hace falta. Puedo hacer que Ruby suba y te enseñe la suya. Tendrá el mismo aspecto —se ofreció Sophie.

Emmie se desinfló, aferrándose a los bordes del cajón con los nudillos blancos. Sophie se quedó de pie, torpemente, justo al otro lado de la puerta, sujetando aún el espejo. Emmie

murmuró algo en voz baja que sonó sospechosamente como “Basta. Tranquilízate” antes de enderezarse y mirar a Sophie con determinación.

—Sí, llámala. Quiero verla.

Sophie envió un mensaje rápido a Ruby y Larry para que se reunieran con ellos, y siguió a Emmie hasta la cocina. Emmie abrió un armario y cogió un vaso, llenándolo de agua del grifo con manos temblorosas. Cuando llamaron a la puerta principal, Emmie se sobresaltó tanto que dejó caer el vaso al fregadero. Por suerte, el vaso no era de cristal, así que no se hizo añicos.

—Yo abriré la puerta —ofreció Sophie, que Emmie aceptó con un gesto de alivio.

Al abrir la puerta principal, Sophie se llevó un dedo a los labios.

—Ahora mismo está bastante asustada. Quiere conocerte y ver el tatuaje del sigilo —susurró Sophie, haciéndoles pasar al interior.

—Hola, Emmie. Éstos son Ruby y Larry —anunció Sophie cuando entraron.

Ruby y Larry se unieron a Sophie en la mesa mientras Mac volvía a su sitio en la cocina.

—Así que... estos tipos saben que nosotras... ¿Sobre quiénes y qué somos? —preguntó Emmie lentamente, mirando de Larry a Mac.

—Sí, Mac es mi novio y Larry es el novio de Ruby. Pero los dos también son Míticos.

—¿También son Fae?

—Soy un metamorfo zorro —explicó Mac.

—Metamorfo zorro —repitió Emmie lentamente, dirigiendo a Mac una mirada incrédula.

—Sí. Es como ser un hombre lobo, pero puedo transformarme en zorro, y lo hago a voluntad. Hay muchos, muchos tipos de metamorfos en el mundo. Lobo, oso, dragón, mapache, gato, ganso de las nieves —Mac sonrió burlonamente a Sophie al mencionar los tipos de metamorfos de sus amigos—. Casi cualquier animal que se te ocurra, y algunas criaturas que los humanos consideran legendarias.

—¿Y tú qué eres? ¿Eres un metamorfo? —preguntó Emmie a Larry.

—No, soy un brujo. Es un tipo de usuario de la magia. Soy el detective Larry Turner, a tu servicio —dijo Larry, tendiéndole la mano para estrechársela. Emmie se apartó de la mano tendida de Larry, frunciendo momentáneamente el ceño. Volvió a meter la mano en su regazo, ignorando la extraña reacción de Emmie.

—Lo siento, no quería ser grosera —explicó Emmie, con una expresión de dolor en el rostro—. Es que... a veces, cuando estoy estresada, o especialmente disgustada o enfadada, si toco a alguien y me siento así... puedo hacerle enfermar accidentalmente —ante las cejas levantadas de Sophie, Emmie se apresuró a dar más explicaciones—. No es mi intención. A veces me pasa, así que tengo que tener cuidado. Lo controlo bastante bien, pero llevo guantes por si acaso. Para asegurarme de evitar el contacto accidental piel con piel siempre que salgo de casa.

—¿Qué quieres decir con que “les pones enfermos”? ¿Qué ocurre? —preguntó Mac. No había movido ni un músculo de donde estaba apoyado en la encimera de la cocina, pero Sophie podía notar su repentina alerta y tensión.

—No lo sé exactamente. Es como si les arrancara un poco de su fuerza vital —Emmie se encogió ante aquella descripción y la expresión de las caras de todos—. No se preocupen. No es permanente. Normalmente, una siesta o una buena comida y vuelven a sentirse bien. Las pocas veces que ha ocurrido accidentalmente, la persona ni siquiera se ha dado cuenta. Solo pensaban que se sentían agotados, o como si estuvieran resfriados o algo así. He estado trabajando para aprender a contenerlo. También he trabajado para devolver esa energía cuando la tomo accidentalmente, pero no puedo practicar con la gente —miró al otro lado de la habitación.

Sophie siguió su mirada hasta el cubo de basura con su montón de plantas muertas.

—Deja que te enseñe —dijo Emmie, levantándose de la mesa y cogiendo una pequeña olla de cerámica del alféizar de una ventana—. Es una de las últimas que me quedan.

Puso la maceta de colores brillantes en el centro de la mesa. Era una suculenta pequeña y achaparrada con hojas puntiagudas de color verde salvia. A los ojos de Sophie parecía un poco marchita, pero ella no sabía nada de plantas. ¿No eran plantas difíciles de matar? ¿O estaba pensando en cactus? Sophie ni siquiera estaba segura de si las suculentas y los cactus eran distintos tipos de plantas.

—Mira —dijo Emmie, sacando a Sophie de sus distraídos pensamientos.

Emmie extendió la mano y presionó con el dedo índice una de las gordas hojas verdes. Desde aquel único punto de contacto, la hoja empezó a volverse marrón lentamente. La muerte se extendió por la planta, sus hojas se curvaron y parecieron desecadas y crujientes.

—Guau —jadeó Ruby, haciéndose eco de los pensamientos de Sophie.

—Vale, esta parte es más difícil, pero cada vez se me da mejor —dijo Emmie. Entornó la cara y frunció el ceño en señal de concentración. Sophie pudo ver cómo apretaba la mandíbula, ya fuera por el esfuerzo o por incomodidad. Muy lentamente, la planta empezó a volver a su estado anterior. Tardó más del doble en devolverle la vitalidad que en quitársela. Una vez que Emmie hubo terminado, parecía como nueva, pero el sudor se le había acumulado en la frente y las manos le temblaban visiblemente.

Sin mediar palabra, Mac llenó un nuevo vaso de agua y se lo dio a Emmie, que lo engulló casi de un trago.

Lo primero que pensó Sophie fue lo aterrador que era el poder de Emmie. Lo segundo que pensó fue que probablemente Marcella renunciaría a su primogénito para poder controlar a Emmie, si es que tenía hijos.

—Huh —dijo Ruby en el persistente silencio—. Todos nuestros dones tienen que ver con la vida y la muerte.

—Sophie mencionó que ve la muerte de la gente y ayuda a la policía a resolver crímenes —dijo Emmie—. ¿Y ve cuando alguien ha cometido un asesinato?

—Sí, si toco a alguien que ha matado antes, tengo una visión de su crimen. Antes de conocer a Sophie, era una justiciera, pero ahora colaboro con las autoridades. Se me considera una “vigilante” del Cónclave y de la policía de San Francisco.

—¿Una vigilante? —repitió Emmie, mirando a Sophie en busca de confirmación o apoyo.

—No preguntes. Es todo un rollo. Es mejor asentir que hacerla empezar —aconsejó Sophie. Hacía tiempo que Ruby afirmaba ser una justiciera, a lo que Sophie replicaba que era una asesina en serie. De algún modo, Sophie no creía que Emmie encontrara gracia en el tête-a-tête como ella y Ruby.

Emmie dirigió a Sophie una fugaz sonrisa antes de volverse hacia Ruby y asentir solemnemente. El alivio inundó a Sophie ante aquel destello de humor. Emmie se iba a poner bien.

—¿Aún quieres ver el tatuaje? —preguntó Sophie.

Emmie asintió con énfasis. Sophie estaba impresionada por lo bien que lo estaba llevando. Quizá era más dura de lo que parecía. Sophie imaginó que si le explicaban por qué podía matar plantas con solo tocarlas, descubrir que no era del todo humana le resultaría más fácil. Entre las visiones de la muerte y los sueños extraños, Sophie había sabido que algo en ella era diferente mucho antes de descubrir que era Fae y una esquirra.

Ruby se sentó en el suelo a los pies de Emmie, ladeó la cabeza y se apartó el pelo. A través de la mata de pelo corto y velludo de la cabeza de Ruby, aún se veía la imagen del tatuaje.

Mientras Emmie examinaba el tatuaje, Sophie le explicó cómo funcionaba.

—¿Me estás diciendo que si digo las palabras adecuadas, puedo desbloquear el tatuaje y dejaré de ser humana? ¿En qué idioma están las palabras? No creo que quiera poder desbloquear el resto de mi habilidad. No quiero que sea más fuerte de lo que ya es —afirmó Emmie. Sophie no tuvo valor para señalar que Emmie técnicamente ya no era una humana, que solo estaba disfrazada como tal. Ya se daría cuenta por sí misma, si le daban tiempo para pensar en ello.

—No tienes que desbloquearlo si no quieres, pero deberíamos tener derecho a tomar esa decisión.

—¿De qué es esa imagen? —preguntó Emmie, señalando la ilustración central del tatuaje.

—Éste es el escudo de armas de la reina Maeve —explicó Sophie, señalando la corona sobre un montón de monedas con una rama retorcida encima. Una ardilla y un pájaro se posaban en la rama del árbol—. He intentado leer sobre ella, pero a veces es confuso. No sé qué es leyenda y qué es verdad. Su padre la obligó a casarse con Conchobar Mac Nessa porque éste mató al padre de Conchobar en la batalla. Ella odiaba a su marido y se marchó, así que su padre entregó a la hermana de Maeve a Conchobar para que se casara con ella en su lugar. Maeve estaba tan enfadada que ahogó a su hermana embarazada. Sin embargo, el bebé sobrevivió. Creció y mató a Maeve tirándole una rueda de queso a la cabeza. Otra historia que oí fue que, después de volver a casarse y tener un montón de hijos, un profeta le dijo que un hijo suyo llamado Maine mataría a Conchobar, así que rebautizó a todos sus hijos con el nombre de Maine.

Emmie se apartó del tatuaje del sigilo para dirigir a Sophie una mirada que la historia merecía.

—Lo sé —dijo Sophie encogiéndose de hombros—. Es superraro. Además, sabemos que a la reina nunca la mató el queso porque sigue gobernando el Reino de los Fae. Como he dicho, no tengo ni idea de lo que es verdad y lo que no. Hay historias aún más extrañas sobre esta señora. Una vez inició una guerra para poder robar un toro, todo porque quería demostrar a su marido que tenía más riqueza que él.

—¿Quiénes éramos? ¿Qué hicimos para enfadar a esta señora lo suficiente como para partirnos en pedazos y tirarnos como basura? —preguntó Emmie en voz baja mientras miraba fijamente el tatuaje del costado de la cabeza de Ruby. Levantó una mano ausente para tocar la zona donde su tatuaje a juego estaba oculto bajo el pelo.

—Estamos intentando averiguarlo, pero no lo sabemos —dijo Mac—. Es casi imposible obtener información sobre la reina y su corte. Sea lo que sea lo que ocurrió, se ha mantenido en secreto con sumo cuidado. Quienquiera que fueras, te enviaron aquí hace unos cinco años. Por la poca información que hemos descubierto, nadie ha aparecido como desaparecido de aquella época en el Reino de los Fae. Pero nadie se rinde todavía. Vamos a resolver todo esto. Esperamos que salga a la luz más información a medida que encontremos al resto de ustedes.

—¿Cuándo podré conocer a esas otras esquirlas? —preguntó Emmie.

—Aún no las hemos encontrado. Tú eres la primera —explicó Larry—. Nunca te habríamos encontrado de no ser por el sueño compartido. También creemos haber encontrado a otra de las hermanas. Vive en Boston y hemos enviado a alguien a buscarla. Espero que podamos conocerla pronto. Se llama Alexis.

—Espera —dijo Emmie, y su rostro adquirió un alarmante tono gris ceniciento—. ¿Compartir sueños? ¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, cuando dormimos, a veces vemos la vida de la otra. Trabajo en el turno de noche en un depósito de cadáveres, así que probablemente seas la que más ha visto mi vida, porque soy la única que está despierta cuando la mayoría de la gente duerme —dijo Sophie con una mirada

de disculpa. Ruby se quejaba constantemente de presenciar autopsias en sueños, pero no podía hacer nada al respecto. Le encantaba su trabajo, y el alquiler no se pagaba solo.

—He tenido todos estos sueños... —dijo Emmie lentamente, y sus palabras se apagaron mientras miraba a Sophie con confusión, desconfianza y temor.

—Sí, estamos un poco... conectadas psíquicamente, así que a veces tenemos sueños en los que vemos lo que nos pasa —Sophie hizo una mueca ante aquella descripción.

—Espera. Un momento —dijo Emmie, pareciendo aún más alarmada que antes—. Anoche soñé...

El estridente timbre de un teléfono interrumpió lo que Emmie iba a decir.

—Lo siento —dijo Larry, avergonzado, mientras sacaba el móvil del bolsillo. Miró la pantalla e hizo una mueca—. Es Marcella. Tengo que contestar. No puedo mandarla exactamente al buzón de voz, ya sabes.

Larry contestó a la llamada, acercándose el teléfono a la oreja.

Cuando Emmie lanzó a Sophie una mirada interrogativa, ésta le explicó:

—Es Marcella. Es la jefa del grupo que supervisa a todas las Míticas de San Francisco. También es algo así como la jefa de Ruby y mía. Seguro que querrá conocerte.

—No, tienes que escuchar. Esto es importante —dijo Emmie, apartando las palabras de Sophie—. El sueño que tuve anoche. En él ocurría algo.

Larry se enderezó de su postura encorvada en la mesa de Emmie, con la alarma tensando todos los músculos de su cuerpo. Se volvió y dirigió a Ruby una mirada llena de preocupación y dolor.

—Sí, comprendo. ¿Puedes esperar un momento? Tengo que decírselo —dijo Larry al teléfono—. Sí. No, es una buena idea. Te pongo en el altavoz.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruby, levantándose del suelo y poniendo la mano en el hombro de Larry. Larry abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Sacudió la cabeza como si no supiera qué decir. Sin contestar, dejó el teléfono en medio de la mesa.

Sophie llamó la atención de Mac cuando se acercó, parecía tan preocupada como se sentía ella.

—¿Marcella? ¿Estás ahí? —preguntó Sophie, decidida a coger el toro por los cuernos.

—¿Sophie? Sí, estoy aquí —dijo Marcella.

—Oye, no sé exactamente qué está pasando aquí, pero tenemos a Emmaline Tallis con nosotros. Es una de las esquiras. Le hemos estado explicando... bueno, todo. Emmie, ésta es la magistrada Marcella Venturi. Marcella, ésta es Emmie.

Emmie se acercó a la mesa, inclinándose hacia el teléfono.

—Hola. Encantada de conocerla, magistrada.... —Emmie hizo una pausa y miró a Sophie, así que le dijo “Venturi” con la boca—. Magistrada Venturi.

—Por favor, llámame Marcella. Siento interrumpir, pero ha ocurrido algo importante. Los afecta a todos, así que sabía que tenía que llamar inmediatamente.

Sophie intercambió miradas con todos los presentes, mientras Marcella carraspeaba para ganar tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sophie, tratando de incitar a Marcella a escupirlo.

—Cuando nuestros agentes han ido hoy al apartamento de Alexis Agrona en Boston, han encontrado señales de lucha y a ninguna Alexis. Mi gente está peinando la zona con la esperanza de localizarla, y tengo a alguien revisando todas las cintas de seguridad del edificio para ver si encuentran alguna pista. Pero nos preocupa mucho que haya ocurrido algo malo.

—Yo... puede que sepa algo —interrumpió Emmie, mordiéndose el labio y dirigiendo los

ojos hacia Sophie como si buscara permiso para hablar. Sophie le dirigió una mirada alentadora —. Justo antes de que llamaras, Marcella, estaba intentando contarles a todos que anoche soñé que me asesinaban. Pensé que era una pesadilla, pero Sophie me dijo que podemos ver la vida de los demás cuando dormimos. Creo que podría haber presenciado la muerte de esa persona.

El anuncio de Emmie fue seguido por un silencio sepulcral. El impulso de huir de lo que Emmie estuviera a punto de decir era tan fuerte que Sophie se agarró al borde de la mesa para mantenerse en su sitio.

Sophie creyó haber oído susurrar a Marcella:

—¡Maldita sea! —antes de aclararse la garganta y dirigirse a Emmie—. Por favor, cuéntanos todo lo que puedas recordar del sueño, Emmaline. Agradeceríamos cualquier detalle que puedas recordar.

—Puedes llamarme Emmie —contestó Emmie—. Y... vale. Soñé que estaba en mi apartamento. Era un sitio bonito, grande y moderno. Estaba sentada en el sofá cuando llamaron a mi puerta. Abrí la puerta y empecé a asomarme cuando dos hombres se abalanzaron sobre mí, me empujaron dentro y me tiraron al suelo. Creo que grité y salí corriendo. Corrí hacia mi cocina, buscando algo para defenderme. Uno de los hombres se quedó atrás, observando cómo el más grande me atacaba. Me empujó y me tiró. Me lanzó al otro lado de la habitación y me golpeé contra el borde de la mesa del comedor. Me golpeé muy fuerte en la pierna. Sin embargo, me defendí y conseguí agarrar un gran jarrón que se había caído. Le sorprendí y le di con él en toda la cara. Volvió a caer sobre el otro, así que salí corriendo. Mis llaves estaban en un pequeño cuenco junto a la puerta principal, así que cogí el cuenco mientras salía corriendo de mi apartamento. En el pasillo, grité pidiendo ayuda, pero nadie me ayudó. Alguien abrió la puerta y se asomó, pero la cerró de golpe. Entonces, corrí hacia las escaleras de emergencia y me dirigí al aparcamiento.

»Mientras bajaba corriendo las escaleras, oí entrar a los hombres desde arriba. Al entrar en el aparcamiento, corrí hacia mi coche. Los oía detrás de mí, gritándome. Abrí el coche y entré. Cuando intenté cerrar la puerta, uno de los hombres llegó al coche y agarró la puerta antes de que pudiera cerrarla y bloquearla. Gruñó y me llamó zorra por haberle golpeado con un jarrón. Dijo que me lo iba a hacer pagar. Intentó agarrarme y sacarme a rastras, así que le di una patada y le lancé el jarrón, pero fallé. Recuerdo que algo parecía raro en el tipo. Su cara empezó a cambiar. No sé cómo describirlo, pero no parecía humano. El tipo gritó: “A la mierda con esto”, y luego... Luego.... —Emmie se detuvo, tragando saliva varias veces.

—No pasa nada. Tómate tu tiempo —dijo Ruby, acariciando suavemente las manos apretadas de Emmie, que las tenía enroscadas alrededor de su vaso de agua.

—Lo siento —dijo Emmie, con la voz entrecortada.

—No hay nada que lamentar. Todas hemos pasado por eso —le aseguró Sophie.

Emmie se tomó unos minutos para calmarse antes de continuar.

—De acuerdo. Entonces el hombre sacó una pistola y me disparó en el pecho. Recuerdo que pude ver al otro hombre de pie detrás de él, mirando cómo me desangraba. Fue tan doloroso y horrible. No podía tomar aire suficiente para llorar o pedir ayuda. La respiración me traqueteaba en los pulmones y podía saborear la sangre. Sentía que me desvanecía. Me desperté justo cuando moría en el sueño.

—¿Puedes describir a los hombres? —preguntó Mac.

—El que me disparó era un hombre grande de pelo castaño. Tenía el pelo corto y una cicatriz en la barbilla. El otro tenía el pelo largo y rubio. Llevaba un extraño bastón. Ah, y recuerdo que llevaba un collar que parecía tener huesos ensartados. Eso me llamó la atención: esos huesos.

Sophie se volvió y miró fijamente a Mac.

—Un collar hecho de huesos. ¿Eran pequeños como los que tienes en los dedos?

Emmie arrugó la cara, pensativa, y luego asintió.

—Creo que sí, pero no estoy segura.

—¿Crees que podría ser Boudreaux? —preguntó Sophie a Mac, que asintió con una mirada asesina en el rostro.

—¿Quién es Boudreaux?

—Es un hechicero con el que ya hemos tenido problemas. Experimentaba con fragmentos en Cascadia. Mató a varias personas mientras realizaba sus experimentos. ¿Quizás este ataque esté relacionado con todo eso? —sugirió Sophie.

—Haré que mi gente lo busque específicamente en los videos de vigilancia —anunció Marcella. Sonaba como si quisiera destrozar algo—. Emmie, ¿sabes más o menos qué hora era cuando tuviste ese sueño?

—Miré el reloj cuando me desperté: era poco antes de medianoche. Lo recuerdo porque me preocupaba tener problemas para volver a dormirme después de aquella pesadilla, y hoy tenía previsto madrugar.

—Eso explicaría por qué no tuvimos el sueño. Habrían sido alrededor de las nueve en Las Vegas. Las dos seguíamos despiertas, ocupándonos del ring de combate —dijo Sophie.

—¿Hasta qué punto estás seguro de que la mató? ¿Es posible que solo perdiera el conocimiento por la pérdida de sangre? —preguntó Mac.

—La sentí morir —dijo Emmie con voz ronca. La mirada perdida de su rostro fue como una patada en el pecho. De todos los presentes, Sophie era probablemente la única persona que podía sentirse identificada. Sentía morir a gente todas las noches en el trabajo, pero nunca tan de cerca. Nunca tan personal. No podía imaginarse el horror de darse cuenta de que habías presenciado y experimentado el asesinato de un antiguo pedazo de tu alma.

Sophie puso la mano sobre la de Emmie para mostrarle su apoyo. Parecía a punto de echarse a llorar. Sophie quería consolar a Emmie, pero no sabía qué decirle. Miró alrededor del apartamento, intentando encontrar algo útil para cambiar de tema. A Sophie se le daba fatal consolar a la gente.

La voz de Marcella dando órdenes en voz baja a otras personas al otro lado de la línea desvió su atención de Emmie. Intentó escuchar a escondidas, pero no pudo distinguir gran cosa.

—Dijiste que este tipo está experimentando y matando esquilas. ¿Pero por qué? ¿Por qué lo hace? —preguntó Emmie.

—Él, junto con una bruja llamada Cordelia, intentaba averiguar cómo volver a unir las esquilas —explicó Ruby—. La mayoría de las personas con las que experimentó murieron. Y a los que sobrevivieron a los experimentos, los mató igualmente.

La expresión de horror en el rostro de Emmie reflejaba lo que Sophie sentía por todo aquel lío.

—¿Somos más? Más esquilas, quiero decir —preguntó Emmie—. Y estaba intentando volver a unirlos. ¿Qué significa eso? ¿Cómo puede funcionar?

—Se supone que somos bastante raras, por lo que me han contado —empezó Sophie—, pero existimos. Y no sé con seguridad por qué quería volver a juntar las esquilas. Lo único que se me ocurre es que intenta devolverles su fuerza mágica original. El problema cuando empezó a fusionar fragmentos fue que estaba volviendo a meter en un mismo cerebro a dos individuos separados. Se habían convertido en sus propias personas, con recuerdos y personalidades distintas. Volver a unir las esquilas les volvía locos, si es que sobrevivían. Así que él... —Sophie

vaciló, intentando encontrar la forma de expresarlo con delicadeza. No se le ocurrió nada. Sophie no era precisamente una persona delicada, así que siguió adelante. Era mejor arrancar la tirita. Emmie necesitaba los hechos, y no había forma fácil de exponerlos—. Boudreaux y Cordelia perfeccionaron un hechizo para que, al volver a fusionar las esquilas, una de las personalidades muriera, dejando a la otra sana pero con los poderes de ambas.

Emmie miró horrorizada a Sophie. Empezaba a estar ligeramente verde y a Sophie le preocupaba que la estuviera agobiando. Si Emmie se desmayaba, vomitaba o salía corriendo de la habitación en ese momento, no la culparía.

Ruby se dejó caer sobre el regazo de Larry con mirada confusa.

—Si eso es lo que pretendía, ¿por qué mató a La Perra Corporativa? Uno pensaría que en vez de eso la capturaría para hacer más experimentos.

La cabeza de Emmie giró para mirar a Ruby tan deprisa que corrió el riesgo de sufrir un latigazo cervical.

Cuando Ruby captó la mirada de Emmie, se encogió.

—Perdona. Así llamábamos a Alexis antes de saber cuál era su verdadero nombre. Los sueños que hemos tenido de ella... era una dura mujer de negocios. Y necesitábamos llamarla de alguna manera. Así que elegimos eso.

—Fuiste tú a quien se le ocurrió ese nombre —señaló Sophie.

Ruby jadeó indignada.

—Vaya, empújame delante de ese autobús, ¿por qué no lo haces?

La risita de Emmie llenó a Sophie de alivio. Podrían empezar a entablar una relación con ella si las encontraba divertidas en lugar de molestas, agobiantes o incluso aterradoras. Sophie empezaba a creer que se necesitarían mutuamente en el futuro.

—Creo que yo también tuve un par de sueños con ella. Era... intensa —afirmó Emmie con diplomacia. La pausa fue un intento descarado de restar importancia a la, bueno, mala leche de la Perra Corporativa.

La sonrisa desapareció lentamente del rostro de Emmie para ser sustituida por la seriedad.

—No quiero perder lo que soy. La idea de que alguien elija acabar con la personalidad de otra persona para ser más poderoso es tan horrible.

Sophie no podía estar más de acuerdo.

—Eso no va a ocurrir. Vamos a detener a Boudreaux. Pase lo que pase —juró—. No va a hacer más experimentos y no va a matar a nadie más. Encontraremos la forma de detenerlo —hubo una pausa pensativa—. Me pregunto si mató a Alexis porque estaba limpiando cabos sueltos. La única razón por la que no mató a Milford es que escapó. Boudreaux mató a todos los demás, incluso a los que tuvieron éxito. Ruby, ¿recuerdas que Cordelia dijo que le gustaba atar cabos sueltos? Quizá fuera eso lo que ocurrió.

—Hemos encontrado algo —anunció Marcella de repente en la habitación—. Las cámaras del vestíbulo, fuera del apartamento de Alexis y del ascensor, estaban corrompidas de algún modo. Creemos que fue obra de Boudreaux. Pero debió de pasar por alto una de las cámaras del garaje. Mac, te reenvió el video. Quiero advertirte de que confirma lo que Emmie experimentó en su sueño. Es bastante gráfico.

El teléfono de Mac sonó y lo apoyó contra la maceta para que todos pudieran verlo. En la pantalla había un video en blanco y negro en pausa que mostraba un aparcamiento con varios coches desperdigados. Mac le dio al play y retrocedió, apoyando la mano en el hombro de Sophie.

Por un momento, la imagen pareció estática, pero entonces, en la esquina más alejada, una

puerta se abrió de golpe. Alexis salió dando tumbos por la abertura, muerta de miedo. A pesar de cojear mucho, se acercó a un elegante sedán mientras la puerta volvía a abrirse tras ella y dos hombres la perseguían. El primero era un hombre corpulento y desconocido al que seguía de cerca Boudreaux. Sophie lo reconoció al instante. Alexis entró en su coche justo cuando el primer hombre la alcanzaba. La cámara apuntaba al lado del pasajero del coche, por lo que la mayor parte de la pelea entre Alexis y el hombre extraño estaba bloqueada por el techo del coche. El coche se balanceaba de un lado a otro mientras Alexis luchaba contra el hombre de pelo castaño mientras Boudreaux observaba impasible. Un pequeño cuenco de cristal pasó volando junto al hombre, que consiguió esquivarlo. Con una mirada enfurecida, el hombre se apartó de la pelea y sacó una pistola, disparando contra el vehículo. Un chorro de sangre salpicó el interior de las ventanillas, haciendo que todo el mundo jadeara de horror. El coche se sacudió cuando la fuerza del disparo derribó a Alexis en el asiento del copiloto. Sophie pudo ver cómo intentaba moverse débilmente, pero luego volvió a desplomarse, con la cabeza apoyada en la ventanilla del acompañante. El hombre se alejó del coche y se volvió para hablar con Boudreaux. Tras un breve intercambio de palabras, en el que el hombre que disparó a Alexis parecía estar discutiendo con Boudreaux, el hombre metió la mano en el coche y abrió el maletero. Entonces el hombre y Boudreaux sacaron a Alexis del coche y la metieron en el maletero. Su ropa estaba manchada y oscurecida de sangre. El video era en blanco y negro, pero la mente de Sophie proporcionó fácilmente el rojo brillante de la sangre de Alexis. Mientras el hombre rebuscaba en el asiento delantero, Boudreaux sacó algo del bolsillo; parecía una bolsita con cordón. Rodeó el coche y esparció algo de la bolsa por el suelo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Emmie.

—Está utilizando magia para borrar la sangre —adivinó Sophie, recordando cómo Cordelia había hecho algo parecido para eliminar las huellas ensangrentadas después de que Milford hubiera atacado su tienda de golosinas. Eso hizo creer a Sophie que Boudreaux había planeado asesinar a Alexis, ya que había llevado consigo las herramientas para eliminar las pruebas de sangre.

Boudreaux rodeó el vehículo y abrió la puerta del lado del pasajero. Utilizó lo que había en la bolsita para borrar la sangre del interior del coche. Una vez hubo terminado, el otro hombre puso en la mano de Boudreaux un juego de llaves que había sacado del asiento delantero. Volvieron a discutir, y luego Boudreaux se puso al volante del coche de Alexis, y el hombre desconocido se dirigió al otro extremo del aparcamiento y se metió en otro coche. Ambos vehículos arrancaron y se marcharon unos minutos después.

El videoclip terminó, y el silencio se apoderó de todos los presentes, pesado y conmovido, durante un largo momento, antes de que Sophie empezara a maldecir.

—Ese pedazo de mierda. Le mataré. Juro que lo haré.

Maldecir era mejor que lo que realmente quería hacer, que era llorar.

CAPÍTULO 16



—Emmie —dijo Marcella, rompiendo el silencio—. Quiero que vengas a San Francisco hasta que podamos detener a Boudreaux. Quedarás bajo la protección del Cónclave de San Francisco. Te mantendremos a salvo. No puedo, en conciencia, dejarte vulnerable en Chapel Hill. Si decides quedarte allí, podría asignar a algunos de los míos para que te vigilen, pero no podría garantizar tu seguridad. Estarías mucho más segura aquí, en la ciudad.

—¿Cónclave? —susurró Emmie a Sophie.

—Es como el comité principal de los Míticos. La mayoría de las grandes ciudades tienen uno. Se crearon para garantizar que los Míticos se comportaran, y para mantener a los Míticos en secreto para los humanos.

—¿Hay un Cónclave aquí? —preguntó Emmie esperanzada.

—Chapel Hill tiene una población de Míticos demasiado pequeña para justificar uno —dijo Marcella—. El Cónclave más cercano tiene su sede en Charlotte, creo. No tengo contactos allí, así que no puedo estar segura del tipo de operación que llevan a cabo. O si se tomarían en serio tu protección. Eres mayor de edad, así que no puedo obligarte a hacer nada contra tu voluntad. Sin embargo, te insto encarecidamente a que vengas aquí, solo hasta que resolvamos esto. Te juro que haré todo lo que esté en mi mano para mantenerte a salvo. Además, te permitirá conocer a tus hermanas.

—¿Hermanas?

—Ruby y yo nos consideramos hermanas más que fragmentos —explicó Sophie—. Es demasiado extraño pensar en nosotras mismas como antiguos trozos la una de la otra. Aunque antes fuéramos la misma persona, ya no lo somos. Así que es mejor tratarnos como hermanas que como esquilas incómodas. Me gustaría que volvieras con nosotras. No estás a salvo sola aquí, no con Boudreaux ahí fuera, en alguna parte. Podemos conocernos en San Francisco —Sophie rezó para que Emmie decidiera venir con ellas.

—Sí, a mí también me gusta más la idea de las hermanas —dijo Emmie con aire aliviado. Miró a la gente que se había reunido alrededor de la mesa de la cocina y observó todas las caras de preocupación. Exhaló un suspiro resignada—. Supongo que será mejor que haga las maletas. Menos mal que puedo hacer mi trabajo desde cualquier sitio. Podré irme mientras tenga acceso a Internet.

POCO MÁS DE dos horas después, Sophie se desplomó en la silla que consideraba suya, agarrando con fuerza su gel de apoyo emocional mientras el avión daba tumbos por la pista llena de baches y cubierta de hierba, cogiendo velocidad al despegar.

Miró a Emmie para ver cómo estaba. Emmie tenía el portátil abierto y estaba tecleando con una eficiencia impresionante, totalmente ajena al tubo metálico de la muerte en el que estaban atrapados mientras se precipitaba por la pista.

Los dedos de Emmie volaban sobre las teclas sin mirar siquiera al teclado. Sophie sospechaba que Emmie se reiría de su propio método de teclear a la caza y captura. El par de guantes que llevaba Emmie -delgados, como el material de los leggings favoritos de Sophie- no parecía ralentizarla. Se había negado a salir de casa sin ponérselos antes.

Mientras caminaban por la acera hacia el coche que las esperaba, Sophie se había dado cuenta de que Emmie tenía cuidado de no rozar a los demás peatones, incluso con los guantes puestos.

Emmie debió de darse cuenta de que la observaban, porque levantó la vista y le dedicó una pequeña sonrisa a Sophie.

—¿Estás bien? —preguntó Emmie, mirando la pelota antiestrés que Sophie apretaba como si fuera una anaconda asfixiando a su presa.

—No me gusta volar.

Las cejas de Emmie se alzaron al captar la expresión tensa de Sophie. A pesar de que la pelota antiestrés ayudaba a Sophie a controlar su miedo, seguía luchando con cierta alarma persistente por el estado de la pista de aterrizaje. La irregular franja de asfalto llena de baches a la que llamaban pista hacía que el avión diera tumbos y sacudidas al ganar velocidad. El rostro de Emmie se suavizó ante la evidente angustia de Sophie.

—Sé que puede dar miedo, pero en un avión estás segura. Volar es uno de los métodos de viaje más seguros que existen. ¿Sabías que tienes noventa y cinco veces más probabilidades de morir de una intoxicación no intencionada que en un accidente de avión? Y tienes más del noventa por ciento de probabilidades de sobrevivir a un accidente aéreo si te metes en uno.

Dios mío, Emmie es una nerd, pensó Sophie con no poco deleite. Había algo en ella que sacaba el lado protector de Sophie. Era tranquila, tímida y dulce. A Sophie le recordaba a un ratoncito marrón de ojos vivaces e inquisitivos, dispuesto a escabullirse y esconderse a la primera señal de peligro. Era diferente de Sophie y Ruby en casi todos los aspectos.

—Cuando conozcas mejor a Sophie, Emmie, te darás cuenta de que su eventual envenenamiento será intencionado —dijo Ruby desde el otro lado del avión, donde estaba acurrucada con Larry.

—Ja, ja —replicó Sophie, deseando que se le ocurriera una respuesta ingeniosa para Ruby en el acto. Sin embargo, la experiencia le había enseñado que, si tenía suerte, solo se le ocurría una buena ocurrencia horas más tarde, después de muchos ensayos mentales.

La carcajada de Emmie hizo sonreír a Sophie. Si las bromas a su costa hacían que Emmie se sintiera más cómoda en su presencia, estaba dispuesta a ser el blanco de muchas bromas.

—¿Sabemos dónde me voy a alojar? —preguntó Emmie, que seguía tecleando a gran velocidad.

—No lo sé. ¿Les ha dicho algo Marcella? —preguntó Sophie, mirando a su vez a Mac, Larry y Ruby. Todos negaron con la cabeza.

—Solo tengo un dormitorio en mi apartamento, y mi sofá es incómodo para dormir. ¿Y tú, Ruby? —preguntó Sophie.

—Sí, tu sofá es un asco —coincidió Mac con una mueca.

—Mi casa también es pequeña —respondió Ruby con el ceño fruncido.

Mac puso cara de pensativo.

—Sabes... podrías quedarte conmigo, Soph, y dejar a Emmie tu casa. Sería solo hasta que encontraran a Boudreaux o proporcionaran a Emmie alojamiento en el Cónclave.

El corazón de Sophie se duplicó en una extraña combinación de euforia y terror ante la idea de vivir con Mac, aunque solo fuera temporalmente.

—Oh, no —interrumpió Emmie antes de que Sophie pudiera formular una respuesta—. No podría echarte de tu casa. Seguro que podemos encontrarme un hotel o algo así. Debe de haber muchos sitios donde pueda esconderme en la ciudad.

Sophie no sabía si se sentía aliviada o decepcionada.

—¿Quizá podría quedarse con Reggie? Creo que tiene una habitación libre. Necesitamos un lugar donde pueda estar segura mientras se esconde —Sophie repasó mentalmente la lista de sus amigos, intentando pensar en quién tenía sitio. Se incorporó en su asiento cuando se le ocurrió una idea—. ¡Un lugar donde esconderse en la ciudad! Por supuesto. Conozco el sitio perfecto.

Se volvió y lanzó a Mac una mirada expectante, con una sonrisa burlona en los labios.

Los ojos de Mac se iluminaron al darse cuenta—. Fergal —respondió, devolviendo la sonrisa a Sophie.

—No crees que le importe, ¿verdad? —preguntó Sophie.

—No, te adora. Estaría encantado de acoger a Emmie.

—¿No crees que agoté mi acogida? Me acogieron durante semanas mientras resolvíamos mi situación de “acosador”.

Ruby resopló ante la descripción, una broma de larga duración de la que Sophie no se cansaría pronto.

—No *te estaba acosando*. Solo intentaba averiguar quién eras y por qué te parecías exactamente a mí.

—¿Por eso me seguiste, entraste en mi apartamento y te bebiste mi whisky? —se burló Sophie.

—He bebido un sorbo —argumentó Ruby, poniendo los ojos en blanco.

—¿Quién es Fergal? —Emmie interrumpió la discusión entre hermanas, aferrándose al cambio de tema como un ahogado a un flotador.

—Cuando necesitaba esconderme, me quedaba con Fergal y su clan. Su fachada pública es que son una sociedad histórica irlandesa y un club de barrio. Se autodenominan los Caballeros de la Rama Roja, pero en realidad son un clan de metamorfo de perros lobo irlandeses, algunos de los mejores luchadores del mundo mítico. Deberías ver sus formas de combate: es como si un yeti gris, desgredado y de dos metros de altura se cruzara con un hombre lobo. Cuando me atacaron fuera de la morgue, tres perros lobo adolescentes se cargaron ellos solos a casi una docena de metamorfo adultos. No hay ningún lugar en la ciudad donde puedas estar más segura que con los perros lobo —explicó Sophie—. Ah, y tienen la mejor comida.

A Sophie se le hizo la boca agua, solo de recordar la última vez que visitó el clan y Riona había preparado carne en conserva y pollo.

Mac asintió con la cabeza, pero luego se quedó pensativo.

—Puede que esté más segura si la colocamos con una de las garras del dragón. Si Fergal dice que no -cosa que no me imagino que ocurra-, podríamos hablar con la señorita Zhao.

Sophie asintió. Preguntar a la señorita Zhao era un buen plan alternativo.

—Casi me meo encima la primera vez que conocí a la señorita Zhao —exclamó Ruby. Se inclinó más hacia Emmie como si fuera a contarle un secreto—. Es una asiática menuda que se

transforma en un dragón cobrizo del tamaño de un autobús urbano. Pensé que iba a comerme.

Los ojos de Emmie se abrieron de par en par y miró a Sophie en busca de confirmación.

—¿Los dragones son reales?

Sophie asintió.

—La señorita Zhao es simpática. Trabaja en la recepción de la oficina del forense. Probablemente tendrás ocasión de conocerla —ante los ojos abiertos de Emmie, Sophie se apresuró a tranquilizarla—. En serio, no es un peligro para ti. Los dragones dilong son muy educados y respetuosos, así que sé cortés con la señorita Zhao y no te pasará nada.

—Bueno, donde creas que estaré más segura está bien. No quiero ser una molestia —dijo Emmie.

—No serás una molestia para los Loberos Irlandeses. Les encanta recibir visitas —prometió Mac—. Riona, la mujer de Fergal, hará todo lo posible por engordarte. Te encantará estar allí. Además, el clan adora a Sophie. Les hizo un gran favor. Ella es la principal razón por la que se disolvió la manada del Distrito del Atardecer. Desde que se fueron, Fergal ha podido duplicar su territorio en Golden Gate Park. No solo eso, sino que desde que los loberos ayudaron a salvar a Sophie de aquel ataque en la morgue, su prestigio ante el Cónclave ha subido mucho. Fergal probablemente le ponga su nombre a su próximo hijo. El brillo de orgullo en sus ojos hizo que Sophie quisiera retorcerse en su asiento.

—Que te quedes en la casa del clan sería perfecto, Emmie —confirmó Sophie—. Voy allí al menos tres veces por semana para entrenar con Paddy, así que podremos vernos a menudo. Además, mi amigo Fitz viene conmigo a los entrenamientos, así que podrás conocerle. Y Birdie suele venir conmigo a jugar a las cartas con los ancianos del clan. Es mi mejor amiga, así que sé que te adorará. Será muy divertido, te lo prometo. Hay un bar en cada planta de la casa —dijo Sophie, con la esperanza de engatusar a Emmie para que dijera que sí. Mac no pudo resistirse a sus ojos de cachorrito, así que los probó con su nueva hermana—. Di que te quedarás con el clan, por favor.

—¿Un bar en cada planta? —repitió Emmie, confusa y divertida a partes iguales—. Yo no bebo.

—No pasa nada. Los loberos beberán encantados en tu nombre.

—Más cerveza para mí —dijo Mac con un terrible acento irlandés que sonaba claramente a Paddy, haciendo que Emmie soltara una risita.

—¿Qué quieres decir con que entrenas allí? —preguntó Emmie, cada vez más intrigada.

—Eh, bueno... Me he visto en algunas situaciones en las que he necesitado defenderme. Lo hice bien manteniéndome a salvo —Sophie lanzó una mirada tranquilizadora a Mac cuando éste resopló—. Sin embargo, cuando el alfa de la manada del Distrito del Atardecer me acosó, supe que no podría mantenerme en pie de guerra contra él. Alphonse era un bruto total. Mac y Fergal me sugirieron que me entrenara con uno de los guerreros de la casa del clan. Se llama Paddy y, a pesar de parecer una montaña andante, es un gran oso de peluche. Entrena a casi todos los loberos más jóvenes para que aprendan a controlar su forma de batalla y a luchar. Es duro, pero es un maestro excelente. Y aunque la manada del Distrito Sunset ya no es una amenaza, sigo yendo. Es divertido, aunque Paddy a veces puede ser un poco instructor.

Emmie parecía interesada en aprender a luchar, así que Sophie hizo una nota mental para ver si Paddy estaría dispuesto a trabajar con ella.

—Déjame conseguir la aprobación de Marcella para que Emmie se quede con el clan. Si dice que sí -que sé que lo hará-, llamaré a Fergal —se ofreció Mac, sacando el teléfono del bolsillo.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Emmie, mirando entre Ruby y Sophie, con el portátil

olvidado sobre la mesa.

Ruby sonrió burlonamente a Sophie, con cara de niña traviesa.

—Díselo tú —sugirió Ruby.

Así lo hizo Sophie.

Se lo contó todo a Emmie. Cuando Sophie terminó la historia, Emmie se quedó con los ojos como lechuzas y la boca abierta.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Emmie—. Sophie pensaba que estaba siguiendo a un asesino en serie por la ciudad, pero era Ruby. Y Ruby, tras matar a un hombre en un callejón, vio a Sophie, así que empezó a seguirla intentando averiguar quién era. Eso es una locura. Y luego, cuando un metamorfo lobo intentó matar a Sophie porque pensaba que era Ruby, Ruby lo mató.

Sophie le dirigió una mirada ligeramente compungida.

—Quiero decir... Sí, eso es lo que pasó.

—Vaya, eso es mucho —dijo Emmie.

Con cara de estar esforzándose por procesar esta nueva información, Emmie se volvió hacia su ordenador y volvió a teclear. Sophie supuso que necesitaba un poco de tiempo para asimilar el hecho de que Ruby solía cazar asesinos en serie.

La conversación se apagó y el silencio se apoderó del avión. Sophie intentó pensar en algo más que decir; deseaba que no hubiera tanto silencio. No quería tener tiempo para pensar, para darle vueltas a las cosas. Le dejaba demasiado espacio para pensar en el Bi-no Corporativo. Alexis. No le había gustado lo que había visto de su hermana en sueños, pero la idea de que Alexis estuviera muerta le producía un dolor en el pecho. Les habían robado la oportunidad de encontrarse y conocerse. Por culpa de Boudreaux, Alexis nunca llegó a saber quién y qué era ella.

Quería vengar a Alexis, hacer que Boudreaux pagara por el crimen de alejarla de ellos antes de que tuvieran la oportunidad de conocerse. Le daba sed de sangre. ¿A cuánta gente había matado aquel imbécil por dinero o por sus experimentos?

Sophie juró en silencio que nunca dejaría de intentar encontrar a Boudreaux. Solo deseaba tener alguna idea de por dónde empezar.

—Tanto Marcella como Fergal han dicho que sí. En cuanto lleguemos a San Francisco, los instalaremos —anunció Mac, levantando la vista de su teléfono.

—¿Se reunirá Marcella con nosotros en el aeropuerto? Imagino que estará ansiosa por conocer a Emmie —preguntó Ruby—. Te va a encantar Marcella, Emmie. Parece dura, pero es simpática en cuanto llegas a conocerla.

Sophie no estaba tan segura de ello, pero no iba a contradecir a Ruby.

—No, no estará allí —respondió Mac—. Sigue atrapada en Las Vegas. Ha dicho que la limpieza del ring de lucha les está llevando más recursos y tiempo de lo que esperaba. Ha preguntado si podemos reunirnos todos mañana; vendrá a la casa del clan para hablar.

CAPÍTULO 17



Mac metió el coche en una plaza de aparcamiento junto a Cafecita. Sophie arrastraba el trasero tras un día casi completo de viaje y estaba muy contenta de ver su casa. Por desgracia, solo era para una parada rápida antes de que tuvieran que seguir adelante. Su cita con la cama tendría que esperar unas horas más.

—Aquí es donde vivo —explicó Sophie, señalando el edificio de apartamentos. Se avergonzó de lo destartada que parecía Cafecita a la luz del sol del atardecer. Ponía de relieve cada detalle decadente. Llevar a Emmie a su casa obligó a Sophie a verla con otros ojos. Aun así, Sophie adoraba Cafecita.

Después de aterrizar, todos tenían hambre, así que decidieron llevar a Emmie a cenar al Pulgarcito. Así matarían varios pájaros de un tiro: Emmie sabría dónde vivían Sophie y Ruby si alguna vez las necesitaba. También conocería a Birdie y a Burg. A Sophie le hacía ilusión presentarle a Birdie porque sabía que su vecina haría que Emmie se sintiera bienvenida. Y Burg proporcionaría una capa adicional de protección a Emmie. Se tomaba la protección de sus amigos y familiares muy, muy en serio. Y por último, podrían compartir una deliciosa comida en la taberna antes de entregar a Emmie a la casa del clan. Aunque, ahora que Sophie lo pensaba, Riona -el verdadero poder tras el trono- haría todo lo posible por alimentar a Emmie por segunda vez. La mujer blandió una espátula como un guerrero de antaño blandía su armamento.

—Y ésta es mi casa —dijo Ruby, señalando el edificio situado justo enfrente de Cafecita.

—Espera, ¿viven una enfrente de la otra? —preguntó Emmie, mirando a un lado y a otro entre Cafecita y el edificio de apartamentos de Ruby, de aspecto mucho más agradable.

—Acosadora, ¿recuerdas? —dijo Sophie, señalando a Ruby con un dedo acusador.

Ruby balbuceó pero fue incapaz de dar una respuesta, lo que hizo que Sophie sonriera victoriosa al ganar por fin un asalto en su batalla verbal.

Al salir del coche, Sophie se dirigió a la puerta principal, pero sus pasos se ralentizaron cuando se dio cuenta de que un hombre estaba sentado en una de las sillas plegables colocadas a un lado del pequeño porche.

Mac alcanzó a Sophie y siguió con la mirada a la desconocida.

—Ah, se me había olvidado decírtelo. Marcella ha asignado agentes de seguridad a tu edificio y al de Ruby.

—Espera. ¿Qué?

—Ese es Greg. Le he visto varias veces. Forma parte del equipo de seguridad del Cónclave. Marcella le consiguió un apartamento provisional en la planta baja de Cafecita. He acordado

llevarte y traerte del trabajo, pero si por alguna razón no puedo, él debe llevarte —Mac dirigió una mirada severa a Sophie cuando ésta abrió la boca para discutir—. No te resistas, hellraiser. Es solo hasta que atrapemos a Boudreaux.

Sophie se acercó al hombre, que se levantó de la silla cuando ella empezó a subir las escaleras del porche.

—Greg, ésta es Sophie. Sophie, éste es Greg, a quien escucharás cuando se trate de tu seguridad.

Sophie había esperado que alguien que fuera guardaespaldas fuera un hombre grande y fornido, pero Greg era un hombre de estatura, complexión y aspecto medios. Nada en él destacaba. Parecía el tipo de hombre bonachón que entrenaba a los equipos de fútbol de sus hijos los fines de semana y disfrutaba manteniendo un bonito jardín. No parecía el tipo de hombre que podría enfrentarse a Boudreaux. Llevaba vaqueros de padre, por el amor de Dios. Sophie se preguntó brevemente si ése era el motivo.

—Encantado de conocerla, señora. Estoy en el apartamento 1B si me necesitas. Aquí tiene mi tarjeta. Si necesitas ir a algún sitio y el Detective Volpes no está, te acompañaré encantado.

Sophie soltó un resoplido, sabiendo cuándo la habían superado.

—Encantada de conocerte, Greg. Si necesito algo, te llamaré —prometió Sophie antes de pasar junto al hombre y entrar en el vestíbulo.

Cuando entraron en el minúsculo vestíbulo de Cafecita, Sophie se sintió aliviada de que Moe no estuviera merodeando por allí por una vez. Había empezado a pensar que a él le gustaba esperar junto a la puerta principal para poder acosarla cuando ella entraba y salía. Lo último con lo que necesitaba lidiar era con su actitud después del largo día que acababa de tener.

—Le envié un mensaje a Birdie, así que nos está esperando. No quería provocarle un infarto cuando nos viera a las tres —informó Sophie a Ruby y Emmie.

Sophie se acercó a la puerta de Birdie, extrañamente nerviosa. A Birdie le gustaba Ruby -que podía ser difícil en los mejores momentos-, así que sin duda le gustaría Emmie, pero solo quería que este primer encuentro saliera bien.

Sophie le dio un codazo a Ruby cuando intentó apiñarse a su lado.

La puerta se abrió de golpe antes de que Sophie pudiera llamar. Birdie observó al grupo con una rápida mirada crítica.

—Bueno, será mejor que vaya a poner una tetera —les hizo señas para que entraran—. Pasen, pasen.

Mac entró primero arrastrando los pies, dándole a Birdie su obligado beso en la mejilla y un rápido abrazo. Le pisaban los talones Larry y Ruby, que envolvieron a Birdie en un abrazo de grupo mientras ella se reía de ser el relleno de su sándwich de abrazos. Con curiosidad en sus lechosos ojos azules, Birdie miró a Sophie y Emmie por encima de sus hombros.

Sophie se quedó atrás con Emmie, dejándola para el final.

Cuando Ruby y Larry soltaron a Birdie de sus brazos, Sophie dio a Emmie un empujón de ánimo hacia Birdie.

—Birdie, te presento a Emmaline Tallis. Emmie se adelantó, extendiendo una mano para estrechársela—. Ésta es Alberta Gafferty, mi mejor amiga.

—Puedes llamarme Emmie —dijo Emmie en voz baja.

Birdie pasó junto a la mano extendida de Emmie y la envolvió en un suave abrazo.

—Y puedes llamarme Birdie. Parece que has tenido un día estupendo, ¿eh? Encantada de conocerte, Emmie.

Emmie soltó un pequeño resoplido antes de contestar en voz baja:

—Ha sido un día revelador.

El eufemismo del año, pensó Sophie.

Birdie condujo a Emmie al interior de su apartamento y la dirigió hacia su elegante sillón orejero. Sophie sonrió, al ver que Emmie recibía un trato VIP.

Birdie salió corriendo hacia su pequeña cocina, anunciando que tendría el té listo en un minuto. Ruby la siguió, ofreciéndole ayuda. Después de mucho traqueteo, Ruby salió unos minutos más tarde, con una gran bandeja que contenía una tetera y tazas de té. Larry se apresuró a coger la bandeja de manos de Ruby.

Una vez que todos tomaron su té, Birdie levantó una botella de bourbon, agitándola de un lado a otro de forma tentadora.

—¿Alguien quiere añadir algo extra a su bebida?

Todos, excepto Emmie, levantaron su copa por Birdie.

—El ponche caliente del pobre —anunció Birdie mientras vertía una buena dosis de bourbon en la taza de Sophie.

Una vez hubo preparado las bebidas de todos, Birdie se sirvió un poco de bourbon en su propia copa y ocupó el asiento vacío junto a Emmie.

Mientras todos se acomodaban y empezaban a charlar y a tomar el té, Sophie no le quitaba ojo a Emmie. Emmie había empezado a relajarse lentamente mientras observaba en silencio a la familia encontrada de Sophie hablar y reír a su alrededor. Sophie se sintió aliviada al ver que parecía menos un animal acorralado. Bajó los hombros a la altura de las orejas e incluso empezó a entablar conversación con Birdie. Sophie se preguntó ociosamente de qué estarían hablando. Por la forma en que Emmie seguía sonrojándose y riéndose detrás de la mano, Sophie supuso que Birdie estaba siendo la traviesa de siempre.

Sabiendo que Emmie estaba en buenas manos, Sophie se volvió hacia Mac, que estaba sentado a su derecha.

—Quiero que Boudreaux sufra —le confesó en voz baja al oído. Al ver que Emmie ya encajaba en el grupo, Sophie se enfureció al pensar que a Alexis le habían robado esta oportunidad.

Mac se volvió y la miró a los ojos. El hielo ardiente de su mirada hizo saber a Sophie que estaba de acuerdo. La verdadera cuestión era cómo localizar a Boudreaux para poder hacer justicia. Sophie odiaba depender de otros para que hicieran el trabajo por ella, pero sabía que era imposible encontrar a Boudreaux sin ayuda. Rezaba para que Marcella pudiera conseguirlo tal y como había prometido. Hasta entonces, Sophie tenía que esperar. Otra vez.

Sophie se acomodó en su asiento, apoyando la cabeza en el hombro de Mac, y observó a sus amigos. Mac pasó el brazo por encima de Sophie y se inclinó para besarle la sien. Saboreó aquel momento de paz y familia; lo reconocía como la calma que precede a la tormenta.

De vez en cuando pillaba a Birdie mirando entre ella, Ruby y Emmie, como si intentara catalogar sus diferencias. Sophie había hecho lo mismo, y aparte de las desemejanzas superficiales, como un par de pequeñas cicatrices, los peinados y los tatuajes de Sophie, eran duplicados perfectos entre sí.

Antes, un peatón se había cruzado con ellas en la acera frente a Cafecita. Cuando el hombre se fijó en Sophie, Ruby y Emmie, se detuvo en seco, mirando atónito a las trillizas idénticas que tenía delante.

Después de que pasaran junto a él, Sophie había mirado hacia atrás y lo había visto aún inmóvil. Tenía una mirada de sorpresa, pero también de ligera incomodidad, como si no supiera qué le molestaba de las hermanas. Sophie creía saber de qué se trataba: los gemelos podían nacer

idénticos, pero a lo largo de la vida, las diferencias ambientales -como la alimentación, la exposición al sol, el nivel de ejercicio y un millón de otras pequeñas variables- provocaban pequeños cambios, a veces imperceptibles, entre los hermanos.

Cuando Sophie contempló a Ruby y Emmie, se dio cuenta de que hacía tan poco tiempo que las habían separado que aquellos cambios no se habían producido en ellas. Había algo antinatural en lo perfectamente idénticas que eran, como si fueran clones en lugar de hermanas. Instintivamente, una persona podría saber que no habían sido creados de forma natural. Había algo de “valle misterioso” en ellos tres juntos que llamaba al subconsciente de la gente como una advertencia.

¿Cuánto más extraño sería cuando encontraran la última esquirla que faltaba?

No importaba a menos que pudieran encontrarla. Eso hizo que Sophie recordara la pluma de byangoma.

—Hola, Larry —gritó Sophie. Cuando él la miró, Sophie preguntó—: ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en averiguar el hechizo de la pluma de byangoma?

—Espero que no tarde mucho. Pero te advierto que eso podría significar unas cuantas semanas. Es magia que nunca se ha probado antes. Es material de vanguardia.

La luz fanática reaparecía en los ojos de Larry cada vez que se mencionaba la pluma.

—Ojalá pudiéramos encontrar a la otra hermana ahora mismo. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo después de ver lo que le pasó a Alexis. Me fastidia que no podamos comprobar que está bien, a menos que tengamos la suerte de soñar con su vida —murmuró Sophie.

Larry se quedó pensativo ante la afirmación de Sophie. Se golpeó la barbilla con un dedo un momento antes de que se le iluminaran los ojos.

—Tengo una idea.

Sophie se enderezó desde donde estaba recostada contra Mac.

—Hagamos el hechizo de rastreo del aura —sugirió Larry—. No podremos utilizarlo para encontrar su paradero, pero podremos confirmar si sigue viva o no.

Larry indicó a las hermanas que se sentaran en círculo en el centro del salón de Birdie. Deslizándose del sofá al suelo, Sophie explicó a Emmie lo que hacía el hechizo.

—¿Larry puede ver nuestras auras y dice que están conectadas? —confirmó Emmie. Tenía la boca gacha y una expresión de duda en los ojos.

—No puedo *ver* sus auras, sino sentir las. Sin embargo, si modifico un poco el hechizo, podré hacerlas visibles para todos nosotros. Mi teoría actual es que sus auras están conectadas porque antes eran una sola persona. Incluso después de separarse, sus auras -sus almas, básicamente- siguen vinculadas psíquicamente. Por eso comparten sueños.

—¿Los gemelos idénticos humanos normales tienen auras conectadas? —preguntó Ruby, ocupando su lugar en el suelo, a la izquierda de Sophie.

Larry se detuvo donde estaba apartando una silla y puso cara de pensativo.

—Es una pregunta interesante, cariño. Probablemente tengan una ligera conexión, pero menos que ustedes. Aunque nunca se me había ocurrido comprobarlo. Tendré que hacer algunas pruebas, solo por curiosidad. Qué buena pregunta —alabó Larry, dirigiendo a Ruby una mirada como si pensara que era estupenda.

Ahora que estaban en su sitio, Larry empezó a agitar las manos en complicados patrones, recorriendo un círculo repetitivo a su alrededor. Sentada con las piernas cruzadas en el suelo, Sophie vio cómo Larry se paseaba alrededor de ella, Ruby y Emmie canturreando sus palabras mágicas de woo-woo. Larry se detuvo detrás de Ruby y pronunció unas palabras. Mientras cantaba solemnemente en un monótono zumbido, con sonidos lentos pero extraños, Larry le tocó

suavemente la parte superior de la cabeza. El cuerpo de Ruby adquirió un resplandor rojo escarlata, que se volvió carmesí antes de volver a su estado normal.

—Mi color favorito —arrulló Ruby, extendiendo el brazo cuando se desvaneció el último destello de rojo.

Larry se detuvo detrás de Sophie. Coreó sus palabras mágicas y Sophie se tensó justo antes de que le tocara la coronilla. Por un momento, Sophie pensó que Larry había derramado un líquido caliente sobre ella. Una cálida sensación fundida se derramó sobre su cabeza, cayendo en cascada sobre y por su cuerpo como un manto sobre sus hombros. La envolvió una sensación de calor y hormigueo mientras su piel se iluminaba con un ligero resplandor verde.

Sophie no se había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que empezó a abrirlos de nuevo. La luz que emitía su piel era tan brillante que no podía ver nada más en la habitación, como si estuviera sentada en un foco mirando hacia un auditorio oscuro. Sophie intentó parpadear repetidamente para eliminar los ecos de luz de sus ojos mientras el verde se desvanecía. Se pasó un dedo por la piel del brazo, pero la sentía igual que siempre. Fuera lo que fuese lo que Larry había hecho, no había dejado residuos ni cambios físicos.

Cuando Larry se acercó a Emmie y le tocó la cabeza, a Sophie se le vino a la cabeza la idea de que parecía que estaba jugando al Pato, Pato, Ganso, lo que le hizo disimular una sonrisa.

Larry eligió un amarillo brillante para Emmie, que extendió el brazo, girándolo para ver el efecto completo. Parecía casi una barra luminosa del color del rotulador antes de que la luz desapareciera en su piel.

—Bien, voy a activar el hechizo ahora que les he anclado a las tres —anunció Larry una vez que el resplandor se desvaneció en Emmie.

Sophie cerró los ojos mientras Larry empezaba a cantar. Cuando por fin cesaron sus palabras, abrió lentamente un ojo. El resplandor rojo, verde y amarillo fue lo primero que vio Sophie, como el brillo de estar sentada frente a una hoguera multicolor.

Sophie no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que jadeó. Tres cordones de luz verde surgieron del centro del esternón de Sophie: uno conducía al pecho de Emmie y otro al de Ruby. Dos cordones similares de luz aparecieron para entrar en el esternón de Sophie: uno rojo procedente de Ruby y otro amarillo de Emmie. Las líneas de colores se entrecruzaban en un patrón triangular de aspecto artístico. Las tres hermanas estaban interconectadas, y las cuerdas rojas, verdes y amarillas que las unían parecían cuerdas de mandala.

La línea verde adicional sin ataduras del pecho de Sophie se desviaba hacia la derecha. También salieron cuerdas rojas y amarillas brillantes en la misma dirección. Las tres líneas se fusionaron, retorciéndose y enrollándose como una cuerda retorcida, combinándose en una cuerda más brillante y gruesa. Desapareció a través de la pared del salón de Birdie, en dirección a la distancia.

Sophie se dio cuenta de que la única línea de aura confirmaba que Alexis estaba definitivamente muerta. Si de algún modo había sobrevivido al ataque de Boudreaux, otra cuerda luminiscente habría conducido hasta su alma. Sophie no se había dado cuenta de que había albergado una pequeña esperanza de que Emmie se hubiera equivocado respecto al sueño. Se preguntó si alguien más se había dado cuenta de lo mismo.

Larry se inclinó y tiró del filamento multicolor, retorciéndolo como una cuerda de guitarra antes de recogerlo con una mano.

—Está muy lejos. La línea se acaba a unos cientos de kilómetros de aquí. Pero parece dirigirse hacia el sureste. Eso podría acotar nuestra búsqueda cuando llegue el momento.

—Gracias, Larry. Me siento mucho mejor sabiendo que está viva —dijo Sophie—. Ahora, el verdadero truco es encontrarla.

Larry agitó las manos sobre las hermanas y sus cuerdas de aura, diciendo: “Finio”. Las líneas de colores dejaron de existir, haciendo que Sophie parpadeara para apartar los puntos brillantes de su visión.

—¿Así que ahora lo único que podemos hacer es esperar a que Larry cree un hechizo de localización utilizando esa pluma de la que me hablaste? ¿No podemos hacer nada más? —preguntó Emmie. Sophie comprendía perfectamente cómo se sentía. La paciencia tampoco era una de las virtudes de Sophie.

—Bueno, supongo que podría revisar mi diario de sueños y ver si se me ha pasado algo por alto —dijo Sophie—. Quizá soñé con ella y no me di cuenta. Ahora que tenemos más información sobre ella, tal vez algo llame la atención. Sabemos que está en algún lugar al sureste de aquí, y en mi sueño había palmeras fuera de su casa. Tiene dos gatos llamados Obie y Titania. Vive en una casa con mucha vigilancia. Y le gusta el té y la lectura. No es mucho, pero es un punto de partida.

—¿Diario de sueños? —repitió Emmie.

—Cuando intentábamos atrapar a la asesina en serie conocida como Blancanieves, empecé a escribir un diario de sueños porque creíamos que mis sueños podrían darnos pistas que nos ayudaran a atraparla —explicó Sophie con una sonrisa, lo que le valió otra mirada de Ruby—. Cuando nos dimos cuenta de que éramos más, seguí con él con la esperanza de encontrar a todos. Ahora Ruby también tiene uno.

—No vas a encontrar nada en tu diario. Lo estudiamos a fondo de camino a Cascadia. Si hubiera alguna pista ahí, ya la habríamos visto —argumentó Ruby.

—Quizá podría leerlos —se ofreció Emmie—. Quiero decir, no haría daño, ¿verdad? Quizá haya tenido algunos sueños con ella y no me haya dado cuenta. Sus diarios podrían desencadenar algún recuerdo, sobre todo porque he tenido un par de sueños con gatos. ¿Uno de los gatos era naranja con rayas y el otro negro?

—Sí —confirmó Sophie—. Te traeré mi diario de sueños antes de dejarte en la casa del clan.

—La mayoría de los sueños que recuerdo eran sobre autopsias —confesó Emmie, arrugando la nariz con desagrado.

—Uf, dímelo a mí —aceptó Ruby en tono lastimero—. Sophie, ¿por qué no puedes tener un horario de trabajo normal, para no estar siempre trabajando cuando todos dormimos? Deberías hablarlo con Marcella.

Sophie puso los ojos en blanco ante la queja tan repetida de Ruby.

—Tenemos que hacer todas las autopsias de los Míticos en el turno de noche porque la división humana se encarga del turno de día, y no saben que existimos, por una buena razón. No puedo hacer nada para cambiarlo. Siento que tengan que ver mi trabajo, pero está fuera de mi control.

Ruby sopló una frambuesa, pero no hizo más comentarios.

Emmie parecía necesitar un respiro, así que Sophie dijo:

—Oye, ahora podría coger mi diario de sueños. ¿Quieres venir conmigo a ver mi casa?

Emmie asintió y se levantó del suelo. Juntas se dirigieron al apartamento de Sophie, dejando atrás a todos los demás.

Cuando la puerta de Sophie se cerró tras ellas, Emmie exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias. Creo que me estaba agobiando un poco ahí dentro. Hay demasiado ruido y necesitaba un poco de espacio de tanta atención.

Sophie asintió en señal de comprensión y se dirigió a su dormitorio a buscar su diario. Cuando salió de su habitación con el libro rosa en la mano, encontró a Emmie mirando interesada a su alrededor. Cogió una de las muchas novelas andrajosas que Sophie tenía en la mesita auxiliar, pero, a diferencia de Ruby, no hizo ningún comentario sobre su contenido.

Una vez que Sophie le entregó el diario, Emmie alzó los ojos hacia el unicornio que adornaba su portada rosa.

—No preguntes. Mac cree que es gracioso —explicó Sophie.

Abandonaron la tranquilidad del apartamento de Sophie y se dirigieron a casa de Birdie. Cuando regresaron, Mac sugirió que se dirigieran a El Pulgarcito para comer algo.

Birdie accedió a cenar con ellos, así que tras un rápido rasguño en la barbilla a Ginsberg, que por fin había salido del dormitorio de Birdie -probablemente asustado por el ruido y los desconocidos-, se dirigieron al pub.

Algunos de los clientes habituales empezaron a gritar un saludo cuando entraron por la puerta, pero las palabras se les quedaron en los labios cuando vieron a Emmie en la retaguardia del grupo. Todas las conversaciones del bar se fueron calmando poco a poco a medida que se abrían paso por la taberna hasta una mesa vacía. La aparición de las trillizas entre ellos parecía haber dejado mudos a todos.

Burg asomó la cabeza por una puerta trasera, probablemente preocupado por el repentino silencio que se había hecho en su pub. Al divisar a Sophie y sus amigas, levantó la mano en señal de saludo y se dirigió hacia su mesa. Cuando se acercó, Sophie pudo distinguir el momento en que se fijó en Emmie, pero sus pasos trastabillaron solo un instante antes de recuperar el impulso. Burg apenas pestañeó ante la aparición de una tercera hermana en su pub. Sabía lo de las esquiras, pero ver a las tres hermanas en persona era diferente a solo tener la idea de ellas. Sophie apreciaba su control y discreción.

Una semana después de que Sophie volviera de Cascadia, Burg le había pedido que saliera con él después de cerrar el bar por la noche. Estaba preocupado por ella. Aquella noche se habían bebido una botella de whisky, y toda la historia había salido a borbotones de la boca ebria de Sophie. En aquel momento, ella había estado luchando terriblemente contra el hecho de ser una esquirra y tener la memoria borrada. El hecho de que le asegurara que Sophie tenía que aceptar quién era ahora y dejar en el pasado a la antigua y misteriosa “ella” la había ayudado más de lo que podía expresar.

Burg confesó que una vez se había avergonzado de algunas de las cosas que había hecho en su pasado. Había tardado años en darse cuenta de que no podía cambiar lo que solía ser; solo podía cambiar lo que era ahora. Dijo que el truco estaba en aprender del pasado mirando siempre hacia delante.

Sophie sabía que Burg había tenido una vida bastante aventurera antes de establecerse en el pub que heredó de su padre. Al verle aceptar de buen grado a Emmie, Sophie se preguntó brevemente qué había en el pasado de Burg que le hacía ser tan ecuánime y paciente.

Mientras Burg tomaba sus pedidos de bebida y cena, el nivel de ruido del pub volvió a niveles normales. Los clientes habituales ya habían perdido el interés por Sophie y sus hermanas. Estaban más interesados en lo que había en sus vasos de cerveza. No solían meter las narices en los asuntos de los demás.

Mientras el grupo comía, discutieron qué hacer cuando por fin localizaran el fragmento perdido.

—Me pregunto cómo será la última hermana. Somos todas tan diferentes que resulta extraño que antes fuéramos la misma persona. Parecía súper sombría y seria en los pocos sueños que he

tenido de ella. Y paranoica —dijo Sophie, pensando en el sueño que había tenido en el vuelo de vuelta de Murias. Cuando el repartidor había activado los sensores de su casa, Sophie recordó su ansiedad al comprobar las pantallas de sus monitores.

—A lo mejor cada uno tenemos una faceta de la personalidad de la persona original —sugirió Ruby—. Yo soy la divertida. Alexis era la zorra dura. Tú eres la dulce —Ruby le hizo un gesto con la mano a Emmie, que se sonrojó—. Y Sophie es la bonachona.

—¡Yo *no* soy la niña buena! —replicó Sophie, realmente ofendida. Siempre se había considerado la dura y sarcástica.

CAPÍTULO 18



—¿Qué sabe exactamente Fergal sobre Emmie y nuestra situación actual? —preguntó Sophie cuando se detuvieron frente a la casa del clan de los Caballeros de la Rama Roja. Iba sentada en el asiento delantero junto a Mac, mientras Ruby, Emmie y Larry ocupaban los espaciosos asientos traseros del todoterreno del Cónclave—. Ésta será la segunda vez que uno de nosotros necesite esconderse en la casa del clan. Y ahora somos tres. La gente se dará cuenta y empezará a hablar.

—Fergal lo sabe casi todo —admitió Mac—. Para poder proteger a Emmie con eficacia, y a todos ustedes en realidad, necesitaba conocer toda la situación. Confío plenamente en él. Y ha prometido mantenerlo todo en secreto. Emmie, confío en este hombre con mi vida, y te prometo que tú puedes hacer lo mismo. La historia que está contando al resto del clan es que fueron trillizas separadas al nacer para protegerlas de un familiar peligroso, y ahora esa persona las ha estado buscando a las tres.

—¿Crees que le creerán?

—Sí. No cuestionarán a su alfa, aunque se muestren escépticos ante la historia. Además, no es como si pudieran adivinar la verdad real.

Sophie, Ruby y Emmie resoplaron simultáneamente ante aquella afirmación.

—Jinx —cacareaban Ruby y Emmie simultáneamente, haciendo que las tres soltaran una risita ante la coincidencia. Eso hizo que Sophie se sintiera más como si fueran hermanas de verdad y no espeluznantes clones mágicos.

La puerta principal de la casa del clan se abrió de golpe, llamando la atención de Sophie. Mientras ella miraba, Fergal atravesó la entrada. Era un hombre recto, de pelo castaño, vestido con un immaculado traje de tres piezas. A Sophie no le sorprendería que llevara un reloj de bolsillo de oro en el bolsillo del chaleco.

—Ahí está —anunció Sophie, saludando con la mano a Fergal, que le devolvió el saludo con su sonrisa patentada.

—¿Ése es el tipo que puede protegerme de Boudreaux? —preguntó Emmie. Se quedó mirando al metamorfo lobo irlandés con duda y preocupación. Fergal no parecía ni remotamente aterrador; más bien parecía un hombre de negocios que se hacía la manicura con regularidad. Sin embargo, Sophie había visto qué clase de garras le crecían. Nada de manicuras para Fergal: necesitaría medio frasco de esmalte de uñas para cubrir a aquellos mamones.

—En un combate uno contra uno, no estoy seguro de poder vencerle —confió Mac—. Probablemente sea uno de los guerreros más feroces de la ciudad. Las apariencias engañan. Y

Fergal se hace pasar por un dandi a propósito para que la gente le subestime.

Eso hizo que Sophie enarcase las cejas. Había presenciado cómo Mac mataba al lobo metamorfo alfa más duro y cruel de San Francisco clavando sus garras directamente en el pecho de Antonio y levantándolo por encima de su cabeza. Había sido una impactante y brutal demostración de fuerza que Sophie aún recordaba vívidamente. Varias personas le habían informado en voz baja, más de una vez, de que Mac había derrotado una vez a una gárgola en una pelea, lo que se suponía que era casi imposible porque están hechas de piedra.

—Puede transformarse en un monstruo de dos metros y medio —le recordó Sophie a Emmie, que volvió a mirar a Fergal con aire intrigado.

El hombre en cuestión les esperó junto a la entrada mientras todos bajaban del coche.

Larry, un caballero consumado, insistió en llevar las maletas de Emmie por ella. Pero eso la dejó sin nada que hacer con las manos. Fergal se ocupó de ese asunto envolviéndoselas con las suyas. Le separó los brazos del cuerpo y la inspeccionó de arriba abajo, soltando un largo silbido.

—Joder. Dijiste que era idéntica, y te creí, pero verlo en persona es otra cosa.

Emmie se puso como cinco tonos de rojo ante las palabras y el escrutinio de Fergal.

Sophie arrancó las manos de Emmie del agarre de Fergal y le miró mal, interponiendo su cuerpo entre el de él y el de Emmie.

—Le he dicho a Emmie que eres una persona maravillosa y amable. No querrás demostrarme que me equivoco tan pronto, ¿verdad? —Fergal parecía convenientemente acobardado, pero Sophie le hizo una última advertencia—. Si no eres amable con mi hermana, se lo diré a Riona.

—Ach, qué protectora —cacareó Fergal, inclinando la cabeza hacia Sophie mientras le dedicaba a Emmie una sonrisa de disculpa—. Espero que sepas que no pretendía nada con ello.

Emmie le devolvió la sonrisa con una tímida sonrisa.

—No, no pasa nada. Sé lo extraño que es todo esto.

—Bueno, pues empecemos de nuevo. Me llamo Fergal O'Dwyer y soy el alfa. Encantado de conocerte. Que sepas que eres bienvenida a mi casa. Estamos encantados de conocerte y de que te quedes con nosotros. Mi clan tiene en alta estima a tu hermana, así que ten por seguro que te tratarán como a una invitada de honor. Si necesitas algo, háznoslo saber a mí o a mi esposa.

—Encantada de conocerte a ti también, Fergal. Soy Emmie.

—Entra. Vamos a cenar —dijo Fergal, guiando a Emmie a través de la puerta principal, dejando que los demás entraran detrás de ellos.

—Oh, no, gracias. No tengo hambre. Ya hemos cenado —explicó Emmie en voz baja.

—Bueno, siempre hay sitio para el postre. Mi mujer ha hecho un pudín. No hay que perderselo. El pudín de Riona no es como esa baba que ustedes llaman pudín. Te gustará, te lo prometo.

Sophie recordaba perfectamente la primera vez que Fergal le había hecho comer morcilla. Esperaba sinceramente que, fuera lo que fuera aquella morcilla, no se pareciera en nada a aquello.

Emmie recorrió el interior de la casa del clan con los ojos muy abiertos. Sophie recordó la primera vez que había venido. El exterior de la estructura parecía un edificio de apartamentos corriente de San Francisco de principios de siglo. Solo una vez dentro de las puertas principales se hizo evidente el enorme tamaño del lugar. Había un bar completo a la izquierda de la gran entrada, y un salón y una sala de juegos a la derecha. Justo delante había un gran vestíbulo arqueado que conducía al patio trasero. A lo largo de un lado del vestíbulo había una gran escalera. Si el vestíbulo hubiera tenido un mostrador de recepción, Sophie pensó que podría haber parecido un lujoso hotel de hace cien años.

En cuanto todos se sentaron en una mesa de la taberna, Riona se acercó a toda prisa, dispuesta a dar de comer a las masas, como de costumbre.

—Riona, amor mío, ésta es Emmie. Emmie, ésta es mi mujer, Riona —Riona ni siquiera pestañeó ante la aparición de una tercera hermana. Cinco veces madre, Sophie supuso que haría falta algo más que una misteriosa hermana idéntica para perturbar a la imperturbable mujer.

Las dos mujeres se estrecharon la mano, entablando una conversación cortés antes de que Fergal interrumpiera, pidiendo postre y café para el grupo. Riona estampó un beso en la cabeza de Fergal antes de regresar a toda prisa a la cocina del pub.

Pocos minutos después reaparecieron Riona y dos de sus hijas, con bandejas de comida y café.

Sophie dio un pequeño mordisco a su postre. Luego dio otro mordisco más grande una vez confirmó que no era asqueroso como la morcilla. Se parecía más a un pastel superdenso y pegajoso que a lo que Sophie llamaría pudín. Los únicos flanes que conocía eran los de crema, bueno, y la morcilla. Ahora Sophie sabía que se lo había estado perdiendo. Riona le puso una salsa cremosa por encima, que hizo que el postre pasara de delicioso a alucinantemente bueno.

Mientras comían sus postres, Sophie observó a Emmie mientras recorría el pub con interés. Sophie estaba impresionada por lo bien que Emmie estaba llevando tantos cambios en tan poco tiempo. Si hubiera sido Sophie quien estuviera en su lugar, supuso que ya habría tenido al menos una crisis importante.

—Ahora trabajas para Marcella, ¿no? —preguntó Fergal a Ruby alrededor de un bocado de postre.

Aparte de ver brevemente a Ruby cuando la detuvieron detrás del edificio del Médico Forense tras matar a Alphonse, Fergal y Ruby solo se habían visto una vez más, cuando ella vino con Sophie a uno de los combates con Paddy. Sería bueno que ambos se conocieran mejor, decidió Sophie.

Ruby asintió.

—Sí, ha sido fascinante. Todos los días conozco a todo tipo de criaturas mágicas. Además, siempre que encuentro a un asesino, Marcella se lo toma en serio. Ahora apenas tengo que cazar porque la policía se toma en serio mis visiones y persigue a los autores por mí. Lo echo un poco de menos.

—¿Sigues cazando? —preguntó Sophie, sorprendida de que no lo supiera—. Dijiste que ya “casi” no cazas, lo que significa que a veces lo haces, ¿no?

—Solo cuando no podemos encontrar pruebas de los delitos de esa persona para poder detenerla. La gente de Marcella me ayuda a tenderles una trampa para pillarles in fraganti. Es aún más divertido trabajar con su equipo, es como un proyecto de grupo.

Fergal tenía una mirada divertida, pero no hizo ningún comentario.

El parloteo de voces familiares cerca de la entrada arqueada del pub desvió la atención de Sophie hacia Ruby. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Sophie cuando Liam, Conor y Patrick irrumpieron en la sala.

—¿Ves? Te dije que olía a Sophie —dijo Patrick Junior, empujando juguetonamente el hombro de Liam. Cuando Liam le devolvió el empujón, Sophie supo que tenía que interrumpirles antes de que se convirtiera en un combate de lucha libre en medio del ajetreo de la cena.

—Hola, chicos. Esta es mi hermana Emmie. Emmie, estos son los chicos. Son Conor y Liam —dijo Sophie, indicando a los hermanos morenos—. Y éste es Patrick Junior —Sophie señaló al último adolescente, con su mata de pelo pelirrojo alborotado.

Los chicos miraron atónitos a Emmie durante un segundo antes de recuperarse rápidamente y

saludarla.

—¿Vendrás mañana por la mañana al entrenamiento, Sophie? No te hemos visto en toda la semana —preguntó Conor, como de costumbre, asumiendo el papel de líder de facto del trío.

—Por supuesto. Tengo planes para partirte la cara —se burló Sophie.

—Quiero decir... A ver si puedes —Conor flexionó un bíceps flaco, besando el músculo. Sophie resopló ante su tontería. Los chicos eran como los hermanos pequeños que Sophie nunca supo que necesitaba.

—Ustedes también deberían venir. Sophie es una luchadora increíble, especialmente para ser humana —dijo Liam, invitando a Emmie y Ruby.

—Me encantaría —respondió Ruby, que parecía ansiosa.

—Um, ¿quizás? En realidad nunca he estado en una pelea ni nada parecido. Probablemente solo estorbaría —respondió Emmie, mordiendo el labio como si le preocupara la perspectiva del combate.

—Es divertido —prometió Patrick—. Mi padre dirige los entrenamientos.

Ante la seriedad de Patrick, Emmie fue incapaz de negarse.

—¿Tienes que ir a trabajar? —preguntó Mac una vez que los chicos salieron corriendo hacia la cocina, probablemente en busca de comida. A Sophie siempre le había sorprendido la cantidad de comida que comían los metamorfos. Pero los metamorfos adolescentes estaban a otro nivel.

—Sí, pero no necesito hacer un turno completo. Reggie quiere que saque las visiones de muerte de los cadáveres que llegaron mientras estábamos en Las Vegas. Me llevará un par de horas como mucho.

—Te llevaré y te traeré. Tengo que ir un momento a la comisaría, así que podemos ir juntos —se ofreció Mac.

Sophie dirigió la mirada hacia donde estaba sentada Emmie. Miraba a Fergal devorar su tercera ración de pudding con los ojos muy abiertos.

—Me siento culpable por dejarla aquí, como si la abandonara. Acabo de trastocar su vida y ahora la dejo en un lugar desconocido.

—Estoy seguro de que Fergal también te dejaría quedarte aquí. De ese modo, podrás estar cerca si te necesita o si necesita algo de apoyo. Aunque solo sea un par de días, apuesto a que Emmie lo agradecería. Solo hasta que se adapte un poco más —sugirió Mac.

—Qué buena idea. Deberíamos ver si Fergal dejaría que Ruby se quedara también. Emmie podría conocernos mejor a las dos —Sophie miró a Mac, con el corazón doliéndole en el pecho. ¿Cómo había tenido tanta suerte? Nunca habría podido hacer esto sin él.

Mac la sorprendió mirándole fijamente.

—¿Qué? ¿Tengo algo entre los dientes?

CAPÍTULO 19



Cuando Sophie salió por fin del coche de Mac y se dirigió a la entrada principal de la oficina del forense, sentía un cosquilleo en los labios por todos los besos que se habían dado.

Notaba que le ardían los bigotes en la barbilla y se sentía como un saco de hormonas andante. Mac había accedido a quedarse con ella esta noche en la casa del clan, y ella estaba impaciente por meterlo en su cama.

Culpó a su lujuria no correspondida cuando no reparó en el hombre que la esperaba junto a la entrada.

—Señorita Feegle —dijo el hombre, haciendo que Sophie casi se sobresaltara.

—Mierda —resolló Sophie, tratando de ralentizar sus acelerados latidos—. Avisa a una persona. Estuve a punto de electrocutarte —había echado mano instintivamente al taser que llevaba en el bolsillo antes de darse cuenta del peligro. Demasiados incidentes cercanos la habían hecho reaccionar rápidamente con la fuerza.

—Perdona, creí que me habías visto aquí de pie —respondió el hombre, retorciéndose un sombrero entre las manos.

Sophie por fin miró realmente al hombre y se dio cuenta de que lo reconocía. Era Ziad. Aún parecía cansado y agotado, pero ya no parecía un cadáver andante. La pena seguía aferrándose a él como un miasma, pero ya no parecía ahogarse en ella.

—Señorita Feegle, sé que esto puede parecer extraño, pero quería darte las gracias.

—Um. Dame las gracias. ¿Por qué? —Sophie se desvió, preguntándose cuánto sabía Ziad sobre ella. Al fin y al cabo, era miembro del Cónclave.

—Sé que tuviste algo que ver con el cierre de ese ring de lucha en Las Vegas.

—No sé exactamente de qué estás hablando —respondió Sophie, intentando parecer confusa.

—Claro que sí. No sé exactamente quién o qué eres, pero sé que haces un buen trabajo aquí en la morgue —cuando Sophie lo miró sin comprender, Ziad resopló—. Desde fuera, parecerías una humana normal que trabaja en una morgue mítica. Eso en sí mismo es inusual, pero no inaudito. Y eso es lo que yo también pensé al principio. Sin embargo, he consultado los registros y, desde que trabajas aquí, la tasa de cierre de casos de asesinato se ha duplicado inexplicablemente. Sigue siendo... inusual, pero no imposible. Luego las vi a ti y a tu hermana en Murias. Durante ese tiempo, se descubrió de algún modo que los druidas estaban sacrificando humanos. Y luego, en la misma semana, Marcella consigue revelar que allí se experimentaba y mataba a las esquilas. Resulta extraño que tú y tu “hermana” gemela idéntica se encontraran en la ciudad con todas esas esquilas. Luego, tras la muerte de mi hijo, Marcella insiste en que lo

traigan a esta morgue para su autopsia, y recibo un informe extremadamente detallado de su asesinato. Cuando Marcella dirigió la carga en Las Vegas para acabar con el ring de lucha, envié a algunos de mis mejores luchadores para ayudarla, uno de los cuales resulta ser mi ayudante. Cuando regresó a la ciudad, mencionó que había visto a Ruby... y a ti. Me parece evidente que eres más de lo que aparentas.

La boca de Sophie se abrió y cerró varias veces mientras intentaba idear una razón plausible por la que Ruby y ella estuvieran en Las Vegas, pero no se le ocurrió nada. De todas formas, mentía fatal.

Ziad le dirigió a Sophie una mirada larga y comedida.

—¿Has oído alguna vez la historia de cómo se hizo el puente de Brooklyn?

Sophie sacudió la cabeza lentamente, temiendo sufrir un latigazo cervical por el drástico cambio de tema.

—La construcción comenzó en 1870, pero el Puente de Brooklyn tardó casi catorce años en construirse. En aquella época, era el puente colgante de cables de acero más largo del mundo. El diseño era vanguardista. Sin embargo, el hombre que creó el diseño, John A. Roebling, murió antes de que empezara. Murió atropellado por un transbordador mientras estudiaba el emplazamiento, lo que podría haber acabado con el proyecto, pero su hijo Washington se hizo cargo tras la muerte de su padre. Después, Washington quedó postrado en cama tras sufrir un “ataque”. Era de los que ayudaban a sus trabajadores en los peligrosos trabajos submarinos que había que realizar. Para crear los cimientos del puente, tuvieron que construir estructuras a gran profundidad bajo la superficie del East River. Era un trabajo peligroso y duro. Mucha gente moría por sufrir el “mal de altura” que se produce cuando una persona vuelve a la superficie del agua demasiado deprisa. Después de que Washington quedara postrado en cama y prácticamente paralizado, su esposa Emily pasó años traduciendo y trabajando con su marido desde la cabecera de su cama.

—El hecho de que el puente de Brooklyn llegara a terminarse es una historia de perseverancia frente a obstáculos prácticamente insuperables. Durante toda la vida de mi hijo, he utilizado a los Roeblings como ejemplo de no rendirse nunca, ni siquiera contra pronósticos terribles. Es algo que Cooper y yo solíamos decirnos cuando los tiempos se ponían difíciles. “Si Roebling pudo terminar el puente de Brooklyn...”, entonces cualquier tarea que tuviéramos ante nosotros no era imposible. Era algo entre él y yo. Por eso, cuando vi esa frase en el informe de su muerte, algo que nadie más reconocería ni entendería -algo que susurraba en voz baja-, supe que alguien, de algún modo, había tenido conocimiento de primera mano de su muerte. Algo que debería haber sido imposible.

Ziad dedicó a Sophie una sonrisa lenta y triste mientras ella buscaba una respuesta.

—No pasa nada. No hace falta que digas nada. No estoy aquí por eso. Estoy aquí porque quiero darte las gracias. Acabar con Karl Espen y los demás responsables de la muerte de mi hijo no me devolverá a Cooper, pero puedo estar más tranquila sabiendo que esos pedazos de mierda no pueden arrebatarme a nadie más sus hijos —Ziad la miró por última vez antes de tenderle la mano a Sophie. Ella puso lentamente la mano en la suya. Le dio un apretón de manos cálido y firme, y los ojos de Ziad se llenaron de lágrimas—. De nuevo, gracias. Si alguna vez necesitas algo, dímelo. Te lo debo.

Luego, sin decir nada más, Ziad giró sobre sus talones y se alejó. Sophie lo observó un momento, como una figura solitaria que desaparecía en la noche, antes de darse la vuelta y dirigirse al interior.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó la señorita Zhao cuando Sophie entró en el vestíbulo

—. Tienes una cara muy rara.

El pelo negro de la señorita Zhao estaba recogido en una elegante coleta en la base del cráneo. Sophie se preguntaba cómo se las arreglaba para no tener ni un mechón fuera de su sitio. Sophie siempre acababa con pelos sueltos por mucho que lo intentara.

—Oye, mi vida es cada día más rara —confió Sophie a la señorita Zhao—. Me cuesta seguir el ritmo de todos estos cambios.

—La vida siempre encuentra la forma de lanzarte bolas curvas. Lo importante es cómo te manejes. Y recuerda apoyarte en tus amigos y en tu familia. Ese sistema de apoyo es lo que te hará superar los momentos difíciles.

Sophie casi se estremeció ante las palabras de la señorita Zhao. Sus consejos eran extrañamente parecidos a los de la Gran Madre. Eso hizo que Sophie se preguntara si la señorita Zhao también podía ver el futuro.

—Tienes toda la razón, señorita Zhao. Es un buen consejo.

—Bueno, yo soy un dragón. Se nos conoce por nuestra sabiduría.

—También se te conoce por comer vírgenes sacrificadas —se burló Sophie.

La señorita Zhao se burló.

—No me confundas con esos dragones británicos. Jamás lo haría. ¿Has intentado alguna vez sacar una astilla de hueso de entre los dientes?

—No sé si me estás tomando el pelo o no —respondió Sophie, dirigiendo a la señorita Zhao una mirada suspicaz, que ella devolvió con una sonrisa enigmática.

El teléfono de Sophie la alertó de un mensaje entrante, sacándola de su contemplación de los hábitos alimenticios de la señorita Zhao. Vio que Marcella les había enviado un mensaje a ella y a Ruby: quería quedar con Emmie mañana.

—Que pase una buena noche, señorita Zhao. Tengo que encontrar a Reggie —dijo Sophie, escribiendo distraídamente un mensaje a Marcella.

—Tú también, querida —respondió la señorita Zhao mientras llamaba a las puertas para que Sophie entrara en la parte de atrás.

Sophie respondió, haciendo saber a Marcella que las tres hermanas estarían en la casa del clan de los Caballeros de la Rama Roja mañana por la mañana. Marcella respondió que tendría que pedir permiso a Fergal para visitarlas, pero que, salvo eso, las vería después de su sesión de entrenamiento.

—¡Sophie! —la voz de Amira apartó su atención del teléfono. Sophie sonrió cuando Amira llegó saltando por el pasillo hacia ella—. ¿Qué tal Las Vegas? ¿Ganaste algo? ¿Se fugaron Mac y tú?

—Las Vegas era... diferente. Me gustó, aunque no hice mucho turismo —Sophie no creía que conducir en busca de murales contara como turismo—. Y no tuve ocasión de apostar. Sobre todo, vi a Mac jugar a la ruleta mientras yo intentaba parecer elegante y refinada. Y no, Mac y yo no nos casamos. El imitador de Elvis estaba reservado, así que decidimos faltar.

—¿Elegante y refinada? —Fitz apareció en el umbral de su despacho, apoyando el hombro delgado en el marco de la puerta mientras se reía—. ¿Te ha provocado urticaria?

—Casi —contestó Sophie, sacándole la lengua—. ¿Está Reggie en su despacho?

Cuando Fitz asintió, Sophie dijo:

—Deja que le coja. Tengo algunas noticias que quiero compartir con todos.

Treinta minutos más tarde, Sophie miró a sus amigos, que estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, boquiabiertos.

—Pienso traer a Emmie aquí mañana para que podamos hacer pruebas y ver si tiene visiones

de la muerte como yo. Aunque dudo mucho que las tenga, deberíamos confirmarlo. Parece que cada uno de nosotros tiene una faceta distinta de la magia Fae. Y también la personalidad.

—¿Cómo es? ¿Se parece en algo a Ruby? —preguntó Ace, haciendo una mueca. Sophie sabía que solo podía tolerar a Ruby en pequeñas dosis de diez minutos. Pero Ace sentía lo mismo por la mayoría de la gente.

—No se parece en nada a Ruby. Ni a mí. Es callada y reservada. Pero parece dulce y amable. Te caerá bien —prometió Sophie.

—Callada y reservada —repitió Fitz, como si no pudiera hacerse a la idea.

—Sí, es casi... tímida. No sé cómo describirlo, pero ya lo verás mañana por la noche.

—Me cuesta mucho imaginármela. Pero estoy deseando conocerla. Parece que te gusta —afirmó Reggie.

—Yo sí. Si solía ser una parte de mí, creo que podría haber sido la mejor parte. La parte buena.

Reggie hizo un ruido de protesta.

—Sophie, tú *eres* la parte buena. No deberías pensar nunca lo contrario.

—Ya lo sé. Pero ya verás —Sophie decidió cambiar de tema—. ¿De cuántos cadáveres tengo que sacar lecturas esta noche?

—¿Después de estar fuera casi toda la semana? —Reggie miró al techo como si la respuesta estuviera allí. Sophie sonrió mientras le observaba contar en silencio—. Unos veinte más o menos. La mayoría de las autopsias ya están hechas. Estábamos reteniendo las autopsias terminadas hasta que volvieras, así que solo tenemos que grabar sus últimos momentos y luego se podrán entregar los cadáveres.

—Entonces deberíamos ponernos en marcha. Mac me recogerá cuando acabemos aquí —Sophie estaba a medio levantarse de la silla cuando llamó la atención de Fitz—. ¿Vas a estar en la sesión de entrenamiento de mañana por la mañana?

—Pensaba hacerlo —respondió Fitz, con tono cauto.

—Emmie estará allí, así que podrás conocerla pronto —le informó Sophie.

—Seré amable. Me aseguraré de que se sienta bienvenida —prometió Fitz.

Fitz siempre mostró una intuición natural cuando se trataba de comprender los sentimientos y los motivos de la gente. Sophie a veces deseaba que le hubieran dado un manual para comprender las emociones humanas cuando la habían arrojado a este mundo como a un gatito recién nacido abandonado. Ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que deseaba que Emmie encajara con sus amigos y que les gustara su nueva hermana hasta que Fitz prometió ayudarla.

—Gracias, Fitz.

—¿Estás lista para empezar, Soph? —preguntó Reggie.

—Yo, por mi parte, me alegro mucho de que hayas vuelto, Sophie. He tenido que asistir a Reggie toda esta semana, y me alegra devolverte tu trabajo —anunció Amira.

—Lo siento, Amira. Solo he vuelto esta noche para sacar visiones de la muerte. He estado viajando todo el día y no estoy para un turno completo. Mañana volveré como es debido. Gracias por cubrirme, sé cuánto lo odias.

—Si el Cónclave va a seguir enviándote a misiones especiales, quizá tengamos que plantearnos contratar a otra persona por aquí —sugirió Amira.

Sophie se quedó boquiabierta.

—Solo me han llamado para ir a dos misiones. No creo que sea el momento de sustituirme.

Amira levantó las manos en actitud defensiva.

—Solo digo que deberíamos tenerlo en cuenta. Sospecho que el Cónclave empezará a llamarte mucho más.

Eso detuvo en seco a Sophie. ¿Qué haría si el Cónclave empezaba a enviarla a más misiones? Le encantaba su trabajo en la morgue, pero también la aventura -por no hablar de la paga- de las misiones a las que el Cónclave la había enviado hasta ahora.

—Bueno, creo que deberíamos esperar a ver si eso ocurre antes de empezar a contratar a mi sustituta —replicó Sophie, tratando de mantener el sarcasmo fuera de su voz. No debió de conseguirlo, porque Amira agachó la cabeza y murmuró una rápida disculpa.

Sophie hizo un gesto con la mano.

—Solo estabas señalando una posibilidad muy real que debemos considerar, y yo estaba siendo demasiado sensible al respecto. No creo que debamos preocuparnos por eso todavía. Veamos qué hace el Cónclave y luego pensemos en los siguientes pasos. Tengo que empezar con las lecturas, pero te veré antes de salir. ¿De acuerdo?

* * *

SOPHIE TERMINÓ las lecturas más rápido de lo que había previsto. La mayoría de las muertes eran muy sencillas. Aun así, cuando terminó era casi medianoche.

—Nos vemos mañana —dijo Sophie al marcharse.

Sus planes de saltar sobre los huesos de Mac se habían desvanecido a medida que avanzaba la noche. El agotamiento le pisaba los talones cuando salió por la puerta principal. Cuando se sentó junto a Mac, lo miró y él parecía tan agotado como ella. No pudieron hacer otra cosa que dormirse inmediatamente cuando volvieron al KRB.

Horas después, algo despertó a Sophie. Desorientada, abrió un ojo, intentando averiguar qué ocurría. En algún momento de la noche, debió de quitar casi todas las mantas, o Mac debió de robárselas. Miró a su alrededor, intentando averiguar qué la había despertado. Los ronquidos de Mac eran leves, así que no pensó que fuera eso. No tenía frío porque, incluso sin las mantas, Mac generaba suficiente calor como para no enfriarla.

Un gemido extraño y grave atravesó la pared de su izquierda. Sonaba como un murmullo.

Sophie se levantó de la cama con cuidado, intentando no empujar a Mac. Se acercó de puntillas a la pared y apretó la oreja contra ella.

—No. No. Para —la voz de Emmie era apagada, pero sin duda era ella—. Por favor. No. No tiene por qué ser así. Tiene que haber...

Podía oír que Emmie seguía hablando, pero Sophie no distinguía ninguna otra palabra. Se dio cuenta de que Emmie debía de estar teniendo una pesadilla. Sophie consideró brevemente la posibilidad de despertarla, pero los murmullos cesaron mientras se debatía en hacerlo.

Cuando Sophie volvió a la cama, tuvo que arrebatarle a Mac su parte de la manta. A pesar de la tranquilidad, ahora que Emmie se había callado, aún tardó mucho en volver a dormirse.

CAPÍTULO 20



—No te contengas, Emmie —le ordenaba Paddy—. Puede que parezca que un fuerte viento le va a tumbar, pero Junior es más duro de lo que parece. Pégale como si fuera en serio.

—Gracias, papá —contestó Patrick Junior, poniendo los ojos en blanco, y sus mejillas pecosas se sonrosaron ante las palabras de su padre.

—De nada, hijo. Ahora presta atención a la colocación de los pies, Emmie. Debes asegurarte de tener una base estable —respondió Paddy. En el poco tiempo que Sophie llevaba entrenando con los loberos irlandeses, había aprendido que Paddy era inmune al sarcasmo adolescente. Sophie no podía decidir si ignoraba a propósito el descaro de la generación más joven o si, simplemente, el sarcasmo le sobrevalaba la cabeza. Por el brillo de sus ojos, Sophie supuso que simplemente disfrutaba metiéndose en la piel de su hijo.

Emmie amplió su postura, cerrando los puños cerca de la mejilla. Lanzó un golpe poco entusiasta a la barbilla de Patrick, que apenas le rozó. Aun así, soltó las manos y soltó un grito de horror.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Tendrías que pegarme más fuerte que eso —aseguró Patrick a Emmie—. Toma, vigila a Conor y a Liam. Oye, Liam, pega a Conor. Enséñale a Emmie cuánto más fuerte tendrá que pegarnos antes de que lo sintamos.

Liam, feliz de aceptar el reto de golpear a su hermano mayor, giró sobre sus talones y golpeó a Conor en la nariz. Conor sacudió la cabeza y dedicó a su hermano una sonrisa lenta y despiadada.

—Te vas a arrepentir de ese puñetazo —prometió Conor, rodando los hombros.

Emmie chilló cuando Conor derribó a Liam al suelo. Los dos adolescentes se revolcaron en la hierba, gruñendo y dándose puñetazos, cada uno tratando de imponerse. Paddy se acercó a los chicos, los tiró del cuello y los levantó del suelo.

—Basta de juegos. Vuelvan a practicar el bloqueo.

Los arrojó en direcciones opuestas y luego dirigió su atención al resto del aturdido grupo.

—Oye, tú —ladró Paddy, señalando a Sophie—. Deja de revolotear como una gallina ansiosa sobre su polluelo. Lo está haciendo bien. Presta más atención a tu propio entrenamiento —Paddy cruzó los brazos sobre su pecho de barril y miró a Sophie con severidad.

Sophie resistió el impulso de soltarle a Paddy una carcajada muy a lo Patrick Junior por su comportamiento prepotente. Con una última mirada a Emmie, Sophie se mordió el labio y se

volvió hacia Fitz.

Cuando Paddy dio por terminada la sesión de entrenamiento de aquella mañana, Sophie sentía los músculos calientes y relajados. Miró la hora y se dio cuenta de que tenía el tiempo justo para ducharse y comer algo antes de que Marcella apareciera.

Miró a su alrededor en busca de Emmie y la encontró junto a Fitz, sentados en uno de los bancos de picnic, compadeciéndose de sus doloridos músculos.

Sophie se dirigió hacia ellas, sonriendo al ver que su amiga y su nueva hermana se llevaban bien.

—Hola chicas, voy a ducharme antes de que llegue Marcella.

Fitz miró su reloj con una mueca.

—No me había dado cuenta de lo tarde que se estaba haciendo. Será mejor que me vaya a casa. Ha sido un placer conocerte, Emmie. Te veré esta noche en la morgue, ¿vale?

—Sí, nos vemos esta noche. Y también fue un placer conocerte.

Sophie se ofreció a acompañar a Fitz a la salida, pero su motivo oculto era ver qué pensaba él de Emmie. Mientras se dirigían a la puerta principal, ella le apretó el hombro.

—Gracias por ser tan amable con Emmie. Creo que todo ha sido un poco abrumador para ella, así que creo que le ayuda tener una cara amiga cerca.

—No me importó lo más mínimo. Tenías razón sobre ella. Emmie es un encanto. Me alegro de que la encontraran y la trajeran a casa.

Sophie hizo una mueca.

—Piensa volver a Chapel Hill cuando haya pasado el peligro. Esto es solo temporal. Aunque... quizá podamos convencerla para que se quede.

—Tal vez —respondió Fitz—. No seas demasiado insistente. No querrás espantarla.

Sophie admitió el punto. Tal vez Fitz tuviera razón y ella se estuviera pasando. Pero no podía deshacerse de la sensación de que necesitaba tener a Emmie cerca. O tal vez solo fuera la culpa por la muerte de Alexis manifestada en forma de sobreprotección.

* * *

SOPHIE HABÍA ELEGIDO una mesa en el pub donde podía ver la entrada mientras comía. Deseó que Mac siguiera allí con ella, pero tenía que ir pronto a la comisaría para ponerse al día con el trabajo. Sophie sabía que tendría que encontrar tiempo para echarse una siesta aquella tarde, o le costaría mucho terminar el turno de noche más tarde.

Estaba dando el último bocado a sus huevos con tostada cuando vio entrar a Marcella por la puerta principal. Tomó un último sorbo de café y se levantó de la mesa para saludarla.

—Creo que Emmie y Ruby pueden estar todavía en la ducha. Les enviaré un mensaje para que sepan que estás aquí.

—No hace falta —gritó la voz de Emmie desde lo alto de la escalera—. Ruby vio a Marcella aparcando fuera y vino a buscarme.

Cuando Emmie y Ruby bajaron las escaleras, Marcella se acercó a ellas con una mirada cálida y acogedora.

—Emmie, me alegro de conocerte en persona —saludó Marcella, dándole a Emmie un apretón de manos.

Una voz atronadora interrumpió el tranquilo saludo de Emmie:

—¡Magistrada Venturi! Es un placer tenerte en la casa de mi clan. Los Caballeros de la Rama

Roja te dan la bienvenida.

En lo alto de la escalera, Fergal se levantó con los brazos abiertos como si quisiera exhibir la casa del clan. Sophie apenas pudo evitar poner los ojos en blanco ante la exagerada postura de Fergal. Desde luego, le gustaba entrar por la puerta grande. Bajó las escaleras y abrazó calurosamente a Marcella, besándola en cada mejilla.

—Alfa O'Dwyer, gracias por abrirme las puertas de tu casa. El Cónclave y yo estamos muy agradecidos por tu cooperación y apoyo. Hablando del Cónclave —dijo Marcella, bajando la voz—, ¿has considerado mi oferta? Con el vacío dejado por la muerte de Alphonse, a los metamorfos de la ciudad les vendría bien un alfa fuerte que los representara, alguien que trabajara en su nombre. Creo que puedes hacer mucho bien en ese papel.

—Aún lo estoy meditando. Dirigir este clan es mi máxima prioridad; ocupa casi todo mi tiempo. No estoy seguro de poder hacer las dos cosas. Tengo que dar prioridad al clan. Sin embargo, Riona y yo estamos considerando la oferta como se merece. Pronto te comunicaré mi decisión.

—Es todo lo que puedo pedir, Alfa. Ahora, ¿tienes algún sitio con un poco de intimidad para que pueda conocer a Emmie?

—Tengo justo el sitio —respondió Fergal con su característica sonrisa. Aquella sonrisa siempre le hacía pensar a Sophie en un niño travieso que intentaba distraer a su madre del barro que metía en casa con su dulce sonrisa—. Tenemos un jardín privado detrás de uno de nuestros edificios.

Sophie seguía sin hacerse a la idea de que Fergal y su clan poseían todos los edificios de la manzana y muchas otras propiedades por todo San Francisco, una de las ciudades más caras del mundo.

Fergal condujo al grupo a través de la casa principal del clan hasta la zona común de la parte trasera. Se abrieron paso a través del espacio verde cubierto de hierba, pasando por el lugar donde Sophie había estado entrenando con Paddy menos de una hora antes. Fergal se detuvo ante una puerta de madera situada en un alto muro de ladrillo. Cuando la abrió, Sophie vio que ocultaba un exuberante jardín cerrado de ladrillo con una mesa de hierro forjado rodeada de varias sillas a juego. Las paredes estaban cubiertas de hiedra goteante y las macetas ocupaban todas las superficies disponibles. Había una puerta trasera que daba al edificio anexo, pero las ventanas estaban cubiertas y oscuras.

—Salgan cuando hayan terminado. Los veré a todos más tarde —anunció Fergal, dejándolos en el espacio secreto cerrado. Una vez que la puerta se cerró tras él, la zona quedó casi en silencio, salvo por el sonido lejano de unos niños que jugaban en una de las estructuras del exterior.

—Me sorprende que Fergal no quiera unirse al Cónclave —comentó Sophie—. Yo habría supuesto que estaría deseando unirse a la poderosa cábala secreta que dirige la ciudad.

—Oh, quiere unirse. Lo que pasa es que quiere que lo incorporen como magistrado en vez de como recluta —respondió Marcella secamente.

Sophie no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero podía adivinarlo. Se había mantenido alejada del Cónclave y de su política a propósito, sin tener ni idea de la dinámica en juego y feliz de permanecer ignorante. Solo había conocido a unos pocos miembros del Cónclave y no le habían gustado demasiado. Aunque, tras la última noche, sus sentimientos hacia Ziad estaban cambiando; solo el tiempo diría en qué acabaría su opinión sobre él.

Cuando todos los demás entraron en el jardín, Sophie se quedó atrás. Cuando Marcella se dispuso a pasar junto a ella, Sophie la apartó. Marcella se detuvo y dejó que los demás entraran

en el jardín, dejándolas a solas.

—¿Sí? —preguntó Marcella.

—Solo quería saber si tu equipo había hecho algún progreso en la localización de Boudreaux o Bramwell.

Marcella hizo una mueca que a Sophie no le pareció un buen presagio.

—Hemos seguido algunas pistas y hemos explorado sus guaridas habituales. Tengo esperanzas de que los localicemos pronto. Hay demasiada gente buscando a ambos hombres como para que alguno de ellos pueda permanecer oculto para siempre.

No eran las noticias que Sophie esperaba, pero era lo que esperaba. Dio las gracias a Marcella por su esfuerzo y se dirigió al jardín secreto para reunirse con los demás.

Cuando Ruby la miró interrogante, Sophie negó con la cabeza y le dijo “más tarde”. Ruby asintió en señal de comprensión.

Sophie y Ruby se sentaron en las sillas a cada lado de Emmie en un movimiento descaradamente protector. Marcella ocupó el asiento justo enfrente de ella.

Marcella se abrió paso entre las presentaciones, explicando quién era y reiterando por qué habían estado buscando a Emmie.

—Después de lo ocurrido en Murias con otras esquiras, y ahora especialmente tras el asesinato de Alexis, quiero asegurarme de que cada uno de ustedes esté protegido lo mejor que pueda.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí? —preguntó Emmie.

—Solo hasta que detengamos a Boudreaux. Hemos recibido un chivatazo de que le han vuelto a ver en Cascadia. Tengo un equipo en esa zona buscándole ahora. Tengo esperanzas de que le detengamos pronto. Sé que probablemente te molesten las medidas de seguridad, pero también las tengo para tus hermanas.

—Sí, ayer conocí a Greg —replicó Sophie.

—Así es. Y también tengo a alguien en el edificio de Ruby. Además, ambas tienen protección mientras trabajan. Nos tomamos muy en serio la amenaza que pesa sobre las tres.

—¿Estamos en peligro por ser esquiras o por nuestras habilidades? —preguntó Emmie.

—No estamos completamente seguros de por qué Boudreaux y los de su calaña tienen como objetivo las esquiras. Puede que tenga algo que ver con las habilidades de cada una de ustedes. Conozco muy bien los poderes de Sophie y Ruby, pero solo he oído hablar de los tuyos de segunda mano. Esperaba que pudieras hablarme de tu don. Preferiría oírlo de ti con tus propias palabras. Comprender exactamente lo que puedes hacer me ayudará a protegerte mejor mientras estés bajo mi jurisdicción.

Emmie tragó saliva, pero asintió a Marcella con determinación. Cogió del centro de la mesa una colorida maceta llena de fragante lavanda y se la acercó. Se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa, y rodeó con las manos desnudas la parte inferior de la planta, cerca de las raíces. El aroma de la lavanda hizo cosquillas en la nariz de Sophie, que se inclinó para observarla. Por la forma en que Emmie sujetaba la planta, parecía que iba a arrancarla de la tierra de raíz, pero en lugar de eso, la planta de lavanda empezó a volverse marrón y quebradiza. Los tallos de color verde plateado empezaron a marchitarse, empezando por donde sus manos tocaban la planta y extendiéndose luego por toda ella.

Una vez que la planta pareció muerta, Emmie respiró hondo y lentamente e invirtió lo que había hecho. Un ruido de asombro apenas audible escapó de la boca de Marcella antes de que recuperara el control y la severa cara de Magistrada volviera a su sitio.

Marcella echó a la planta una mirada larga y persistente, y luego se volvió hacia Emmie.

—Entonces, ¿estás drenando su fuerza vital? ¿Y luego se la devuelves?

Emmie se encogió de hombros.

—No sé. ¿Tal vez? No sé si es una fuerza vital, su espíritu o qué. Pero puedo sentir lo que la hace vivir. Puedo sacarlo de la planta y volver a ponerlo en su sitio.

Sophie se inclinó para inspeccionar la planta.

—Creo que está en mejor estado que antes.

Marcella y Ruby también lo examinaron.

—Huh. Creo que puedes tener razón. Es increíble —dijo Ruby, señalando con un dedo una flor morada.

Marcella se reclinó en su silla, mirando a un lado y a otro entre Emmie y la planta rejuvenecida.

—¿Puedes hacer eso con una persona?

Emmie pareció horrorizada ante la sugerencia.

—Nunca he intentado arrancarle la fuerza vital a alguien.

—No, no —Marcella sacudió la cabeza—. Perdona, no me refería a eso. Me preguntaba si podrías hacer que alguien volviera a estar sano.

—No, no puedo curar heridas físicas —dijo Emmie disculpándose.

—¿Y las no físicas? ¿Y si se tratara de una herida en la fuerza vital de alguien? Una herida en su alma, por así decirlo.

Emmie parecía desconcertada.

—No lo sé. Nunca he tenido la oportunidad de intentarlo. No sabía que eso pudiera ocurrir.

—Si te llevara ante alguien con ese tipo de lesión, ¿estarías dispuesta a intentar ayudarlo?

—Por supuesto. Pero... eh, no te hagas ilusiones. No creo que pueda hacer lo que sea que esperas que pueda.

—Excelente. Qué buena noticia. Se lo diré a mi chófer —respondió Marcella distraída, levantándose de la mesa y sacando el teléfono del bolso.

—Oh. ¿Nos vamos ya? —preguntó Emmie, mirando a Sophie con ojos asustados.

Marcella se detuvo en seco, con el dedo posado sobre la pantalla del teléfono a medio escribir, como si la hubieran sacado de un lugar a miles de kilómetros de distancia.

—Si te parece bien, Emmie. Si no, podemos quedar para otro día.

Emmie echó un vistazo al jardín secreto y luego se encogió de hombros.

—No es que tenga nada más en la agenda.

—Perfecto —dijo Marcella asintiendo con decisión. Sophie no sabía qué le pasaba a Marcella, pero nunca la había visto tan intensa. Y eso ya era mucho decir: la intensidad parecía ser la característica por defecto de Marcella, pero aquello estaba a otro nivel—. Me ocuparé de todo. Ruby, estaba previsto que me siguieras hoy, así que supongo que querrás venir.

Cuando Ruby dijo que sí, Marcella se volvió y dirigió a Sophie una mirada interrogante.

Sophie no quería presumir, así que se volvió hacia su hermana.

—Emmie, ¿quieres que vaya yo también?

Emmie sonrió tímidamente a Sophie y Ruby.

—Sí, por favor. Me sentiría mucho mejor si estuvieran allí.

Quince minutos después, Sophie estaba metida en la parte trasera de otro elegante todoterreno negro del Conclave. Marcella estaba sentada frente a Sophie, con un guardaespaldas a cada lado. Sophie se dio cuenta de que probablemente debería aprender sus nombres. Los había visto en presencia de Marcella lo bastante a menudo como para que le resultaran familiares. Parecían muñecos Ken a juego, pero con el ceño permanentemente fruncido. Sophie se preguntó

brevemente si serían parientes.

Sophie estaba entre sus hermanas. Le hubiera gustado elegir uno de los asientos cercanos a la ventanilla, pero no había pensado en ello cuando subió detrás de Emmie. Intentando no chocar demasiado con Ruby, Sophie metió la mano en el bolsillo trasero para coger el móvil. Escribió un mensaje rápido a Mac para informarle de lo que estaba ocurriendo.

Mac respondió haciéndole a Sophie un montón de preguntas para las que no tenía respuesta. Ella le prometió que le llamaría cuando hubieran terminado la aventura y se lo contaría todo. Él respondió diciéndole que se mantuviera a salvo.

Mirando a los dos guardaespaldas de rostro adusto que flanqueaban a Marcella, Sophie no pensó que fuera a ser un problema. Marcella aprovechó el trayecto para sacar su tableta y empezar a revisar informes de algún tipo. Sophie se la imaginaba teniendo que leer informes de gastos en comida para grifos domesticados y avistamientos de banshees. En realidad, probablemente fueran informes sobre algo aburrido, como nóminas o listas de material de oficina.

Sophie miró a Emmie e hizo una mueca de dolor al ver su aspecto cansado y agotado.

—Eh, ¿estás bien? —susurró Sophie.

—Sí, estoy bien. Solo un poco cansada. Anoche no dormí muy bien.

Sophie la miró con simpatía.

—Sí, oí ruidos en tu habitación. Sonaba como si tuvieras una pesadilla.

—Siento si te he despertado. No recuerdo ninguna pesadilla, pero no me sorprende. Ayer desperté todo tipo de sentimientos extraños —se disculpó Emmie, con cara de vergüenza.

—No te preocupes. Le pasa a todo el mundo. Pero hablando de sueños, deberías empezar a llevar un diario de sueños. Podría ayudarnos a dar con la última hermana. Así te encontramos —dijo Sophie—. ¿Ya has echado un vistazo al mío?

Emmie negó con la cabeza, pero metió la mano en el bolso y sacó el diario de sueños con un unicornio de dibujos animados en la portada. Lo levantó con una sonrisa en la cara, moviendo el libro de un lado a otro y riendo cuando Sophie puso los ojos en blanco.

—Ya sabes que Mac me lo regaló. Se cree muy gracioso —explicó Sophie, sintiendo que un rubor de vergüenza le calentaba las mejillas—. Deberías echarle un vistazo y ver si algo te resulta familiar.

Emmie ahogó una risita, abrió el diario y se quedó un momento mirando el arañazo de pollo de Sophie.

—¿Te parece bien que lo lea más tarde? Ahora están pasando muchas cosas.

—Por supuesto. No hay prisa.

Sophie miró confusa a su alrededor mientras el coche tomaba una rampa de acceso al Puente de la Bahía.

—Creía que nos dirigíamos a la sede del Cónclave.

—Sí —respondió Marcella, sin levantar la vista de su tableta de trabajo.

—Estamos en el Puente de la Bahía —dijo Sophie, afirmando lo obvio—. El Distrito Financiero está detrás de nosotros —Sophie levantó un pulgar por encima del hombro, señalando hacia la ciudad que dejaban atrás.

—Oh, no. Ésa es nuestra oficina satélite en la ciudad. Nuestro verdadero cuartel general está en Treasure Island.

Sophie no sabía mucho sobre la Isla del Tesoro. La veía cada vez que cruzaba el Puente de la Bahía, pero nunca le había prestado mucha atención. Sabía que era artificial y que estaba unida a la isla de Yerba Buena por una pequeña y corta carretera. Estaba justo en medio del Puente de la

Bahía, en la bahía de San Francisco. Creía haber oído alguna vez que había una base militar en algún lugar de Treasure Island, pero ni siquiera sabía de qué rama de las fuerzas armadas. También había oído algo acerca de que el gobierno se había gastado una cantidad ingente de dinero para revitalizar la isla y convertirla en una zona residencial, pero ese esfuerzo se estaba quedando corto. Últimamente, pensaba que estaba casi abandonada.

El coche salió del puente de la Bahía hacia la isla de Yerba Buena, en lugar de tomar el túnel cubierto que atraviesa su centro. La isla era básicamente una gran roca cubierta de arbustos desgredados y cipreses curvados por el viento.

Condujeron por una carretera que abrazaba el borde exterior de la isla. Aquella carretera en curva se enderezó rápidamente, y vio la Isla del Tesoro más adelante. A Sophie le pareció muy escasa y casi industrial. Esperaba que hubiera más viviendas, así que le sorprendió que en la primera calle hubiera grandes edificios de color crema. Cuando pasaron junto a los edificios, Sophie se dio cuenta de que eran un montón de museos e instalaciones científicas. Al pasar por esa zona, la mayoría de las estructuras se hicieron mucho más pequeñas: todas empezaron a parecer pequeños edificios gubernamentales de tejado plano. Cada uno tenía un par de coches aparcados delante. No había mucha actividad visible mientras conducían. Todo parecía un poco abandonado.

Adentrándose más en la isla, Sophie descubrió las viviendas que esperaba. Se trataba principalmente de edificios de apartamentos de dos plantas. Sophie pudo ver de nuevo el agua de la bahía, por lo que supo que estaban casi al otro lado de la isla desde el Puente de la Bahía.

El coche empezó a aminorar la marcha cuando llegaron junto a una larga valla metálica de aspecto triste. Al principio, lo único que Sophie pudo ver fue una pila de contenedores de transporte, pero una vez pasados, vio un gran edificio redondo de cemento que le resultó familiar al instante. Unos años antes de incorporarse al equipo del Médico Forense de San Francisco, había pasado unos meses memorables trabajando como conserje en una planta de tratamiento de aguas residuales. Su jefe llamaba digestor a aquel edificio redondo, pero Sophie siempre se había referido a él como tanque de lodos.

Al girar, se detuvieron ante una gran verja con un pequeño cartel que indicaba que estaban en la Planta de Tratamiento de Aguas Residuales de Treasure Island. Sophie miró a Ruby, que parecía imperturbable, pero Emmie parecía tan horrorizada como ella. ¿Por qué estaban en una planta de tratamiento de aguas residuales? Sophie empezó a protestar porque nunca había olvidado el olor que desprendía su trabajo en la depuradora; estaba permanentemente grabado en su memoria olfativa y no le apetecía volver a sentirlo. Tampoco es que su trabajo actual fuera mucho más fácil para su olfato.

La Planta de Tratamiento de Aguas Residuales de Treasure Island estaba en el extremo noreste de la isla. Era una pena, porque estaba en un lugar privilegiado, con una vista perfecta de Berkley al otro lado de la bahía. Y a la izquierda, Sophie podía ver el pico de Angel Island a lo lejos. Qué desperdicio de inmueble de primera.

Marcella echó un vistazo a la cara de Sophie y soltó una carcajada. Sophie se sobresaltó porque nunca había oído reír así a Marcella.

—Es un glamour. Está preparado para que lo parezca desde fuera, para mantener alejados a los visitantes no deseados —le explicó—. Tranquila. Ya verás.

Sophie se quedó confusa cuando se abrió la verja y la vista del interior de la entrada seguía siendo la de una instalación de tratamiento de aguas residuales. Miró a su alrededor, deseosa de presenciar aquel glamour en acción mientras el coche entraba y la verja empezaba a deslizarse para cerrarse tras ellos.

En el momento en que la puerta se cerró por completo, la imagen de los tanques y el equipo desapareció en el aire.

Con la mirada fija al frente, Sophie parpadeó varias veces, tratando de asimilar lo que había delante del coche.

—Es un castillo —jadeó Sophie—. Como un auténtico castillo medieval de caballeros de la mesa redonda.

—Completo con dragones —se burló Marcella.

Sophie siguió el dedo señalador de Marcella y divisó una torre redondeada y elevada, hecha de los mismos ladrillos grises que el edificio principal, y se quedó boquiabierta al ver dos dragones del tamaño de pequeños aviones en lo alto de la torre. Uno era de un verde profundo e iridiscente, y el otro tenía el color de las llamas. El dragón verde desplegó sus enormes alas y se lanzó al aire con un solo impulso de sus poderosas patas. Justo cuando sus patas se separaron de la piedra, su cuerpo brilló antes de desaparecer. Sophie se dio cuenta de que seguía en el aire porque había una ligera distorsión en el lugar donde el dragón había estado un momento antes. Aunque no podía seguir los movimientos del dragón, se dio cuenta de que se alejaba porque los árboles que rodeaban la torre se mecían con un viento invisible.

Sophie volvió los ojos hacia el dragón naranja cobrizo y observó cómo se transformaba en una mujer. La mujer oteó el horizonte, donde Sophie supuso que podría ver de algún modo al dragón invisible. Finalmente, al mirar hacia abajo, la mujer divisó su coche y levantó una mano en señal de saludo.

El conductor detuvo el coche ante la gran entrada del castillo del Cónclave. En lo alto de unos anchos escalones de piedra había unas puertas arqueadas de madera que debían de tener al menos tres pisos de altura. A Sophie le pareció exagerado.

—Nuestra sede solía estar en Fort Point, pero en cuanto la ciudad empezó a construir el puente Golden Gate en los años 30, se convirtió en un riesgo demasiado grande que alguien viera a través del glamour desde arriba —explicó Marcella mientras se acercaban a las puertas principales.

Alguien gritó el nombre de Marcella y detuvo su avance. Al mirar hacia atrás, Sophie reconoció a la mujer del dormitorio del dragón cuando se acercó al grupo a paso ligero. Llevaba el pelo rubio desteñido recogido en un moño severo del que se habían escapado varios mechones. Llevaba una falda larga y gruesa que le llegaba hasta el suelo, con un voluminoso jersey de punto por encima.

—Ésa es Leonie. Es la matriarca de la nidada de dragones de la Isla del Tesoro. Y es miembro del Cónclave —susurró Ruby a Sophie y Emmie—. No le caigo muy bien.

Sophie quiso preguntarle a Ruby qué había hecho para enfadar a la mujer, pero la mujer en cuestión llegó a su grupo antes de que Sophie pudiera decir nada.

—Magistrada Venturi —saludó Leonie, con un tono nítido y formal—. No pensaba que volverías tan pronto. Acabo de enviar a Elías al embrague de Portland para ver si puede captar el rastro de Bramwell o de Boudreaux.

—Excelente. Espero que nuestra información resulte fructífera. Magistrado Kruger, ya conoces a mi ayudante, la señorita Rivers, pero me gustaría presentarte formalmente a sus hermanas, Sophie Feegle y Emmaline Tallis.

Sophie y Emmie tendieron las manos en señal de saludo, pero Leonie las ignoró y se volvió hacia Marcella con una mueca de desprecio.

—Conoces mis sentimientos al respecto. No he dicho nada de que traigas a la asesina en serie a nuestros sagrados terrenos, pero ahora traes a sus hermanas. ¿Qué garantías hay de que estén

menos trastornadas que aquella? —replicó Leonie.

—Yo respondo por todas ellas. Además, Ziad también ha respondido por ellas. Tus preocupaciones son infundadas. A menos que consigas que la mayoría vote a favor de prohibirles la entrada al recinto del Cónclave, no haces más que regurgitar una conversación que ya hemos tenido varias veces. El asunto está zanjado.

Leonie se burló y puso los ojos en blanco.

—Comprendo que es tu amigo, pero el concejal Ziad está comprometido. Creo que su dolor por la muerte de su hijo ha empañado su juicio. Debemos considerar si sigue siendo apto para formar parte del Cónclave.

—¿Y supongo que ya tienes en mente a la persona adecuada para sustituirle? El hombre se merece un periodo de luto sin que los buitres revoloteen en círculos para comerse sus huesos. En cualquier caso, este asunto queda cerrado para el próximo trimestre. Si tanto te preocupa, deberías presentar una proclamación formal de tus preocupaciones a todo el Cónclave en ese momento. Si crees que este asunto es lo bastante acuciante, también puedes solicitar una sesión de urgencia.

—Oh, no creo que sea del todo necesario —respondió Leonie, con palabras rígidas—. Solo quería expresar mi preocupación a un compañero.

—Tomo nota de tus preocupaciones —respondió Marcella, con un tono despectivo.

Leonie chasqueó la lengua contra los dientes, pero no dijo nada más. Cuando empezó a darse la vuelta, se detuvo y dirigió a las tres hermanas una mirada de desconfianza, antes de girar sobre sus talones y regresar a la entrada de la planta baja del dormitorio del dragón, con la espalda rígida y el paso forzado.

Marcella se dirigió a la entrada principal. Sophie observó con cierto interés que las puertas se abrían automáticamente sobre bisagras insonoras sin que Marcella las tocara. Se preguntó si sería magia o tecnología.

Una vez dentro, Marcella se detuvo y se volvió hacia uno de sus dos guardaespaldas.

—¿Puedes ir a buscar a Ziad y advertirle de que Leonie quiere crear problemas?

Sophie estaba demasiado ocupada contemplando el oscuro y elevado atrio como para prestar atención a la marcha del guardaespaldas. La iluminación del interior de la sede era tenue, como Sophie imaginaba que sería la de un castillo antiguo, pero el resto era una mezcla de moderno y antiguo. El suelo era de reluciente mármol blanco veteado, parecido a algo que se encontraría en un piso de lujo, pero las paredes parecían hechas de bloques de piedra apilados de hace cientos de años. Era una sala cavernosa y casi vacía, con solo unas cuantas sillas y mesas ornamentadas que bordeaban el perímetro del espacio.

Sophie esperaba que hubiera gente merodeando, pero no había nadie, ni siquiera un mayordomo o una camarera a la vista.

—Hablando de Ziad —dijo Marcella, guiándolas por el vestíbulo hasta un pequeño ascensor escondido en una esquina trasera—. Sophie, me dijo que había pasado por tu lugar de trabajo para hablar contigo.

—Sí, tenía intención de mencionártelo, pero se me olvidó con todo lo que estaba pasando. Me estaba esperando en la puerta principal del ME cuando me presenté a trabajar anoche. Dijo que solo quería darme las gracias por ayudarme con Cooper. No sé hasta qué punto se ha dado cuenta, pero después de vernos tanto en Murias como en Las Vegas, creía que yo tenía algo que ver con la ayuda para encontrar a los asesinos de Cooper. También mencionó que se ha dado cuenta de que se han resuelto más crímenes en la ciudad desde que empecé a trabajar en la morgue, lo que implica que pensaba que yo también era responsable de eso.

Cuando llegó el ascensor, Marcella entró en él. Todos los demás la siguieron como buenos patitos. Aunque era un ascensor grande, parecía abarrotado con Marcella, uno de sus guardaespaldas y las tres hermanas. Marcella ladeó la cabeza, como si estuviera pensando, y luego respondió con voz pausada:

—Supongo que era inevitable que la gente empezara a darse cuenta y atara cabos. Hablaré con Ziad, pero se puede confiar en él.

—Esa es la sensación que yo también tuve. Me dijo que no necesitaba saber mi implicación y que no necesitaba detalles. Solo quería darme las gracias y hacerme saber que si alguna vez necesitaba algo, podía contar con él.

—Suenas prometedor, y confío en Ziad, aunque pueda ser un poco pretencioso. Creo que seguiré en contacto con él. Leonie no se equivocaba del todo al decir que Ziad no es él mismo en este momento. Sin embargo, perdió un hijo; sospecho que nunca volverá a ser el mismo.

Sophie no podía imaginar por lo que estaba pasando Ziad.

El ascensor se detuvo en la quinta planta. El grupo desembocó en un amplio pasillo de piedra bordeado de tapices entremezclados con cuadros de personas de rostro adusto vestidas con ropas elegantes y anticuadas. Lo único que evitaba que la zona pareciera haberles transportado a la época medieval era la iluminación eléctrica que había sobre sus cabezas y los cristales de las ventanas arqueadas.

Caminaron por el pasillo, siguiendo a Marcella hasta que se detuvo ante una puerta cualquiera que se parecía a todas las demás del pasillo. Llamó a la puerta, pero entró inmediatamente después, sin esperar a que nadie respondiera.

Todos los demás entraron tras ella, pero Sophie entró la última para asegurarse de que podía vigilar todo.

Al cruzar la puerta, Sophie se dio cuenta de que estaban en un apartamento pequeño. Era más o menos del mismo tamaño que su casa en Cafecita.

Estaban en una combinación de salón y cocina. A pesar del día nublado, había una gran ventana al otro lado de la habitación, que dejaba entrar la luz. Delante de la ventana había una mecedora. Había un hombre sentado en la mecedora, de espaldas a la habitación, de modo que Sophie solo podía verle la parte superior de la cabeza canosa. Junto al hombre había una bandeja con comida y una mujer de pelo oscuro que parecía estar dándole de comer.

Cuando todos entraron en la sala, la mujer de pelo oscuro se levantó de su asiento y se acercó a Marcella.

—¿Cómo está hoy, Martina? —preguntó Marcella a la mujer.

—Hace un día bastante bueno. Se está comiendo el almuerzo sin ningún alboroto, y parece estar disfrutando de la vista esta mañana —respondió Martina, indicando la ventana que mostraba una espectacular vista de la bahía de San Francisco.

—Siempre le ha gustado el agua —murmuró Marcella, con una mirada lejana en los ojos. Sacudió la cabeza como si estuviera sacudiéndose los pensamientos. Se volvió hacia la enfermera y puso una mano amistosa sobre el hombro de Martina—. Martina, tengo unos amigos de Nicolo que han venido a visitarlo. Si quieres descansar, yo le vigilaré y te avisaré cuando estemos listos para irnos.

Martina agachó la cabeza dando las gracias y salió corriendo del apartamento sin apenas mirar atrás.

Marcella se acercó al hombre, apartó la bandeja y se arrodilló a su lado.

—Hola, Nicolo. Tengo aquí a alguien que espero que pueda ayudarte.

Marcella hizo señas a todos para que se acercaran. Sophie se acercó lentamente, apartándose

del grupo.

Cuando se acercaron, pudo ver mejor al hombre. Estaba sentado en la mecedora con una manta extendida sobre el regazo. El hombre, Nicolo, era esqueléticamente delgado. Parecía que tuviera la piel tirante sobre los tendones y los huesos. Parecía anciano, casi una momia viviente. Sophie habría pensado que estaba muerto de no ser por el metrónomo subir y bajar de su pecho. Los ojos hundidos del hombre no se apartaban de la vista del agua azul oscuro que había fuera de la ventana, ni siquiera cuando Marcella le agarró una mano y la apoyó en su rodilla cubierta de mantas.

Marcella apartó la mirada del hombre y dirigió a Emmie una mirada penetrante.

—¿Crees que puedes ayudarlo?

Emmie dio un paso adelante, mirando al hombre como si fuera un rompecabezas.

—Es extraño. Su fuerza vital sigue en su cuerpo, pero no está unida correctamente. Es como si su alma y su cuerpo estuvieran desalineados. ¿Tiene sentido? —murmuró Emmie a Marcella.

Sophie vio cómo la esperanza florecía brillante y resplandeciente en el rostro de Marcella. Asintió enérgicamente. Con una mirada desgarradoramente esperanzada, Marcella miró al hombre y luego volvió a mirar a Emmie.

—¿Crees que puedes arreglarlo? ¿Puedes ayudarlo?

Emmie se encogió de hombros, pero parecía distraída. No podía apartar los ojos de Nicolo. Se acercó al hombre con la mano extendida de forma decidida. Se detuvo justo antes de tocarle el hombro. Miró a Marcella.

—¿Puedo?

Marcella asintió, susurrando un ferviente “por favor”.

Emmie se quitó los guantes y se los metió en un bolsillo; luego, apoyó una mano en el hombro del hombre. El silencio se prolongó durante varios largos minutos llenos de expectación, pero no parecía ocurrir nada.

Sophie observó cómo el rostro de Emmie parecía contraerse por el esfuerzo. Finalmente, con un estremecimiento, Emmie retiró la mano y se apartó del lado de Nicolo. Sophie miró a Emmie y a la figura inmóvil de Nicolo, esperando algún indicio de lo que podía ocurrir a continuación. Todos los demás estaban congelados y en silencio, atrapados por la creciente expectación.

Pero nada cambió. Nicolo seguía sentado en su silla, mirando sin ver por la ventana. Sophie no sabía qué había esperado que ocurriera, pero no había esperado nada.

Cuando Marcella pasó rozándola, Emmie se apartó rápidamente de su camino y volvió a ponerse los guantes. Marcella se deslizó en el espacio dejado por Emmie y tocó el brazo del hombre.

—¿Nicolo? ¿Puedes oírme? Por favor, dime si puedes oírme.

Sophie casi se sobresalta cuando la cabeza del hombre se giró lentamente y miró a Marcella.

—¿Cici? —su voz apenas era más que un susurro.

Marcella emitió un pequeño sonido como el gruñido de alguien que recibe un puñetazo. El jadeo sonó como si se lo hubieran sacado de las entrañas, y hablaba de una profundidad de dolor y alivio que Sophie no podía imaginar. De algún modo, le hizo pensar en Ziad.

—Cici, ¿eres tú? —preguntó Nicolo. Parecía perdido y confuso. Sophie se preguntó si padecería algo parecido a un principio de Alzheimer.

—Sí, soy yo, Nicky. Estoy aquí —susurró Marcella, con la voz entrecortada por un sollozo.

—¿Qué te pasa, Cici? ¿Por qué lloras?

Sophie se apartó para dar intimidad a los dos mientras se abrazaban y hablaban. Nicolo levantó una mano temblorosa para apartar con ternura el pelo de Marcella. Sophie se preguntó

qué eran el uno para el otro mientras mantenían una conversación en voz baja, con las frentes casi juntas.

Sophie miró a Emmie, llena de orgullo por ella. Emmie tenía una expresión extraña en la cara: parecía casi molesta. Sophie se acercó a ella y le dio un codazo en la mano.

—¿Estás bien?

Emmie se sacudió como si estuviera saliendo de sus pensamientos.

—Sí, lo siento. Creo que podría haberlo hecho mejor.

Sophie contuvo su burla, pero hizo un gesto con la mano hacia Marcella y Nicolo.

—Date un respiro. Lo has hecho muy bien.

Ruby se amontonó al otro lado de Emmie, abrazándola.

—Has estado increíble. Eres una estrella del rock.

Sophie disfrutó del sonrojo de Emmie ante aquella atención.

Marcella se levantó de su cucullas junto a Nicolo, distrayendo a Sophie de las burlas que había planeado dirigir a Emmie.

Marcella se acercó a Emmie y la abrazó. Sophie la oyó susurrar fervientemente:

—Gracias. Gracias por devolvérmelo.

Tras un largo momento, Marcella soltó a una Emmie que parecía satisfecha. Marcella se dio la vuelta y tiró de Sophie para estrecharla en un fuerte abrazo. Sophie soltó un gruñido de sorpresa y palmeó suavemente la espalda de Marcella, intentando no contonearse demasiado ni actuar como una bicho raro. Abrazar a Marcella le resultaba extrañamente incómodo. Nunca lo admitiría en voz alta, pero a Sophie le daba un poco de miedo aquella mujer. Era como se imaginaba que se sentiría al ser atraída por el cálido abrazo de un velociraptor.

A continuación, Marcella abrazó a Ruby, que no parecía albergar las mismas reservas que Sophie. Marcella se apartó del abrazo pero sostuvo a Ruby un momento después, como haría una abuela con su nieto para admirarlo. Marcella apartó la mirada de Ruby y dirigió a Sophie y Emmie -que estaban apretujadas una junto a la otra- una mirada cálida, casi maternal.

—Gracias por todo lo que han hecho. No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado. Tendré que enviarle a Reggie un regalo extravagante por arriesgarse con una chica humana y darle trabajo en la morgue.

—Necesita un nuevo escritorio en su despacho —informó Sophie a Marcella. Ella le dio las gracias con un gesto de la cabeza.

Marcella les dirigió a cada uno una mirada solemne por encima de la cabeza de Ruby.

—No se lo digas a nadie. No queremos que nadie relacione su visita con la recuperación de Nicolo. Espero que pueda recuperar fuerzas en secreto, y lo reintroduciremos más tarde, cuando nadie relacione su recuperación y su visita.

Sophie, Ruby y Emmie dieron su palabra.

Soltando por fin a Ruby, Marcella se volvió hacia el guardaespaldas que le quedaba.

—Pieter, por favor, escolta a las hermanas de vuelta al recinto de los loberos irlandeses. Luego reúnete conmigo aquí.

—Sí, señora —respondió Pieter en tono formal. Se volvió hacia Sophie, Ruby y Emmie—. Síganme, señoras....

Sophie se volvió para despedirse de Marcella, pero cuando miró, vio que estaba de nuevo con Nicolo, sumidos en una conversación. No le pareció bien inmiscuirse en su momento de intimidad, así que Sophie se dio la vuelta y siguió al guardaespaldas fuera de la habitación.

Cuando entraron juntos en el ascensor, Sophie se dio cuenta de que Pieter no dejaba de echar miradas de admiración a Emmie, como si estuviera en presencia de un héroe.

—¿Quién era ese hombre, Pieter? —preguntó Ruby. Parecía tener una fácil familiaridad con el guardaespaldas, lo cual, supuso Sophie, tenía sentido si Ruby era la sombra de Marcella en el trabajo todos los días.

—Era Nicolo Venturi. El hermano mayor de Marcella.

Hermano mayor, pensó Sophie. *Bueno, eso explica los apodos.*

—¿Qué le pasó para que se le separara así el alma? —preguntó Emmie.

—Le tendió una emboscada un comealmas mientras realizaba una misión. Tuvimos suerte de que alguien se tropezara con el ataque y ahuyentara al comealmas antes de que acabara su trabajo —explicó Pieter.

—¿Un comealmas? —respondió Ruby, adelantándose a Sophie.

—Es más o menos lo que crees que es. Son muy parecidos a los vampiros, salvo que se alimentan de almas en vez de sangre. Solo el poder de Nicolo impidió que le consumieran por completo. Fue un milagro que sobreviviera.

Qué bonito, pensó Sophie con un escalofrío. El tono de Pieter cuando hablaba de Nicolo hacía pensar a Sophie que sentía un enorme respeto y reverencia por el hermano de Marcella.

—Cuando Nicolo quedó incapacitado, Marcella asumió su papel de jefa del Cónclave. Estar a cargo de todos los Míticos de la ciudad y alrededores es una carga colosal. Marcella ha estado increíble en su inesperado papel, pero sé que se alegrará de volver a contar con la experiencia de su hermano. No puedo imaginar lo emocionada que debe de estar, y no solo por su experiencia al frente del Cónclave. Estaban increíblemente unidos antes de que enfermara.

Sophie se preguntó si Nicolo volvería a ocupar el sitio de Marcella en la cabecera de la mesa ahora que había regresado.

—¿Cuánto tiempo llevaba así? —preguntó Sophie.

Pieter se tomó un momento para pensarlo.

—Creo que cuatro o cinco años.

Sophie no podía imaginarse estar atrapada en ese estado durante varios años. Se preguntó si había sido consciente de su entorno durante ese tiempo. La idea la llenó de una especie de horror claustrofóbico.

—Marcella ha estado intentando curarle todo el tiempo. Ha traído a todo tipo de usuarios de magia de casi todos los rincones del planeta. No puedo exagerar lo mucho que esto significa para ella. Ya las quería, chicas, pero ahora... podrían pedir la luna, y ella intentaría conseguírselas —dijo Pieter.

—¿Ah, sí? —ronroneó Ruby—. ¿Crees que me regalaría un Maserati si se lo pido?

Sophie interrumpió a Pieter antes de que pudiera responder a la escandalosa sugerencia de Ruby.

—No vas a utilizar lo que Emmie hizo por Marcella y su hermano para escabullirte del Cónclave.

—*En realidad* no iba a pedir un Maserati. Me conformaría con un Corvette. ¿Has visto los nuevos? Son tan bonitos.

—¿Tienes siquiera carné de conducir? —espetó Sophie, haciendo callar a su avariciosa y codiciosa hermana.

Cuando se abrió la puerta del ascensor que conducía a la planta baja, Sophie vio pasar a Mim a grandes zancadas. Antes de que pudiera siquiera saludarle, Ruby estaba chillando su nombre, haciendo zumbir los oídos de Sophie.

Ruby salió corriendo del ascensor y fue a parar a los brazos de Mim.

—¡Mim! ¡Te he echado tanto de menos!

Sophie puso los ojos en blanco ante sus payasadas. Apenas habían pasado unos días desde la última vez que vieron a Mim.

—¿Quién es? —susurró Emmie a Sophie.

—Es su compañero de compras —respondió Sophie—. Y nuestro ayudante si alguna vez nos envían a alguna misión del Cónclave. Deja que te presente.

CAPÍTULO 21



—Me alegro mucho de volver —le anunció Sophie a Reggie mientras llevaba en silla de ruedas al siguiente paciente de autopsia de la noche—. Creo que los cadáveres me han echado de menos.

Reggie resopló desde la estación de lavado, con los codos metidos hasta el fondo en agua jabonosa.

—Entonces, ¿no tengo que preocuparme de que vayas a huir para empezar una nueva vida como corista en Las Vegas?

Sophie se burló y le puso cara de tonta. Estaba tan contenta de volver a la morgue que casi le daba vértigo. No es que no disfrutara yendo de aventura a Las Vegas, pero la morgue se había convertido en su santuario.

—¿Y tener que llevar tacones y mallas todas las noches? No, gracias.

Sophie colocó en su sitio la camilla con la bolsa para cadáveres encima. Miró la bolsa negra con cremallera e intentó imaginar la extraña muerte que aguardaba en su interior. Casi todas las noches en la morgue había una nueva y extraña forma en que un Mítico se las arreglaba para suicidarse. Por supuesto, había muertes mucho más mundanas, como sobredosis y ataques al corazón, pero el turno de día nunca había tenido que lidiar con una arpía que hubiera volado accidentalmente hacia los cables de alta tensión. Cuando había llegado aquel cadáver la semana anterior, la sala de autopsias había olido a pavo asado durante el resto de la noche, recordando incómodamente a Sophie el Día de Acción de Gracias.

—Sigo sin entender cómo una sirena puede morir ahogada. ¿No son criaturas marinas o algo así? —preguntó Sophie, recordando la autopsia anterior.

—Bueno, creo que tenía más que ver con todo el alcohol que había consumido antes que con su condición de criatura marina —se burló Reggie.

Sophie sacó el móvil del bolsillo de la bata para mirar la hora disimuladamente, pero Reggie la pilló en el acto y sacudió la cabeza con una sonrisa burlona. Sophie hizo una mueca al notar su sonrisa cómplice.

—Lo siento. Es que Emmie llegará en cualquier momento. Me hace ilusión que la conozcan.

Reggie se acercó y chocó una cadera contra la de Sophie, sin querer verse obligado a volver a lavarse las manos ahora que estaban desinfectadas.

—Lo entiendo. A nosotros también nos hace ilusión conocerla. Fitz mencionó que era simpática cuando la conoció esta mañana.

Sophie se sintió un poco mal, ya que al principio a ninguno de sus amigos les había agradado

Ruby ni habían confiado en ella, y se habían dejado llevar por la aversión y la incomodidad iniciales de Sophie hacia ella. Para ser justos, Ruby había empezado su relación como una asesina en serie y una acosadora. A pesar de su comienzo menos que estelar, Ruby había conseguido colarse en el grupo de amigas de Sophie en poco tiempo. Tras luchar a su lado en el bosque contra la manada de lobos del Distrito del Atardecer durante el Festival de la Luna del Cazador, se había consolidado como parte del grupo. Ace la había convertido en miembro oficial de los Anómalos poco después de que regresaran de Murias; también es cierto que en aquel momento estaba borracho tras probar una pinta de la cerveza especial para ogros de Burg.

—Sí, Reggie, me gustó mucho lo bien que parecían.

La voz de la señorita Zhao llegó por el sistema de altavoces, cortando las palabras de Sophie.

—Señorita Feegle, tienes invitados esperándote en el vestíbulo.

Sophie pulsó el botón de respuesta del interfono.

—Vale, gracias, señorita Zhao. Por favor, avisa a Emmie de que voy para allá.

Sophie miró la camilla que acababa de hacer rodar hasta la sala de autopsias, molesta por tener que tomarse el tiempo de hacerla rodar de nuevo hasta la nevera, ya que no estaba segura de cuándo volverían a ella.

—Yo me ocuparé de eso. Ve a buscar a tu hermana —dijo Reggie, echándola de la habitación.

—¡Gracias, Reg! —respondió Sophie, que ya se alejaba a toda prisa.

Sophie estuvo a punto de atravesar las puertas batientes del vestíbulo. Enseguida vio a Emmie esperando junto a la mesa de la señorita Zhao. Pieter estaba a unos metros, con aspecto severo y amenazador. Desde luego, se tomaba muy en serio su trabajo. Estaba a metro y medio de un dilong; probablemente podría relajarse un minuto con la señorita Zhao salvaguardando el edificio y a sus ocupantes. Después de todo, podía transformarse en un dragón chino del tamaño de un avión de carga.

—¡Emmie! —gritó Sophie. Su hermana levantó la vista, distraída de la conversación que mantenía con la señorita Zhao.

Sophie se apresuró a acercarse.

—Señorita Zhao, me gustaría presentarte a mi hermana, Emmaline Tallis. Emmie, ésta es la señorita Zhao.

—Encantada de conocerte, querida —dijo la señorita Zhao, dándole un apretón de manos a Emmie, inclinando la cabeza en señal de saludo.

Eso hizo feliz a Sophie. Hacía unas semanas que se había dado cuenta de que si la señorita Zhao llamaba “querida” o “querido” a alguien, le caía bien.

Sophie se dio cuenta de que estaba sonriendo a las dos como una tonta. Intentando borrar la expresión idiota de su cara, se volvió hacia Pieter y le presentó a la recepcionista. La señorita Zhao le saludó cortésmente antes de hacer que ambos firmaran.

Pieter les hizo saber que esperaría a Emmie en el vestíbulo. Le dirigió una mirada severa y le hizo prometer que le encontraría cuando estuviera lista para marcharse. Emmie dio su palabra, así que él buscó un asiento junto a la puerta principal.

Deseando a ambas hermanas una buena noche, la señorita Zhao abrió la puerta de atrás.

—Gracias, señorita Zhao —llamó Sophie por encima del hombro mientras salían del vestíbulo.

Sophie se dirigió inmediatamente al despacho que compartían Ace, Fitz y Amira. Llamó al marco de la puerta para anunciar su llegada, contenta de no tener que buscar a nadie; los tres estaban en sus mesas. Fitz se levantó inmediatamente de la silla, con cara de bienvenida.

—Emmie, me alegro mucho de que hayas podido venir. ¿Te duele mucho el entrenamiento de esta mañana?

Emmie gimió dramáticamente.

—Me duelen mucho. Siento las piernas como si estuvieran hechas de bloques de cemento. No sé cómo haces eso varias veces a la semana.

—Bueno, después de la última vez que me patearon el culo en una batalla a la que Sophie consiguió arrastrarme, decidí que necesitaba aprender a luchar.

Sophie emitió un sonido de indignación.

—¿Perdona? ¿Te he arrastrado a las batallas? Pssh, sigues metiéndote en la refriega tú solo.

Fitz se rio a carcajadas.

Sophie observó, con el corazón prácticamente brillándole en el pecho, cómo Fitz presentaba a Emmie a Amira y Ace. Emmie se rio de algo que dijo Ace. Sophie solo podía imaginar qué cosa cascarrabias le estaría diciendo a ella. Reggie apareció en silencio junto al codo de Sophie, uniéndose a ella para observar cómo Emmie conocía a sus amigos. Emmie debió de sentir que la observaba porque levantó la vista y le dedicó a Sophie una sonrisa de felicidad.

—Emmie —gritó Sophie—. Ven a conocer a mi jefe.

Emmie dijo algo a Fitz, Ace y Amira que Sophie no pudo oír antes de acercarse a ella y a Reggie. Sophie los presentó y luego dio un paso atrás para dejar que Emmie ejerciera su discreto encanto sobre su jefe.

Sophie se acercó a sus amigos.

—Eh, vamos a ver si Emmie puede tener visiones de la muerte dentro de un minuto, pero después, ¿quieren unirse a nosotras para comer antes de que tenga que irse? Sé que normalmente comemos más tarde, pero pensé que estaría bien pasar un rato juntos antes de que vuelva a la casa del clan.

Aceptaron encantados, así que Sophie se ofreció a buscarlos cuando acabaran en la sala de autopsias.

Cuando Sophie se volvió hacia Reggie y Emmie, vio que estaban ocupados hablando en voz baja. A Sophie le preocupó un poco la cara de preocupación de Emmie.

—¿Va todo bien? —preguntó Sophie mientras se acercaba lentamente a ellos, sin querer meterse en medio de lo que parecía una conversación privada.

—Todo va bien —prometió Emmie a Sophie—. Le he dicho a Reggie que me asusta un poco estar cerca y tocar un cadáver. Me ha asegurado que no es tan malo como me imagino.

Los instintos protectores de Sophie saltaron a la palestra.

—Oye, no tienes por qué hacer esto. No importa que tengas la misma habilidad que yo. Ya tienes tu propio don. Esto solo era una prueba para ver si podías tener visiones, pero hay muchas probabilidades de que no puedas. Ruby no puede.

Emmie puso una mano suave en el brazo de Sophie, deteniendo su divagación.

—No pasa nada. Me parece asqueroso, pero no creo que salga de aquí traumatizada ni nada parecido.

Reggie ofreció un codazo caballeroso a Emmie.

—Venga. Acabemos con esto y verás que no es tan malo.

Con una risita, Emmie metió la mano en el codo de Reggie y dejó que la condujera a la sala principal de autopsias.

Cuando entraron, Sophie vio una camilla con una bolsa para cadáveres que ya les esperaba. De repente se preguntó por el estado del cadáver que había dentro de la bolsa. Sophie no quería molestar a Emmie mostrándole uno de los muchos cadáveres sangrientos y destrozados que

disponían.

Al acercarse corriendo a la camilla, Sophie se sintió aliviada al ver que se trataba de la sirena de antes. El estado del cuerpo de la sirena fallecida no tenía nada de asqueroso: ni desgarros, ni roturas, ni entrañas expuestas. Era un buen cuerpo de iniciación para los no iniciados. En general, la sirena tenía un aspecto normal, salvo por un ligero tinte azulado en la piel.

Emmie se unió a Sophie junto a la camilla y miró el cadáver con los ojos muy abiertos.

—¿Es la primera vez que ves un cadáver? —preguntó Sophie.

—¿Quizá? —dijo Emmie encogiéndose de hombros, sin levantar la vista de la forma inmóvil de la sirena—. Cuando murieron mis padres, tuve que identificar sus cuerpos, pero Marcella dice que probablemente fue un recuerdo implantado. Así que... no estoy segura.

Sophie contuvo la respiración mientras Emmie acercaba una mano lenta y temblorosa a la sirena. Cuando su mano tocó el hombro de la sirena, Emmie se apartó con un grito ahogado.

—¿Has visto algo? —preguntó Sophie, manteniendo la voz suave y tranquilizadora, con la esperanza de no asustar más a su hermana.

—No. No esperaba que fuera tan fría y dura. Solo fue una sorpresa, eso es todo.

Cuando Emmie tocó la sirena por segunda vez, ésta no volvió a reaccionar, aparte de un chasquido al tragar saliva. Emmie mantuvo la mano sobre el cuerpo durante un largo rato antes de apartarla y mirar a Sophie con expresión perpleja.

—Creo que no he sentido nada. ¿Qué se supone que tengo que ver?

Sophie se rascó la cabeza, intentando pensar en una forma de describir su don.

—Suele aparecer como una historia en mi cabeza. A veces experimento la muerte en primera persona, como si me estuviera ocurriendo a mí, pero eso no ocurre muy a menudo. Pienso en ello como si viera una película en mi mente.

—¿Por qué unas veces experimentas la muerte y otras no? —preguntó Emmie.

—Aún no lo hemos averiguado. Creemos que puede deberse a que mi magia está más estrechamente alineada con un tipo concreto de persona. También hemos teorizado que cuanto más intensas sean las emociones de la persona, más probabilidades hay de que me vea arrastrada a las visiones. Pero, sinceramente, no estamos seguros de cómo funcionan mis habilidades ni de por qué son incoherentes.

Emmie se limitó a decir:

—Huh —luego se volvió hacia la sirena e intentó obtener una lectura una vez más. Tocó a la mujer durante varios minutos con la cara contraída por la concentración. Al cabo de unos minutos, Emmie se apartó, abrió los ojos y encogió los hombros ante Sophie.

—No vi ni sentí nada. Quizá lo estoy haciendo mal.

Emmie se limpió la mano en los vaqueros como si intentara deshacerse de la sensación del tacto frío y húmedo de la piel de la sirena muerta. Sophie comprendió perfectamente aquel impulso.

—No hay forma de hacerlo mal. Las visiones aparecen o no, así que podemos decir con seguridad que no tienes visiones de muerte. Imaginamos que sería así de todos modos.

Sophie miró a Reggie para asegurarse de que estaba ocupado al otro lado de la habitación.

—¿Y su alma? ¿Aún puedes sentirla? ¿Podrías devolverle la fuerza vital a su cuerpo, como hiciste con Nicolo? —susurró Sophie, asegurándose de hablar lo bastante bajo para que Reggie no pudiera oírla. Aunque confiaba plenamente en él, no era su secreto.

—No. Su alma hace tiempo que desapareció. No puedo sentirla en absoluto. No sé qué le ocurre al alma o a la fuerza vital de alguien cuando muere, pero una vez muerto, desaparece. Lo único que sé es que no puedo sentirla ni acceder a ella.

—Eso está bien. Lo último que necesita esta ciudad son zombis —bromeó Sophie, con la esperanza de arrancarle una sonrisa a Emmie.

Emmie resopló.

—Cierto. Nadie quiere zombis.

—Si iniciaras un apocalipsis zombi, Ruby nunca te dejaría vivir.

Hablar de zombis hizo que Sophie pensara en Colma, y en la primera vez que había empezado a sentir algo más que irritación por Mac. ¿Quién le iba a decir aquel día en que apenas podía tolerar su presencia, revisando la tumba de Zhang Liu, que se enamoraría del detective Malcolm Volpes? Acababa de empezar a comprender su capacidad, y Mac le había estado respirando en la nuca, pensando que no era más que una alborotadora sabelotodo.

Ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que Mac no estaba del todo equivocado. Pero ahora le gustaba a pesar de ello, o a causa de ello.

—Vamos a lavarnos y a comer algo. No tenemos nada más que hacer aquí, pero me encantaría que pasaras más tiempo conociendo a todo el mundo. Se nota que ya les caes bien.

Reggie se ofreció a devolver la sirena a la nevera, así que las hermanas se dirigieron al comedor. De camino, Sophie asomó la cabeza en el despacho del equipo, invitándoles a reunirse con ella, Emmie y Reggie.

Una vez que se reunieron, Emmie se sentó a la mesa rayada de la sala de descanso. Sophie abrió la nevera y cogió los bocadillos que había traído. Reggie entró en la habitación y rodeó a Sophie por la nevera para coger su comida con la facilidad de alguien tan acostumbrado al otro que las burbujas de espacio personal ya no existen.

—Tengo jamón, pavo y verduras. ¿Qué te apetece? Es de mi tienda de bocadillos favorita —preguntó Sophie, tendiéndole los bocadillos a Emmie para que los examinara.

Emmie señaló el pavo. Sophie pensó que podía llevarse el jamón y ofrecerle el bocadillo vegetariano a Fitz. No era vegetariano, pero comía muy poca carne y prefería el pan, las ensaladas y las sopas a casi cualquier otra cosa. Sophie empezó a sentarse, dispuesta a zamparse el bocadillo, cuando recordó a Pieter sentado en el vestíbulo con la única compañía de la señorita Zhao. La señorita Zhao nunca se unía a ellos en el almuerzo, pues prefería comer en su mesa y vigilar sus dominios.

—¿Les importa que invite a Pieter a unirse a nosotros? Está sentado en el vestíbulo esperando a Emmie, así que me sabe mal que le privemos de cenar.

—¿Quién es Pieter? —preguntó Reggie.

—Es el guardaespaldas temporal que Marcella asignó a Emmie hasta que capturen a Boudreaux. Suele ser la sombra de Marcella, así que probablemente lo hayas visto antes. Parece un muñeco Ken en cueros —explicó Sophie—. Ya lo sabe todo sobre mí, así que no hay secretos que debamos preocuparnos por sacar a la luz.

—El muñeco Buff Ken no acota exactamente cuál de los guardaespaldas de Marcella tenemos aquí. Sin embargo, no me molestará que se una a nosotros si no les molesta a ninguno de ustedes —dijo Reggie con un gesto de la mano.

Sophie salió al vestíbulo. Encontró a Pieter donde lo había visto por última vez, sentado y mirando estoicamente a la nada. Su falta de expresión le hizo pensar en un androide apagado.

—¿Va todo bien? —preguntó Pieter, empezando a levantarse de la silla cuando se dio cuenta de que Sophie se dirigía directamente hacia él.

—Todo va bien. Pero me sobra un bocadillo y quería saber si te gustaría cenar con nosotros.

Cuando Pieter vaciló, como si no estuviera seguro de su acogida, Sophie le tendió los dos bocadillos para que los examinara.

—Ven con nosotros. ¿Te gusta el de jamón o el vegetal?

Sophie apostaría su sueldo a que a Pieter le gustaba la carne. Su apuesta dio resultado cuando él señaló el jamón.

Cuando Sophie volvió a entrar en la sala de descanso con Pieter pisándole los talones, la sala enmudeció temporalmente ante su entrada. Casi llenó el marco de la puerta cuando vaciló un momento y luego, con movimientos precisos, tomó asiento entre Fitz y Amira. Saludó con la cabeza a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa.

—Hola chicos, éste es Pieter. Le han asignado la protección de Emmie —dijo Sophie.

—Me alegro de volver a verte —saludó Reggie, tendiéndole la mano. Pieter la estrechó breve y firmemente. Todos los demás saludaron, y Pieter inclinó la cabeza hacia cada persona.

Desenvolvió el bocadillo con cuidado y empezó a comer de un modo que a Sophie le recordaba claramente a un metamorfo: eficiente y rápido. Sus modales en la mesa eran impecables, pero se terminó el bocadillo en cuatro bocados. Sophie tenía la impresión de que Pieter era Fae, pero ya no estaba tan segura. Le habían dicho que el Cónclave estaba poblado principalmente por Fae, pero aquella misma tarde había conocido a un dragón que era miembro del grupo. Así que era posible que Pieter fuera un metamorfo de algún tipo.

Por la forma en que el hombre lanzaba miradas furtivas a Amira, Sophie supuso que estaba deslumbrado por la belleza y la elegancia de su amiga. Amira era una de esas mujeres que parecían delicadas a primera vista, con unos ojos grandes y oscuros por los que los hombres se volvían locos. Sin embargo, su aspecto engañaba. Como metamorfa felina, Amira poseía la actitud felina estereotipada. Muchos hombres se habían encontrado con sus garras figurativas y literales en el cuello cuando intentaron tratarla como a una muñeca de porcelana o una gatita sexual.

Afortunadamente, Pieter no actuó de acuerdo con su enamoramiento. Se limitó a mirar furtivamente a Amira.

—Cuéntanos todo sobre Las Vegas —pidió Reggie—. Anoche solo nos diste un breve repaso, pero quiero que me lo cuentes todo. ¿Pudiste ver el interior del ring de lucha?

—Sí, como miembro de los Anómalos, no me gusta que nos hayan dejado atrás —se quejó Ace juguetonamente—. La próxima vez, nos presentaremos como hicimos en Murias.

—¿Anómalos? —repitió Emmie, mirando confusa alrededor de la mesa.

—Es el nombre de nuestro equipo de lucha contra el crimen —explicó Amira con indiferencia—. Puede que aún no lo sepas, pero ya eres miembro de los Anómalos.

—Anómalos es el nombre de su equipo de lucha contra el crimen —repitió Emmie lentamente. Amira, Fitz y Ace empezaron a contar la historia de la excavación de la tumba de Liu. Reggie se sentó y escuchó la historia con una sonrisa afectuosa. Pieter parecía intrigado. Sophie había dado por sentado que lo sabía todo sobre ellos, pero tal vez no lo supiera todo.

—Oh, sí, fue un verdadero ejercicio de formación de equipos —bromeó Sophie cuando terminaron su historia—. Algunos hacen caídas de confianza o cursos de desafío, pero aquí lo llevamos al siguiente nivel y excavamos cadáveres.

—No olviden la vez que tuvimos que deshacernos de aquel chacal metamorfo muerto en el crematorio del primo de Fitz —les recordó Ace.

—¿Un chacal muerto? —preguntó Sophie, intentando recordar de qué estaba hablando.

—Ya sabes, el que persiguió a Mac y fue atropellado por un coche. Ocurrió justo después de que tuvieras la visión de Edwyn matando a ese tipo del Cónclave.

Sophie asintió con la cabeza en señal de recuerdo. Edwyn había matado a un Fae llamado Atticus para hacerse con una clavis, una roca que almacenaba y potenciaba el poder de la magia.

Sophie se sacudió el recuerdo del horrible asesinato de Atticus.

—Oye, deja de traumatizar a mi hermana con tus historias. No suele haber tanta locura por aquí —intentó asegurar Sophie a Emmie, pero ésta parecía estar engullendo las historias.

Al cabo de un rato, Sophie sorprendió a Pieter consultando su reloj. Cuando Sophie le enarcó una ceja, él le explicó que había prometido llevar pronto a Emmie a la casa del clan.

Todos se levantaron cuando lo hizo Emmie, diciéndole lo agradable que era pasar el rato. Cada uno de los Anómalos la abrazó rápidamente, incluso Ace.

—La acompañaré fuera y luego volveremos al trabajo, ¿vale? —preguntó Sophie a Reggie. Él le hizo un gesto y le dijo que se tomara su tiempo.

Sophie acompañó a Emmie y Pieter a la salida, saludando con la mano mientras los veía entrar en un vehículo del Cónclave y alejarse.

Cuando Sophie volvió a entrar en la sala de descanso, la conversación se había apagado. Miró a sus amigos, que miraban a cualquier parte menos a ella.

—¿Qué pasa? ¿No les ha agradado Emmie?

—Emmie es estupenda —dijo Fitz, levantando las manos a la defensiva ante el tono de Sophie—. A todos nos cae bien. En realidad, nos preocupa más cómo te comportas con ella.

Sophie se echó hacia atrás, sorprendida. De todo lo que podían haberle dicho sus amigos, nunca habría pensado que tendrían un problema con ella.

—¿De qué están hablando? ¿Qué he hecho?

—Bueno... —empezó a decir Ace, mordiéndose el labio como si quisiera contener lo que iba a decir—. Por la forma en que hablabas de ella, pensé que sería esa delicada florecilla que necesitaba que la protegieran a toda costa y que tenía miedo de su propia sombra. Pero no es así en absoluto; estaba bien. Es más dura de lo que crees.

No tenían derecho a decirle cómo actuar respecto a su hermana. No sabían por lo que había pasado Emmie. Sophie estaba allí y había visto lo duro que era todo aquello para ella. Se quedó con la boca abierta, dispuesta a decirles a sus amigos que se metieran su preocupación por donde les daba la gana, cuando Amira interrumpió su perorata.

—Vi un video en el que un pitbull adoptaba a un pato bebé y lo sobreprotegía. El perro se cernía sobre el pato mientras comía y no dejaba que nadie se le acercara —Amira le dirigió una mirada penetrante—. Tú eres el pitbull en este escenario. Sabes que Emmie es una adulta que no necesita tu protección constante, ¿verdad? No es tu patito.

Sophie exhaló un suspiro.

—Sé que no es mi patito —no era una afirmación que Sophie se hubiera imaginado jamás diciendo—. Es solo que... hay algo en ella que dispara mis instintos protectores. Pero... entiendo lo que dices. Me echaré atrás.

CAPÍTULO 22



Está de pie en el minúsculo cuarto de baño, agarrada a los bordes de la encimera, mirándose al espejo. Se lanza una mirada de irritación y disgusto.

—Oh, pobre Emmie —le gruñe a su reflejo—. ¿Esto es demasiado duro para ti? ¿Qué vas a hacer al respecto? Deja de quejarte inútilmente. Tienes suerte de estar aquí. Ahora ésta es tu vida. Acostúmbrate a ella. Puedes tumbarte y abandonar si te resulta demasiado difícil. Ve a esconderte en un agujero. Eso es lo que se te da bien, ¿verdad?

—¿Ya has terminado de quejarte? Porque estoy harta.

Se mira fijamente al espejo, con el enfado y la pena luchando por el control en su interior.

Finalmente, exhala un suspiro agravado.

—Eso es lo que pensaba. Ahora vamos a volver ahí fuera, nos comeremos el almuerzo que nos ha servido Riona y les demostraremos que estamos bien.

Se echa un último vistazo, se despeina y se alisa la ropa, antes de salir del cuarto de baño.

* * *

SOPHIE SE DESPERTÓ y buscó automáticamente su diario antes de darse cuenta de lo que había soñado. Al ver que el diario no estaba en su lugar habitual en la mesilla de noche, tardó un momento en recordar que se lo había prestado a Emmie. No había tenido ningún sueño que pudiera recordar hasta éste, así que no le había sido útil hasta ahora. Entonces Sophie se dio cuenta de lo que había soñado. Había presenciado accidentalmente a Emmie durante un momento de intimidad.

Sophie se sentó en la cama y se apretó la manta contra el pecho, pensando en lo que acababa de observar. Después de que Amira la hubiera sermoneado por mimar a Emmie la otra noche, Sophie se había echado atrás con la postura de madre gallina. Seguían entrenando y combatiendo con Paddy cada mañana y a menudo compartían el desayuno y, de vez en cuando, la cena, pero Sophie había intentado dar más espacio a Emmie para que encontrara su propio equilibrio en el mundo mítico. Amira estaba segura de que a Emmie le estaban sentando bien todos los cambios que le habían lanzado. Pero lo que Sophie acababa de presenciar decía lo contrario. Debería hablar con ella más tarde para ver si Emmie necesitaba a alguien con quien hablar.

Fue una decisión fácil no escribir el momento privado de Emmie. Todo el mundo tiene momentos de duda y miedo, y Sophie no creía *que ella* debiera haber estado al tanto del arrebato

de Emmie, y mucho menos nadie más. De ninguna manera quería que la jefa Dunham, Marcella o cualquier otra persona del Cónclave leyera un relato del breve y justificado ataque de nervios de Emmie.

Sophie comprobó la hora en el reloj de su mesilla de noche. El sueño la había despertado un par de horas antes de lo habitual. Sin embargo, era imposible que pudiera volver a dormirse después de ver la lucha de Emmie.

—Será mejor que vea si Birdie está ocupada —murmuró Sophie, tirando a un lado la manta.

* * *

VEINTE MINUTOS DESPUÉS, Sophie llamó a la puerta de Birdie, con el pelo aún húmedo por la ducha. La voz de Birdie pidiendo a quienquiera que estuviera en la entrada que “aguantara” hizo que una sonrisa se dibujara en el rostro de Sophie.

La puerta se abrió un resquicio y uno de los pálidos ojos azules de Birdie la miró con desconfianza. Sophie no entendía por qué Birdie nunca utilizaba su mirilla para comprobar quién había en el pasillo antes de abrir la puerta, pero se limitó a aceptar que Birdie hacía las cosas a su manera y punto.

—¿Cuál eres tú? —bromeó Birdie, entrecerrando los ojos como si intentara ver mejor a Sophie.

—Muy graciosa, Birdie. Como si no lo supieras.

—Las botas de combate y la camiseta *desteñida* te delatan. Entra antes de que se te escape todo el calor —le sermoneó Birdie, abriendo la puerta para dejar pasar a Sophie.

Ginsberg intentó escapar, escabulléndose entre las piernas de Sophie, pero ella consiguió agarrar al aguerrido felino y cogerlo en brazos. Lanzó un aullido de disgusto, pero se calmó enseguida cuando ella le rascó bajo la barbilla.

—Niño travieso —le sermoneó Sophie, pero Ginsberg no pareció inmutarse ante su reprimenda.

Sophie entró en el apartamento y se dirigió al sofá. Ginsberg se retorció en sus brazos, harto ya de estar acurrucado. Sophie lo puso en pie, y él corrió hacia Birdie y le rodeó los tobillos, ronroneando como un motor acelerado.

Sin preguntar si Sophie quería un poco, Birdie se dirigió a la cocina para empezar a preparar té.

—¿Te he dicho que Colleen ha roto con William? Está viviendo con un chico recién llegado de Irlanda. Se mudó a la casa del clan hace un mes y ya está armando jaleo. Tiene a todo el grupo del puente alborotado.

—¿Cómo se llama el nuevo? ¿Le conozco? —Sophie había pasado suficiente tiempo en el cuartel general de los loberos irlandeses como para conocer a todos los ancianos del clan que jugaban a las cartas en la sala de juegos casi todas las mañanas.

—Seamus —respondió Birdie—. Admito que su acento es atractivo, pero no rompería con Milton por él.

—Vaya. ¿No estuvieron Colleen y William juntos durante bastante tiempo?

—¡Casi seis años! —exclamó Birdie—. Esta mañana, William y Seamus se lanzaron a puñetazos en la sala de juegos. ¡Rompieron una mesa y algunas sillas cuando se transformaron en sus formas de monstruos peludos! Fergal tuvo que separarlos. Estaba muy molesto. Nunca le había visto gritar así.

—¿Cómo no me he dado cuenta de nada de eso? Estaba en la casa del clan esta mañana —preguntó Sophie, consternada por haberse perdido una pelea de viejos.

—Ya te habías ido. No ocurrió hasta que terminó el té y tu sesión de entrenamiento. Pero Emmie estaba allí. Tendrás que preguntárselo a ella. Colleen intentó interponerse entre ellos para separarlos. Intentaron apartarla, tropezó y acabó derribando uno de los juegos en curso, y ahora Dotty ya no le dirige la palabra. Por un momento pensé que Dotty iba a abofetear a Colleen. Ojalá lo hubiera hecho. Tal vez habría hecho que Colleen volviera a la tierra. Se ha vuelto tan altiva y poderosa con William y Seamus jadeando como perros tras ella.

—Eres una sanguinaria. Mírate cómo te ríes de una pelea a puñetazos —Sophie sacudió la cabeza con fingida decepción.

Una campanada en el móvil de Sophie la distrajo de la narración animada de Birdie sobre la pelea a puñetazos. Sonaba completamente ridículo, y Sophie se sentía fatal por habérselo perdido.

Los latidos del corazón de Sophie se duplicaron al leer el mensaje que la esperaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Birdie—. Tienes una cara muy rara. Pareces estreñida. ¿Va todo bien o necesitas un poco de Metamucil?

Sophie ignoró el golpe y volvió a leer el mensaje.

—Larry cree que ha descubierto cómo hacer que la pluma de byangoma localice a la última esquirla. Quiere probar su nuevo hechizo lo antes posible.

El teléfono de Sophie empezó a sonar cuando todos los demás miembros del grupo de texto empezaron a responder. Sophie escribió un mensaje rápido en el que decía que estaba en casa de Birdie, pero que estaba dispuesta a hacer el hechizo si podían hacerlo antes de su turno de esa noche.

—Oh, Ruby dice que quiere venir. Está en casa, así que puede venir dentro de unos minutos. Solo si a ti te parece bien, claro —preguntó Sophie.

—Cuantos más seamos, mejor. Dile que venga.

Sophie tecleó el mensaje, olvidando que seguía en el chat de grupo. Al cabo de unos instantes, Mac, Larry, Ruby y Emmie le enviaron un mensaje de texto a Sophie diciéndole que se dirigirían hacia ella. Cuando le hizo saber a Birdie que los había invitado a todos accidentalmente, ésta le contestó que mientras Mac fuera uno de ellos, no le importaba lo más mínimo. Sophie puso los ojos en blanco, pero no hizo más comentarios sobre el deseo de Birdie de pincharla coqueteando con Mac.

—¿Te parece bien que Larry realice un hechizo en medio de tu salón? —confirmó Sophie.

—Por supuesto. Ese chico ha puesto una protección en este apartamento para que nadie pueda entrar e intentar hacerme daño sin acabar frito como una patena. Puede hacer hechizos aquí siempre que quiera.

—Yo que tú no le diría eso —advirtió Sophie a Birdie. Nunca se libraría de él si no tenía cuidado.

Un minuto después, unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de Ruby. Sophie se sentó, sorbiendo su manzanilla, y escuchó a Birdie contar la historia de la pelea entre Seamus y William. El relato parecía más adornado que la primera vez, pero no es que fuera a llamar la atención a Birdie por ello. Era una buena distracción de los nervios que querían arraigarse en su estómago ante la idea de encontrar la esquirla final. A juzgar por el momento de intimidad de Emmie, localizar la esquirla quizá no fuera a hacerle un favor.

Unos treinta minutos después, Emmie y Pieter llamaron a la puerta de Birdie. Mac y Larry llegaron unos minutos después que ellos, entrando juntos en el apartamento, tras haber

compartido coche desde la comisaría. Birdie les hizo pasar.

Mac llevaba lo que Sophie consideraba su uniforme de trabajo: un traje azul marino con una corbata oscura a juego y una impecable camisa blanca. Se quitó la chaqueta y levantó a Sophie del sofá para abrazarla. Acercó la nariz a la base del cuello de Mac, aspirando el aroma de su colonia.

El pequeño salón de Birdie estaba lleno de amigos. Normalmente, habría sido un asunto ruidoso y bullicioso, pero aparte de unas cuantas conversaciones en voz baja, la habitación estaba llena de tranquila expectación.

Larry dejó caer su maletín negro sobre la mesita de Birdie. Empezó a sacar ingredientes y a colocarlos en ordenadas filas. Sophie reconoció inmediatamente el estuche que contenía la pluma de la Gran Madre.

Sophie se acercó a Emmie, que observaba a Larry con interés en los ojos.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Vas a estar bien con esto?

Emmie miró a Sophie con sorpresa.

—Sí; ¿por qué no iba a estarlo?

—Bueno, sé que trastocamos completamente tu vida cuando aparecimos en tu puerta. Solo me preocupa cómo te sientes porque hayamos hecho lo mismo con la última esquirra —Sophie se encogió de hombros, sin saber cómo explicar su preocupación sin sacar a colación lo que había visto en su sueño. Y estaba segura de que a Emmie no le gustaría saber que la habían espiado durante su pánico.

—Te preocupas demasiado —le sermoneó Emmie. Le dirigió a Sophie una mirada seria, pero ésta aún podía detectar cierta tensión persistente alrededor de sus ojos. Había tensión en su rostro cuando Sophie la miró de cerca. Continuó—: Que hayan aparecido ha sido lo mejor que me ha pasado. Para empezar, estamos en peligro, y necesitaba saberlo. Ese hombre mató a uno de nosotros, ¿y quién puede decir que se detendrá con Alexis? Y dos, antes de que aparecieras y me explicaras las cosas, había empezado a preocuparme por mi salud mental. Estaba teniendo todos esos sueños extraños, y algo en ellos parecía demasiado real. Pensé que estaba empezando a volverme loca. Así que descubrir que soñaba con personas reales fue un alivio. Fue agradable saber que no estoy loca. Sin embargo, ustedes dos, con sus vidas y trabajos raros... De eso no puedo responder.

—Oye, me parezco a esos comentarios —se burló Sophie.

Larry terminó de disponer sus ingredientes y empezó a mezclar polvos en su mortero como un científico loco. Cuando hubo creado su poción, dio pasos medidos por el salón mientras todos se apartaban de su camino. Utilizó un cristal púrpura que colgaba de una cuerda y lo hizo colgar en distintas zonas de la sala.

—¿Qué haces? —preguntó finalmente Sophie.

—Si lo coloco en la posición adecuada, podré utilizar la línea ley local para potenciar nuestro hechizo. Ahora, deja de hablar; intento concentrarme.

Sophie hizo un gesto subiendo la cremallera de sus labios.

Larry paseó unos minutos más antes de encontrar el lugar perfecto. Indicó a Mac y Pieter que apartaran los muebles y enrollaran la alfombra del salón de Birdie, prometiéndole que lo devolvería todo a su lugar original cuando terminara. Una vez retirados la alfombra y los muebles, dibujó tres grandes círculos en el suelo de madera, mojando el dedo en el polvo negro que había creado en el mortero. Conectó cada círculo con el siguiente mediante una línea, formando un gran triángulo con un círculo en cada punta.

Larry hizo que las hermanas se sentaran en el suelo, cada una dentro de uno de los círculos.

Les dijo que iba a recrear el hechizo de rastreo del aura de hace una semana, pero que utilizaría los círculos para impregnar la pluma con sus auras. Entonces actuaría como una brújula, pero en lugar de apuntar al norte, apuntaría al fragmento final cuando hubiera terminado.

Sentada en su círculo, Sophie observó cómo Larry recreaba el hechizo de la semana anterior. La única diferencia que Sophie pudo detectar fue que colocó suavemente la pluma en la cabeza de cada hermana durante un momento mientras cantaba detrás de ellas por turnos. Incluso les dio a cada una los mismos colores. Sophie volvió a brillar de color verde como un adorno de patio de Halloween. La cuerda de colores que conducía a la última esquirla desapareció en la misma dirección general que la vez anterior.

Atravesando las resplandecientes cuerdas del aura, con cuidado de no pisar sus líneas trazadas, Larry se dirigió al centro de su triángulo. Sujetó la pluma con las palmas de las manos hacia arriba, como si fuera una ofrenda. Cuando Larry empezó a cantar de nuevo, la pluma se elevó lentamente de sus palmas, flotando en el aire.

Larry dio un paso atrás, alejándose de la pluma, dejando caer las manos. Como estaba ocupada mirando a Larry, Sophie no se dio cuenta cuando la pluma empezó a girar en el aire. El grito ahogado de Emmie devolvió la atención de Sophie a la pluma. El extremo de la pluma apuntaba a Ruby, luego giró lentamente en el aire, deteniéndose en Sophie. Luego, con otra breve pausa, siguió su curso y giró para apuntar a Emmie. La pluma giraba y se detenía durante un breve instante, el extremo afilado de la pluma apuntando a una de las hermanas antes de continuar su giro y detenerse en la siguiente. La pluma empezó a girar cada vez más deprisa, haciendo pensar a Sophie en una brújula estropeada.

Incluso se detenía brevemente en cada rotación para apuntar en la misma dirección que la línea del aura de la hermana desaparecida.

Larry volvió a entrar en el círculo y arrancó la pluma del aire a medio giro.

—Perfecto. Las detecta a cada una de ustedes. Ahora solo tengo que ajustar el hechizo para que la pluma las ignore a las tres. Si lo hago bien, debería apuntar directamente a la última hermana como una flecha. Podremos seguir hacia donde apunta, conduciéndonos directamente a ella.

Larry volvió a pasearse alrededor de cada hermana, canturreando en aquella misma lengua desconocida que Sophie sospechaba que era latín. Se detuvo detrás de Sophie. Le colocó la pluma en la cabeza y pronunció otro conjuro en un tono lento y mesurado. Cuando pronunció las palabras, Sophie sintió que la recorría un escalofrío, y la luz de su aura se apagó, haciéndole parpadear manchas de su visión. Luego hizo lo mismo con Emmie y Ruby.

Levantó la pluma y volvió a lanzarla al aire. Se balanceó de un lado a otro durante un instante, como si buscara algo. Luego se posó, apuntando en la misma dirección que el aura que conducía al sudeste. La forma en que la pluma casi temblaba en el aire hizo pensar a Sophie en uno de esos perros de presa que siguen el rastro de un olor. Sophie sintió que estaba casi ansiosa por llegar a su destino final. O tal vez solo fuera la fantasiosa imaginación de Sophie.

Cuando Sophie se levantó y se acercó a la pluma, Larry demostró que cuando intentaba apartarla de su objetivo, volvía inmediatamente a su orientación original. Podía mover la pluma con facilidad, pero en cuanto la soltaba, volvía a apuntar hacia el último fragmento.

Sophie agitó la mano de un lado a otro delante de la punta de la pluma, pero su presencia ya no la afectó.

—Guau. Es increíble. Nos va a llevar directamente hasta ella.

Ruby se levantó de un salto y envolvió a Larry como un mono araña pegajoso.

—Eres un genio —cacareó. Larry susurró algo al oído de Ruby que la hizo soltar una risita

y ponerse rosa.

Qué asco, pensó Sophie, apartando la vista de la muestra pública de afecto.

—Entonces, ¿qué pasará ahora? —preguntó Emmie, interrumpiendo el festival de acurrucamientos de Larry y Ruby.

Larry se aclaró la garganta mientras Ruby se deslizaba fuera de sus brazos.

—Bueno, ahora se lo contamos a Marcella y nos organizará un viaje por carretera. Imagino que incluso nos dejará volver a coger el avión del Cónclave.

—¿Cómo funcionaría eso en un avión? —preguntó Sophie—. Quiero decir, ¿no hay que registrar un plan de vuelo o algo así? ¿Pueden los pilotos seguir al azar una brújula-pluma mágica hasta donde les lleve? ¿No interferiría eso con la torre de control? —todo lo que Sophie sabía sobre el funcionamiento del control y la coordinación del tráfico aéreo cabía en la punta de la pluma de byangoma.

—Ya deberías saber que el Cónclave sigue sus propias normas. Todo irá bien siempre que Marcella obtenga el permiso del Cónclave que supervise la región a la que nos dirigimos.

—Pero ni siquiera sabemos adónde nos dirigimos, salvo que creemos que podría ser al sudeste de aquí.

—Te preocupas demasiado —le sermoneó Larry—. Marcella tiene suficiente influencia como para que no haya ningún Cónclave en el hemisferio occidental que le diga que no puede visitar su región. Sé que estás preocupada, pero te centras en lo equivocado.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo correcto entonces? —ironizó Sophie.

—¿Cómo conseguirás que a esta nueva hermana no le dé un infarto cuando las vea a las tres?

—Ah, claro. Bueno, mierda —Sophie intercambió miradas con Ruby y Emmie, pero parecían tan inseguras como ella—. ¿Cómo vamos a conseguir que abra la puerta?

En la turbadora pausa que siguió a aquella pregunta, Larry arrancó la pluma de donde flotaba y la colocó dentro de un largo estuche forrado de hierro. Cerró la tapa, ocultando a la vista la crujiente pluma marrón.

—Llamaremos a la puerta y pediremos amablemente que nos dejen entrar —dijo finalmente Ruby, sonriendo y encogiéndose de hombros—. Nos las arreglaremos. Siempre lo hacemos.

CAPÍTULO 23



Sophie se paró en la nevera de la morgue y comprobó tres veces el número de la camilla. Le costaba mucho concentrarse. Había leído mal el historial dos veces y había llevado la camilla equivocada a la sala de autopsias. Sospechaba que estaba llevando al límite la infinita tolerancia de Reggie. Tenía que recomponerse antes de cometer un error de verdad.

Sophie no dejaba de ensayar lo que diría a la siguiente hermana cuando aparecieran en su puerta. Tenía que encontrar la forma de tranquilizarla, decidida a hacerlo mejor de lo que lo había hecho con Emmie. Emmie dijo que estaba bien, pero Sophie no podía sacarse de la cabeza su momento en el baño de la casa del clan.

Por los pocos sueños que Sophie había tenido de la última esquirla, pensó que esta nueva hermana no parecía tan delicada como Emmie. Sin embargo, en la mayoría de los sueños que Sophie recordaba aparecían los dos gatos de la última hermana y poco más. La única pista que tenía sobre el estado mental de la mujer era el breve sueño que había tenido con ella en el vuelo de vuelta de Murias. La hermana no había parecido precisamente asustada, pero sí cautelosa y vigilante. Cuando el repartidor apareció en su puerta, había corrido a comprobar sus monitores de seguridad. Ese nivel de seguridad hablaba de alguien que tenía miedo. Quizá tuviera agorafobia o algo así.

Sacudiendo la cabeza contra sí misma, Sophie sacó la camilla de la nevera.

—Le das demasiadas vueltas a las cosas. Deja de preocuparte tanto. Tú no eres así —se sermoneó Sophie.

—¿Qué es lo que no te gusta? —espetó Fitz desde detrás de Sophie, que saltó por los aires como un gato asustado, con un chillido indigno saliendo de su boca.

—Me has dado un susto de muerte —se quejó Sophie, apretando una mano tranquilizadora contra su acelerado corazón.

—Ya te he saludado. No es culpa mía que estés tan perdida en tu cabeza que no me hayas oído.

—¿Ah, sí? Lo siento —dijo Sophie, desinflándose su indignación.

—No pasa nada. Parecías sumida en tus pensamientos. ¿Es sobre la esquirla más nueva?

Sophie asintió. En cuanto se había presentado en el trabajo, había convocado a todo el equipo a una reunión para ponerles al día de las noticias.

—Sí, no paro de darle vueltas a la cabeza. No puedo dejar de pensar en cómo vamos a abordarla. ¿Te imaginas que tres duplicados tuyos aparecieran un día en tu puerta? ¿Cómo demonios lo manejarías? ¿Cómo vamos a minimizar el golpe?

Fitz se quedó pensativo, metiendo sus largos y ágiles dedos bajo la barbilla.

—No creo que puedas “minimizar” el golpe. Ésta podría ser una situación del tipo “arranca la banda”.

Sophie hizo una mueca ante la descripción, pero reconoció que quizá Fitz tuviera razón. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba atendiendo a un nuevo paciente.

—¿Tienes uno nuevo para nosotros?

—Sí, acabo de llegar. Tengo que terminar la ingesta y te la dejaré en la nevera —respondió Fitz.

—Oh, gracias, justo lo que esperaba —contestó Sophie en tono inexpresivo.

—Será un placer —le contestó Fitz burlonamente.

Con una sonrisa, Sophie se volvió y atravesó la puerta de la sala de autopsias.

—Hola, jefe —gritó Sophie. Reggie la estaba esperando, con la bandeja de material desinfectado preparada junto al codo. Puso la camilla en su sitio y abrió la bolsa para ver por primera vez al paciente. A primera vista, Sophie no estaba segura de lo que veía. Lo único que vio fue una piel roja, abultada e hinchada, que parecía estar cubierta de forúnculos amarillos llenos de pus. La piel estaba tan en carne viva e hinchada que la única forma que tenía de saber que les estaba viendo la cara era la mata de pelo castaño que tenían en la parte superior de la cabeza. Entonces, el olor a azufre quemado que desprendía el cuerpo hizo que Sophie retrocediera instintivamente.

—Oh, vaya —resopló Sophie, tapándose la nariz para ahuyentar el olor desagradable—. Deja que coja el gel mentolado.

Sophie cogió el tubito del mostrador, se pasó un poco de gel bajo la nariz y se lo dio a Reggie para que hiciera lo mismo.

Sophie se volvió hacia la camilla, intentando respirar entrecortada y superficialmente; el mentol solo era eficaz hasta cierto punto. Se aseguró de que Reggie estaba grabando y extendió una mano, intentando averiguar cuál era el mejor lugar para tocar el cuerpo. Finalmente se decidió a presionar con un solo dedo una pequeña zona que no estaba cubierta de forúnculos.

—Lleva un manojo de hojas o hierbas en los brazos y baja unas escaleras. Se dirige a una especie de sótano. Parece un lugar de trabajo. Hay un caldero. Uno grande. Está colocado en un trípode sobre un fuego. Qué raro, no hay humo y está dentro. Deja sus fardos sobre un banco de trabajo y luego revuelve algunos paquetes. Parece que busca uno en particular. Lo encuentra y coge un cuchillo. Un gato negro salta sobre la mesa y maulla para llamar su atención. Lo acaricia un par de veces, pero luego lo levanta y lo vuelve a dejar en el suelo. Se vuelve hacia la mesa, coge un manojo de hojas verdes y las corta. El gato empieza a maullar ruidosamente a sus pies, y ella le dice que se calme, que deje de distraerla y que le dará de cenar cuando acabe de trabajar....

Un pitido del teléfono de Sophie interrumpió sus palabras. Abrió los ojos y le dirigió a Reggie una mirada de disculpa.

—Perdona, ¿dónde estaba? Ah, sí, así que le está diciendo al gato....

Una segunda campanada, seguida de cerca por una tercera, volvió a interrumpir a Sophie. Un ruido de irritación le subió por la garganta. Todos sabían que no debían enviarle mensajes de texto mientras estaba en el trabajo. ¿No deberían estar todos durmiendo?

Probablemente sea Ruby otra vez, pensó Sophie con amargura.

—Deberías cogerlo. Lo recogeremos cuando termines —sugirió Reggie.

Cuando el teléfono volvió a sonar, Sophie asintió con la cabeza y la preocupación la invadió de repente. Se quitó los guantes y sacó el móvil del bolsillo. Abrió los mensajes y se quedó mirando.

—¿Qué pasa, Sophie? —preguntó Reggie.

Sophie levantó la vista del teléfono para mirarle, y luego volvió al aparato para releer los mensajes.

—Saldremos a buscar la última esquirla en cuanto acabe mi turno aquí. Marcella nos está preparando el avión. Ahora están confirmando todos los que van a ir: Yo, Mac, Ruby, Emmie, Larry y Marcella.

—Vaya, debes de estar muy emocionada —dijo Reggie.

Emocionada no era la palabra adecuada, pero Sophie no estaba segura de cómo se sentía. Emocionada era una de las muchas emociones que se agolpaban en sus entrañas. Sophie se limitó a asentir, dándole la razón a Reggie de forma distraída, demasiado ocupada tecleando una respuesta que estaría lista para irse como para contestarle adecuadamente. Marcella sugirió que todos llevaran una bolsa pequeña, por si tardaban más de un día en encontrar el fragmento final.

Volviendo a meterse el teléfono en el bolsillo y poniéndose guantes de nitrilo nuevos, Sophie se volvió hacia la mujer muerta, aturdida.

—¿Necesitas un minuto? —se ofreció Reggie.

—No, acabemos con esto —respondió Sophie, obligándose a dejar de distraerse.

El resto del turno de Sophie pasó un poco borroso. Por suerte, la lectura más difícil fue la de la bruja que se hirvió accidentalmente al echar el ingrediente equivocado en su caldero, así que Sophie pudo pasar el turno sin incidentes.

Tras despedirse de sus amigos y prometerles que los mantendría informados de los avances en la localización de la hermana desaparecida, Sophie salió al sol radiante de la mañana. Una brisa gélida azotaba el agua de la bahía y hacía que el tiempo pareciera aún más frío de lo que era.

El invierno se había instalado oficialmente en la ciudad. Sophie se alegró de haber cogido su gorro de punto más grueso cuando se fue a trabajar la noche anterior. Se lo metió en la cabeza, tirando de él hacia abajo para cubrirse la parte inferior de las orejas.

Sophie miró su teléfono para ver si alguien le había enviado más información sobre el plan de juego. Con suerte, tendría tiempo suficiente para llegar a casa, ducharse y hacer la maleta. Podía saltarse el desayuno, ya que las azafatas del avión siempre servían comida. Se mordió el labio, preguntándose si habría olvidado algo más.

Un carraspeo sacó a Sophie de sus pensamientos.

—Deja de roerte los labios, hellraiser. Vas a dañarlos, y soy demasiado fan para permitir que eso ocurra.

Sophie estaba sonriendo antes de darse cuenta. Mac estaba de pie junto a su coche, sosteniendo dos tazas de café para llevar. Podía ver el vapor que salía de las tazas, haciendo que Mac pareciera el héroe de una romántica película navideña de Hallmark.

—*Debes de amarme* —anunció Sophie, deslizándose entre los brazos cargados de café de Mac y apretándole un beso en los labios—. Hace un frío de mil demonios aquí fuera.

—Te amo, Soph —murmuró Mac, con voz cálida y grave. Su tono provocó algo en lo más profundo del vientre de Sophie, dándole ganas de abandonar la búsqueda de “vamos a por otra esquirla” y meterse a Mac en la cama. Sophie se acomodó en sus brazos y se acurrucó como si no pensara moverse pronto. La rodeó con los brazos, con cuidado de no derramar el café. Hacía frío fuera, pero ella se sentía cálida y segura exactamente donde estaba.

—Me alegro mucho de que estés aquí conmigo. No me gustaría hacer esto sin ti —confesó Sophie. Mac la apretó más fuerte y luego la condujo a su coche, reprendiéndola para que entrara y se resguardara del frío. En el asiento del copiloto había una bolsa de una tienda de bollos

cercana. Sophie se zampó con gusto el bocadillo de tocino y huevo, mientras le daba a Mac el bagel de trigo con queso fresco light y brotes de alfalfa.

Fue un viaje tranquilo hasta Cafecita. Sophie se alegró de disponer de espacio para ordenar sus pensamientos. Al llegar al edificio, Mac le dijo a Sophie que se quedaría allí y mantendría el motor y la calefacción en marcha.

—Marcella quiere que subamos las ruedas en menos de una hora, así que haz rápido las maletas.

Sophie entró corriendo en el vestíbulo y subió a su planta. En lugar de dirigirse directamente a su apartamento, se detuvo en la puerta de Birdie. Birdie era madrugadora, así que a Sophie no le preocupaba despertarla.

Cuando Birdie abrió la puerta, Sophie le explicó rápidamente adónde se dirigía y por qué.

—Supuse que te irías pronto. Trae a la chica nueva y deja que la conozca cuando se haya instalado —pidió Birdie.

—Lo haré —prometió Sophie—. Pero tengo que irme ya. Todos tienen prisa por irse.

Tras un rápido abrazo y un “¡Buena suerte!” de Birdie, Sophie corrió a su apartamento para hacer la maleta. Cogió su bolsa de lona y metió dentro un par de mudas de ropa y sus artículos de aseo. Solo tardó unos minutos en hacer la maleta y salió por la puerta.

Dejó la bolsa en el asiento trasero, se subió al sedán gris de Mac y se llevó las manos a las rejillas de la calefacción para intentar descongelarlas. Solo llevaba un minuto fuera, pero sentía las manos como carámbanos.

—¿Estás preparada? —preguntó Mac.

—Tan preparada como nunca voy a estar.

* * *

SOPHIE SINTIÓ un déjá vu al salir del frío y entrar en el cálido jet que la esperaba. Al echar un vistazo al interior, se dio cuenta de que Mac y ella eran los últimos en llegar.

—Lo siento, he venido lo más rápido que he podido —se disculpó Sophie ante Marcella, que estaba sentada cerca de la parte delantera de la cabina, rodeada de su habitual séquito de guardaespaldas. Sophie saludó con la cabeza a Pieter y al otro guardaespaldas, cuyo nombre aún no había aprendido.

Marcella se deshizo de sus disculpas.

—Sabemos que has venido directamente del trabajo. No te preocupes.

Ruby y Emmie saludaron cuando vieron a Sophie y Mac caminando por el pasillo.

Sophie cogió el asiento vacío que había al otro lado del pasillo, frente a Emmie, y Mac ocupó el de la ventanilla de al lado.

—¿Qué tal estás esta mañana? ¿Lista para la aventura? —preguntó Sophie, observando atentamente, intentando determinar si Emmie estaba mejor que el día anterior.

Emmie asintió, parecía más emocionada y menos nerviosa de lo que Sophie habría esperado. Quizá estaba deseando tener a alguien en el grupo que comprendiera cómo se sentía. Sophie ocultó su sorpresa cuando vio que Mim estaba sentada al otro lado de Emmie.

Sophie rezó para que no tuviera necesidad de vestirlas para este viaje. Aunque no volviera a ponerse una prenda moldeadora, seguiría siendo un día demasiado pronto.

Ruby y Larry estaban sentados en la fila de detrás de Emmie. Sophie saludó, pero Larry apenas levantó la vista de donde jugueteaba con la pluma de byangoma.

Pasaron unos instantes antes de que los pilotos hablaran por el sistema de altavoces y pidieran a todo el mundo que tomara asiento. Sophie se abrochó el cinturón de seguridad y sacó la pelota antiestrés del bolsillo, amasándola entre los dedos antes de que el avión se pusiera en marcha. Ya notaba que sus nervios empezaban a disminuir. Cuando el avión tomó posición en la pista, la respiración de Sophie era lenta y uniforme. Su corazón no se aceleraba y su estómago estaba tranquilo en lugar de intentar trepar por su garganta. Tenía que darle a Larry un buen regalo de agradecimiento.

Cuando el avión empezó a bajar a toda velocidad por la pista, Sophie se volvió hacia Mac.

—¿Los pilotos no necesitan la pluma? ¿Cómo sabrán adónde ir?

—Larry ya les dio un rumbo para empezar. Quería asegurarse de que el avión estuviera estable y nivelado antes de volver a sacar la pluma. Como es lo único que tenemos para encontrar a tu hermana, intenta mantenerla protegida. Si esa cosa se daña, volveremos al principio.

Sophie asintió. Estarían jodidos si la pluma se estropeaba de algún modo.

Mientras el avión corría por la pista y despegaba, Sophie cerró los ojos y se concentró en enviar su miedo y nerviosismo a la bola de estrés. Cuando Sophie oyó la campanilla que anunciaba que podían desabrocharse los cinturones y moverse por la cabina, abrió los ojos y sonrió a Mac.

—Probablemente no debería decirle esto porque su ego ya está fuera de control, pero Larry es un maldito genio. Esta cosa es un salvavidas.

Mac se rio y estuvo de acuerdo en que Sophie debía reducir al mínimo los cumplidos a Larry.

Mim se levantó de su asiento y rodeó a Emmie. Se detuvo y se arrodilló junto al asiento de Sophie, haciendo que ésta le mirara interrogante.

—Oye, perdona que te moleste, pero cuando Marcella me pidió ayuda para este viaje, mencionó que tendríamos que esperar a que salieras de tu turno de noche. Sé que acabas de terminar de trabajar toda la noche y pensé que te vendrían bien —Sophie miró hacia abajo y vio que Mim sostenía un antifaz para dormir y un paquete de tapones para los oídos.

—Mim —jadeó Sophie, quitándole suavemente los objetos de las manos—. Esto es muy considerado por tu parte. Muchas gracias.

—Es mi trabajo pensar en este tipo de cosas —objetó Mim.

—Bueno, entonces eres genial en tu trabajo —replicó Sophie—. Pero, en serio, gracias. Esto significa mucho para mí.

Mim parecía tan complacido por el agradecimiento que Sophie tuvo el impulso de abuela de pellizcarle una mejilla. Cuando Larry se levantó de su asiento y se dirigió hacia la parte delantera del avión, con el estuche que contenía la pluma agarrado en la mano, Sophie se salvó del impulso.

Todos se levantaron de sus sillas y se agolparon cerca de la puerta de la cabina para presenciar la pluma de la Gran Madre en acción. Sophie ya lo había visto una vez, pero quería verlo de todos modos.

Con gran ceremonia, Larry abrió el estuche y arrancó la pluma. Temblaba en su mano, aparentemente ansiosa por ponerse a trabajar. Larry murmuró unas palabras sobre la pluma y luego la soltó en el aire. Quedó suspendida entre los pilotos, apuntando ligeramente a la derecha.

Con algunos ajustes en sus instrumentos, los pilotos consiguieron orientar el reactor en la misma dirección en la que apuntaba la pluma. Si los pilotos pensaban que esto era raro, mantenían esos pensamientos alejados de sus estoicas expresiones.

Todos observaron la pluma y a los pilotos durante unos minutos, pero Sophie empezó a

aburrirse cuando no ocurrió nada más. Supuso que seguir el extremo puntiagudo de la pluma sería cuestión de hacer ajustes lentos y graduales en su dirección. Mac también parecía estar perdiendo interés por la pluma.

Con un ligero tirón de la mano, Sophie le llevó de vuelta a sus asientos.

—Voy a intentar dormir un poco. Despiértame si ocurre algo interesante —pidió Sophie, tirando de su nuevo antifaz para dormir y enroscándose los tapones en los oídos. Reclinó el asiento hacia atrás hasta el tope -que era casi horizontal-, cerró los ojos y esperó que el sueño se apoderara pronto de ella.

* * *

SOPHIE NO SABÍA qué la había despertado, pero se quitó el antifaz para dormir y miró a su alrededor sin comprender qué ocurría.

Mac estaba sentado a su lado con un portátil abierto delante, pero no le prestaba atención. Miraba fijamente hacia la cabina. Sophie levantó la silla para poder seguir su mirada. Su movimiento atrajo la atención de Mac hacia ella.

—Soph, ¿has dormido lo suficiente?

—¿Cuánto tiempo estuve dormida?

Mac miró su reloj.

—Poco más de cuatro horas.

—¡Cuatro horas! —exclamó Sophie, despertándose del todo—. ¿Dónde estamos que llevamos cuatro horas volando? ¿En Alaska?

—Estamos en algún lugar sobre Florida —le dijo Mac, señalando por la ventanilla. Sophie miró, pero no pudo ver ninguna playa ni ningún océano, como habría esperado. Le parecieron más bosques entremezclados con tierras de cultivo.

—Bueno, vi palmeras en uno de mis sueños, así que supongo que tiene sentido.

Un alboroto en la parte delantera del avión atrajo la atención de Sophie. Se desabrochó el cinturón de seguridad y, tambaleándose, se dirigió a la cabina. Podía sentir la reconfortante presencia de Mac justo detrás de ella.

Todos volvieron a apiñarse alrededor de la cabina. Cuando Sophie se deslizó entre Ruby y Emmie para ver mejor lo que ocurría, el avión se inclinó bruscamente hacia la izquierda. Afortunadamente, Mac apoyó una mano en el hombro de Sophie para evitar que se cayera.

—Vaya, mira cómo va —murmuró Ruby. Sophie miró a su hermana y luego siguió su mirada hacia la cabina. La pluma de la byangoma estaba vertical por primera vez que Sophie había visto y oscilaba casi como un péndulo.

—Está en algún lugar justo debajo de nosotros —susurró Emmie. El asombro en su tono reflejaba los mismos sentimientos que Sophie. Estaban tan cerca.

El avión se inclinó de nuevo y dio media vuelta. Tardó unos minutos en dar la vuelta. La pluma estaba en ángulo diagonal, pero a medida que se acercaban a sus coordenadas anteriores, empezó a enderezarse más y más hasta que finalmente quedó completamente vertical. Entonces, cuando empezaron a pasar por encima de la zona donde se encontraba su hermana, empezó a girar en sentido contrario.

—Se me ha caído una chincheta en el mapa —anunció Mim, jugueteando con su teléfono. Levantó el aparato, que mostraba la imagen de un mapa con una banderita roja—. No es una localización exacta, pero podemos acercarnos con esto y luego utilizar la pluma para localizarla.

—Excelente trabajo, Mim —elogió Marcella. Se volvió hacia los pilotos y les ordenó que buscaran el aeropuerto más cercano.

—Bien, voy a notificar al Cónclave local nuestra inminente llegada —dijo Mim, tecleando rápidamente en su teléfono. Miró a Marcella—. ¿Quieres que reserve un coche para nuestro uso?

—Sí —Marcella miró al grupo reunido e hizo unos cálculos rápidos—. A ver si puedes conseguirnos dos vehículos.

Mim asintió y volvió al trabajo.

—También reservaré habitaciones de hotel, por si esto dura más de un día.

Sophie apreciaba su eficacia. Empezaba a creer que tener un asistente personal era algo bueno, aunque a él le gustara jugar a disfrazarse de vez en cuando.

—No puedo creer que esté en Orlando. Siempre he querido ir a Disney World. ¿Sabías que trabajé como Blancanieves en Disneylandia? —preguntó Ruby a Emmie, que asintió.

—Sophie también me ha dicho que Blancanieves es tu apodo de asesina en serie —respondió Emmie. Sonrió cuando Ruby soltó un grito de indignación—. Lo siento, lo había olvidado. Era tu nombre de justiciera.

Ruby le devolvió la sonrisa a Emmie, pero luego puso cara de pensativa.

—¿Crees que llevar a esta última hermana a Disney World sería una buena experiencia de unión para nosotras?

—No, no es cierto —intervino Sophie—. Solo la estás utilizando como excusa para ir a un parque temático. Como Boudreaux sigue ahí fuera, creo que lo mejor es volver a San Francisco lo antes posible.

Ruby parecía desanimada, pero asintió. Atrajo la mirada de Emmie y susurró en voz lo bastante alta para que Sophie la oyera:

—Ves, como te he dicho, buena para nada —la decepción de Ruby no duró mucho, pues se distrajo preguntándose cómo sería la personalidad de la hermana más reciente—. Seguro que es la más seria.

—A lo mejor es una fashionista —dijo Mim desde al lado de Ruby, con un tono esperanzado en la voz.

—Eh, me has pillado —argumentó Ruby, chocando su hombro contra el de él.

—¿Qué le vamos a decir cuando lleguemos? Nos echará un vistazo a los tres y saldrá corriendo —dijo Sophie. Un nudo de ansiedad se apoderó de su pecho al pensarlo.

—Quizá no deberíamos acercarnos las tres juntas a su puerta —sugirió Ruby—. Creo que solo Sophie debería ir primero.

—A mí también me gustaría ir —dijo Emmie en voz baja.

Sophie asintió.

—Creo que es una buena idea. Entenderás mejor que nadie por lo que está pasando. Tú estuviste en su lugar hace una semana. Si alguien puede ayudarla a adaptarse a esta nueva vida, eres tú.

Emmie parecía emocionada y contenta de ayudar.

—Yo también iré contigo —sugirió Mac—. Solo por si se asusta y ataca o algo así. Me mantendré al margen, pero quiero que tengas refuerzos por si las cosas se tuercen.

Sophie estuvo de acuerdo con su sugerencia, sabiendo con qué frecuencia las cosas tendían a torcerse en su vida.

CAPÍTULO 24



Mim volvió del mostrador de alquiler de coches con aire irritado.

—Magistrada Venturi, lo siento mucho, pero la empresa de alquiler de coches ha perdido de algún modo nuestras reservas. Esto puede llevar un poco de tiempo, pero me ocuparé de ello.

Marcella apretó la mandíbula y miró mal a los que estaban detrás del mostrador.

—¿Cómo se pierde una reserva? Qué incompetencia. No es culpa tuya, Mim. Son cosas que pasan. ¿Qué tenemos que hacer para conseguir un vehículo?

—Lo tengo bien controlado, señora. Sin embargo, si quieres, puedes visitar uno de los restaurantes del aeropuerto mientras arreglo este lío. Disfruta de un almuerzo tardío antes de salir —sugirió Mim.

—Muy bien. Envíanos un mensaje de texto cuando tengamos los coches —dijo Marcella, y luego giró sobre sus talones para buscar un sitio donde comer.

Sophie lanzó una mirada de compasión a Mim antes de correr tras Marcella, mientras el resto del grupo la seguía.

Marcella eligió un restaurante que parecía un pub de la vieja escuela metido en medio de un aeropuerto de aspecto moderno. Tenía unas vistas preciosas de un quiosco que vendía almohadas para el cuello y maletas. El lugar no estaba muy concurrido a esa hora del día, así que pudieron encontrar un par de mesas en las que esparcirse.

Sophie pidió unos lujosos macarrones con queso y marisco, pero después de unos bocados, se sentó como una bola de plomo en el estómago.

—Tienes que comer. Lo último que comiste fue un bollo esta mañana —la reprendió Mac cuando vio que ella solo movía la comida por el plato.

Pasó casi una hora antes de que Mim enviara un mensaje de texto a Marcella para comunicarle que les había conseguido vehículos. Sophie exhaló un suspiro de alivio. Había estado jugando a algún juego sin sentido en el móvil, intentando aplacar el nerviosismo y el aburrimiento.

Se sintió un poco decepcionada cuando salieron del aeropuerto y se dirigieron a los vehículos que les esperaban. Pensaba que haría sol y calor, pero era un día gris y nublado. Florida *no estaba* haciendo honor a su reputación de paraíso tropical.

Al menos hace calor, pensó Sophie, contenta de quitarse el abrigo y el gorro de punto.

Fuera de la salida, Mim les esperaba junto a dos todoterrenos idénticos.

—Bien hecho, Mim —elogió Marcella.

Ruby se acercó y le chocó los cinco, lo que hizo reír a Mim.

Cada uno de los guardaespaldas de Marcella se puso al volante de uno de los coches para hacer de chófer. Larry subió al primer vehículo con el estuche de plumas en la mano, dispuesto a conducirlos hasta el quinto fragmento. Ruby se unió a él, junto con Marcella y Mim. Sophie optó por subir al segundo vehículo que conducía Pieter. Mac y Emmie se unieron a ella.

Pronto los coches salieron del aeropuerto y entraron en una autopista muy transitada. Sophie observó el vehículo de Marcella delante de ellas como un halcón, preocupada por si se separaban en el loco tráfico. ¿Estaban conduciendo todas las personas de Orlando? ¿Por qué había tanto tráfico?

Condujeron durante unos treinta minutos, el tráfico disminuía ahora que se alejaban del aeropuerto. Al principio se dirigieron hacia el este, pero pronto giraron hacia el norte.

—No me había dado cuenta de lo grande que es Orlando —murmuró Sophie, mirando por la ventanilla. Estaba acostumbrada a San Francisco, que medía 11 kilómetros por 11 kilómetros. Por supuesto, la ciudad estaba abarrotada de gente y edificios; todo y todos prácticamente unos encima de otros. Orlando se extendía con kilómetros de vegetación indómita entre pequeñas islas de civilización. A Sophie le resultaba extraño. Tardaría una eternidad en llegar a cualquier sitio.

Por fin salieron de la autopista y empezaron a entrar en una zona residencial. Parecía que iban y venían en un círculo cada vez más pequeño.

El coche de Larry aminoró la marcha delante de ellos y se detuvo gradualmente frente a un pequeño bungalow de color canela. La valla blanca con palmeras que enmarcaba la puerta me resultó familiar de inmediato.

—Creo que he visto este sitio antes.

Una vez que Pieter aparcó el coche cerca de la casa, Mac salió y corrió hacia el otro todoterreno. Sophie lo observó mientras hablaba con Larry, señalando el bungalow. Al cabo de unos minutos, Mac regresó al coche y entró.

—Larry cree que éste es el lugar. Estaba seguro cuando le dije que te resultaba familiar —explicó Mac—. ¿Quieres ir a llamar? Les dije que llamaríamos a la puerta y que enviarías un mensaje a Ruby cuando la nueva hermana estuviera lista para conocer a los demás.

—Ojalá tuviéramos un nombre para ella. Se me hace raro llamarla la nueva hermana, la última esquirla o lo que sea —se quejó Sophie.

—Bueno, estamos a punto de arreglarlo, ¿no? —se burló Mac.

Sophie miró fijamente a Emmie, observando cómo miraba la casa con ojos grandes y desorbitados.

—¿Estás lista? ¿Necesitas un minuto?

Emmie volvió a mirar a Sophie y negó con la cabeza.

—Creo que no. Estoy preparada.

Mac mantuvo abierta la puerta del coche para que Sophie y Emmie salieran. Mientras subían por la acera, Sophie se quedó mirando la casa, esperando ver alguna señal de su hermana.

Cuando abrieron la verja y empezaron a subir por el sendero, Sophie levantó la vista y vio una diminuta cámara apuntando al camino pavimentado.

—En mi sueño, tenía una cámara vigilando esta zona, así que si está en casa, probablemente ya nos haya visto —advirtió Sophie a Emmie y Mac, señalando la cámara.

Sophie se acercó a la puerta principal y llamó al timbre. La puerta estaba pintada de rojo intenso y tenía una ventanita semicircular en la parte superior. Estaban en un estrecho porche lleno de sillas, cojines y pequeñas macetas. Parecía acogedor, como el tipo de lugar donde a Sophie le encantaría tomar su café matutino. Esperó un momento, pero nadie respondió a la

puerta, así que llamó al timbre por segunda vez. La curiosidad pudo más que Sophie. Se puso de puntillas para mirar por la ventana de la puerta, lo que le proporcionó una visión perfecta de la última esquirla que salía corriendo por la puerta trasera como si la casa estuviera ardiendo.

—¡Se escapa! —exclamó Sophie.

—¡Mierda! —gritó Emmie. Sin detenerse, se dio la vuelta y echó a correr hacia el patio trasero. Mac y Sophie la siguieron, pisándole los talones mientras corría por el lateral de la casa y esprintaba hacia el patio trasero. Al doblar la esquina, Sophie vio a la otra hermana saltar una corta valla y adentrarse en la zona boscosa que había detrás de la casa. Las habilidades metamorfos de Mac le permitieron adelantarse rápidamente a Sophie y Emmie. Saltó la valla como si apenas fuera un obstáculo y desapareció en el bosque tras ella.

Un momento después, se oyeron gritos, golpes y ramas rompiéndose en el bosque. Sophie forzó la vista, intentando ver qué ocurría. Una voz de mujer gritó que la soltara, y Sophie pudo oír a Mac bramando:

—¡Ay! ¡Basta! Estamos aquí para ayudarte —luego se oyeron más ruidos de choque. Unos minutos más tarde, Mac reapareció del bosque, cargando con una mujer que se tambaleaba.

Sophie se apresuró a acercarse mientras Mac saltaba la valla con la mujer sujeta como un saco de patatas en brazos.

—¡Qué demonios! ¿Qué estás haciendo? ¡Suéltala! —gritó Sophie, intentando que la dejara en el suelo.

—Me ha dado un puñetazo en la nariz —exclamó Mac. Sophie podía ver las marcas sangrientas de los arañazos que empezaban a cicatrizar en la cara de Mac—. No conseguí que volviera, e intentó huir de nuevo. No sabía qué más hacer.

La mujer gritaba y chillaba, pero Mac le tapó la boca con la mano, amortiguando el ruido.

—Va a hacer que nos denuncien a la policía.

Sophie miró a su alrededor, preocupada por si alguien ya los había visto, pero todo parecía tranquilo y silencioso por el momento. Probablemente, la mayoría de los vecinos estaban trabajando.

Mac chilló y sacudió la mano antes de gruñir a la última hermana.

—Muérdeme otra vez y te devolveré el mordisco.

La hermana pareció desinflarse un poco en sus brazos, así que Mac marchó de nuevo hacia la casa.

—Me la llevo dentro —anunció, sonando sin aliento y molesto.

Sophie intercambió una mirada de perplejidad con Emmie. De todos los escenarios que había representado en su mente para prepararse para aquel momento, no se le había ocurrido el secuestro.

—No es la mejor primera impresión —contestó Emmie, haciendo que Sophie soltara una carcajada inoportuna.

Sophie y Emmie siguieron a Mac al interior, cerrando la puerta trasera para que no pudiera volver a huir fácilmente.

Mac depositó a la mujer en el sofá, cerniéndose sobre ella como si la desafiara a intentar algo. La mujer se escabulló de él hasta que su espalda chocó con la pared de detrás del sofá.

—Oye, no hemos venido a hacerte daño, te lo prometo —explicó Sophie, acercándose a Mac y extendiendo las manos suplicante. Emmie se interpuso entre ellas, asintiendo.

—¡La has metido en mi casa! Va a matarnos a todos —chilló la mujer. Sophie siguió su dedo señalando acusadoramente a Emmie, que estaba de pie junto a su hombro. Emmie tenía una extraña sonrisa en la cara, mirando a la mujer con una expresión casi regocijada.

—¿Qué...?

Antes de que Sophie terminara su pregunta, sintió que el suelo se precipitaba hacia su cara mientras el mundo se volvía negro. Justo cuando perdió el conocimiento, percibió un olor a ozono en el aire y sintió que algo se enroscaba a su alrededor y se tensaba como una boa constrictora.

CAPÍTULO 25



Sophie abrió los ojos de golpe y gimió de dolor. Sentía como si alguien la hubiera golpeado en la cara con una pala. Estaba tumbada boca abajo en el suelo, con las manos atrapadas a los lados. Intentó girar la cabeza con un grito de dolor para ver qué ocurría, pero lo único que pudo ver fue un trozo de baldosa de color crema bajo la mejilla.

Unas manos ásperas la pusieron boca arriba, y lo primero que vio Sophie fue la cara de Boudreaux mirándola lascivamente. Sophie intentó levantar los brazos para atacarle, pero no consiguió moverlos. Al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que estaba atada con una cuerda blanca brillante que parecía electricidad estática contra su piel. Se sentía como un insecto envuelto en seda de araña, esperando a ser devorado.

—Lleva una pistola eléctrica en el bolsillo trasero izquierdo y un cuchillo atado al tobillo —dijo una voz familiar desde su izquierda. Sophie giró la cabeza hacia la voz y se quedó boquiabierta al ver cómo Mim registraba metódicamente a Ruby y la despojaba de su plétora de cuchillos. Cogió todas las armas y las tiró sobre una mesita en un montón desordenado. Ruby estaba envuelta en la misma cuerda que Sophie. Parecía estar inconsciente.

Cuando Boudreaux vio que Sophie miraba fijamente, con la mente llena de conmoción y traición, le dedicó una sonrisa malévola.

—Nunca habríamos llegado a tiempo de no ser por Mim. Nos conectó con la ubicación de su teléfono y retrasó sus coches para que pudiéramos alcanzarlos. Nos dio esta dirección exacta cuando llegaron. Estábamos casi justo detrás de ustedes en la autopista.

Sophie le ignoró, sin darle la satisfacción de ver cómo le dolían sus palabras. En lugar de eso, miró a su alrededor, intentando encontrar una forma de salir de este lío. Sophie pudo ver que todos los demás también habían sido capturados y estaban atados. A su derecha estaba Larry, seguido de Marcella, sus guardaespaldas, Mac y la nueva hermana.

Espera. ¿Dónde estaba Emmie? Sophie empezó a asustarse cuando no pudo ver a su hermana.

Boudreaux retiró bruscamente el cuchillo. Tuvo que levantar un poco a Sophie, utilizando la cuerda para levantarla del suelo y sacar la pistola eléctrica del bolsillo trasero. Una vez lo consiguió, la dejó caer de nuevo al suelo, haciendo que la respiración de Sophie saliera con fuerza de sus pulmones. Sophie gimió cuando su cabeza, ya palpitante, entró en contacto con la baldosa. El dolor hizo que se le nublara la vista por un momento, pero tras respirar superficialmente unas cuantas veces, las manchas desaparecieron de su vista. Vio cómo Boudreaux dejaba caer sus armas sobre la pila junto con los cuchillos de Ruby.

—¿Dónde está Emmie? —preguntó Sophie.

—Estoy aquí —dijo Emmie desde otra dirección. Torciendo el cuello, Sophie observó estupefacta cómo Emmie salía de la cocina con Bramwell a su lado.

—Siento lo de tu cabeza. Te diste un buen golpe contra la esquina de la mesa al caer —dijo Emmie, sin parecer ni remotamente apenada.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué andas con Bramwell y Boudreaux? —bramó Sophie. Sus gritos despertaron a todos los demás. Sophie podía oírlos gemir y maldecir a su lado. Pero Sophie no podía apartar la mirada de Emmie.

—Respóndeme —exigió Sophie mientras Emmie la miraba con una sonrisa enloquecida—. Emmie, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué ayudas a Bramwell y a Boudreaux? Son peligrosos. Mató a Alexis —Sophie señaló con la barbilla a Boudreaux, que le guiñó un ojo.

Emmie le chasqueó la lengua a Sophie y la miró despectivamente.

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad? —meneó la cabeza hacia Sophie de forma condescendiente—. No soy Emmie. Soy Alexis.

—¿Qué? Eso no es posible. Vimos a ese tipo disparar a Alexis —el mundo se estrechó hasta que Sophie creyó que iba a desmayarse.

—¿Lo vieron? Han visto lo que queríamos que vieran. Deja que te lo explique. Y no te preocupes: hablaré despacio. En un sueño, los vi localizar a mi ex-empleado Gabriel Cortez, lo que significaba que era cuestión de tiempo que me encontraran a mí también. Ustedes, imbéciles, me llamaban La Perra Corporativa, así que sabía que tendría problemas para conseguir que confiaran en mí. Decidí fingir mi muerte y convencí a Boudreaux para que me ayudara; no pudo ser más fácil. Tener a un brujo de tu lado hace que sea muy fácil fingir tu muerte. Luego corrí a Carolina del Norte y me hice cargo de la vida de Emmie. Te hice creer que era la dulce y tímida Emmaline Tallis.

—Entonces, ¿dónde está la verdadera Emmie? —preguntó Sophie.

Alexis se señaló la sien.

—Por desgracia, está aquí. Contraté a Boudreaux hace casi un año para que me ayudara a averiguar cómo volver a fusionarnos a todas. Por suerte, ya había localizado a Emmie. Cuando me ayudó a volver a unirnos, no nos habíamos dado cuenta de que su mente no se acoplaría bien a la mía. Había desarrollado una personalidad separada después de separarnos. A pesar de nuestros intentos, no hemos podido eliminarla ni suprimirla.

Sophie pudo oír cómo los demás proferían exclamaciones de horror y conmoción, pero siguió mirando fijamente a su hermana. No podía creer que nunca lo hubiera visto; nunca había sospechado nada. Había confiado implícitamente en Emmie cuando ella rara vez confiaba en nadie.

—¿Por qué querías hacer esto?

—Porque estoy recomponiendo la banda, por así decirlo. Quiero -y merezco- que me devuelvan todo mi poder. Y Bramwell ha prometido conseguírmelo si le ayudo —Alexis le dedicó una sonrisa complacida, como si estuvieran compartiendo un secreto especial.

—¿Y qué quiere Bramwell que hagas por él? —exigió Ruby. Sophie miró a Ruby mientras ésta clavaba sus dagas en Alexis.

—Dios, me alegro tanto de que fuera Emmie a quien agarré primero. Si tuviera a alguna de ustedes, perras ruidosas, me volvería loca. Por suerte, ella es mansa y tranquila y conoce su lugar... como un ratoncito asustado que se esconde en su madriguera y apenas asoma la cabeza. Fácil de ignorar. Tengo la sensación de que eso sería imposible con cualquiera de ustedes. Nunca me he sentido tan feliz como cuando Boudreaux me dijo que había perfeccionado el hechizo,

para poder recuperar mi poder y perderlas a las dos para siempre.

—¿Ya has vuelto a fusionar una de las esquiras con tu cuerpo? —preguntó Larry, todavía poniéndose al día.

—Sí, delante de sus propias narices. Incluso estaba en su estúpido diario de sueños, y nunca se dio cuenta —Alexis señaló a Sophie, luego sacó de su bolso el escabroso cuaderno rosa de Sophie y empezó a hojearlo. Cuando encontró lo que buscaba, empezó a leer.

—La mujer oía susurros, pero no podía distinguir las palabras. Sonaba como si estuviera en una especie de cámara subterránea, por la forma en que resonaban los sonidos. No podía determinar si los susurros eran en inglés o en otro idioma, pues eran demasiado silenciosos. Un resplandor teñido de verde empezó a filtrarse por los bordes de la tela que le cubría los ojos. Los susurros eran cada vez más rápidos.

Algo pesado le oprimía el pecho. Era lo bastante fuerte como para que pareciera que la estaba magullando. Intentó zafarse del objeto, pero quienquiera que lo sujetara se lo clavó con más fuerza en el pecho. Se oyeron más cánticos en una lengua desconocida, y entonces la voz pronunció la palabra “Ligare”. Un dolor agudo y punzante le penetró en el pecho, directo al corazón. La mujer gritó de dolor, pero sintió que se desvanecía. Casi parecía como si le hubieran succionado el alma y se la hubieran llevado flotando.

Alexis miró impassible a Sophie.

—Casi me sorprende que te hayas perdido esto. Ahora soy más fuerte que cualquiera de ustedes. Y cuando acabemos hoy, habré recuperado todo mi poder como me merezco.

—Mim. Ayúdanos, por favor. No lo hagas —pidió Ruby, mirando suplicante a su amigo.

Mim lanzó a Ruby una mirada de pesar, pero luego se encogió de hombros.

—Lo siento mucho. Pero si ayudo a Bramwell, la reina me dará un puesto en su corte.

Marcella, que había permanecido en silencio hasta ese momento, se burló.

—Así no funciona la corte de la reina Maeve, estúpido. Tienes que haber nacido en una familia noble. Y tienes que tener magia de cierta importancia. Ni siquiera puedes mantener una llama más de un minuto, Mim. Están jugando contigo.

Sophie vio cómo Bramwell y Alexis compartían una mirada.

Mim se volvió hacia Bramwell y le dirigió una mirada acusadora.

—¿Es cierto?

—No. Te miente e intenta sembrar el descontento. Puedes confiar en mí —replicó Bramwell en tono tranquilizador.

Sophie abrió la boca para advertir a Mim cuando notó que Alexis se le acercaba en silencio. Algo en la mirada de Alexis hizo que cada vello del cuerpo de Sophie se erizara de alarma. Antes de que pudiera lanzar una advertencia, Alexis puso la mano en el hombro de Mim.

Mim se quedó paralizado un segundo, luego se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó en el suelo en un montón indigno.

Ruby empezó a gritar el nombre de Mim, pero Sophie sabía que era demasiado tarde. Había caído a su lado, y ella le miraba fijamente a los ojos, muy abiertos y sin ver. Mim se había ido.

—¿Qué has hecho? —preguntó Marcella.

—Le quité la fuerza vital —dijo Alexis plácidamente, luego abrió la palma de la mano y sopló sobre ella como si estuviera pidiendo un deseo a la pelusa del diente de león—. Sin cabos sueltos. ¿No es cierto, Bramwell? —el brujo en cuestión sonrió a Alexis.

Sophie se agitó, intentando escapar de la cuerda mágica que la ataba. Quería retorcerle el cuello a Alexis con sus propias manos. Sophie oía cómo los demás luchaban a su alrededor. La rabia la invadía mientras Alexis se reía.

Mientras Sophie se dejaba caer inútilmente, sintió de repente que la cuerda se aflojaba cerca de su cadera. Se quedó inmóvil un segundo para asegurarse de que había ocurrido algo. Sí, sintió que la cuerda se aflojaba cerca de su cadera derecha... cerca de su pelota antiestrés.

A Sophie se le cortó la respiración al recordar lo que había dicho Larry: la bola de estrés absorbía los sentimientos negativos, pero también absorbía y *debilitaba* la magia.

Sophie movió la mano hasta que pudo meter los dedos en el bolsillo de los vaqueros. Intentando que no se le notara el esfuerzo, Sophie se esforzó por rodear la pelota con la mano y sacarla.

Sophie giró la cabeza y miró a Larry. Dirigió los ojos hacia su mano cuando él se encontró con su mirada y le mostró a Larry la pelota antiestrés. Sus ojos se abrieron en señal de comprensión y asintió con firmeza, con los ojos llenos de determinación y esperanza.

Escondiéndola en el puño, Sophie presionó la bolita directamente contra la cuerda que tenía cerca de la mano.

—Hagámoslo primero con ella —sugirió Alexis a Bramwell, señalando a la última hermana—. Ha sido la más difícil de encontrar. Si no hubiera sido por la ayuda de Sophie y Ruby, quizá nunca la habría encontrado. Gracias por ello, por cierto —Alexis lanzó una mirada de suficiencia a Sophie—. No quiero que vuelva a escaparse. Si pueden coger una mesa y traerla aquí, me gustaría celebrar la ceremonia donde todos puedan presenciarla.

Bramwell y Boudreaux salieron de la habitación para ir a buscar la mesa del comedor, mientras Alexis se quedaba para vigilar al grupo.

Alexis se paseó alrededor de la última hermana, mirándola como si fuera un interesante experimento científico.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Qué cosa?

Ante esa respuesta, Alexis la miró con sorna.

La última hermana no parecía que fuera a contestar, pero luego resopló.

—Lo soñé, por supuesto. Vi el asesinato de la verdadera Emmie a través de tus ojos. Y luego vi cómo Boudreaux y tú se reunían con mi amigo Morgan. Le llamaste mi “vigilante”. Y escuché cómo planeabas agarrarme y matarme como hiciste con Emmie. Así que huí.

—Entonces, ¿estás emocionada por volver a reunirte conmigo? —le preguntó Alexis.

Como no contestó, Alexis le dio una patada en el costado.

—Respóndeme, Bridget —le exigió, levantando la pierna como si se dispusiera a darle otra patada.

—Bésame el culo —le espetó, fulminando con la mirada a Alexis.

Sophie podía sentir que la cuerda mágica se debilitaba allí donde presionaba su bola de estrés contra ella, pero le parecía que iba demasiado despacio. Cuando Larry miró disimuladamente a Sophie, ésta pronunció las palabras “entreténla”.

—¿Qué es un vigilante? —preguntó Larry, interrumpiendo a Alexis cuando se disponía a dar otra patada a Bridget.

Alexis parecía contemplar la posibilidad de no contestar, pero finalmente explicó:

—Después de separarnos e implantarnos nuestros nuevos recuerdos, nos asignaron vigilantes para que nos vigilaran. Sabían que éramos demasiado importantes para abandonarnos por completo.

—Nadie me ha vigilado —se burló Ruby—. Me he movido demasiado. Me habría dado cuenta.

—¿Oh? ¿No ha habido nadie que haya estado por ahí constantemente? ¿Nadie en absoluto?

Ruby emitió un sonido grave de sorpresa.

—Moreen —susurró, con la voz llena de angustia. Alexis parecía extasiada al ver el dolor en el rostro de Ruby.

Alexis dejó de prestar atención a su conversación cuando Bramwell y Boudreaux trajeron una larga mesa de caballete. Se acercó a los hombres y apartó un par de muebles para que pudieran colocar la mesa en el centro de la habitación. Sophie observó las armas amontonadas en la superficie de la mesita, deseando poder hacerse con uno de los cuchillos.

—¿Estás lista? —preguntó Bramwell a Alexis, pasándole la mano por el pelo como si fuera su nieta favorita. Alexis asintió con entusiasmo.

Boudreaux agarró a Bridget, la levantó por las cuerdas y la arrojó sobre la mesa. Luego Alexis se subió y se tumbó junto a ella, casi tocándose. Cuando Bridget empezó a gritar y a intentar zafarse de la mesa, Bramwell le puso la mano en la frente y ella se calmó de inmediato. Parecía casi catatónica, con el miedo y toda la expresión borrados de su rostro.

—Así está mejor —dijo Bramwell, dándole a Bridget una palmadita en la cabeza como si fuera una mascota.

Larry lanzó una mirada frenética a Sophie. Sophie negó con la cabeza, haciéndole saber que la bola de estrés necesitaba más tiempo. Larry asintió comprensivo y se volvió hacia Boudreaux.

—¿Le robaste a Allister el hechizo para estas cuerdas, Henri? ¿Has tenido alguna vez un pensamiento original en tu vida?

Boudreaux levantó la cabeza con cara de estupefacción, que rápidamente se transformó en ira.

—Eres la peor excusa de hechicero que he tenido el disgusto de conocer —prosiguió Larry—. Ni siquiera eres capaz de crear un hechizo de desplazamiento sin robárselo a alguien con más talento que tú. No reconocerías un pensamiento original aunque viniera y te besara. Un mosquito tiene más talento en un ala que un aspirante a brujo como tú en todo el cuerpo.

—Que te den, Turner. Te he descubierto, ¿no?

—Solo porque Alexis fue capaz de engañarnos. Ella sí que tiene cerebro, no como tú. Nunca me habrías derribado a menos que nos pillaras por sorpresa. En una pelea de verdad, limpiaría el suelo contigo con una mano atada a la espalda. ¿Y quieres saber por qué? Porque eres una farsa espeluznante, patética y poco original. No podrías salir por arte de magia de una bolsa, y mucho menos enfrentarte al calibre de brujo que soy yo. Solo serás una imitación barata.

—¡QUE TE JODAN, TURNER! —chilló Boudreaux, acercándose a Larry y dándole una patada en las costillas.

Sophie hizo un gesto de compasión y apretó la pelota de estrés contra las cuerdas todo lo que pudo, con la esperanza de que se diera prisa y le soltara las ataduras.

—¿Eso es todo lo que tienes, saco de mierda? —se burló Larry—. Eres un saco de trucos robados. Tu ego es tan débil como tu patada. Desátame y te enseñaré lo que puede hacer un brujo de verdad.

Boudreaux se puso colorado y volvió a patear a Larry.

—¿Qué tal si le enseño a tu chica lo que puede hacer un brujo de verdad? —dijo una tercera patada a Larry, y Sophie oyó crujir algo. Larry gruñó de dolor y maldijo en voz baja. Ruby gritó y amenazó con quitarle las pelotas a Boudreaux con una cuchara oxidada. Llegados a este punto, Sophie estaría encantada de proporcionarle la cuchara. Odiaba a todos esos imbécil egoístas.

—Basta —bramó Bramwell—. Henri, te está provocando. Solo intenta retrasar lo inevitable, y tú dejas que te distraiga de nuestra misión. Empecemos. *Ahora* —Bramwell hizo hincapié cuando parecía que Boudreaux no quería detenerse, con el pecho subiendo y bajando como un

toro enfurecido.

Boudreaux se acercó a una bolsa y empezó a sacar objetos, alineándolos de un modo que a Sophie le recordó a Larry. Por fin, sacó un libro forrado de cuero negro y se acercó a la mesa del comedor.

Bramwell puso una mano reconfortante en el hombro de Boudreaux.

—Cálmate, amigo mío. No queremos precipitarnos. Sabes tan bien como cualquiera que necesitas estar en un buen estado mental para trabajar con este nivel de magia. Ya estás sujetando todas sus ataduras, así que tengo que asegurarme de que puedes concentrarte al mismo tiempo en las cuerdas y en el hechizo de transferencia.

Boudreaux respiró lentamente unas cuantas veces y luego asintió a Bramwell.

—¿Estás seguro de que confías a este pirata la magia superior, Bramwell? No le confiaría ni una cena de microondas —gritó Larry.

Boudreaux hizo caso omiso de la insistencia de Larry y respiró hondo por última vez antes de empezar a cantar sobre Alexis y Bridget. Sophie no pudo apartar la mirada cuando Boudreaux sacó una piedra verde de sus provisiones y la apretó contra el pecho de Bridget. Era exactamente igual que la piedra clavis verde que Sophie y Mac habían ocultado a Edwyn tras el asesinato de Atticus.

A medida que los cánticos de Boudreaux aumentaban en volumen y velocidad, un tenue humo blanco se elevaba del pecho de Bridget a través de la piedra. Sophie sabía que se les acababa el tiempo. Era ahora o nunca.

Respirando hondo y tranquilizándose, Sophie enroscó todos sus músculos.

Entonces, con un grito de guerra, Sophie lanzó las piernas y los brazos como una estrella de mar con toda la velocidad y la fuerza que pudo reunir, rezando por haber debilitado lo suficiente las ataduras. Pensó que la cuerda aguantaría un momento, pero en el último segundo se rompió y se disipó. Rodando sobre un costado, levantó la mano y cogió la primera arma de la mesita que tuvo a mano.

Sabiendo que acabar con Boudreaux era la clave para liberar a todos, se puso en pie de un salto y cargó contra el hechicero. Mientras corría, arrancó la funda que cubría el cuchillo y lo arrojó a un lado.

Esprintó y saltó sobre la mesa, aterrizando entre Bridget y Alexis con un ruido sordo. Sin detenerse ni un segundo, abordó a Boudreaux, aprovechando su impulso para clavarle el cuchillo en el pecho. Los dos cayeron de espaldas, y Sophie lo cabalgó hasta el suelo como una vaquera de rodeo profesional. Arrodillada sobre su estómago, Sophie sacó el cuchillo para clavárselo de nuevo, pero alguien detrás de ella la agarró de la muñeca, deteniendo su impulso.

Girando sobre sí misma sin pensarlo, golpeó a quien la sujetaba por el brazo. La sangre brotó cuando su puño tocó la nariz de Bramwell. Éste cayó hacia atrás, con los brazos en el aire, y le quitó el cuchillo de la mano. Sophie saltó tras él, dispuesta a darle una paliza, pero Bramwell se echó hacia atrás en el suelo, levantando las manos por encima de la cabeza en señal de sumisión.

Rugidos y gruñidos llenaron la habitación a espaldas de Sophie, haciéndole saber que sus amigos estaban libres de sus ataduras. Sophie podía oír los ladridos de Marcella dando órdenes a sus guardaespaldas. El familiar rugido de Mac llenó a Sophie de alivio y renovó su determinación. Sophie sintió movimiento sobre su cabeza y se arriesgó a mirar hacia arriba. Un zorro-hombre de pelaje rojo voló sobre ella, abordó a Boudreaux y lo llevó de vuelta al suelo. Sophie no se había dado cuenta de que el brujo ya se había puesto en pie. Antes de que Mac le atacara, parecía que Boudreaux había estado preparando un hechizo.

Gruñendo, Mac forcejeó con un Boudreaux que luchaba y se contoneaba. Rodaron durante

un minuto, antes de que Mac se pusiera en pie con Boudreaux envuelto en sus brazos. Mac lo volteó en sus brazos y lo estrelló contra el suelo de cabeza. Sophie oyó un crujido repugnante cuando la cabeza de Boudreaux golpeó el suelo y su cuello se dobló en un ángulo extraño. Mac soltó al hombre ya muerto y se acercó a Sophie. Un rayo atravesó la habitación y alcanzó a Bramwell, que había estado intentando llegar a la puerta trasera y escapar. Mac dejó caer una mano con garras sobre el hombro de Sophie, dándole un apretón tranquilizador.

Una estatua de piedra saltó tras Bramwell y se cernió sobre él, que estaba tendido en el suelo, todavía agitado por el rayo de electricidad que le había lanzado Marcella. Una gárgola con alas que abarcaban casi toda la anchura de la habitación llenaba el espacio. Sus músculos parecían literalmente esculpidos en granito grisáceo. Sophie solo pudo dedicar un instante a procesar la visión antes de volverse en busca de la siguiente amenaza.

Sophie pudo oír la voz estridente de Marcella llamando a Pieter.

La gárgola giró hacia Marcella. Sophie ni siquiera podía ver a nadie más en la habitación debido a la envergadura de sus alas. Cuando Pieter giró, una de sus alas de piedra golpeó la mesa del comedor, tirando al suelo a Bridget y Alexis. Cuando Bridget cayó al suelo, la clavis se desprendió de su pecho, rodando e interrumpiendo el hechizo. Un quejido animal de dolor salió de la boca de Bridget, que empezó a convulsionarse. Ocurrió tan deprisa que Sophie casi no pudo procesar lo que estaba presenciando. Afortunadamente, su cuerpo entró en acción antes de que su mente pudiera ponerse al día.

Sophie gritó pidiendo ayuda y agarró a Bridget por el hombro, haciéndola rodar hasta que quedó tendida en el suelo.

Larry gritaba algo sobre la clavis. Las volutas blancas de humo seguían saliendo del pecho de Bridget hacia la piedra. La gárgola cogió la clavis y la aplastó en su puño.

—¡NO! —gritaron Larry y Marcella al mismo tiempo.

La sangre empezó a manar de la boca y la nariz de Bridget, que se agitaba y se sacudía en los brazos de Sophie. Sophie gritó pidiendo ayuda a Larry.

De repente, Bridget se quedó inmóvil en el suelo y la convulsión terminó tan rápido como había empezado. Gritando su nombre, Sophie apretó la cabeza contra el pecho de Bridget. Estaba quieta y en silencio bajo su oreja.

Alexis saltó al aire, agarrando las blancas volutas de humo mientras empezaban a alejarse flotando.

—¡No! No, no, no —gritó Alexis, sentándose sobre los talones y mirándose las manos vacías, conmocionada.

Sophie empezó a realizar compresiones torácicas a Bridget.

—Vamos, Bridget. Vuelve —le suplicó. Contó las compresiones en voz alta y luego le hizo dos respiraciones lentas, observando cómo subía y bajaba el pecho con cada una. Volvió a ponerse de lado y se preparó para hacer más compresiones.

—No tiene sentido —gritó Alexis—. Está muerta. Se ha ido. Se acabó —agitó la mano en el aire como si quisiera mostrar que la fuerza vital de Bridget se había desvanecido en el aire.

Un momento después, Mac estaba apartando a Sophie de Alexis. Ni siquiera recordaba haber dado el primer puñetazo. Sophie gritaba y rugía, desgarrando las manos que la alejaban de su objetivo. Iba a matarla. Quería destrozarla con sus propias manos.

De repente, Sophie volvió en sí y se dio cuenta de que estaba arañando los brazos de Mac con las uñas y se desinflaba en su agarre. Se revolvió entre sus brazos peludos, entonando una disculpa, aferrándose a él con todas sus fuerzas.

—Me ha roto la nariz —se quejó Alexis, con la voz apagada al llevarse la mano a la nariz

ensangrentada.

—Vete al infierno, zorra horrible —gruñó Ruby, acercándose y sentándose en el suelo junto al cuerpo de Bridget. La miró con tal desolación que a Sophie le entraron ganas de volver a pegar a Alexis.

—Pieter, Chris, detengan a estos dos. Y que nadie la toque. Ya hemos visto lo que puede hacer con un toque —ordenó Marcella, señalando a Alexis. Larry conjuró una cuerda brillante similar a la de Boudreaux y la utilizó para atar a Alexis y a Bramwell.

El otro guardaespaldas de Marcella se transformó de jaguar de pelaje negro en hombre desnudo y tiró a Bramwell del suelo. Éste se acercó, rindiéndose con facilidad, poniéndose de rodillas y extendiendo las manos aplacadoramente, como si no le importara nada. Cuando Sophie le preguntó por qué no luchaba, Marcella se mofó.

—No tiene magia ofensiva. Lo único que sabe hacer es embelesar a la gente, borrarles la memoria e implantarles otra nueva.

—Todo lo que he hecho, lo he hecho al servicio de mi reina —anunció solemnemente Bramwell.

* * *

SOPHIE SE SENTÓ en el suelo, apoyada contra la pared del salón, observando cómo se procesaba la escena. Sentía la mente adormecida y lejana. Había enloquecido tanto tras la muerte de Bridget que Larry le había hecho algo que parecía sospechosamente un sedante mágico. Lo había necesitado, así que no estaba enfadada con él.

No estaba segura de cuánto tiempo estuvo allí sentada, observando cómo Marcella hacía una llamada tras otra, preparándose para hacer desaparecer toda esta situación, de modo que ni los humanos ni el Cónclave local se dieran cuenta de lo que había ocurrido en el pequeño bungalow marrón. De algún modo, Marcella había reclutado a algunos agentes del Cónclave que había infiltrado en la zona. Sophie supuso que se trataba de un espionaje encubierto del que no estaba al corriente y que, francamente, no le importaba.

Observó desapasionadamente cómo Pieter y el otro guardaespaldas, Chris, devolvían la casa a su estado anterior, intacta. Sophie pensó que el mojo mágico al que la había sometido Larry había empezado a hacer efecto, pero ahora estaba calmada y no corría peligro de volver a intentar asesinar a Alexis o a Bramwell. Alexis tuvo mucha, mucha suerte de que los reflejos de Mac fueran tan rápidos; de lo contrario, habría tenido un plato de caramelos incrustado en la frente. Cuando Paddy le había enseñado inicialmente a Sophie a utilizar objetos cotidianos como armas, había pensado que la lección era exagerada. Tendría que acordarse de darle las gracias. La expresión de miedo en la cara de Alexis había merecido la pena, aunque eso significara que la habían puesto en un tiempo muerto.

Al cabo de un rato, Ruby se unió a ella, ocupando un lugar en el suelo a su lado. Se quedaron mirando el cuerpo de Bridget, tendido junto a Boudreaux y Mim.

Un ligero toque en la axila de Sophie la sobresaltó tanto que casi saltó al regazo de Ruby. Al mirar, dos pequeños cuerpos peludos se alejaron corriendo, desapareciendo por una esquina y perdiéndose de vista. Sophie intercambió una mirada con Ruby y empezó a levantarse cuando un rostro felino anaranjado asomó por la esquina.

Ruby extendió una mano e hizo un ruido de beso al gato. Apareció un rostro de pelaje negro, encajado justo encima de la cabeza del gato naranja. Ambos felinos lanzaron a las hermanas

miradas coincidentes de curiosidad y confusión. Sophie supuso que era porque ella y Ruby tenían la cara de su dueña pero olían distinto. Ruby hizo más ruidos de besos a las gatas, y ambas se escabulleron lentamente por la esquina, manteniendo el cuerpo pegado al suelo mientras se acercaban con cautela.

Con movimientos lentos, Sophie tendió la mano para que las dos gatas la olieran. Ambos gatos olfatearon los dedos de Ruby y de ella, y entonces el naranja dio un paso adelante. Frotó la cara contra el dedo de Sophie, luego dio un paso adelante y apretó el lomo contra la mano de Sophie en una aparente demanda de mascotas.

—¿Quiénes son? —murmuró Ruby, acariciando al gato negro mientras Sophie rascaba al naranja bajo la barbilla.

—Obie y Titania —respondió Sophie, recordando el sueño con Bridget y sus gatos. Aquello parecía haber ocurrido hacía mil años. Sophie atrapó la etiqueta del gato naranja entre sus dedos, confirmando que estaba acariciando a Oberon, lo que convirtió al gato negro en Titania.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Ruby.

Sophie miró la figura inmóvil de Bridget y tomó una decisión instantánea.

—Me los llevo a casa.

Ruby asintió, acurrucándose al lado de Sophie, viendo cómo Pieter traía algunas bolsas para cadáveres.

Justo cuando Sophie se estremeció al ver las bolsas, Mac se detuvo para ver cómo estaban Ruby y ella.

—¿Quiénes son estos pequeños? —preguntó Mac, arrodillándose junto a Sophie y rascándole suavemente la barbilla a Obie.

—Obie y Titania. Eran de Bridget. Me los quedo.

—Por supuesto —respondió Mac, sin pestañear ante la declaración de Sophie.

Sophie sintió que alguien la observaba. Levantó la vista y se encontró con los ojos de Alexis. Le devolvió la mirada, dejando que Alexis viera cuánto deseaba Sophie poder estar unos minutos a solas con ella.

—La odio. Si pudiera ponerle las manos encima, le arrancaría la vida —le confesó Sophie a Ruby.

Ruby levantó la vista del gato negro que acurrucaba entre sus brazos.

—Olvidas que... Emmie está ahí dentro con ella. También estarías matando a la verdadera Emmie.

Sophie hizo una pausa en las largas caricias que daba a Obie por la espalda y miró horrorizada a Ruby. Solo entonces se dio cuenta de lo que eso significaba: Emmie estaba atrapada en la mente de aquella zorra sin escapatoria. Su cuerpo original había desaparecido. Sophie tenía ganas de vomitar.

Larry debió de ver el horror en la cara de Sophie, porque se acercó corriendo, le puso la mano en la frente y murmuró palabras mágicas sin sentido. Sophie sintió que se aflojaba y que su inminente ataque de pánico desaparecía.

Sophie no recordaba gran cosa del resto del día. Sabía que habían encontrado provisiones y cajas para los gatos. Recogieron los cadáveres y borrarón de la casa todo rastro de Bridget y de ellos mismos. Su único recuerdo claro era cuando los guardias habían utilizado literalmente picanas para mover a Alexis sin tocarla. Cada vez que pensaba en ello, Sophie sonreía. Probablemente eso la convertía en una mala persona, pero no le importaba.

Sophie estaba tan fuera de sí que ni siquiera se asustó cuando el avión despegó, de vuelta a casa. Poco después del despegue, Sophie se sumió en un sueño exhausto.

* * *

CUANDO SOPHIE VOLVIÓ A ABRIR los ojos, debían de haber pasado varias horas. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos, excepto Pieter y Chris, dormían. Fuera de las ventanas del avión estaba oscuro. Para no despertar a Mac, Sophie se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Saludó con la cabeza a Pieter, que había recuperado su forma humana. Él le devolvió la inclinación de cabeza con la suya.

Al encender la luz del cuarto de baño, Sophie se miró al espejo durante un largo minuto. El impulso de golpear su reflejo era tan fuerte que se dio cuenta de que había cerrado el puño antes de darse cuenta de que lo había hecho.

Dándose la vuelta, Sophie se deslizó hasta el suelo, apoyando la cabeza en las rodillas. No podía deshacerse de la rabia y la pena que pesaban sobre su corazón. Y la culpa. No se dio cuenta cuando empezó a llorar, pero no podía parar.

Mientras se le oprimía el pecho, se apretó las cuencas de los ojos con el puño, intentando contener las lágrimas. Intentó ralentizar la respiración, contando hacia dentro y hacia fuera, tratando de recuperar el control. Sintió la atracción de la pelota antiestrés, que le arrancaba el dolor. Con un sollozo ahogado, Sophie la sacó del bolsillo y se la apretó contra el esternón.

—Aleja esta sensación, por favor —suplicó en voz baja.

Las lágrimas tardaron mucho en secarse, pero cuando se hubo desahogado, Sophie se sentía ligeramente mejor. También se sentía agotada hasta los huesos.

Al salir del baño, Sophie vio que Marcella estaba despierta. Cuando Sophie pasó junto a ella para volver a su asiento, Marcella levantó una mano para detenerla.

—¿Estás bien? —preguntó Marcella, con la preocupación coloreando su pregunta en voz baja.

—Sí, estoy bien —respondió Sophie—. Estoy triste. Y estoy enfadada. Creo que nunca he odiado a alguien como la odio a ella.

Sophie ni siquiera necesitó decir de quién estaba hablando. Se alegró de que hubieran escondido a sus prisioneros en algún lugar fuera de la vista. No le importaría no volver a ver a Alexis y a Bramwell.

Marcella le dirigió una mirada comprensiva antes de inclinar la cabeza en señal de consideración.

—Sabes, yo también quiero odiarla. Pero me devolvió a mi hermano. No puedo olvidarlo.

Si Marcella empezaba a hablar de perdón o de justificaciones por las acciones de Alexis, Sophie probablemente diría algo de lo que no podría retractarse, así que cortó la conversación, afirmando que necesitaba dormir más para funcionar.

Cuando llegaron a San Francisco, les esperaba una flota de coches del Cónclave. Sophie vio cómo los guardias se llevaban a Bramwell y Alexis, cada uno con una picana en la mano.

Luego tuvieron que dirigirse a la Isla del Tesoro. Sophie deseaba su cama en Cafecita más que nada en el mundo. Sin embargo, Marcella le explicó que tenían que hacer informes sobre el incidente, y pensó que estaría más cómoda allí que en la comisaría.

De algún modo, Sophie superó el interrogatorio en el cuartel general del Cónclave sin una crisis nerviosa. Desde su captura y lucha hasta la muerte de Bridget, repasó cada momento insoportable del día con los escribas del Cónclave. El escriba principal le hizo repetir la historia varias veces para asegurarse de que no se perdía ni un solo momento. Después, Marcella consiguió una habitación para ella y Mac en el mismo piso donde habían alojado a Nicolo.

Mientras se dormía en el colchón increíblemente blando y cómodo, su último pensamiento

fue preguntarse cómo estaría Nicolo.

* * *

LA VOZ de Mac la despertó.

—Soph, despierta.

—¿Eh? —abrió un ojo. La habitación en la que estaba no le resultaba familiar; el rostro preocupado de Mac le bloqueó la vista antes de que pudiera seguir mirando a su alrededor.

—Sophie, levántate. Está pasando algo.

La urgencia en la voz de Mac hizo que Sophie saltara de la cama. Mac salió corriendo de la habitación y Sophie le pisó los talones, sin importarle que estuviera descalza y llevara un pijama prestado. Mac se saltó el ascensor y se dirigió directamente a las escaleras. Bajó corriendo de dos en dos. Cuando se acercaron a la planta baja, Sophie pudo oír el ruido de pies corriendo y gritos.

—¡Encuéntrenlos! —el bramido de Marcella se elevó por encima de los demás sonidos procedentes del piso inferior. Sophie nunca había oído a Marcella tan enfadada.

Sophie y Mac salieron corriendo del hueco de la escalera para encontrar a Marcella envuelta en una bata de seda, con el aspecto del corazón de una tormenta. Sophie empezó a correr hacia ella, pero Mac la retuvo, mirando a un lado y a otro en busca de algún peligro inmediato, casi presionándola contra la pared y apartándola de su camino. Sophie le empujó el hombro, pero él no se movió.

Un hombre se acercó corriendo a Marcella con movimientos espasmódicos, rápidos, casi frenéticos. Se arrodilló como un caballero ante su reina, implorando su perdón.

Cuando Mac comprobó que no corrían peligro, soltó a Sophie y se acercó a Marcella. Al acercarse, Sophie pudo oír al hombre decir:

—Lo siento, magistrada. Tenían ayuda interna. Se han ido. Abrieron el portal de la Torre Coit desde el lado Fae antes de que pudiéramos movilizarlos para detenerlos.

El pavor se acumuló en el vientre de Sophie.

—¿Qué ha pasado?

—Bramwell y Alexis han escapado al Reino de los Fae —dijo Marcella.

—Bueno, ¿por qué no vamos a por ellos? —sugirió Sophie, dispuesta a liderar la carga. A Sophie le habían dicho que el camino entre el reino de los Fae y la Tierra era de una sola dirección, pero obviamente era mentira.

—No podemos. Solo la reina Maeve puede abrir el portal por su parte. Bramwell y Alexis fueron llevados allí porque la reina los quería. No tenemos forma de recuperarlos. Ahora están fuera de nuestro alcance.

EPÍLOGO



Durante las semanas siguientes, Sophie pasó cada día como un zombi. Se daba cuenta de que sus amigos estaban preocupados por ella, pero no sabía cómo tranquilizarlos. No estaba bien, ni siquiera un poco.

Repetía cada interacción que había tenido con Emmie, alias Alexis, intentando averiguar cómo la habían engañado tan a fondo. Repitió en su mente los sucesos de la muerte de Bridget, deseando poder haberla salvado. Quizá si se hubiera acordado antes de la bola de estrés, habría evitado su muerte. O tal vez, si hubiera impedido de algún modo que Pieter destruyera la clavis, podrían haber devuelto la fuerza vital de Bridget a su cuerpo. El “y si...” se había convertido en un mantra al que Sophie se aferraba, una forma de flagelarse una y otra vez por no haber podido salvar ni a Bridget ni a Emmie.

Lo peor era que no había justicia para Bridget. Sus asesinos andaban sueltos por el Reino de los Fae, inalcanzables e intocables. A Sophie le entraron ganas de romper algo.

Marcella se había preocupado tanto por la salud mental de Sophie que le había exigido que acudiera a un terapeuta especializado en traumas. Hablar con un profesional sobre su fracaso le había ayudado, pero Sophie no conseguía salir de la niebla de dolor en la que estaba sumida. Por fin había empezado las clases del programa de Certificación de Auxiliar Médico, pero no parecía disfrutarlas, aunque siempre había deseado secretamente ir a la escuela.

Los únicos puntos brillantes de su día eran los gatos de Bridget. Y Mac.

Si antes no estaba segura de que lo amaba, ahora sí lo estaba. Mac había sido su roca durante el período posterior a la muerte de Bridget. Prácticamente se había instalado en Cafecita después de que Bramwell y Alexis escaparan.

La situación con Cafecita era otro cambio extraño en la vida de Sophie, aunque quizá fuera bueno. Marcella no había tardado mucho en descubrir que Moe, el casero de Sophie, había sido su vigilante. Sophie no preguntó cómo lo había averiguado. Moe y Moreen habían sido puestos bajo custodia del Cónclave, y Sophie no había vuelto a verlos. Supuso que estaban en algún lugar de las entrañas del castillo del Cónclave, instalados en una mazmorra o algo así. El Cónclave compró entonces a Cafecita y prometió que Sophie y Birdie nunca se verían obligadas a mudarse. Sophie les obligó a plasmarlo en un contrato escrito y notariado.

Cuando Sophie salió por la puerta principal del Notario, la saludó el brillante sol de la mañana, que contrastaba con la oscuridad que sentía en su interior. Con el sol en los ojos, no vio al hombre que la esperaba en la entrada. Estuvo a punto de chocar con él, pero se detuvo en el último momento.

—Lo siento —murmuró Sophie, dando un paso para rodearle.

—Señorita Feegle, esperaba hablar con usted.

Sophie se giró hacia el hombre, con los puños en alto antes de darse cuenta. Cuando vio que era un hombre alto y delgado que se apoyaba pesadamente en un bastón, bajó las manos con disgusto. Sophie entrecerró los ojos y pensó que le resultaba vagamente familiar.

—¿Te conozco?

—Nos hemos visto una vez, pero no lo recuerdo muy bien. Me llamo Nicolo Venturi. Ya conoces a mi hermana Marcella.

Vaya. Nicolo aún parecía débil y frágil, pero ya no parecía un esqueleto. La última vez que Sophie lo había visto, apenas parecía vivo.

Sophie se sacudió para salir de sus pensamientos, dándose cuenta de que estaba mirando al hombre de forma grosera.

—Ah, sí. Encantada de conocerle, señor Venturi.

—Por favor, llámame Nicolo, o Nick, si lo prefieres.

Sophie estrechó la huesuda mano del hombre cuando éste se la ofreció, con cuidado de no apretar demasiado fuerte.

—Encantada de conocerte, Nick. Aunque tengo la sensación de que estás aquí para algo más que saludar. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito tu ayuda.

* * *

TRAS TREINTA MINUTOS DE VIAJE, Sophie volvió a la sede del Cónclave. En lugar de subir al recinto principal, Nick condujo a Sophie a uno de los edificios de piedra más pequeños en cuyo interior nunca había estado. El tamaño de la estructura hizo pensar a Sophie que la estaba conduciendo al equivalente medieval de un cobertizo de herramientas.

Siguió la estela de sus pasos lentos y torpes. A Sophie le preocupaba más de la cuenta que aquel hombre no debiera estar por ahí en su estado; parecía a punto de caerse en cualquier momento.

Al entrar en el oscuro interior del edificio, Sophie se dio cuenta de que era mucho más grande de lo que había pensado en un principio. Parecía un establo de caballos o un granero, pero estaba demasiado oscuro para que pudiera ver gran cosa. Con solo pulsar un interruptor, Nick hizo que la luz floreciera en las bombillas superiores, confirmando que Sophie estaba dentro de un granero. El aire era polvoriento y viciado, como si el edificio se utilizara muy poco. Sophie no podía imaginar que el Cónclave utilizara mucho los caballos en los tiempos modernos.

Sophie siguió a Nick hasta el interior del edificio, sintiéndose un poco como la tonta que siguió a un desconocido hasta un callejón oscuro, pero iba a llegar hasta el final. La condujo hasta una de las puertas cerradas del establo. Sophie se preguntó si estaba a punto de presentarle una vaca o una cabra. Aunque esto era el Cónclave, y si aquí había algún animal probablemente sería un carnero con un vellocino de oro.

Cuando abrió la puerta de la caseta, Sophie comprendió por qué le había pedido que viniera.

En medio del tenebroso corral había una mesa con un cuerpo envuelto en tela apoyado encima. Sophie se detuvo y miró a Nick expectante.

—¿Necesitas una lectura? —confirmó Sophie, mirando a Nick, que asintió—. ¿Por qué no está Marcella aquí? ¿No lo sabe? —preguntó Sophie, con la sospecha revoloteando en sus

entrañas.

—Ella *aún* no lo sabe. Antes de llevárselo, necesito confirmación sobre lo que creo que vas a ver —cuando Sophie bajó las cejas mirando a Nick con desconfianza, él suspiró—. Te lo prometo. Esto es importante. No andaría con rodeos con mi hermana a menos que fuera algo serio. Iremos a buscarla en cuanto acabemos esta lectura.

Sophie suspiró, sin saber qué más hacer.

Nick ayudó a Sophie a despegar la tela para revelar la cabeza de la persona. Sophie tuvo que bloquear las rodillas cuando vio la cara de Cordelia. Tenía un aspecto más que tosco. La última vez que Sophie la había visto, llevaba un vestido de té floreado y unos rizos grises perfectos en el pelo. Ahora tenía el pelo liso y grasiento. Tenía suciedad en los pliegues de la piel y parecía bastante más delgada que antes.

¿*Qué te ha pasado?* pensó Sophie, mirando fijamente a la mujer muerta.

Antes de que pudiera pensárselo demasiado, Sophie tocó la fría mejilla de Cordelia, decidida a terminar la lectura.

—Está mirándose los pies, balanceándose de cansancio. Está muy cansada y débil. Una voz de mujer dice: “Tráenos otro. Hagámoslo otra vez. Quiero asegurarme de que lo hacemos perfecto. Luego podrás descansar”. Cordelia mira a la mujer que habla.

—Guau. Es preciosa. Como irreal. Pelo rojo oscuro, piel impecable, elegante. Lleva un vestido dorado pasado de moda, como los que se llevan con corsés y enaguas. Parece una estrella de cine. Creo que podría tener unos veinte años, quizá treinta y pocos.

Una burla de Nick hizo que Sophie abriera los ojos y lo mirara molesta.

—Lo siento, no volveré a interrumpir —prometió.

Cerrando los ojos, Sophie volvió a empezar.

—La mujer pide que traigan a dos sujetos más. La puerta se abre y... Bramwell —Sophie gruñó por lo bajo, odiando solo verlo, pero siguió adelante—. Es Bramwell. Tiene las manos sobre los hombros de dos personas. Una es un hombre corpulento de pelo oscuro. El otro es un hombre rubio y menudito. Bramwell conduce a los hombres hasta dos largas mesas, haciéndoles tumbarse en cada una de ellas. Cordelia se acerca a una pequeña mesa de trabajo apartada para prepararse. Coge una clavis y se vuelve hacia la mujer pelirroja. ¿Cuál, mi reina? —pregunta. La mujer señala al mayor de los dos hombres. Cordelia se acerca a sus cabezas.

—“Espera”, interrumpe la reina. “Ya lo he observado bastante. Creo que ahora puedo hacerlo. Déjame intentarlo”. Cordelia retrocede y entrega la piedra a la mujer. La reina se mueve hacia donde Cordelia había estado de pie y empieza a cantar. Cordelia solo tiene que detenerla una vez para corregir una pronunciación. Cordelia observa, apenas capaz de mantener los ojos abiertos. No recuerda la última vez que la alimentaron, y siente que a este paso no podrá aguantar mucho más. La reina presiona la clavis sobre el pecho desnudo del hombre más pequeño y termina el conjuro con “*Ligare et furari*”. Un humo blanco se eleva desde el pecho del hombre más pequeño hasta el del más grande. Una vez que el humo deja de salir de un hombre al otro, la reina se vuelve hacia Bramwell. “Despiértale y veamos si ha funcionado”.

» Bramwell da un paso adelante y toca el hombro del hombre más corpulento. El hombre abre los ojos y se incorpora. Mira a la reina con adoración y ésta le dedica una sonrisa benévola. “¿Cómo te encuentras, Roderick?” le pregunta. Él dice que se siente bien. Que se siente más fuerte, como si el poder corriera por sus venas. La reina dice a todos que retrocedan para dar a Roderick la oportunidad de ver si puede transformarse. Lleva unos minutos de gruñidos y esfuerzo, pero el hombre empieza a transformarse. No sé lo que estoy viendo.

Sophie abrió los ojos y miró a Nick.

—No sé qué es eso. No sé cómo describirlo.

Nick la miró con paciencia.

—Hazlo lo mejor que puedas.

—De acuerdo. Es un monstruo gigantesco, sin pelo, verde oscuro, parecido a un minotauro, con cuernos como los de un buey de cuerno largo y colmillos que le sobresalen de la mandíbula inferior. Debe medir más de dos metros. Cuando termina su transformación, la reina aplaude como una niña a la que acaban de regalar su primer poni.

—Se vuelve hacia Bramwell y le dice... —Sophie suspiró—. Dice: “Ha funcionado. Ahora nadie podrá detenerme”. Bramwell asiente, con cara de satisfacción. La reina parece resplandecer de felicidad cuando se fija en Cordelia, que está ocupada intentando confundirse con la pared.

» “Gracias”, le dice la reina a Cordelia. “Buen trabajo. Pero ya no te necesito, ¿verdad?” La reina señala con la cabeza a alguien detrás del hombro de Cordelia. Cordelia mira detrás de ella y ve...

Sophie se detuvo y abrió los ojos, mirando el rostro cetrino de Cordelia.

—¿A quién ha visto? —preguntó Nick.

Sophie apretó los dientes y apartó la vista de Cordelia, encontrándose con los ojos de Nick por encima de la mesa.

—Mi hermana.

Nick asintió como si supiera lo que eso significaba. Probablemente lo sabía. Sophie estaba segura de que Marcella había contado a su hermano cómo Alexis podía matar a la gente con solo tocarla.

—Ves, te lo dije —dijo una voz vagamente familiar desde el exterior de la caseta.

Sophie echó mano a su cuchillo antes de darse cuenta cuando la puerta se abrió y Edwyn entró.

—¿Pero qué...? —empezó a chillar Sophie cuando Nick se interpuso entre ella y Edwyn—. Se supone que está encerrado.

—Puedo explicarlo —dijo Nick, levantando las manos a la defensiva para impedir que Sophie atacara.

Sophie levantó una ceja desafiante, diciéndole que se pusiera a ello antes de que decidiera matarlos a los dos.

—La reina Maeve tiene sus codiciosos ojos puestos en la Tierra desde hace mucho, *mucho* tiempo —empezó Nick—. Nuestro pueblo lleva vigilándola más tiempo del que yo he vivido. Antes de que la comealmas me atacara, había estado trabajando con Edwyn para impedir que intentara apoderarse de nuestro reino. Edwyn formó parte de la corte de la reina hasta hace unos diez años. Es su primo. No estaba de acuerdo con sus planes de invadir nuestro reino y, en represalia por cuestionarla, ella lo envió aquí como castigo. Sin embargo, sabía que no era rival para toda la población humana, especialmente con armamento humano. Lleva años conspirando y planeando. Sospecho que la criatura que mirabas era un ogro cruzado con un minotauro. Ahora nada la detendrá para crear los Míticos más poderosos que jamás hayan existido.

Nick puso cara de asco ante aquella perspectiva. Se volvió hacia Edwyn.

—Tenías razón. Ahora tenemos que presentar esta información a Marcella. Con la visión de Sophie y mi apoyo, ella perdonará tus crímenes. Necesitará tu ayuda. Nadie comprende a Maeve tan bien como tú.

Sophie no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Asesinó a Atticus! Hizo que sus matones le dieran una paliza sangrienta y luego le atravesaron la mano con un abrecartas. En realidad, estaba detrás del asesinato de un montón de

gente, todo para poder hacerse con el control de la línea ley y de la Torre Coit. ¿Y crees que Marcella va a perdonarlo?

—Hice lo que tenía que hacer —gruñó Edwyn con los labios entumecidos por la ira.

—No, eso es mentira. Estuve allí en los últimos momentos de Atticus. Te vi. Vi quién eres realmente. Pude echar un vistazo detrás de esa encantadora máscara que llevas. Disfrutaste cada momento de su dolor y agonía. No importa si Marcella te perdona porque yo no lo hago. No quiero tener nada que ver contigo, pedazo de mierda asesina.

—¡No sabes cómo es! Si Maeve consigue introducirse en este mundo, todos estaremos condenados. Todos. Es un veneno. Destruye todo lo que toca. Inicia guerras por capricho. Las personas no son más que juguetes y herramientas para ella. Intento proteger este mundo. Nadie en el Cónclave se tomaría la amenaza lo suficientemente en serio. Crecí con ella; sé exactamente de lo que es capaz.

—El fin no justifica los medios. Has puesto en peligro a todos los que me importan. Dos de sus policías corruptos intentaron asesinarme en el aparcamiento de la Torre Coit. Si no hubiera sido porque un amigo me rescató, estaría muerta. No hay nada que puedas decir para que trabaje contigo.

—No creo que digas eso una vez que Maeve haya matado a todos los que te importaban, todo porque no estabas de acuerdo con ella. Cuando asesinara o esclavizara a todos tus amigos y familiares, cambiarías de opinión, pero sería demasiado tarde. Me necesitas a mí. La conozco mejor que nadie en este reino —replicó Edwyn. La mirada hueca de Edwyn decía que ese conocimiento tenía un precio muy alto.

—¿Confías en este hombre? —preguntó incrédula Sophie a Nick.

—¿En cuanto a su conocimiento de la reina y su deseo de detenerla? Sí. Pero nada más. Tendrá la correa muy corta y no se le permitirá vagar libremente, sembrando el caos con sus jueguecitos. Te lo garantizo personalmente. Y nada de esto saldrá adelante sin la aprobación expresa de Marcella. Edwyn hizo un ruido de protesta que se apagó rápidamente ante la aguda mirada de Nick.

Edwyn era primo de la reina. Era de la realeza Fae.

—¿Eres primo de la reina? —preguntó Sophie, rodeando a Nick y deteniéndose justo delante de Edwyn. No se fiaba en absoluto de él, pero quizá tuviera información que nadie más tenía.

Cuando Edwyn asintió, Sophie le dirigió una mirada intensa.

—¿Sabes leer la antigua lengua de los Fae? ¿La que solo la realeza Fae puede hablar y entender?

—¿Qué relevancia tiene eso ahora mismo? —preguntó Edwyn.

—Es relevante —prometió Sophie—. Ahora, responde a la pregunta: ¿puedes?

Cuando Edwyn volvió a asentir, Sophie sacó el teléfono y abrió la foto que había hecho del tatuaje del sigilo en el cráneo de Ruby. Giró el teléfono y mostró la imagen a Edwyn.

—¿Qué dice?

Edwyn cogió el teléfono y miró la foto, con los ojos desorbitados.

—¿De dónde has sacado esto?

Sophie se señaló un lado de la cabeza.

—Soy una esquirla, y eso está tatuado en un lado de mi cabeza. Me gustaría saber qué dice.

Edwyn la miró largamente antes de volver a centrar su atención en el teléfono. Acercó la imagen y empezó a leer.

—*Yrrda feen blooiduin terreesh fluun annh.*

Sophie repitió la frase lenta y cuidadosamente. Ambos hombres retrocedieron cuando la

última palabra salió de sus labios, encogiéndose lejos de ella.

De repente, Sophie sintió que su cabeza flotaba a medio metro de sus hombros y que el mundo giraba bajo sus pies. Era tanta la energía que fluía por su cuerpo que sintió que se expandía. Podía sentir intensamente la presencia del cadáver en la mesa que tenía detrás. Pero también podía sentir los dos cuerpos enterrados en el suelo. Podía sentir a un roedor que moría lentamente, atrapado en una trampa a unas manzanas de distancia. Los ecos de todas las muertes de la isla la llamaban, tanto las nuevas como las antiguas. Había cientos, y podía sentirlos todos.

Edwyn se echó a reír; el rebuzno era fuerte y casi desquiciado.

—Eres tú.

Sophie le miró.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Quién soy?

—Eras el asesino de la reina, el arma más mortífera de su arsenal. No puedo imaginar lo que hiciste para que te echaran. Debió de perder por fin el control sobre su perro de presa favorito. ¿Dejaste por fin de acatar órdenes y matar ciegamente a inocentes?

—La asesina de la reina —repitió Sophie con la garganta apretada.

—Sí. Eres la Dama de las Sombras.

Lo siguiente que supo Sophie fue que Nick la tenía sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas, ordenándole que respirara. La ayudó a contar las respiraciones hasta que dejó de sentir que iba a desmayarse o a sufrir un infarto.

—Deberías recuperar tu energía antes de que alguien se dé cuenta —sugirió Edwyn.

—¿Cómo...? —Sophie tuvo hipo y volvió a intentarlo—. ¿Cómo lo hago?

—Por ahora, tendrás que repetir la frase de tu tatuaje hasta que aprendas a controlarla mejor.

Sophie pronunció lentamente las palabras extranjeras, sintiendo que el poder retrocedía y se desvanecía en su cuerpo. Se sentía como la Sophie de siempre. Pero sabía que eso ya no era cierto.

Edwyn estaba junto a la puerta de la caseta, paseándose de un lado a otro de forma maníaca, con una expresión de regocijo en el rostro.

—Siempre me pregunté por ti. Cuando me dejó aquí, mi red tenía un espía secreto, alguien de su círculo íntimo que nos proporcionaba información. Nadie sabía quién era, y esa fuente desapareció hace poco más de cinco años. ¿No es más o menos la época en la que te hicieron pedazos y te enviaron aquí? —cuando Sophie lo confirmó, Edwyn asintió como si todo le cuadrara.

—¿Cómo es que no me reconociste enseguida? —preguntó Sophie.

—Siempre ocultó tu identidad. Que yo sepa, nadie te había visto nunca la cara. Te cubrías con una mortaja roja siempre que estabas con ella en público.

—Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de que soy la Dama de las Sombras?

—Porque tu aura es distinta. Esa sensación de muerte es inconfundible —Sophie hizo una mueca, no le gustaba nada aquella descripción—. De algún modo debió de darse cuenta de que eras la espía y te castigó enviándote aquí. Pero ¿por qué no matarte sin más? Eres demasiado peligrosa para dejar que vivas... —Edwyn se detuvo en su paseo, con una mirada pensativa en los ojos, antes de negar con la cabeza—. No importa por qué. Lo que importa es que estás aquí y de nuestro lado. Creo que vas a ser la clave para derrotar a esa desdichada de una vez por todas.

Sophie miró atónita a Edwyn. Él le dedicó una sonrisa triunfal, sin darse cuenta o sin importarle que Sophie estuviera a punto de volver a alterarse.

—¿Yo? ¿Crees que de algún modo voy a ser capaz de derrotar a la reina Fae? ¿Cómo demonios crees que puedo ayudarte a derrotar a Maeve y a su ejército? —preguntó Sophie. Antes

de que Edwyn pudiera contestar, su teléfono empezó a sonar. Sophie se disculpó y sacó el teléfono para comprobar el número. Sophie envió el número desconocido al buzón de voz antes de volverse hacia Edwyn, dispuesta a escuchar su gran plan.

Entonces volvió a sonar su teléfono.

—Maldita sea. Perdona.

Edwyn la miró molesto.

—Quizá deberías contestar. Podría ser importante.

Sophie miró su teléfono y vio que era el mismo número desconocido.

—Probablemente sea alguien que quiere venderme una extensión de garantía para mi coche, aunque no tengo coche. Deja que les diga a estos imbécil que se esfumen.

Sophie pulsó el botón de respuesta y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí? —gruñó.

—Sophie, espero de verdad que no pienses que soy imbécil —dijo al oído de Sophie la suave voz de la Gran Madre.

—¿Gran Madre? —tartamudeó Sophie.

—Así es, niña perdida —dijo la Gran Madre, con una risa en la voz—. Siento interrumpir tu importante reunión supersecreta, pero necesitaba hablar contigo. Tengo un mensaje para ti.

—¿Un mensaje? —repitió Sophie como una tonta, incapaz de formar frases completas.

—Sí. Y esto es muy importante... —la Gran Madre hizo una pausa, buscando el efecto dramático, como de costumbre—. Tienes que ir a hablar con tu madre.

—¿Mi... madre? —repitió Sophie, con la voz entrecortada—. ¿Mi madre está viva?

—No, querida. No lo está. Pero eso no te detendrá.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, ¡me gustaría darte las gracias, mi adorable lector! Gracias por acompañarme en el viaje de Sophie. Y siento que debería disculparme por el cliffhanger. Lo siento (pero en realidad no lol). Sin embargo, se avecinan grandes cosas para Sophie y los Extraños, y quería darte una probadita. Estoy muy emocionada por lo que ocurrirá a continuación.

También tengo que dar las gracias a mis lectores beta. David, Jessica, Jillian, Joanne, Karen, Paige, Pam, Rachel y Susan, ¡son geniales! Gracias a mi editora, Arundhati Subhedar, y al diseñador de la portada de mi libro, Rebecacovers.

A menudo me gusta incluir en mis libros lugares que son significativos para mí. Este libro no fue una excepción.

Cuando me casé, me fugué a Las Vegas con mi marido. Y no, no lo ofició un imitador de Elvis, lo cual, en retrospectiva, fue un error, debo admitir (es broma, aunque habría sido divertido). Siempre me ha gustado Las Vegas, a pesar de no disfrutar con el juego. Creo que simplemente disfruto con la dicotomía del lugar: calor abrasador durante el día y frío por la noche, la llamativa ciudad de fiesta en medio del desierto rodeada de prósperos suburbios familiares. Es un lugar un poco raro, y a mí me gusta lo raro. Basé Body Shots en Cheapshots, un local de drag/cabaret.

Hay una historia realmente interesante en torno a la mesa chakki. Estas mesas bajas y redondas se utilizaban como mesas de moler para clasificar y moler granos en las aldeas indias. Para mí, habla del duro trabajo doméstico de ser mujer, sobre todo en lo que respecta a las regiones rurales de la historia. Y ahora son extremadamente populares como muebles, basta con ir a Wayfair o Amazon para verlo. A mí me gustan mucho.

En cuanto al tan buscado mural misterioso, utilicé como inspiración una obra de arte de Nils Westergard, aunque no está basada en Las Vegas. El mural se llama Chica con flores. Se encuentra en Greensboro, Carolina del Norte (<https://www.graffitistreet.com/stencil-artist-nils-westergard-says-it-with-flowers-2018/>). Me encantó el hiperrealismo del rostro de la mujer. Sus ojos serenos pero tristes me hicieron pensar que sería la testigo perfecta del asesinato de Cooper Voss.

Nos llevé a Orlando, donde vivo actualmente. Y como una auténtica floridana, lo único que mencioné de la ciudad fue para quejarme del tráfico. Sin embargo, Orlando tiene mucho que ofrecer a visitantes y residentes, si puedes soportar el viaje.

Espero que te haya gustado el libro. Estoy trabajando duro en el siguiente. Si te ha gustado el libro, por favor, deja una reseña. Las leo todas como la escritora obsesiva que soy. Y las reseñas ayudan mucho a los escritores independientes como yo. Además, si quieres que te avise cuando el próximo libro esté listo para salir, suscríbete a mi lista de correo en mi sitio web www.gwendemarco.com.